3 1761 09373113 1

UNIVERSITY
OF
TORONTO
LIBRARY

DON CLARISEL DE LAS FLORES

D
8813d

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ANDALUCES

PRIMERA SÉRIE

PRIMERA PARTE

DEL LIBRO DEL INVENCIBLE CABALLERO

DON CLARISEL DE LAS FLORES

Y DE AUSTRASIA

ESCRITO POR

DON JERÓNIMO DE URREA

Caballero Aragonés

89043
15 17 1081

SEVILLA:

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, impresores
Tetuan, 24

TIRADA DE 300 EJEMPLARES

EJEMPLAR NÚM.

INTRODUCCION

I.

La erudicion moderna divide la literatura caballeresca para su estudio en tres grupos principales, que se denominan ciclo carlovingio, ciclo breton y ciclo greco-asiático ó galo-greco. De ellos este último es el verdaderamente nacional, el español por escelencia; pues aunque desde fines del siglo XIII, tal vez, en los primeros albores de la lengua, corrieran ya romanzados y fueran comunes la *Crónica de Turpin,* las *Aventuras de Lanzarote,* y el *Baladro de Merlin* con la *Demanda del Santo Grial,* los libros de caballerías jenuinamente españoles comienzan en Amadís de Gaula, cuya historia era ya conocida en tiempo del rey Don Pedro I, y abrazan los Esplandianes, Palmerines y Primaleones, Tirante el Blanco y el caballero del Febo, cerrando el palenque don Jerónimo de Urrea con su *Don Clarisel de las flores y de Austrasia;* no porque sea el último de ellos que se escribiera,

sino porque será el postrero en darse á conocer, ya que por estraña fortuna ha permanecido inédito á pesar del renombre de su autor, tan conocido en la república de las letras por su traduccion del *Orlando furioso;* y se conserva íntegro en su mayor parte á través de peripecias y vicisitudes adversas.

Escrito desde mediados del siglo XVI, aparecerá hoy con doble interés, por bueno, por desconocido y por curioso, cuando todos sus hermanos cayeron en olvido hace siglos, y desaparecieron casi por completo, arrojados del templo de las letras por el inflexible látigo de Miguel de Cervántes.

Y por cierto, no puede dudarse que entre los libros de aquel jénero, los habia de mérito singular, tanto por los ejemplos de lealtad, nobleza y abnegacion que presentaban á los ojos de los lectores, en el intento de trazar el dechado de un perfecto caballero, como por su lenguaje y estilo que áun son estudiados cual modelos. Señálanse entre todos, por el juicio unánime de los doctos, el *Amadís de Gaula* y el *Palmerin de Inglaterra;* siendo circunstancia digna de notarse y de llamar la atencion que esas dos obras, las más notables de la literatura caballeresca, hayan querido atribuirse á escritores portugueses, privando de esta gloria á las letras de Castilla. Mas ni el uno ni el otro fueron escritos en el idioma lusitano.

De una manera concluyente y con la mayor prudencia, demostró el Sr. D. Pascual de Gayangos en el *Discurso Preliminar* que escribió al frente del tomo consagrado á los *Libros de Caballerías* en la Biblioteca de autores españoles, que muchos años ántes de que naciera Vasco de Lobeira, supuesto autor portugués del *Amadís,* corria yá por Castilla el libro de sus proezas en tres partes.

No era ménos segura la conviccion de que tambien el *Palmerin de Inglaterra* fué escrito orijinariamente en castellano, y que la gloria de haber creado esa palma se debia al docto escritor toledano Luis Hurtado, cuando un estenso y erudito discurso del Sr. D. Nicolás Diaz de Benjumea. ha vuelto á traer al terreno de la discusion este punto, que parecia terminado por los estudios de Salvá y de Gayangos.

Leyendo de nuevo con este motivo el Prólogo de Francisco de Moraes, en la edicion portuguesa hecha en Lisboa por Simaon Thaddeo Ferreira en 1786, y recordando todo el trabajo de nuestro buen amigo Benjumea sobre este libro de caballerías, me han ocurrido algunas reflexiones, que no pecarán, á mi parecer, de inoportunas en este lugar.

En el famoso escrutinio que el cura y el barbero hicieron de la librería de D. Quixote, dejó consignada Cervantes su opinion de que *el libro*

por sí es muy bueno, y la fama de que lo compuso un discreto Rey de Portugal.

El *Palmerin,* sin embargo, cuando Cervantes escribia tal noticia, corria por España y por el estranjero hacía cincuenta años, llevando en sus preliminares el nombre de su autor. Voy á sentar hechos, dejando á los doctos la deduccion de consecuencias.

En el año 1547 á 23 dias del mes de Julio, se acabó de imprimir en Toledo en la casa de Fernando de Santa Catalina la primera parte del *Libro del muy esforçado cauallero Palmerin de Inglaterra, hijo del rey Don Duardos.*—Entre sus preliminares van unas *octavas* que desde luego llevan el epígrafe de *El autor, al lector*. Pero en el acróstico formado por las primeras letras de los versos se lee: *Luis Hurtado, autor, al lector dá salud.*—En tal concepto corrió sin contradiccion alguna el celebrado libro de caballerías, tanto por España como por los demás paises de Europa.

El libro era bueno. Lo calificó la inapelable autoridad de Cervantes. Lo confirmó la acojida que obtuvo.—En el año 1552 se publicó en casa de Michele Portonariis da Trino, en Venecia, la historia de Palmerin. *tradotta di spagnuolo in italiano*, por Mambrino Rosseo—en 3 volúmenes en 8.°

Al siguiente año de 1553 pasó el *Palmerin* á

la literatura francesa *traduit du castillan en françois par maistre Jaques Vincent,* en un tomo en folio que salió de las prensas de Thilbauld Payen, impresor de Lyon.

Despues de estas, donde consta el autor y la procedencia del orijinal, viene la edicion portuguesa de 1567, sin nombre de traductor, pero en la de 1592 aparece un Prólogo de Francisco Moraes en que éste confiesa el oríjen y la naturaleza de su trabajo, y dice con la mayor claridad que es tercer traductor como Jaques Vincent y Mambrino Rosseo.

El ver que damas y princesas loaban por demás la Historia de Don Duardos, que allí corria trasladada del castellano, *lo movió á ver si encontraria otra antigualla que poder él trasladar*. Habló de esto con Alberto de Renes, y entre sus libros encontró la *crónica de Palmerin de Inglaterra,* y se ocupó en traducirla.

Y no contento aún Moraes con tan natural relato, que dicho sea de paso, en nada se parece á los cuentos referidos en los libros de caballerías sobre remotísimos oríjenes, añade para demostrar que habia tenido á la vista un libro, y cual habia sido su trabajo:

«*Vay tresladada na verdade quanto as aventuras é acontecimentos: se tiver alguna falta será na composiçaon das palauras, de que meu engenho carece: traduzia em*

portugués, asi por me parecer que satisfaria vossa inclinaçaon, (habla á la Princesa D.ª María á quien dedicaba su traduccion) *come por naon ser dos que fazen ó contrairo querendo encubrir seus defeitos tomando á culpa á rudeza de nossa lingoa.*»

Es la declaracion tan terminante, que para presentar á Moraes como autor, se necesita reñir con él y apellidarlo embustero. Lo natural es confesar, que publicado en Toledo el *Palmerin* por su autor Luis Hurtado en 1547, fué trasladado al italiano en 1552, al francés en 1553 y al portugués en 1567 por Rosseo, Vincent y Moraes respectivamente.

La prueba de evidencia esterna es de tal fuerza, que podria escusarnos de acometer el exámen interno. Por desgracia, no podemos proceder á hacerlo, porque la edicion de Toledo es inabordable. Me limitaré á una sola observacion. Toda la argumentacion de nuestro amigo y paisano Diaz Benjumea, está basada en que el episodio de Torsi que se encuentra en el *Palmerin* portugués encierra una aventura de la vida de Moraes. No puedo afirmarlo ni negarlo; pero para darle alguna fuerza, seria necesario ver si ese episodio se encuentra en el libro impreso por Hurtado veinte años ántes; y si, caso de no ser introducido por Moraes, fué variado y acomodado en parte al suceso que quiso recordar al hacer la traduccion.

Es por demás curiosa la insistencia de un español, que en su deseo de ostentar imparcialidad, se deja llevar hasta el estremo de ser injusto con su pátria. Mas notable todavia en Benjumea, cuando por resultado de su estudio viene á contradecir la *fama* de que Cervantes se hizo eco en el *donoso escrutinio,* y que atribuia el *Palmerin* á un discreto Rey de Portugal.

Buscar padre á un libro que lo tiene desde el momento primero de su aparicion, y adjudicar la creacion orijinal á un tercer traductor que confiesa que solo las palabras son suyas, pero no lo son las aventuras y los sucesos, es ocupacion que no se comprende, á ménos que nos lleve á ella el deseo de ostentar perspicacia en la observacion, detenimiento en el estudio, y agudeza en la dialéctica, para presentar como desmesurados jayanes las leves aristas que el aire levanta en sus remolinos.

En primera línea, entre los libros españoles de caballerías figuran el *Amadís de Gaula,* y el *Palmerin de Inglaterra,* y al par de ámbos merece colocarse el *Don Clarisel de las Flores.*

Y en verdad que al ver que imprimimos ahora este libro, resucitando en el cuarto postrero del siglo décimo nono la literatura que formaba las delicias de los españoles en el décimo quinto, y que yendo ya de caida al finalizar el siguiente, re-

cibió el golpe de gracia por mano del injénio más orijinal que han producido las letras en todas las edades, podrá tacharse por muchos de empresa atrevida, y no pocos la calificarán de temeraria.

Mas no llegan á tanto nuestros propósitos.

Es la literatura en todas sus fases fiel trasunto de la sociedad que la produce; en el espejo de los libros vemos y estudiamos á los hombres de las pasadas épocas con tanta fidelidad como en el más acabado retrato; que si la historia nos enseña los cambios, vicisitudes y peripecias de la vida civil, los trastornos políticos y sociales, y la existencia pública de un pueblo; la poesía nos descubre los sentimientos de los hombres en el mismo período, y las obras de entretenimiento al manifestarnos sus gustos, sus creencias, sus aspiraciones, pintan las costumbres y la manera de ser con mayor claridad que el más severo moralista. Cada siglo, por lo tanto, tiene su literatura especial á la que imprime carácter, que se desarrolla conforme al grado de cultura que alcanzan las sociedades y en la forma y estilo que es más del agrado de los lectores.

Bien se nos alcanza, que en tales premisas se fundaría el cargo de que es empeño temerario el de presentar á los ojos de la sociedad moderna libros que eran el encanto de los españoles de hace trescientos años, cuya lectura murió con las costumbres que representaba, y bajo el peso de la po-

derosa sátira de un jénio, y no podrán sufrirla hoy ni los más pacientes y eruditos. Mas debe considerarse que la literatura tiene doble aspecto; la contemporánea es reflejo y pintura de nuestra manera de existir, de las pasiones que más se desarrollan en nuestra sociedad, y la antigua conserva el interés de servirnos para completar el estudio de la historia bajo el concepto que dejamos indicado.

Pero nos desviamos de nuestro primer propósito, en consideraciones muy vagas, y debemos concretarnos á *Don Clarisel de las flores*.

Verdaderamente estraña ha sido la suerte de este curiosísimo MS., obra inédita de un militar español que obtuvo elevados cargos en el ejército del Emperador Cárlos V, y fué su Virey en la Pulla, y de cuya pluma se conservan libros muy apreciados en nuestra literatura del siglo de oro.

Siguiendo las opiniones casi unánimes de sus biógrafos, pues documentos no se conocen hasta hoy públicos ni privados, nació don Jerónimo de Urrea, vástago ilegítimo de ilustre rama, en la villa de Epila por los años 1512 ó 1513, y falleció despues del de 1573 á los sesenta de su edad. Consta el lugar de su nacimiento: el de su muerte permanece ignorado, conjeturando unos que murió en Zaragoza; creyendo otros que en Italia, de donde nunca saliera áun despues de terminado su Virey-

nato de la Pulla. El encontrarse los tres grandes tomos de su obra manuscrita en Zaragoza, podria hacer inclinar el ánimo en favor de la opinion de haber muerto en esta ciudad; pues es para nosotros indudable, que en correjir esa obra se ocupaba el anciano militar en los últimos dias de su vida; y no parece probable que de Italia vinieran á Zaragoza estos enormes in fólios.

Posible es, sin embargo, que tal sucediera. Mas sea de esto lo que fuere, no sabemos quien recojió el MS., aunque al parecer fué custodiado con gran aprecio; ni tampoco queda noticia de los sucesivos poseedores, hasta que paró en manos de don Manuel Gonzalez Urrea, déudo del autor, que estampó su nombre en la primera hoja.

Conocida era, no obstante, su existencia. Historiadores aragoneses han hecho mencion especial de este libro, demostrando el aprecio en que era tenido. El cronista D. Juan Francisco Andrés y Ustarroz, en su *Aganipe de Cisnes Aragoneses,* decia:

Clarisel de las flores
Contiene suavísimos amores

y Latassa lo juzga con encarecimiento como libro de caballerías y aventuras, que puede competir con *Amadís* y con el *Caballero del Febo.*

A fines del siglo XVIII era poseedor de los

tres volúmenes que componian la obra el Pro. don Manuel Turmo, canónigo Penitenciario de la Seo de Zaragoza; ignorándose por qué medio, ni en qué año pasó á formar parte de la Biblioteca de la Universidad; pero yá en ella, sólo pudieron ver los aficionados los tomos segundo y tercero, pues el primero habia desaparecido, sin saberse si ántes de pasar á la Universidad, ó despues cuando en el sitio de la inmortal ciudad por los franceses fué ocupado militarmente el edificio, lo cual parece más probable.

En el año de 1850, el más renombrado de nuestros bibliógrafos, don Pascual de Gayangos, á su paso por Zaragoza, examinó aquellos libros con la curiosidad y el interés del verdadero intelijente; tomando nota, que despues incluyó entre sus *adiciones* al tomo segundo de la *Historia de la literatura española,* por Mr. W. Ticknor. Su juicio es el siguiente:

«En la Biblioteca de la Universidad Literaria »de Zaragoza se conservan dos tomos en folio de »letra de Jerónimo Jimenez de Urrea, y son el »segundo y tercero de un libro de caballerías, inti»tulado á lo que parece, *Don Clarisel de las flores.* »El segundo empieza de esta manera: «*De lo que* »*avino al caballero indiano con unos caualleros* »*que dél profaçaban, y de la cruda y espantosa* »*batalla que con Celadonte el silbano huvo.*»—Es

»uno de los libros más notables que se han escrito »en su género, y tiene trozos que interesan verda- »deramente: el estilo es puro, castizo y suelto, y los »versos bastante buenos para figurar en el *Cancio- »nero general*. Sirvan de muestra los siguientes:

Faz, Amor, lo que quisieres,
Por fuerça ó por traycion;
Que mi vida está en mi mano,
Miedo non te tiene, non.

No tienes que ver en ella,
Que se rije por razon,
E si é de tomar amores
An de ser por eleccion.

Y con ojos claros, libres,
Seré amador sin amor,
O galan enamorado
Libre é quito de pasion.»

La recomendacion de tan ilustrada persona hizo aún mas sensible la pérdida del tomo primero, sin duda el más interesante de todos para conocer la fábula; pero desde la invasion francesa hasta el año 1870 nadie habia podido dar con el estraviado manuscrito.

II.

Juzguen los aficionados á los estudios literarios la sorpresa que nos causaria encontrar en poder de una persona muy docta, y de toda nuestra confianza el tomo primero de *Don Clarisel de las Flores,* libro que á primera vista tenia todos los caractéres de orijinal.

El Sr. D. Francisco Caballero Infante y Zuazo, que es el amigo á quien aludimos, acababa de adquirir aquel tomo MS. con otros vários libros, de un chalan ó revendedor, y en una corta cantidad. Como de la obra de Urrea habiamos hablado en muchas ocasiones, tuvo singular complacencia en anunciarnos la adquisicion; y desde luego convinimos en que se hiciera de él esmerada copia, y se imprimiera como preciada joya en la coleccion de los *Bibliófilos Andaluces,* encargándose el mismo dueño del MS. de escribir el estudio que debia acompañarle.

Vicisitudes posteriores han hecho que el señor Caballero Infante no pueda cumplir su compromiso; pero no por eso es ménos digno de con-

signarse en este lugar el recuerdo como tributo á su jenerosidad y muestra de su ilustracion.

El libro de *Don Clarisel de las Flores y de Austrasia,* cuyo tomo primero podemos ofrecer hoy á los curiosos por tan feliz casualidad, cuando se le estimaba irremisiblemente perdido, constaba á la muerte de Don Jerónimo de Urrea de tres volúmenes en fólio, todos escritos á dos columnas de letra muy menuda; copia hecha á no dudar bajo la direccion del autor y por sus orijinales, correjida de puño y letra de aquel, y puestos tambien por el mismo los epígrafes de algunos capítulos, que faltarian en el borrador y no pudo copiar el amanuense.

Este tomo primero consta de 398 hojas y 1590 columnas. Está dividido en 92 capítulos, y al final, en el resto del último fólio dice—*Fin del libro primero*—línea que inútilmente se ha tratado de borrar raspándola, tal vez para ofrecer en venta el volúmen como obra completa.

En la hoja primera tiene escrito el título en renglones seguidos, sin figurar portada, faltando de él algunas letras por haber traspasado la tinta el papel en vários sitios; pero puede leerse sin dificultad:—*Primera Parte del libro del Invencible cauallero Don Clarisel de las Flores y de Austrasia, compuesto por Don Gerónimo de Urrea cauallero aragonés.* Un poco más abajo hay una

firma de letra muy clara y gallarda que dice:—*Es de Don Manuel Gonzalez de Urrea.*—Siguen luego siete hojas en blanco, destinadas sin duda para contener el Prólogo, ó las composiciones laudatorias, y en lo alto de la octava empieza el *Capítulo I* con su epígrafe, sin encabezamiento jeneral, ni repeticion del título, ni cosa alguna.

En cuanto al juicio del libro lo creemos ahora innecesario, porque ya dejamos consignado el de una persona tan competente como el Sr. Gayangos, y además vá á entrar en el dominio público por medio de la estampa.

Su lenguaje es fluido, castizo, gráfico; su estilo animado y pintoresco; rico y lleno de flexibilidad en ocasiones siendo lo que más contribuye á que todavía podemos leer este libro con algun interés. En muchos pasajes parece que hojeamos al precursor del *Ingenioso Hidalgo;* trozos hay que nos llevan á recordar el lenguaje que usaba *Don Quixote* en sus desvaríos; y en muchos lugares asalta la tentacion de creer que *Cervantes* conocia la obra de Urrea, y parodiaba algunas de sus pájinas, ó recordaba algunos lances para hacerlos objeto de su censura.

Tiene, como libro de caballerías, todos los defectos de los de este jénero en cuanto al desarreglo de la accion, aglomeracion de episodios largos, que entorpecen su marcha distrayendo la atencion,

y multiplicidad de personajes innecesarios; y luce en todas las aventuras tal abundancia de lo sobrenatural y maravilloso que casi lo constituye en novela fantástica. Mas á pesar de esto, hay tanto movimiento y variedad, son tan verdaderos algunos sucesos, y tan bien delineados se ven ciertos personajes, que el libro se hace simpático, y se leen capítulos enteros con avidez y curiosidad, guiado el lector del deseo de encontrar el fin de aquellas inacabables aventuras.

Si se hubiera dado á luz en su tiempo, el éxito hubiera sido extraordinario. El que pueda obtener hoy no es fácil preverlo. Al darlo á la estampa, sólo tenemos la seguridad de ofrecer á los bibliófilos una verdadera curiosidad literaria.

J. M. Asensio.

Enero.—1879.

Nota.—Hubiera querido el autor de esta introduccion enriquecerla con noticias de un erudito trabajo del Sr. D. Jerónimo Borao, sobre *Don Clarisel de las Flores,* que guardaba entre sus libros el Sr. D. José Fernandez Espino; pero que por el fallecimiento de éste no ha podido tenerse presente; así como tampoco várias cartas que al mismo Sr. Fernandez dirigió el Sr. Borao sobre el *Don Clarisel* al tener noticia del descubrimiento de este tomo primero.

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO I. Que trata de la genealogia de los Reyes de Austrasia y sitio de aquella provincia, y de el nacimiento de los valerosos Principes Argesilao y Infante Prothesilao de Austrasia, su hermano.

Despues quel buen Trodoberto, Rey de las provincias de Austrasia (incitado y engañado por su cruel abuela Bruniguilda, hija de Atanagildo, Rey de España, para que hiziese guerra al Rey de Borgoña su hermano) fué muerto en la batalla, Sigisberto unico fijo suyo, donzel de poca edad, huyendo de la persecuçion de su tio y abuela se fue a Franconia, donde se crió con sus parientes los duques della, salió cavallero de tanto valor que Clotario, Rey de Francia, lo restituyo en las tierras y provincias de Austrasia en la baxa Alemaña, que son Trayeto, Colonia, Treveres, Maguncia, Gueldres, Olanda, Zelanda, Henao, Hasbabia, Lieja, Lemburc, Elsacia, y gran parte de la Ribera del Rin, con la selva de Ardenia y

campaña que comiença desde el Rio Mosa. Este buen Rey fizo pazes con su tio el Rey de Borgoña y casó con su fija de quien ovo un fijo llamado Amfiarao, que fué terror y espanto de malos cavalleros. Casó con la Duquesa de Bravante, loçana donzella y de gran seso y bondad. Fue este valeroso Rey en todas las nobles cosas aventajado de los Reyes de su tiempo, teniendo su corte ademas florida de altos y esforçados Cavalleros, de dueñas y Donzellas de gran guisa y fermosura, por lo que en su corte fiestas y notables cosas se fazian. Este valeroso Rey mucha parte del tiempo vivia en Olanda, á causa de la monteria y buelos que avia en ella, y por ser además apazible y de edifiçios sumptuosos y deleytosas vegas y florestas, pobladas de Castillos y Villas abundantes de fuentes y rios navegables que fazian ricos los pueblos, teniendo su corte en la gentil villa de la Haya magnifica y fermosa; y assi no atendian las gentes de aquellas partes á otro que á servir con amor á sus Reyes y señores, y á fiestas y plazer, dando cavalleros cima á estrañas aventuras y fechos de amor por amor de sus señoras, faciendose famosos y estimados en todas las partes donde sus nombres sonaban, por lo que aquella corte era sobre las de otros Reyes clara y dichosa; y fuelo mucho mas en dar Dios al Rey, el primer año de su casamiento en la fermosa Reyna su muger, de un parto dos apuestos donzeles, y bautiçados con gran solemnidad, al Príncipe llamaron Argesilao y al Infante Prothesilao, por lo cual se fizieron en todos sus estados asaz fiestas y alegrias. Estos donzeles se criaron con gran cuydado de dos altos hombres,

que en cargo los tuvieron, enseñandoles muchas gentilezas y cosas á tales Principes convinientes, saliendo tanmaestros en ellas, que daban admiracion á quantos los tratavan, teniendo por cierto que habian de ser los mejores cavalleros de su tiempo, aventajandose los dos en toda cosa sobre los Donzeles de su edad, que allí muchos fijos de ricos hombres se criaban. Pues venidos á la de ser cavalleros, conçertaron entre los dos de pedir al Rey su padre la orden de cavalleria, y assi lo fizieron, faziendo á la Reyna su madre gran pesar en ello, cuydando los grandes afanes y peligros que en aquel abito se les avian de ofresçer, y procuró estorbarseles: mas el Rey como de gran coraçon fuesse, y les viesse tan apuestos de rostro y personas, y tan exercitados y diestros en el menester de las armas, aunque como padre que demás los amava, temiese alguna siniestra fortuna, con ledo semblante loandoles su proposito les concedió el don, y quiso que con gran solemnidad el dar la orden se celebrasse; y assi en la corte se ordenaron para aquel dia justas y torneos y otras agradables fiestas, pidiendo tambien al Rey la orden de cavalleria dos apuestos donzeles llamados Gramato de Gardis y Sergeano de Brimar, que ademas amistad con Argesilao y Prothesilao tenian, por ser fijos de sus amos, y ellos de gran esfuerço y bondad. Venido el dia que el Rey los habia de armar Cavalleros, habiendo aquella noche los quatro donzeles velado sus Armas, acabada la solemne misa, calçadas las espuelas y çeñidas las espadas, al tiempo que el Rey la paz en los rostros les daba, levantose por la yglesia gran buelta y rumor,

apartandose unos y apretandose otros, dando lugar a lo que en ella entrado habia, vieron venir apresuradamente dos donzellas al traje de Greçia, cubiertas las fazes con blancos y tan delgados velos que semejaban no traer antellas cosa alguna: traya la una al cuello vn escudo metido en vna funda texida de seda morada y plata, y la otra en las manos vn yelmo cubierto de oro y verde; y sin acatar a nadie, faziendo breue adoracion al rico altar, y mesura al Rey y Reyna, fueron ante los Donzeles, y la que delante con el escudo venia arribando al Principe Argesilao, se fincó ante el de finojos, diziendo: cavallero bien auenturado, la sabia Filena de Arcadia, señora de las alturas de los tres diuinos y celestes montes Elicon, Pindo y Parnaso, que a todos los cavalleros dueñas y donzellas, que buenos son, sirue y acorre, saludes por mi á ti embia, y dize que ha luengos tiempos que tu fazienda sabe, y porque tiene por cierto que tu vida está en condicion de perderse por las obras de tu coraçon, te enuia este marauilloso escudo, que ni fierro de lança, ni punta de espada falsallo podran, para tu deffensa: esto a podido por ti fazer; y quitandole la rica funda, vieron ser estrañamente fermoso, porque la mitad del paresçia ser de fino Rubí, y la otra mitad de cristal fino transparente. Mas te digo: dixo la Donzella, que quando de vn color se tornen las dos colores, el tu coraçon sera partido, y jamas se tornara a juntar. Argesilao, maravillado de ver la estrañeza y razones de la Donzella, quisola leuantar suso, diziendo: Amiga, señora, asaz quedo obligado a la sabia Filena que tanto cuydado de mi vida tie-

ne, y pues el mi coraçon a de ser partido, como dize, pugnaré con la parte que del me quedare para fazelle agradables seruicios. Esos fara ella a ti siempre que menester los ovieres, dixo la Donzella, y no me levantare de aqui sin que me otorgues un don. Ese vos otorgo de grado, dixo el, pues habedes en mi seruicio puesto tanta diligencia. Ella ledá á marauilla por el don conçedido, le quiso besar los pies, y Argesilao la leuantó: suso la donzella con mucho gozo, le dixo: Principe, sepas quel don que te he pedido y me has otorgado es que sin mas vn punto detenerte vengas conmigo a fazer lo que yo te ordenare; y porque con tanta largueza y loçania de coraçon me lo otorgaste, doyte licençia para que subas a caballo y trayas contigo vn escudero. Gran turbacion puso en los animos del Rey y Reyna y quantos alli eran, la partida arrebatada del Principe, mas la braveza de coraçon del Rey era tanta, que no mostrando pesar esforçaua su animoso semblante a todos, habiendo bien menester la Reyna esfuerço, que casi desfallecida no sabia de sí; pues oyendo Argesilao la voluntad de la donzella, en el mismo punto se despidió de Rey y Reyna, saliendose de la yglesia en pos de la donzella con muchos caualleros que le acompañaron; y faciendose traer vn escogido cauallo, fizo subir en otro a vn su donzel de cámara asaz de buen entender, y dandole el fermoso escudo, puesta la rica funda, assi mismo en el yelmo y lanza, mandó que truxessen á la donzella vn buen palafren, mas ella no lo quiso, diziendo: sigueme, buen señor, que no soy acostumbrada de andar á caballo, ni terneys cuydado si me quedo atrás:

y saliendo de la Plaza, Argesilao y su escudero salieron en po della, y avnque sus cavallos gran passo tuviessen, apenas la podian seguir, y desta manera salieronde la villa de la Haya, dexando á quantos le vieron yr con gran pesar y cuydados donde le dejaremos, que famosas cosas le veredes facer, y contaros he la historia lo que auino á la otra donzelle que el yelmo traya. Sabed que assi como la otra salió de la yglesia como se vos á contado, se fue derecha para el infante Prothesilao, y fincada ante el de finojos le dixo: valeroso infante, Deucalion, que acostumbra servir y valer á los altos hombres; que buenos son, dize si este año passas, verás tiempos tan en tu fauor que serás vno de los bien andantes caualleros del mundo, assi en estado como en felicidad de contentamiento, por cosas altas y claras que de tí saldran: embiate este yelmo templado en las aguas del Tartaro Boristenes, para que te libre si pudiere de vn solo golpe; mas te haze saber, que si el yelmo te librara de la muerte, no te podrá valer para que dexes de ser vencido de quien estando tu á sus pies mortalmente llagado le verás en sus manos con gloria de su vencimiento: y quitandole la funda, parescio á todos ser de fino Diamante con los frisos de oro, y Orientales y gruesas perlas por ellos, mirandose en el todos quantos alli habia. Prothesilao leuantó á la donzella suso, y recibiendo el rico yelmo, sin que el su coraçon desfallescimiento alguno sintiesse porlas espantosas razones que el sabio Deucalion le embiava á dezir, ni la su faz perdiesse el color, con semblante ledo le dixo: la mi buena amiga, a vuestro señor el sabio Deucalion agradezco mucho

las fermosas dones que con vos me embia; que cierto el yelmo es el mas fermoso que vi, y que quien con tanto amor me lo embia para conservar mi vida, no me embiara á dezir razones, que aunque espantosas parescen, me sean para mi siniestras. Assi lo creo yo, dixo la donzella; y en pago, mi buen señor, del afan que he tomado en venir con tanto peligro de mi honor y vida de los altos montes de Greçia, otórgame un don; y porque no te acontezca lo que aconteció al Príncipe, tu hermano, de otorgar don sin entender lo que fazer por él deuia, te quiero dezir lo que has de fazer si me lo otorgas; tu en este punto tienes de partir de aqui conmigo y venir donde yo te llevare, que será al Reyno de Macedonia, á pugnar con tu esfuerzo y espada, que no deshereden a una donzella de las mas hermosas del mundo, cuyo nombre y fazienda por aora tu ni otro destas partes saber puede: este es el don que te pido; si te basta el ánimo para caminar lueñes tierras, y eres aficionado á servir donzellas, verás muchas aventuras y te podras emplear en seruicio de la donzella que te he dicho. Amiga y señora, dixo Prothesilao, dos cosas me habedes puesto delante las mas de mi deseadas, que son ver agenas tierras, y fazer servicio a donzellas que acorro ayan menester: yo vos otorgo el don, y vamos tan çedo como vos pluguiere, que no me faltará el animo que dezis para caminar, ni voluntad para ponerme en tan justa demanda; y besando las manos al Rey su padre, que por fuerte ánimo que tenia, viendo salir sus dos hijos de ante sus ojos tan arrebatadamente a peligros, las lagrimas hilo a hilo mojaban la blanca

barba, y besandole en el rostro dixo: a Dios plegue, mis amados fijos, daros prez y ventura en armas para ganar honrra entre los buenos caualleros, sin la que de mi hauedes heredado. Prothesilao no pudo despedirse de la Reyna su madre porque la tenian sus altas Dueñas y donzellas desfalleçida, y saben que sintió tanto la partida de sus fijos, que por ello fue su vida cuytada y corta. De la manera que hauedes oydo tan estraña, estos dos noueles y altos caualleros partieron de la corte, boluiendo en cuyta y pesar los aparatos de las fiestas della, y os contaremos lo que auino al infante Prothesilao, que solo sin escudero, como a la donzella plugo, salio con ella de la villa.

CAPÍTULO II. **De lo que avino á el infante Prothesilao yendo con la doncella, con unos caualleros que encontró en el camino.**

L infante Prothesilao y su donzella, caminaron aquel dia que de la corte salieron, y otro, la via de Alemaña sin aventura fallar digna de ser contada: descubriendo vna gran villa llamada Bolduque, dos millas antes de arribar a ella, vieron venir por el camino quellos trayan quatro caualleros fermosamente armados y a cauallo, con sobreseñales verdes y de oro, y sus yelmos puestos y lanças en las manos, sin escudero alguno, y como vinieron a juntarse, Prothesilao los saludó cortesmente, mas ellos mirandole de

mal talante no le boluieron las saludes, antes el vno dellos asaz membrudo y feroz, parando su cauallo mirando mucho a la donzella, le dixo:—Amiga, donde ydes?—la donzella, parando assimismo su palafren, respondio: ¿para qué lo preguntais?—no, para ál, dixo el grande cauallero, sino que si acaso ydes cuytada vos daré yo remedio, que este vuestro cauallero deue de ser tan poco vsado en las armas, segun en ellas y en su edad muestra, que no vos sabra bien agradar.—Yo voy tan contenta con el, dixo la donzella, que por ninguno otro trocaria su compañia:—no faria yo bien, dixo el cauallero, si por parte tan peligrosa de hombres descorteses os consintiesse yr tan mal acompañada, y andad acá, que yo quiero ser vuestro, aguardador:—y trauando por las riendas del palafren lo boluió para la lleuar consigo; la donzella temerosa de se uer en poder de aquel feroz cauallero, dixo:—pues dezides, señor, que me librareis de caballeros descorteses, libradme de vos que lo sois mucho conmigo.—En esto Prothesilao encendido en ira, uiendo el desacato quel cauallero vsaba, juntose con el diziendo:—¿como, desmesurado cauallero, y assi pensais salir de vuestra villania? dexad la donzella, o combatios conmigo.—El follon que tan atreuidamente oyo hablar al nouel, deteniendo la saña y furia de su coraçon, forçando su costumbre respondió:—por esa via lleuare y más cedo la donzella que vos no mereceis servir, y porque ella vea lo que ganará en perder á vos y ganar á mi, venid á las armas conmigo y tomad del campo lo que os pluguiere, que me holgaré de que vea esta hermosa donzella quanto mejor le seruirá mi lança

usada de fazer buenos encuentros, que la vuestra mal exercitada. Prothesilao que fuego por los ojos lançaua, quisiera sin arredrarse ferir despada; mas viendo como el grande cauallero auia buelto su cauallo para tomar carrera, fizo lo mesmo, no tardando mucho de volver su cauallo, viniendo bien cubierto de su escudo, la lança muy bien puesta, á mas correr la carrera, adelante assimismo el membrudo cauallero se vinieron á encontrar con tanta fuerza y poder que el gran cauallero con horrible estampido rompió su gruesa y descomunal lança en el fuerte escudo de Prothesilao, y Prothesilao le encontró tan viuamente que falsandole el escudo le falsó tambien el braço siniestro, y juntandose de yelmos y escudos el encuentro fué tan vigoroso que el gran cauallero perdio la silla, y del peso graue de la cayda y dolor del braço el menbrudo cauallero quedó tendido en el campo tal como muerto, passando por él Prothesilao fuerte y apuesto. Como los otros caualleros uieron á su compañero tal, corrieron á el por socorrelle. Prothesilao tomando su donzella pasó por ellos sin fazer cuenta de los ver y oyr las grandes amenazas que le dezian. La donzella medrosa de lo porvenir, cuytadamente dezia:—por la fe que a Dios deuedez, buen señor, que alarguemos el paso, porque antes que estos soberuios á nos bueluan, seamos en la villa, que si con el desmesurado tuuistes buena andança, no sabemos si la terneis con los otros:—no os cuiteys por eso, amiga señora, dixo Prothesilao, que el buen cauallero siempre ganará con los malos y aleuosos como estos deuen ser: y no sacando sus cauallos de su acostumbrado paso

caminauan la carrera adelante, con gran miedo de la donzella que los otros caualleros no boluiessen á vengar su compañero; y este pensamiento no le salió falso, que apenas se habian alargado dellos media milla, quando oyeron grandes vozes que dezian: atiende, astroso cauallero, que la donzella y la vida has de dexar por el gran daño que oy á otro mejor que tu has fecho.

Voluiendo Prothesilao y la donzella á ver quien las vozes daua, vieron venir al galope los tres caualleros y el membrudo atrás sobre su cauallo, muy a espacio. Venian los tres á la par cubiertos de sus escudos y las lanças baxas, dando las vozes que os deçimos: como la donzella los vió venir de tal manera, dió una gran voz diziendo:—Sancta Maria, valed al mi cauallero: arredradvos, señor, de la carrera; dexad passar la furia con que los malos á vos ferir vienen, que sois perdido: mas Prothesilao que uno de los mas ualerosos caualleros del mundo era, bien entendiendo el gran peligro en que su vida estaua, no temió la muerte, ni los amolados fierros de las lanças que contra el resplandeçientes venian, y encomendandose de coraçon á Sancta Maria que le valiesse, puso mano a su espada, que vna de las buenas del mundo era, que fue del buen Sigisberto de Austrasia su abuelo, y cubriendose del escudo, poniendo el cauallo por la vna mano de la carrera atendió los caualleros, y tuuo tan firme animo y estuuo tan en sí, que arremetió para el postrero de la mano diestra por donde el yba, tan á la orilla de la carrera que aunque los tres le encontraron y rompie-

ron en su escudo sus lanças no le fizieron doblar el cuerpo, y á la passada encontrole de escudo y yelmo de arte que el cauallero y su cauallo fueron por el suelo, y avinole bien á Prothesilao, porque el cauallero quedó debaxo del cauallo tan quebrantado que no tuuo valor para salir del por mas que para ello pugnaua: en esto los dos caualleros reboluian sobre el con las espadas en las manos, diziendo en altas vozes: por mas que tengas oy, cauallero, la fortuna de tu parte no te librará de nuestras espadas:—y juntandose con él y el con ellos se firieron a la par de desmesurados golpes; el vno dellos le firió sobre el rico yelmo, de manera que su espada saltó en tres piezas, y no por la fuerça de su braço, aunque tenia mucha, sino por virtud secreta del yelmo que ninguna espada ni otro metal feria en él que no se rompiesse.

Pues como Prothesilao se sintio pessadamente ferir, metiose entre ellos sin catar al, firiendoles á diestro y á siniestro, de manera que parescia batalla de diez caualleros, y fue breue, porque Prothesilao acertó á tajar la mano al cauallero que le feria, y el que hauia roto su espada, viendo su ardidez y valor no le osó atender y bolvio las riendas juntamente con el de la mano cortada, tornando a mas correr por do vinieron á contar al membrudo cauallero su mala andança. Prothesilao no curó de los seguir; la donzella que todavia tenia pauor que no trajesen los aleuosos, otros tales como ellos, daua mucha priesa a Prothesilao, para que dealli partiessen, riendo él mucho desto; y passando por el cauallero que estaua so el cauallo faziendo del muerto,

pauoroso de lo que auia visto fazer en sus compañeros, la donzella le dixo:—Amigo, si uiuo soys, dezid a vuestro compañero el que se me offreseio de librarme de los hombres descorteses desta tierra, que no tome affan de ser mi aguardador porque le hago saber que el nouel que trayo á castigado bien a quatro cavalleros que fueron con nos villanos, y assi entiendo que fara a quantos conmigo y con el serlo quisieren: y con mas esfuerço que antes, por auer visto el gran valor de Prothesilao caminaua razonando con el en cosas agradables, y arribados á Belduque fueron bien aluergados aquella noche. A la mañana, comprando la donzella vna fermosa y fuerte lança, se partieron de la villa y caminando sus jornadas arribaron á Colonia, donde á la sazon el Emperador de Alemaña tenia dieta y se fazian en ella grandes fiestas codiçiando mucho Prothesilao de fallarse en ellas, y prouar su persona con Neroneo Rey de Romanos, fijo del Emperador, que gran fama por Alemaña la baxa y alta de escogido cauallero en armas tenia; mas a la saçon no se hallaua alli, sino en vna villa mas adelante llamada Bona, donde auia bosques de mucha monteria; y la donzella entendiendo su proposito, le dixo, que no conuenia a la donzella que hauia de remediar, que el se detuuiesse en fiestas, y assi estuuieron aquel dia en Colonia, donde mudó Prothesilao la divisa y fizo fazer unas sobreseñales, de oro y seda india, y de plata, y pintar en su escudo un generoso lebrel blanco que mostraua andar suelto por el campo, denotando su libertad en todas las cosas: la donzella folgandose de ver la nueua señal, en-

tendiendola dixo:—pugnad, buen señor, por andar siempre de essa manera, que vos fago cierto que en perdiendo vuestra libertad jamas la cobraredes.—Faré todo mi poder en conserualla, respondio Prothesilao, pues es la cosa mas preçiada que vn coraçon puede tener. Otro dia se partieron de Colonia la ribera del Rin arriba, entrando por florestas deleytosas llenas de çiervos y gamos y en tanta abundancia que passaban antellos grandes manadas cruzando la carrera, folgandose además Prothesilao de las ver: y á pocos pasos que dieron par la floresta sintieron gran rumor de vozes y llatidos de canes, y sones de boçinas, trauessaban antellos, cieruos heridos, sabuesos y otros canes, en pos dellos y mucha gente de a cauallo por vnas y otras partes, vestidas ricamente a guisa de monteros y algunos armados con resplandecientes venablos, con que á vista de Prothesilao matauan y ferian los sieruos, poniendo esto tanta codiçia en Prothesilao, que arrancando su espada se metió tras las caças sin atender ál que ferillas, alcançando un çiervo que algo ferido passaba, mayor que nunca viera. Venia tras el un cauallero de fermoso cuerpo y apostura, guarnecido de una aljuba de brocado verde sobre las armas y un amolado venablo en la mano, puesto en alto, cobrando al çieruo gran ventaja por el venir herido y su cauallo ser ligero; y a pocos passos del trabesó Prothesilao que mas holgado cauallo traya, y arribando al gran çieruo le dió por el pescueço tal golpe con su cortadora espada, que la mitad del le cortó cayendo el ciervo á sus pies. Como arribasse el fermoso cauallero a este tiempo

y viesse matar ante si el çieruo que con tanta codicia venia por ferir, recibiendo gran pesar de ver como aquel cauallero sin catar en ál ni tenelle respecto le hauia muerto, conoçiendo que no era de los de su compañia juntosse con el refrenando su pesar, mas no tanto que el no dixesse:—don cauallero, descomedido hauedes sido, que viéndome uenir á ferir el çieruo, os travesastes ante mi y le matastes. Prothesilao viendole de tan buen arte y ricamente guisado, cuydando fuese algun alto cauallero, mesuradamente respondio:—ya sabedes, buen señor, quan codiçiosos son los caualleros de la monteria y de fazer en una fermosa caça lozano golpe, á mi auino esta codiçia, viendo el fermoso çieruo, sin mirar en vos, por lo que no me deveis tanto culpar.—El cauallero mirandole y viendole tan fermosamente armado y a cauallo, y tan apuesto y bien fecho, oyendole razonar con tanta mesura, cuydó fuesse bueno y perdiendo la saña dixo:—bastante escusa, cauallero, me haueys dado para que yo no os culpe, que conozco que no fue mas en vuestro poder, mas dezid donde vays, que me pareceys estraño destas partes.—Voy con esta donzella que vedes, dixo Prothesilao, á fazer su mandado.—Ora vos tengo por preçiado, dixo el cauallero, pues os preciays de servir donzellas: y porque me paresçe que lleuays el camino de Bona donde yo resido, y sois tan affiçionado al monte, podeys andar oy conmigo por el, y a la noche yo os alvergaré de buen talante.—En merçed os tengo esa que me desseays fazer, dixo Prothesilao; acabaldo con mi donzella, que vos me semejades tal, que no podré sino

ganar mucho en fazer vuestro mandado. Ya en esto se hauian alli recogido caualleros y monteros y todos acatauan a este cauallero, que juntandose con la donzella le dixo:—Amiga, assi gozedes de lo que amays, que andeys oy conmigo, vos y vuestro cauallero, y á la noche reçebid mi aluergue.—¿Y qué faredes por mí, dixo ella con mucho donayre, si fago lo que dezis?—todo aquello que yo por vos pudiere, dixo el cauallero. —Pues decidme primero quien soys, para entender si me osaré fiar de vos esta noche. El cauallero folgando además de oyrla dixo:—no os asseguro, segun me parezedes loçana; yo soy Neroneo Rey de Romanos. La donzella humillandosele mucho, respondió:—gran merçed fazedes á mi cauallero, buen señor, en querer que oy ande con vos y alvergue esta noche; mas yo se del que dessea de vos otra cosa.—Dezid lo que de mi quiere, dixo el Rey, que por amor de vos se la conçederé:—Anda por el mundo, dixo ella, tan clara la fama de vuestra bondad en armas, que ternia mi cauallero en gran precio romper con vos una lança; porque como le vedes el rostro, ha poco tiempo que exerçita las armas y dessea ganar alguna fama de bueno: esto es lo que por agora el queria que fiziessedes. El Rey, con ledo semblante, dixo:—ya me he offresçido por amor de vos de fazer lo que el me pidiere, y pues esso dessea çedo cumplirá su desseo: y con mucho plazer mandó desembaraçar la carrera que ancha y fermosa era, y tomando sus armas, que dos donzeles se las trayan, dixo:—cauallero, mejor tratado fuerades en mi casa esta noche que lo seredes aqui, por bien que de la justa salgays; mas, pues,

assi lo quereys, arredraos que assi fago yo; y bolviendo las riendas al cauallo tomó de la carrera lo que le plugo; assí mismo Prothesilao, folgando mucho de la fiesta que sin que él lo ordenara su donzella, hauia establesçido. Reyanse todos los que alli eran de entender lo que la donzella hauia demandado, teniendo á Prothesilao por sandio en osar encontrarse con el Rey, que á duro en el imperio de Alemaña, fallaran mejor justador.

Vuelto el cauallo Prothesilao contra el Rey, sonaron dos clarines que con el Rey vinieran, partiendo al son dellos, el vno para el otro, fuertes y además fermosos caualgantes, viniendose á encontrar con mucha fuerza, no herrando los encuentros, que fueron tales, que las lanças bolaron en alto fechas pieças, passando el vno por el otro, sin fazer desden alguno. Prothesilao, dixo á un montero que çerca de si vió:—amigo, por mesura que digays al Rey que no quedo satisfecho de mi encuentro, que sea la su merced de justar fasta que el uno conozca ventaja en el otro, y me embie lança;—el montero dixo el mensage al Rey y folgó dello, y mandandole seruir de otra, uinieron á se encontrar con mas braueza passando el uno por el otro rotas sus lanças, assí como las primeras; y parando el Rey cerca de la donzella, le dixo:—Amiga, bien hauedes sabido honrrar vuestro cauallero, que me paresçe que ganará mas prez aquí quen mi aluergue.—Donde quiera que con vos sea, buen señor; dixo la donzella, le faredes honor. En esto, les siruieron de otras lanças y sabed que las rompieron y quantas allí los caualleros

del Rey trayan, sin que el uno ni el otro fealdad alguna fiziesse; y como por falta de lanças cessasse la justa, el Rey mouió el paso con fermoso continente para Prothesilao, que assi venia, diziendo:—con razon desseabades, cauallero, justar conmigo, adeuinando el precio que dello hauiades de ganar si tuvieramos mas lanças:—no fué poca buena andança, buen señor, para mí el no hauellas; dixo Prothesilao: que segun vuestro valor mal pudierayo valerme;—la donzella dijo: asaz voy leda en ver quan bien á prouado en esta monteria el lebrel blanco.—Debe ser generoso, dixo el Rey; por vuestra fe que me digays si es de Irlanda y como se llama. La donzella dixo:—eso, mi buen señor, me havedes de perdonar porque ni aun tiempo para deziros eso no tenemos, y adios, quedeys encomendado, que algun dia lo sabreys y no vos pesará de hauelle tambien tratado; y dando del açote al palafren, tiró muy reçia la carrera adelante. Prothesilao dixo:—tened por cierto, buen señor, que si en mi mano fuera quedar aqui a seruiros, que de buen talante lo fiziera; mas por aora conuieneme seguir la voluntad de mi donzella; y adios quedeis encomendado.—Y bolviendo las riendas del cauallo tornó un ayroso galope alcançando cedo su donzella, quedando el Rey y todos los suyos con gran pesar por no conosçer el cauallero del lebrel, que assí adelante se llamó, que tan fermosamente para ser de tan poca edad hauia sujtado.

CAPÍTULO III. **De lo que avino al caballero del lebrel, y como la donzella le contó la aventura que yba á dar cima.**

PARTIDO el cauallero del lebrel y su donzella del Rey de Romanos, salieron de la floresta y llegaron á Bona á ora de vísperas, y no queriendo aluergar en ella porque Neroneo no los detuviesse, acordaron de meterse en un nauio y nauegar por el Rin arriba, y assi lo fizieron fasta arribar á una buena villa, cámara del imperio, llamada Espira; y saliendo allí del nauío tomaron su camino por tierra, passando fermosas y grandes florestas, donde el cauallero del lebrel dió cima á notables aventuras; y tan buenos fechos en armas fizo, que por toda Alemaña no se razonaba de otro cauallero que mas fermoso fuesse, yendo su donzella además leda por lleuar á Maçedonia tan buen recaudo; pues pasada Alemaña y las provincias de Astiria y Carintia entraron en la Dalmacia, hallando por ella malos caualleros, con quien fizo mortales batallas, quedando dellas tan mal llagado, que le fué forçado curarse y reposar quinze dias en una buena villa, donde la donzella por lo mas gozar, entendiendo que dessearia mucho saber quien era la donzella que hauia de acorrer, y que cuyta era la suya, un dia fermoso y claro, saliendo del aluergue á solazarse por vnos floridos prados, sentandose cerca de unas fuentes so arboles

verdes y altos, la donzella le dixo:—Conozco, buen señor, que desseays mucho saber quien es la donzella que hauedes de acorrer, y que affan y cuyta tenga: pues ya no estamos lexos del Reino de Maçedonia, huelgo que lo sepays: en la çiudad del Xanto, en Greçia, ay vn gran señor que aunque por Rey no sea coronado, lo podria bien ser, porque tiene en mar y tierra grandes y ricos estados, y llamasse el Príncipe Bayaçeto: este es cauallero brauo y feroz, temido á marauilla de los Reyes, sus vezinos, porque es además fuerte y cruel y vsa mucho las armas, y andar como cauallero andante por el mundo, buscando las auenturas y assi ha dado cima á muchas peligrosas que le an dado gran fama. Pues andando avrá un año discurriendo por las partes de Albania y Maçedonia, arribó un dia á una gran çiudad della, donde el Rey de Maçedonia lo mas del tiempo moraua, y acertó á entrar en ella dos dias despues de la muerte de la reina de Maçedonia. Es la costumbre de aquel Reyno, que muerto el Rey ó Reyna sacan á la gran sala el cuerpo embalsamado, vestido de ricos paños reales, sentado en vna rica silla con su corona en la cabeça y ceptro en la mano; y desta manera le tienen el tiempo, que basta para que vengan á velle los Principales de las çiudades que de aquella mas lexos estuvieren; y estos, fincados de rodillas ante el cuerpo, le fazen una solemne oraçion, agradesçiendole el cuydado que en su gobierno ha tenido, y los trabajos que en deffensa de sus subditos passó y las merçedes que fizo. A todo esto en ricos estrados de oro, á la mano derecha y siniestra están sentadas las hermanas,

fijas y parientas que tienen con otras altas dueñas; las dueñas, guarnidas de paños grosseros, cubiertas las cabeças con luengos velos negros, y las doncellas, ricamente adornadas, con los cabellos sueltos, guirnaldados de rosas y flores naturales (o de oro y plata). Las dueñas, despues de las oraciones de los pueblos, llorauan en tono triste y baxo, reçitando el daño y mala andança que al mundo viene en perder tan alta persona, y las donzellas cantan en tono agradable y alto las virtudes y buenas obras que fizo y los deleytes que el cielo le tiene aparejados; assi que arribando Bayaceto en este tiempo á esta corte y atendiesse la muerte de la Reyna y la costumbre que con su cuerpo se mantenia diferente en todo de la de sus tierras, quiso yr á ver las çerimonias; y como mirasse en todo lo que la gran sala auia, vió la hija del Rey que, única y heredera de su Reyno, es llamada Leoniselda, vna de las más loçanas y fermosas donzellas que oy en el mundo se falla y de mejor donayre: y como estuviesse entre antorchas, los cabellos fermosos sueltos, y ella apasionada, no solamente le paresçió la más fermosa que pudiesse ella ni otra ser; mas tubo por cierto no poder él viuir punto en su ausençia, y assi mientras duraron los funerales, todo lo que pudo estar en la sala por ver á Leoniselda, estuuo. Acabadas las honrras, como alguno no lo conociesse, andaua por la çiudad rodeando el gran palacio, por si pudier aver á la fermosa Leoniselda, tan señora de su coraçon, y como ella tan retirada viviesse y él no la pudiesse ver, determinó de se descubrir al Rey su padre, que asaz ançiano es, y pedírsela

por muger; y si dársela no quissiese, desafiallo por ello, y entrar por su Reyno con grandes huestes: y fízolo assi, que viniendo un dia armado de todas armas, sin levantar la visera, fue antel Rey y díxole que le queria fablar en poridad, y porque no temiesse de algun aleue, le fablaria alli arredrados los que alli eran. Al Rey le plugo; Bayaçeto le dixo quien era, y la demanda que traya, y lo que auia de fazer si se la negasse. El Rey marauillado de tan grande sandez y soberuia de cauallero, con las mas blandas y corteses razones que pudo le desengañó y negó lo que pedia. Entonces Bayaçeto con voz áspera y alta que todos lo oyeron, dixo:—Rey, pues me niegas lo que te pido, ques darme á tu fija, mereçiendola yo, desde aqui te desafío á fuego y á sangre, y prometo de entrar por tu Reyno de manera que á tu pesar me vengas á conçeder lo que agora me niegas. Y sin atender respuesta se salió de la sala, y caualgando en su cauallo, que á vna gran aldaua del gran palaçio hauia arrendado, se salió de la çiudad, no consintiendo el Rey que algun daño se le fiziesse: y entendiendo el Rey como Bayaçeto juntaba huestes y flotas para contra él, como era muy ançiano y temeroso aperçibiósse lo mejor que pudo, y para mas seguridad de su fija, fizo edifficar en vna espaçiosa vega cerca de un caudaloso rio vna fuerte torre, y de sumptuosos y ricos aposentos con huertas de fuera adornadas de arboleda y fuentes, flores y rosas y otras muchas gentilezas: y al fin de dos años que Bayaçeto desafió al Rey, entró por Maçedonia poderosamente, passando las huestes en diuersos nauios. El Rey mandó juntar la

gente, que aperçebida tenia, y llevó á la fermosa Leoniselda su fija á la fuerte torre, y encerrola en ella con sus dueñas y donzellas, porque en todo el Reino de Maçedonia no ay castillo fuerte, ni villa que sus adarues fuertes sean. Pues como este anciano Rey se viesse por su hedad inutil para las armas y flaco para consejo, embió con gran priesa, quando supo que Bayaçeto fazia aparejos para venir sobre él, tres donzellas á buscar á la estraña Filena de Arcadia, que su grande amiga es, para pedille paresçer de lo que en la guerra que esperaua fazer deuia, y assi estas donzellas fueron á los montes donde ella mora, cada vna al suyo, y Filena, que ya sabia el menester del Rey, dexosse fallar en la cumbre del monte Pindo, y respondió á la donzella, quel Rey de su parte fiziesse su poder en deffenderse, y que ella le fazia saber quel gran sabio Deucalion tomaua el cargo de le bien seruir, y le buscaria remedio assi para la guerra, como para la seguridad perpetua de su Reyno. Vuelta la donzella con esta respuesta al Rey, la estraña Filena me llamó, porque sabed que en aquellas cumbres tiene muchas donzellas que andan en compañia del Divino Apolo y sagradas Musas, y assi tienen graçia en muchas cosas. Estas donzellas que hadadas son, embia ella á diversas partes del mundo con mensages y cosas que á ella le paresce conuenir á su propósito: y como yo sea una dellas, embióme al sabio Deucalion, y él á la corte del Rey vuestro padre, como uistes, á que os truxesse á esta guerra: haueys de hallaros en ella de la parte del ançiano Rey; á Dios plegue daros tal andança que libreys de tan

graue afan aquel buen Rey y á la mas fermosa donzella que oy en el mundo viue, y creo que anda ya trauada la guerra: esta es la aventura que haueys de dar cima, y el don que me prometísteys.

Además folgó el cauallero del lebrel de saber lo que fazer deuia por tan altas personas, y dixo:—Amiga señora, asaz por vna parte me fuelgo entendiendo vengo á seruir al Rey de Maçedonia y á su fermosa fija, y por otra parte me he puesto en graue cuydado viéndome laso y no bien guarido de mis llagas, en tiempo que como dezides debe andar trauada la guerra.—No os acuyteis por esso, dixo la donzella, que yo vos pondré çedo en vuestra fuerça y vigor; y levantándose de las sombras, trabándole por la mano, le dixo:—Vamos, mi buen señor, á nuestro aluergue y adereçemos vuestras armas, si algo les falta, que mañana podremos partir.—Esso, dixo el cauallero del lebrel, no sé como pueda ser, que no me siento con fuerças para sufrir armas, ni poder subir á cauallo.—Agora lo veredes, dixo la donzella; y como yvan paseando por los floridos prados entre las sombras de las arboledas, donde oyan cantar las aues, que en aquel tiempo en amor andauan, la donzella por gozar á su cauallero començó á cantar con voz tan suaue, razones tan dulçes y bien compuestas, quel cauallero del lebrel no solamente sentia en el su coraçon admirable deleyte, mas assi como la donzella proseguia su cantar, assi sentia esforzarse y guarir de sus llagas, sintiendo vn esfuerzo y gozo tan subido que miraua á la donzella y á los prados, cuydando estar en otro nueuo

mundo, donde no ouiesse enfermedad ni tristeza sino vida eterna, y deleyte sin igual. La donzella, entendiendo su pensamiento, dexando los cantares, riendo le dixo:—¿Paresceos, buen señor, que podriades mañana exercitar las armas? mirad el don que de seruir al diuino Apolo y sagradas Musas los çielos me han conçedido.—Sí, Dios me vala, dixo él, estraña graçia auedes, y que lo fizistes mal en no me la enseñar antes. —Basta, dixo la donzella, que os la hemos trado quando mas menester la hauiades;—y con mucho gozo fueron al aluergue, partiendo á la mañana, semejandole el cauallero del lebrel no hauerse en su vida sentido mas fuerte ni de coraçon tan loçano: y caminando algunos dias sonando por aquellas partes la fama del cauallero del lebrel, por las grandes cosas que en el camino fizo, llegó á Maçedonia y parte donde la torre y huestes eran, las quales se hauian muchas vezes visto en esas escaramuças y reencuentros, faziendose de ambas partes asaz daño, y mas de la del Rey por falta de caudillos y obediençia; como el Rey alli no era, ni otro Príncipe de su linage á quien su hueste tuuiese temor y verguença, andaua desordenada y floxa, y como Bayaçeto, que muy sabidor de guerra era, entendiesse esto, pugnaba con todo su saber por dar la batalla, y al fin la dió muy sangrienta el dia quel cauallero del lebrel llegó al Real, y á tiempo que conoçidamente yuan los del Rey de vençida, desamparando el campo, pauorosos de la pesada maça con que Bayaçeto no dexaua cauallero ni peon con la vida. Pues como la donzella viesse el daño del buen Rey, dixo:—yo doy traylla al lebrel, ya vee

la caça, como bueno, y Dios le valga.—El caballero del lebrel, entendiendo lo que su donzella le dezia, tomóle la lança y abaxando la visera del yelmo, mirando la parte mas flaca del Rey, fué por ella á meterse entre los enemigos, y lançose con tal furia y braueza que antes que la gruesa lança rompiesse, vnos de encuentro y otros á so mano lançó á tierra muertos, y mal llagados cinco de los que mas se señalauan; y metiendo mano á su buena espada, vierades le ferir á diestro y á siniestro, con tanta fuerza y presteza que çedo le abrieron carrera, cobrando por su venida los del Rey parte del campo perdido, no pudiendo alguno entender quien aquel tan fiero cauallero fuesse; y como muchos le firiessen sobre el yelmo y en tocando en el qualquiera armadura saltasse en menudas pieças, ponia mas espanto y admiracion, huyendo todos de se topar con él, teniendole por encantado. La voz llegó á Bayaçeto como un cauallero encantado le entretenia la vitoria, y le destroçaua su hueste: reboluió bramando como feroz toro buscandole por la batalla, y biendole fazer estrañezas fué para él con la pesada maça, què de fino azero era, y el fastil assi mismo, diziendo en alta voz:—atiende, cautiuo desuenturado, veremos como resiste la dureza de tu yelmo la pesadumbre de mi maça. El cauallero del lebrel, oyendo la voz y uiendole venir con tanta braueza, ricamente armado, sobre un poderoso cauallo, tuuo por cierto que era Bayaçeto, y entendiendo ser menester esfuerço y tiento para vençelle, endereçose en la silla y afirmóse sobre los estribos, y con la espada alta le salió á reçebir diziendo:—Con mas razon te

puedes tu llamar, ó Bayaçeto, cauallero desuenturado, pues todos los malos y soberuios como tú lo son. Bayaçeto, oyendo quan osadamente aquel caballero le hablaba, como además follon fuesse, encendido en furor, sin poder fablar arremetió para él con la pessada maça en alto, y cuydando fazelle pieças la cabeza, no fué assi, porque el caballero del lebrel teniéndole grande ojo passó con su cauallo por él, con tanta presteza quel desatinado golpe dió en vazio, y apenas desçendió la maça, cuando el cauallero del lebrel reboluió con tanta presteza que le firió á su saluo por çima del hombro siniestro, con tal fuerza que las armas no le deffendieron para que la espada por los huessos no entrase, faziendo en él grande estrago, desapegandole el braço del cuerpo quedándole colgado; mas Bayaçeto, con el furor y enç endimiento que traya, antes de sentir ni entender su mortal llaga, le dió de traués por la siniestra parte del yelmo tan desmesurado golpe, que la maça se fizo menudas pieças como si de vidro fuera. El golpe fué de manera quel cauallero del lebrel cayó tal como muerto, y si el yelmo no fuera de tal bondad la vida le costara. Bayaçeto apenas dió el golpe quando le cayó la sangre sobre el coraçon y le afogó los espíritus cayendo sin bullir pié ni mano. Caualleros del Rey que uieron muerto á Bayaçeto, aunque mucho les dolió la muerte del que le mató, cobraron tanto ánimo y los enemigos le perdieron de arte, que la fortuna y vitoria se bolvieron á su parte, apretándolos de manera, que todos aquel dia fueran muertos sino por el gran valor de un primo cormano de Bayaçeto que

sostuuo el peso de la batalla, de manera que se retiró del campo á vna montaña vezina de allí con la mayor parte de su hueste, siguiéndole los del Rey, y matándole mucha gente: y como vieron el enemigo puesto en fuerte parte, y la noche que venia, los del Rey boluieron vitoriosos al Real robando el de Bayaceto, y buscando al buen cauallero del lebrel que la vida y vitoria dado les hauia. Los caualleros que vieron la buelta fueron por aquella parte, y falláronlo vasqueando, y á Bayaçeto muerto. Luego le alçaron la visera del yelmo y vieron que abrió lasamente los sangrientos ojos, que por ellos y por los oidos y boca lançaba sangre, y como mejor pudieron lo lleuaron á la torre, que no cinquenta passos de allí era, de donde la fermosa Leoniselda y las que con ella estauan vieran la batalla, y marauilla de aquel no conosçido cauallero, y como le vieron caer temian no fuesse muerto, y este cuydado les fazia no gozar del gozo de la vitoria. Assi como estos caualleros lleuauan al cauallero del lebrel desfallesçido y atronado, llegó su donzella faziendo gran duelo, cuydando fuesse del todo muerto, diziendo:—ay! cauallero del lebrel, el mejor que ciñó espada, y que cayda oy dá, si muerto eres, la flor de la caualleria! mas no lo permita el alto señor, que para mas altas cosas te guarda. Y metiéndolo en la torre fallaron á la Prinçesa además cuydosa por la muerte deste cauallero por quien el estado y honor tenia, y mandó que le traxessen ante sí y se lo pusiessen en su estrado de oro, donde ella sentada en vna rica silla era, y como lo pussieron á sus piés ella misma le

desenlaçó el yelmo. En este punto la donzella viendole bullir començó á cantar suauemente canciones de tal fuerça, que á todos quantos la oyan prestaua esfuerço y goço. A la virtud y melodia de los cantares el cauallero del lebrel abrió los ojos, y assi como oya la voz de la donzella, assi boluia en su sentido y vigor, y como ante sí viesse á Leoniselda que su yelmo en las manos tenia, leda á marauilla de le ver viuo y con señales de no ser mucho su mal; como en todo su acuerdo se viesse, y viesse donzella tan fermosa, en aquel punto le dió su coraçon y libertad, tomando tanto sabor en la ver, que todos viendole tan fuera de si cuydaran que se desfalleçiesse de llagado. La donçella entendiendo el gusto de su coraçon, tomándole por la mano le dixo:—Cauallero del lebrel, leuantaos, y sufrid vuestra passion, pues tal mal guardastes lo que por cierto tuuistes. El cauallero del lebrel que si toda su fuerça y salud estaua, aunque mal ferido el coraçon, ovo empacho que su donzella le oviesse entendido su mal, y leuantandose sin affan ni pesadumbre alguna, marauillando á todos cuantos alli eran, que mas por muerto que viuo lo auian juzgado, buelto á su donzella, no osando mirar á la prinçessa, dixo:—Amiga, dezidme por vuestra fee donde estoy?—La donzella le dixo:—buen señor, ante la mas fermosa donzella del mundo, á quien oy hauedes fecho Reyna de Maçedonia. Dixo él:—bien dezides en lo primero, mas como he fecho yo seruiçio á tan fermosa donzella?—con poner la vida á peligro de muerte, dixo la donzella, que sabed que matastes al soberbio Bayaçeto, y por su muerte hauemos

alcançado vitoria de nuestros enemigos.—En esto Leoniselda, viendo al cauallero del lebrel acordado y desacordado, que hasta allí hauia estado mirando su fermosura y buen arte, y hauiale paresçido qual nunca hombre le paresçió, se acostó á él y con gran mesura le trauó por su armada mano, y mandando traer una silla le fizo asentar en ella par de sí, diziendole:—ay! buen cauallero, no os quiero dezir si me pessa de que yo vos deua tanto; mas vos soys tal que no me culpareys sino os pago el seruiçio que oy me havedes fecho conforme á lo que os deuo; contentaos con entender que si pudiesse altamente vos lo pagaria.—Él, que en sí no estaua con el gusto de mirar tanta beldad, dixo:—ningun cauallero fizo seruiçio á donzella que mas bien pagado fuesse que yo lo soy, fermosa señora, con dezirme vos que desseays pagarme. En esto la donçella, fincandose de hinojos ante la Prinçesa, dixo:—Alta y fermosa señora, este cauallero es el socorredor de vuestros affanes; este es el que el sabiò Deucalion vos embia para vuestro remedio; este es el que ha vencido y muerto vuestro cruel anemigo y es el infante Prothesilao de Austrasia, fijo del valiente Rey Anfiarao: y vos, bien andante, dixo á Prothesilao, hauedes cumplido como buen cauallero el don que me otorgastes: ora fazed vos lo que por bien tuuieredes, que yo me voy á dar la buena nueua á los dos sabios Deucalion y Filena, que cargo de vuestro hermano tienen, aunque ellos saben ya vuestros gloriosos fechos; y á Dios quedeys encomendado. Y sin mas atender salió de la torre, y se fué donde nunca mas fué vista.

Entendiendo la prinçesa de quan alta guisa fuesse el cauallero del lebrel, de gozo no sabia que se fazer ni dezir, embiando luego mensages al Rey su padre, que diez millas de alli era, faziendole saber la vitoria, y quien era el cauallero famoso del lebrel que dado se la hauia. Aquella noche Prothesilao quisiera dar rebato á las reliquias de la hueste de Bayaçeto, mas á ruego de la Prinçesa se quedó, ordenando á los que tenian cargo del exerçito que estuviessen la noche con gran vigilançia y cuydado. No vos diré mas la historia destos fechos, sino que los enemigos esta noche calladamente á mas andar se fueron, y antes que saliessen de los terminos de Maçedonia murieron los mas dellos.

Luego quel Rey de Maçedonia supo las nueuas que vos emos contado, uino á la torre con el gozo que debeys cuydar, y desseo de ver al infante Prothesilao; no se detiene la historia en esto mas de fazeros saber, que tanto se pagó de sus costumbres y buen trato el Rey que le casó con la Prinçesa su fija, que con poca fuerça lo acabó con ella, que era la cosa que mas en esta vida desseaua: y fecho el casamiento, el Rey le renunció el Reyno y se recogió en aquella fermosa torre, donde fué además bien seruido y visitado de los Reyes sus fijos, viuiendo con gran contentamiento nueue años. Y sabed que el primer año del casamiento del infante ouo en la Reyna Leoniselda vn apuesto fijo llamado Lidiamares, y en el tercero vna infanta muy apuesta quellamaron Leoniselda, como á la Reyna su madre, de quien esta historia faze gran cuenta, no fablando dellos fasta sus tiempos, que señaladas cosas fizieron: y torna el

autor á contaros lo que auino al Príncipe Argesilao que trás la donzella de á pié caminaua.

CAPÍTULO IV. De lo que avino al Príncipe Argesilao que seguia la donzella que á pié lo guiaua.

IGUIENDO á gran paso de los cauallos Argesilao y su escudero á la donzella que á pié yva, anduvieron aquel dia y otro sin estoruo alguno, y entrando á ora de vísperas por vna fermosa y llana floresta, sus árboles eran tan espessos y la donzella caminaua con tanta ligereza, que por bien que á más andar de los cauallos la seguian y pugnauan de la no perder, dando bueltas la carrera, quando no se cataron la perdieron sin mas vella, por lo que Argesilao fué además sañudo, y mirando á todas partes no la pudieron mas ver; y dando priesa á sus cauallos fallaron tres carreras que de la que lleuauan salian, y no sabiendo qual dellas fuesse la mejor, Argesilao ayrado á marauilla, tomóla de medio y caminó por ella dos millas sin fablar palabra, de pesar que ouo por aver perdido la donzella. A la fin de dos millas fallóse fuera de la gran floresta, y vido ante si el caudaloso Rin, que parte á Olanda de Frisa, y vido en drecho de la carrera que lleuaua una gran barca y passar en ella á la otra parte quatro caualleros armados de resplandesçientes armas; y como arribó á la orilla y embarcadero del rio vió su donzella que dos caualleros de los que en

la barca yuan la llebauan de los braços, passando con ella en altas vozes razones que entender bien no pudo, mas pareçiole que la doncella fiziesse duelo, y conoçiendo que la llebauan por fuerça y que la no valer podia, en su vida reçibió mayor pesar.

En esto la barca arribó á la otra parte donde los caualleros desembarcaron trayendo sus cauallos de rienda, y en saltando en tierra los dos que la donzella llebauan, la dexaron en poder de otro que poco para jayan le faltaua, y cortando de los arboles vergas vinieron con manojos dellas ante el membrudo cauallero, que leuantando las ropas a la donzella, çiñendole el brazo por çima los suyos y cuerpo, la tenia desnuda de medio ayuso, y començaron los dos malos á la ferir á mucha priesa. La cuytada daua altas vozes, aunque oyr no se podian, diziendo:-ay! el mi buen señor, que si vos pudiessedes passar, bien me vengariades.—El jayan que só el braço la tenia, ovo desto gran saña, y mandó al barquero que çedo passase la barca y en ella aquel sandio y cativo que de la otra parte atendia, jurando de dalle el mismo castigo que á su donzella, si en viendole, á merçed no se le daua: ¿Qué vos diré de la yra y saña que Argesilao tenia, viendo denostar la donçella sin la poder acorrer, sino que quiso lançar su cauallo por el gran rio, si de la rienda su escudero, que de gran bondad y linage era, no lo oviera detenido diziendo: ¿que fazedes, señor,? ¿no vedes que ensañays al muy alto señor en tentalle desa manera? no fagades tal cosa que dirá el mundo que os auedes perdido de sandio. Argesilao tornando en si, dixo:-

¿que quieres, amigo, que faga si ante mí passa en la donzella lo que vees?—señor, dixo el escudero, llamado Grisolfo, atended la barca que vedes venir, y en ella passaremos. En esto la barca se acostaua á tierra, y antes que á ella arribasse con buen trecho, no pudiendo sufrir la braueza de coraçon de Argesilao tanta dilaçion, lançó el cauallo en el rio donde gran fondura era, y quiso Dios por su bondad quel cauallo era tan bueno y fuerte que se acostó á la barca, donde con gran affan y peligro, ayudándole el barquero, subió en ella, tornandose nadando el cauallo á tierra casi sin huelgo. Grisolfo, que viendo tal á su señor, quiso lançarse tras él, no pudo, porque su roçin era temeroso del agua, y no quiso entrar en ella. En esto la barca se acostó á tierra, y saltando en ella el barquero ayudó a Grisolfo á tomar el cauallo de su señor, y entrando todos en la barca el barquero la alongó de la ribera diciendo:—Si supierades, cauallero, donde ys, y lo que en esotra parte del rio os averna no tuuierades tanta priesa de passar.—¿Como assi, dixo Argesilao?—porque ha jurado aquel desmadejado, dixo el barquero, que vuestra donzella tan ligeramente so el braço tiene, de teneros assi y fazeros dar aquel mismo castigo, y pesar me á dello, porque semejades hombre bueno; si mi consejo tomays no passariades adelante, y tornaros heys á donde os embarcastes, porque sabed que se llama esse membrudo y cruel cauallero Formion del Campo, y llámanle assí porque do quiera que passa es señor del Campo: su costumbre es fazer males y pesares: es de la casta de los esquivos jayanes que vinieron de Daçia á Frisa, donde tienen

vn fuerte castillo, que de los leones llaman, y alli traen gentes catiuas á passar graues tormentos; llámanse Follon el Laso, y Turbilon del venablo; tiene Turbilon en este Castillo vn descomunal fijo, donzel de nueue años, que sobra en esta tierra dos palmos á todos los caualleros que jayanes no sean, llámase Azerado el cruel, y bien le quadra tal nombre, porque no se deleyta mas de cosa que de lançar hombres, dueñas y donzellas, niños y viejos á sus leones, que dos ferocíssimos y encarnados en sangre umana en el su castillo tiene; assi que, tornaos, y creedme que no podreys bien salir de las manos de Formion:—Agradézcote, amigo, tan buen paresçer y consejo, dixo Argesilao, mas como ves soy cauallero nouel y esta es la primera auentura que he fallado, y si á los principios soy cobarde, en todas las otras cosas lo seré: mas dime; ¿ques la causa quel Rey de Frisa consiente en su tierra estos crudos hombres? y date prisa en fazer que buele la barca.—Sonriendose de esto el barquero dixo; la barca, como señor vedes, no puede nauegar mas ni menos quanto corre la corriente: esotro que demandays sabreys. Estos fieros hombres son muchos de su linage, fuertes y temidos; tienen parientes y amigos en Daçia, Tartaria y Moscobia, de donde sus abuelos fueron, y en vnas guerras que tuuo el Rey de Daçia con Croçia, truxeron estos en su seruiçio cinquenta jayanes y veynte mil tartaros de cauallo, gentes inumanas é inuençibles, y aunque fazen asaz daño en Daçia, Frisa, Gueldres, Olanda y en sus comarcas, en muchas cosas son al Rey de Frisa obedientes, y si el Rey de Fri-

sa tuviesse guerra con otro Rey le podrian bien seruir, y por esto disimula con ellos y passan en silençio sus cosas.—Bien poco puede ó entiende el Rey, que por su particular dissimula con los escandolosos y de mala vida, dixo Argesilao, y no los castiga, cuydando que en algun tiempo le pueden seruir; como si por castigar los malos se le revelassen los buenos.

En esto arribó la barca en tierra, y viendo Argesilao que los falsos cauallerôs no cessauan de ferir la donzella, semejandole arder en yra, sin ál acatar, embraçó el preçiado escudo, puso mano á su espada, quel Rey Anfiarao su padre le dió por ser la que en sus empresas y auenturas le diera singulares vitorias, y saltando con gran ligereza en tierra, denodadamente fué para los caualleros, diziendo en voz alta:—Caualleros malos, á quien Dios confunda y castigue, dexad la donzella que ningun mal vos á fecho.—El soberbio Formion viendo ante sí cosa nueva como fablalle vn solo cauallero con tanta osadia, ençendido en furor y braueza, arrojando lueñe de sí la donçella, dió vna terrible voz y vn salto, y sacando de la bayna vna ancha y luenga espada todo avn tiempo, dixo:—Dioses, los que las armas regís, pues days tanto ardimiento y osadía á vn astroso cauallero para que con la espada en la mano ose fablarme, no quiero vuestra amistad ni ayuda.—En esto Argesilao arribó á él, y viéndole venir con la descomunal espada en alto, y hauiéndosele mucho metido, no pudo ál fazer que ampararsse del escudo. Formion descargó sobre él su pesssado golpe, y si otro escudo el mejor del

mundo fuera, él y el braço que lo regia façilmente lo tajara, mas en este señal alguna no fizo, aunque Argesilao lo sintió tan cargado quel braço le semejó hauelle roto, y como viniesse tan ganosso de le ferir, y fuesse vno de los mejores feridores despada de sus tiempos ni de otros passados, firió á Formion sobre el grueso yelmo, que vna mano le metió por el, y la cabeça, y dado este le dió otro y otro, con tanto vigor y fuerça de braços que con todos le llagó; cosa de espanto fuera para quantos vieran andar tan brauo y feroz á Formion, sino para Argesilao, que aunque llagarse sentia, no traya tanta cuenta con sus llagas como en fazellas á su soberbio enemigo, y assí se las fizo tales y tan mortales, que desengañado el Formion que vn solo cauallero lo pudiesse traer á tal punto, entendiendo que le conuenia deffenderse, attendia á la batalla con mas tiento. Sus dos caualleros conoçiendo que enflaqueçia y á su contrario creçia la fuerça y huelgo, cubiertos de sus escudos y las espadas desnudas en las manos, á gran paso vinieron á le acorrer; mas como fuesse naturalmente soberbio, con gran voz les dixo:—aparteos que solo yo quiero cartigar este sandio:—y apretando bien la espada en la mano cuydando partille yelmo y cabeça, descargó sobre Argesilao vn desvariadó golpe: Argesilao confiado de la fortaleza de su escudo lo recibió en el, mas fué dado con tal fuerça, que rotas la embraçaduras lo lançó lueñe rodando por el campo. Argesilao viéndose sin escudo, paresçiendole conuenir dar çedo fin á tan peligrosa batalla, le firió otra vez sobre el yelmo, que tajando gran parte del le

firió en la cabeça sobre la frente, que casi fasta los ojos le fendió, desatinandolo de manera que tiraua golpes por el ayre sin saber lo que fazia, que no fué mas menester, porque conociendo Argesilao su desatino le firió á su saluo por las partes que le plugo, dando con él muerto en el suelo. Quisiéronlo vengar sus dos caualleros, que cormanos suyos eran, mas el primero que á el arribó dexó el braço diestro á sus pies, dando á fuyr con la rabia de la muerte, viniendo á caer junto de la donzella, que viendolo ella tal, fecha vna rabiosa tigre, con una dura y graue piedra le desfizo narizes y rostro no le dexando de ferir fasta que le vió sin alma. Argesilao apretó al otro de manera que le fizo lançar por el agua, donde en vn punto desçendió al fondo del rio y çentro del infierno, en compañia de su compañero. La donzella estaua tan cruel y encarniçada, que no contenta de lo fecho, lançó en el rio aquel que ella acabó, por estar cerca del agua, y prometió dones al barquero si lançaua el jayan, y assi lo fizo, pagándoselo ella bien, y viniendo llorando de gozo ante Argesilao, se le fincó de hinojos queriéndole besar los piés, mas él la levantó susodiziendo:-mi buena amiga, ved en que affan os pussistes y me hauedes puesto, y el daño grande que hauedes fecho por no quererme atender en la carrera; por vuestra fé que de aqui adelante no lo fagades assi, y subid en vno dessos cauallos de los caualleros muertos, que aunque menester no lo ayades para caminar, folgarme he que vengades razonando conmigo.—Pues assi te plaze, dixo la donzella, yo lo faré, que

todauia te seruirá vn buen cauallo, si vos fara menester: y caualgando él en su cauallo y Grizolfo en el suyo, el barquero dió á la donzella el de Formion, que á marauilla fuerte y ligero era. La donzella subió de vn salto en él con marauilla de todos, y encomendando á Dios el barquero, guiando la donzella el camino, siguieron su carrera por fermosa tierra. Argesilao desseando entender porque Formion la maltrató, ella le dixo:-sepas, buen señor, que yo, cuydando que me seguias, y viendo que no podias errar la carrera de la barca, porque todos los caminos que tomamos yuan á ella, como yo bien sabia, tiré mi camino adelante, y al entrar en la barca llegaron los tres malos caualleros á ella, y preguntaron me quien yo fuesse, y de quien era, y a donde yua; yo les dixe la verdad en todo, sino en tu fazienda y nombre, y en la auentura que tienes de prouar, porque la sabia Filena me encargó que antes muriesse que dezir á nadie adonde te llevo; y porque no se les quise dezir me firieron con las vergas como viste, y firieronme mas porque yo te llamaua en mi acorro, y sañudo desto Formion mandó al barquero que luego boluiesse la barca, y te truxesse, para fazer otro tanto de tí como fizo de mí; y Dios lo ordenó de otra manera mas en nuestro fauor; y razonando en esto y otras agradables cosas caminaron la parte de aquel dia, arribando á un pequeño pueblo donde convino Argesilao detenerse algunos dias fasta que de sus llagas fué guarido.

Luego por toda Frisa se supo la muerte de Formion y sus compañeros, y de que manera un cauallero nouel los ma-

tó. Partido desta villa, siguieron su carrera, donde algunos caualleros y donzeles que por ella le toparon viéndole las sobre señales de nouel, y la donzella y escudero, que tales señas por el barquero sabian, le preguntauan si era el que tan gran fecho auia acabado; la donzella respondia á todos que no, diziendo a Argesilao que conbenia negar esso fasta hauelle cumplido el don. Pues auínoles otro dia, que caminando por vna fermosa vega ayuso poblada de torres y caserios, vieron en vnos fermosos prados entre altos y copiosos olmos, luzidos tendejones y cauallos arrendados á los árboles, y á la sombra dellos recostados durmiendo caualleros armados. La donzella viendo los tendejones dixo:-Aora, buen cauallero, es menester que muestres lo que vales, porque esta es la auentura que has de prouar. Desengañote que es una de las mas peligrosas para vn solo cauallero que en el mundo fallar se pueda, mas tambien te sé dezir que te fuera mejor no hauer á ella venido, porque te será causa de passar lo más de tu vida en dolor y pessar. Tambien te fago cierto, que si sales como espero, desta empressa darás la vida al mayor Príncipe del mundo, y preciarás mas en algun tiempo auer librado de muerte el que en aquel alto tendejon presso, para dalle crueles tormentos, vn crudo jayan tiene, que ser señor de vn Reyno mayor quel tuyo; y si esta aventura sera causa de tus malas andanças, la misma lo será para traertelas buenas; y aperçibete porque ternás bien que fazer.—Estrañas razones pareçieron á Argesilao las que la donzella le dezia, y pareçiéndole contrarias las vnas de las otras, no dió crédito á ellas, mas de que podria ser fa-

llar alli, como dezia, algun gran peligro; y dixo á la donzella.—Amiga, bien será no creer lo que me dezides, que me ha de venir, porque pareçe que tengo de verme en graues affanes: auéngame lo que Dios tiene de mi ordenado, que con fuerte ánimo cuydo passar. Y pues como dezis, en aquella tienda está el cauallero que tengo de acorrer, vamos allá.—Y tomando á su escudero las armas, dexó su carrera, y tiró para el tendejon, y vido fasta seis caualleros armados, con los yelmos en las cabeças, leuantadas las uisseras, so los arboles dormir fieramente; y como al tendejon mas se acercasse, oyó vna voz flaca y apassionada que dixo:-Ay! quanto más duele al affligido y miserable la tardança de la muerte que espera reçibir, que la misma muerte!

Al tropel de los cauallos despertó vn cauallero, y levantándose çedo subió en un cauallo, que al arbol donde dormia arrendado estaua, y poniéndose ante Argesilao, que hauia el suyo parado escuchando las dolorosas palabras que en el gran tendejon oya, le trauó fuerte del brocal del escudo diziendo:-en mal punto te truxo tu fortuna aqui, desventurado, mejor te fuera seguir tu camino, que venir donde atormentado morirás mala muerte.-Argesilao, que si de mas sufrimiento quando se ayraua fuera, no tuuiera en bondad de armas par, sintiendo trabarse del escudo fué tan ayrado, que dió con el cuento de la lança en las quixadas al cauallero, que desfaziéndoselas dio con el desfalleçido sembrando dientes por el suelo. Ya con esto se habian leuantado los cinco, y uiendo el compañero tan mal parado, subieron çedo á caua-

llo y tomando sus lanzas, le vinieron juntos á encontrar diziendo:—pugnemos por le matar el cauallo, y tomémosle viuo para que por su mano el nuestro señor Follon el Laso tome del la vengança que le pluguiere:—y assi vinieron al mas correr de sus cauallos, las lanças bajas, y de los escudos cubiertos. Argesilao viendolos venir salió assi mesmo para ellos, encontrando al vno por parte que no pudo mas en su vida fazer bien ni mal. Los otros encontraron al cauallo de manera, que le derribaron, mas no cayó tan çedo que Argesilao no tuviesse tiempo de saltar del sin daño alguno: aqui vierades vn marauilloso cauallero, porque tomando delante su cauallo para mejor se valer de los encuentros, puso mano á su espada y embraçó su buen escudo. Ellos, que rotas las lanças auian, començaron á rodealle por le ferir con las espadas á su saluo, y uno mas orgulloso que los otros, acercóse por le ferir por çima del yelmo, cuydando ganar él solo el prez de la vitoria; mas no le auino assi, que firió en el escudo donde mella no fizo, y Argesilao sobre el yelmo, que bien semejó ser de ruin temple, porque él y la cabeça fueron partidos en dos partes. Como los otros vieron tan desmesurado golpe, no quisieron entrar con el tan desatentados. Argesilao que vio su floxedad, viendose çerca del cauallo de aquel que derribó, lançando el escudo a las espaldas, se junto á él, y puesta la siniestra mano sobre el arçon delantero, sin tocar el pié en el estriuo, saltó en la silla. En esto los caualleros tuuieron tiempo de le ferir, mas los golpes fueron en el escudo, que á las espaldas tenia. Argesilao reboluió y lo embrazó con gran presteza,

metiendose entre ellos tan brauo y fuerte, que çedo se feneçió la batalla porque en sendos golpes mató al vno, y tulló al otro y el otro boluió las riendas y se metió entre los árboles. En esto que le yua siguiendo, oyose dar vozes, y buelto á ver quien las daua, vió venir á su donzella, que con Grisolfo por su mandado se auia quedado algo atrás, corriendo y dando vozes diziendo:—Acógete, cauallero, a los árboles que eres muerto, porque Follon el Laso, que por aqui anda bolando garças, ha sabido por vn hombre suyo que aqui estaua, la batalla que hauedes fecho y el daño quen sus caualleros faziades, y viene bramando que no ay hombre que le osse mirar á la faz. En esto Argesilao sintió gran rumor entre los árboles y ramas, y era que venia el esquiuo jayan por entrellas, y como de tan descomunal grandeza fuesse, tocaua con la gran cabeça, que armada de una gruesa çelada traya, arriba en las espessas copas de la arboleda rompiendolas con gran rumor. Venia á pié, que por aquella vega no solia andar á cauallo: Argesilao que semejante hombre jamás viera, ademas se marauilló, y pareçióle que vn cauallero honrradamente podia rehusar su batalla con tales monstruos, pues por razon de guerra no podia dexar de ser muerto ó presso el que con tan dessemejada bestia se combatiesse. Mas él no quiso tomar este su paresçer, sino probar con él su fortuna; esforçandole mucho entender que este horrendo hombre era malo, y pareciéndole valerse con él mejor á pie que á cauallo, saltó del suyo ligeramente, y embraçando aquel su fermoso escudo, que en tan buen punto para él se fizo,

puesta mano a su espada se fué para él con aquel denuedo y confiança de su vitoria, como si contra otro cauallero de su apostura fuera.

¡Santo Dios! y que estrañeza fué para Follon ver tan pequeña cosa venir á ferille con tanta braueza de coraçon! y dando vna espantable voz, que la vega fizo temer, dixo:—¿como, Diosses, quereys que os sufra este menos preçio que oy me fazedes, en poner ante mi cosa tau catiua con tanta presunçion?—y sacando de vn ancho çinto vn cuchillo de monte tan luengo y pessado que un cauallero de mediana fuerça no lo pudiera mandar, dando vn bramido terrible, cubriendose de espesso humo que de su boca y narizes salia, fué en dos passos sobre él, y alçando con gran espaçio el terrible braço en alto, semejando sobrar la punta de su espada las cimas de los altos árboles. Argesilao que vivo y fuerte de coraçon era, metiósse mucho con él, y antes que descargasse el tempestuosso golpe le firió de alto á baxo por la hijada desçendiendo al gran muslo que desarmado traya, con tanto vigor que vn palmo por la hijada y por él entró la espada, cortandole gran parte de los nerbios de la corua, y teniendo ojo á la terrible espada que bramando por los ayres desçendia, saltó al traués faziendole perder el golpe, y como fué en vaçio y tuuiesse los nerbios de la pierna siniestra tajados estuuo en punto de caer, y quedó fincado el finojo siniestro en tierra. No se adurmió en esto Argesilao, porque en el mismo punto que Follon fincó la rodilla en el suelo, saltó para él y le dió por lo mas alto de la pierna junto de la ingle

vna punta d'espada que mas de un palmo le metió por el cuerpo, faziendole dar vna voz espantosa, levantando á dos manos la graue espada con que fendiera vna torre tiró tan desvariado golpe que por poco que le alcançara lo fiziera dos partes. Argesilao con gran esfuerço y ligereza se apartó del, teniendo tiempo para desviarse por la mucha distançia que ovo de lo alto á lo baxo, y descendiendo el bestial golpe, no paró fasta dar en tierra, metiendo en ella gran parte de la espada; y tornando Argesilao á juntarse con él, lançando el escudo á las espaldas, tomó la espada á dos manos y diole por el braço diestro tan fuerte golpe que aunque mas gruesso y fuerte fuesse le tajó. A este punto hauia perdido el jayan tanta sangre qu'estaua en torno del vn lago della: eran tan fuertes los bramidos y resoplidos que daua viendose tan perdido, que tremian los arboles. Pues como quatro caualleros suyos tal le viessen, arremetieron contra Argesilao diziendo: —no consintamos que vn solo cauallero se pueda alabar que ha muerto en el campo mano á mano al jayan Follon el Laso; y como viniessen á pié, por andar assi el jayan, entraron con él á le ferir d'espada. Argesilao que bien cubierto se falló de su escudo, reçibió en él los golpes, y pagólos el primero que alcançó, porque le fendió yelmo y cabeça; y á otro firiéndolo de traués le derribó á tierra el braço de la espada. Los otros viendo tan mortales golpes y fuerte braço de cauallero, qual nunca otro su ygual se falló, en sus tiempos, paresçioles librar mejor con fuyr: como ligeros y buenos corredores fuessen no pudo alcançallos, y con la espada en

la mano tinta en sangre, tiró para el tendejon por ver si fallaria en él quien armas fazer quisiesse; no curando del jayan que bolcandose en su sangre feneçia sus dias.

CAPÍTULO V. **Como Argesilao libró vn cauallero que el jayan Follon tenia preso para atormentar, y quien era.**

Habiendo dado çima Argesilao á tan grande fecho, arribó Grisolfo tan ledo como podeys cuydar, viendo á su señor sin lision alguna, con la mayor honrra que nunca ganó cauallero: la donzella leda á marauilla dixo: —Dígote, cauallero que aunque me duelen las feridas que los malos de Formion me dieron, las doy por bien empleadas, pues nunca donzella fué tan bien satisfecha de don que á cauallero pidiesse como yo. Entra en el tendejon, y dá fin á esta aventura, que otro alguno sino tú no la diera.— Argesilao sin ál entender, entró oyendo la flaca voz de antes, que sintiendo el ruydo de las armas dezia:—con bien vengas, ó tú, cualquiera que seas, si vienes á sacarme de tan afanossa y malandante vida!—Argesilao que entraua en el tendejon á este tiempo, oyendo tales razones, y viesse ligado al mastel de la tienda con fuertes cordeles, de piés y garganta, un cauallero armado de armas roxas y blancas, rotas por algunas partes, y llagado malamente, segun la sangre del salia, doliósse del por velle tan mal parado, y de poca hedad y gentil rostro, aunque de la sangre perdida lo tenia sin color; cortándole las ligaduras, le dixo:—esforçaos, caua-

llero, y no temades, que segun la estrañeza de vuestro acorro, para grandes cosas os fizo Dios.—El cauallero que se vido desligar y fablar tan dulçemente, no sabiendo que se cuydar, dixo:—ay! buen cauallero, por mesura me dezid la verdad de mis fechos! ¿quiéreme vuestro señor el jayan atormentar?—Argesilao dixo:—entended que soys libre, y porque lo creays salid conmigo y veredes como no os fará mas atormentar el jayan. El cauallero tomó desto tanto esfuerço que no sintió su flaqueza; mirando acaso por la gran tienda vido ligada á vn mastel su espada, con quien fué además ledo, y tomándola dixo:—ora vamos, cauallero, á ver la verdad desta mi buena andança:—y como salió y viesse los caualleros muertos, espantóse mucho y dixo, ¡Santa María, estos son los malos caualleros que me llagaron y prendieron, por mandado del jayan Follon el Laso, ¿si se ensañó con ellos y los mató, que assi suele fazer quando se ensaña, de fazer pieças á quantos delante si tiene?—No los mató él, dixo Argesilao, ni matará otros.—Luego muerto es, dixo el cauallero, ¿que me dezides?—Sin falta es assí, dixo Argesilao, velde alli de manera que no teneys porque temello: y viéronle tendido en su sangre, sin bullir pié ni mano, porque ya hauia desçendido su alma á los infiernos. En todo estremo se marauilló el apuesto caballero de le ver tan dessemejado y con tan grandes llagas, y dixo:—Dezidme, señor, assi Dios os vala, ¿qué gigante ha muerto este jayan, porque segun él era y sus grandes llagas muestran, no lo ha podido fazer otro sino otro tal como él? Esta donzella que para vos

acorrer me traxo, dixo Argesilao, vos lo dirá: y boluiendo la cabeça el vno y otro para la donzella, que tras Grisolfo venia, Argesilao se maravilló de ver que venia el cauallo de la donzella trás el de Grisolfo sin ella. El apuesto cauallero viendo tan marauillado á Argesilao, dixo:—¿cauallero, que hauedes? ¿qué estrañeza veys?—La mayor que nunca ví, dixo Argesilao, porque venia la donzella que á esto me truxo en aquel cauallo que vedes venir en pós del de esse mi escudero, y háseme desapareçido, semejando vna aue que de la silla volasse y se subiesse á las nubes.—Pésame, dixo el cauallero, que se aya ydo de nos, sin yo le agradeçer lo que por mi ha fecho en traeros aquí.—Ora, señor cauallero, dixo Argesilao, vos estades llagado y mal parado, y hauedes menester catar vuestras llagas; y como vedes he fecho gran estrago en esta gente aleuosa, hánse fuydo dos caualleros que conmigo se combatian, y por uentura vernan con gente á nos, y no estays para fazer armas, y podriades os perder; y pues tanto me costays no quiero perderos; acojámonos á vn castillo ó poblado, el primero que fallemos, donde quedeys curándoos, y yo buscaré el castillo de los Leones, que cerca de aquí en esta vega dizen qu' es, donde viue el jayan Turbilon del venablo, hermano dese Follon el Laso que yo he muerto, por sí á ventura sacasse yo del mundo bestia tan dañosa que tantos males y agravios por estas comarcas él y los de su linage fazen.—¡Santa Maria, valme! dixo el apuesto cauallero: ¿y vos haueys, señor, fecho tan gran hazaña como ha sido combatiros con Follon y matalle? ora me tengo

por el cauallero del mundo mas bien andante, en verme acorrido por mano de tan estremado cauallero como vos soys, y tened por çierto que si el alto señor me torna á las tierras do naçí, que yo vos seré agradesçido.—Téngome por pagado, dixo Argesilao, en aueros fecho seruiçio, que segun semejades, alto hombre deueys de ser; y assi me lo mostró la donzella que á vos acorrer me truxo, y desseo saber vuestra fazienda: y acogeos á vno desos cauallos que por aquí paçiendo andan, que fueron de los caualleros que yo maté.—Bien dezides, dixo el cauallero: y assi con ayuda de Grisolfo subió en vno que primero fallaron, y Argesilao en el que venia la donzella, que como sabedes fue del soberuio Formion, sobrino destos jayanes, y tomando lanças que allí fallaron, y la carrera que la vega ayuso yva, Argesilao preguntó al apuesto cauallero su fazienda: él con semblante ledo, le dixo: pocos caualleros hay en el mundo á quien aora yo la dixera, sino á vos que tanto os deuo; sabed que á mi llaman Gelismundo: soy fijo vnico de Altibor de Dardania, Emperador de Greçia, y desseando yo como cauallero andante ver alguna parte del mundo, entendiendo quanto menester le sea al Príncipe que ha de gouernar Estados andar lueñes tierras, y entender las diversidades de costumbres que por ellas son, para saberse con todos tratar, de manera que sea tenido por prudente, y tener tiento en las cosas árduas para conservarse en ellas, me salí de la córte de mi padre sin que él supiesse mi partida, con dos escuderos que oy se me han perdido, por hauer dado en manos de caualleros del jayan:

no os quiero dezir las auenturas que fasta aquí he fallado, porque no han sido notables, sino esta. Mi voluntad es passar á Gaula, y España, porque me dizen que por aquellas partes se hallan muchas y estrañas aventuras, y de allí tornaré á Constantinopla donde os faré todas las buenas obras que yo pudiere, pues soys la persona del mundo a quien mas deuo. Passando oy yo por aquí, fallé que esse jayan, con otros ocho ó diez caualleros, andauan bolando en la ribera, y cómo me viessen, con gran soberbia sin mas razon, me quisieron prender y llevar ante el jayan que sentado junto á una fuente era; yo no consintiendo que assi me lleuassen, vine á fazer con ellos, maté los dos, y los seis matándome el cauallo, debaxo del me prendieron, y matáranme, sino les diera vozes el jayan mandándoles que me truxessen antel presso, que assi lo fizieron; y el jayan viéndome bien armado preguntóme mi fazienda, y semejándole que rehusaba en se la dezir, ayróse y mandó que me lleuassen á su tendejon y me tuviessen allí fasta que él tornasse, porque se queria deleytar en darme crudos tormentos, y assi me ligaron á vn mastel del gran tendejon, como vistes: de mis escuderos no sé ál mas que viéndome prender se metieron á mas andar por entre lo mas espesso del arboleda. Dios quiera que yo los cobre, que fijos de altos hombres son; esta es mi fazienda: ora conozca yo quien soys, para que sepa á quien tengo de satisfazer tan gran beneffiçio como oy de vos he recibido.—Argesilao ledo á marauilla, dixo:—á Dios merçed, que tan grande me la ha fecho en traerme donde vos aya, buen señor,

seruido; y no estoy del todo satisfecho en esto, porque desseo serviros mas. Sabed que me llaman Argesilao de Austrasia, hijo primogénito del Rey Anfiarao; y el dia que yo y vn mi hermano, llamado Prothesilao, reçibíamos en la Iglesia mayor de la villa de la Haya órden de cauallería, entraron dos donzellas; la vna traya este escudo que vedes, y la otra un fermoso yelmo, y fincadas de finojos ante nos, á mi me dió la una saludes de la estraña Filena de Arcadia, y de su parte el escudo, y pidióme en don que yo fuesse con ella á dar çima á vna principal aventura, y á mi hermano la otra dió el yelmo y saludes de parte del gran sábio Deucalion, y le demandó otro don, y fue que fuesse con ella á Maçedonia á librar vna donzella, segun en el camino vnas dueñas que partieron de la Haya me dixeron; y assi salimos los dos; yo á la passada del Rin perdí mi donzella, por venir á pié, que palafren no quiso: y fallé que la maltrataua Formion, sobrino destos jayanes, y dos caualleros suyos, y combatiéndome con ellos los maté, y pugnaré por fazer otro tanto del crudo Turbilon.—En su vida Gelismundo folgó de cosa mas que de entender quan alto hombre Argesilao fuesse, y abraçándolo con mucho amor, dixo:—Agora digo, buen señor, que no podré pagar á tanto mereçimiento lo que le deuo: solo vos doy esta prenda, que os prometo y doy mi fé de poner por vuestra pro y honor mi persona, con el imperio de Greçia, si arribo á gouernalle, con la mayor voluntad que nadie para seruir otro tuuo.—Yo vos digo, mi buen señor, dixo Argesilao, que me hauedes bien pagado con esse desseo,

y no quiero mas de vos, que muy satisfecho quedo:—y razonando en agradables cuentos fueron á dar á vn castillo fuerte, á la ora qu' el sol ponerse queria.

Este castillo se velaua de pauor de los gigantes que no lueñe de allí tenian el suyo, y andauan por furtar este, y por esto se reçelauan mucho; y como los del adarue los vieron allegarse al castillo, dixéronles que passasen adelante porque alli no fallarian aluergue. Argesilao les dixo:—Amigos, por lo que deueys á buenos nos recoged esta noche, que somos dos caualleros estraños, y el vno de nos viene mal ferido.—Sed los que quisiéredes, dixeron los del adarve, y venid quan llagados podeys venir, que á esta ora no se abre este castillo, y viene de las malas costumbres de los caualleros andantes, de quien ya no ay que fiar.—Argesilao, aunque sañudo, dixo:—no todos son como vos dezis, que muchos ay corteses, y vsarian con vos de cortesia.—Essa no fallaredes aqui esta noche, dixeron los de Castillo. Argesilao no podiendo yá mas sufrir su saña, dixo:—menos entiendo que se fallará de dia, segun deueys de ser los que dentro soys.—Ora, yd á la mala uentura, dixeron los del adarve, caualleros sin bondad, mal faze el Rey de Frisa en no mandar ahorcar quantos andantes por su tierra andan, qu' en lugar de asegurar las carreras como son obligados, y acorrer á los menesterosos, andan faziendo robos, muertes y daños.—No me vala Dios, dixo, Argesilao falsos y malos, si me osays abrir el castillo, sino me combata con todos vosotros.—A esto los del adarue, riéndose, en alta voz dixeron:—no vos

queremos dar tan poco honor como seria vençernos: pues tan valiente soys, tres millas de aquí está el castillo de los Leones, donde fallaredes á Turbilon del venablo y su hermano Follon el Laso que vos albergáran de muy buen grado.—Ya esse Laso que dezides, dixo Argesilao, lo aluerga Luzifer en el infierno, donde yredes algun dia segun soys malos.—No seredes vos el que lo embió al infierno, dixeron los del castillo, mas dezinos, assi seades esta noche bien aluergados; ¿es verdad que sea muerto Follon el Laso, que tantos males por aqui ha hecho?—Gelismundo viendo como Argesilao sin mas atender ayrado se passaua adelante, dixo:—Amigos, yo os doy mi fe que Follon y ocho ó nueue caualleros suyos á muerto este mi compañero que hauedes ensañado, y es aquel famoso nouel que mató al soberuio Formion.—¡Santa María! dixeron los del castillo, y es verdad esso?—Dixo Gelismundo, y á mi me á librado del poder de Follon que presso para me atormentar tenia. Los del adarue dixeron:—caualleros, perdonad lo que vos emos dicho, porque cuydáuamos que erades de aquellos malos del castillo de los Leones, y si de nos vos querey fiar, abriros hemos y fazerseos á en esta Casa, la cortesia possible, aunque no la que meresce ese tan buen cauallero que dezis.—Ora, pues assi os plaze, yo le aplacaré y rogaré que tome de vos esa enmienda: y boluiendo para Argesilao, que passeándose ayrado andaua, dixole lo que hauia passado con los del castillo, y como les querian abrir. Argesilao que bien lo hauia oydo todo y se hauia apaciguado, fue contento porque Gelismundo se posas-

se en el castillo; y yendo á la puerta desçendieron vna puente que la puerta cerraua, y abierta entraron en el castillo, recatados por si fuesse aquello engaño; y entrando por vn açaguan adentro dieron en un gran corral, donde fallaron escuderos que los cauallos y escudos les tomaron, y vieron desçender por vna fermosa escala de marmol fasta veinte hombres sin armas, y tras ellos vn cauallero ançiano que era el señor del castillo, diciendo lleno de gozo:—¿qual de vos es el bien andante que tanto bien supo fazer al mundo, y tanto honor á sí, en quitar de la vida tan maldita gente? Gelismundo dixo:—vedes aqui el cauallero que tanto bien como esse ha fecho. El ançiano se le humilló besándole la falda de su loriga; Argesilao le abrazó mostrando con él buen talante, y sin razonar alguno de las descortesias passadas, los subieron á vn rico y bien guarnido aposento, donde Argesilao por su mano desarmó á Gelismundo; ordenando el ançiano que con mucha diligencia y cuydado sirviessen á Gelismundo, y assi se fizo, acostándole çedo en vn rico lecho donde le cataron las llagas, y fallaronlas pequeñas, mas por la mucha sangre perdida dixeron que le conuenia estar en el lecho algunos dias. Cosa era de ver el espanto, que de ver á Argesilao de tan poca edad hauer fecho tan grandes cosas tuuieron, y con que acatamiento le seruian: aquella noche fueron estos dos altos caualleros sumtuosamente seruidos, informandose Argesilao del castillo de los Leones, como era en él Turbilon del venablo hermano de Follon laso, jayan sobre los de su tiempo cruel y dudado, y los males que por

aquellas tierras fazian, y los muchos que tenian miserablemente pressos, y quantos daua por pasto á los leones. Argesilao determinó de yr á la mañana aquel castillo y combatirse con Turbilon. Gastanes, que assi auia nombre el señor del castillo, hauia sido en su tiempo vno de los mejores caualleros y mejor justador de todas aquellas tierras, y tenia dos presçiados hijos en la corte del Rey de Frisa, tan buenos en armas como fué el padre, dixo:—por la cosa del mundo que mas amays, buen señor, que no fagades tal sandez, porque veynte caualleros no podran valerse con sola la persona de Turbilon, y si hauedes muerto a Follon y su sobrino, con otros, este es mas fuerte y espantoso, y tentays grandemente á Dios.—Como quiera que sea, dixo Argesilao, tengo de ver el castillo de los Leones.—Ora, pues assi lo queredes, dixo Gastanes, no vays mañana, y embiaré por estos castillos comarcanos, que diez son, y todos, de sobrinos mios, para que junten algunos caualleros que uayan con vos para asseguraros de la gente del Castillo, si por caso combatis con Turbilon. A Gelismundo le paresçio bien lo que Gastanes dezia, y rogóle que assi lo fiziesse. Argesilao por amor de Gelismundo, fue contento, y assi luego aquella noche Gastanes escriuio á sus sobrinos para que otro dia viniessen alli con cada diez escogidos caualleros, contándoles la muerte de Follon el laso, y como tenia en su castillo el bien andante cauallero que mató á él y a su sobrino Formion, y á otros caualleros de aquel mal linage.

CAPÍTULO VI. De lo que avino á Gelismundo y á Argesilao en el castillo de Gastanes.

DEMAS fueron bien aluergados aquella noche Gelismundo y Argesilao del buen cauallero Gastanes; venida la mañana, Argesilao oyó misa en la cámara de Gelismundo, y despues de le auer catado las llagas, el buen Gastanes fizo parar las tablas antel lecho de Gelismundo por mas agradar á Argesilao, viendo el cuydado que de aquel su amigo tenia. Pues estando comiendo Gelismundo, Argesilao y Gastanes, sintieron gran buelta en el castillo entrando muchos corriendo á la cámara dando voces, tomad las armas caualleros que por la carrera del castillo de los Leones viene gran gente y entrellos pareçe una torre de metal creemos que sea el dessemejado Turbilon del venablo que ha debido entender como se ha acogido en este castillo el cauallero que mató á su hermano Follon; y assi era la verdad. Luego Argesilao pidió armas, y Gelismundo las suyas, no podiendo Argesilao ni Gastanes acabar con él que se no leuantasse del lecho, ó que si todauia se leuantar quisiesse no se armasse, porque seria dañar las llagas. Gastanes aunque de gran edad fuesse, era asaz robusto; con gran diligençia fizo armar su gente que fasta sesenta hombres en el castillo tenia entre caualleros y peones, y poner en los lugares y defensas del adarue Ballesteros, y en otros pertrechos y

cosas de fuego para dañar á los que á la Caua se açercassen; en esto Argesilao se armó hauiendo bien reconoçido sus armas: lo mismo fizo Gelismundo y desçendiendo los dos al gran corral donde les tenian cauallos, Argesilao subió en el que fué de Formion, que ademas fuerte y bueno era, y Gelismundo en otro tal de Gastanes, y á esta ora llegaua le fiero jayan con fasta çincuenta caualleros, y en lugar de trompa dio una espantable voz que todo el castillo atronó diziendo: Gastanes entrégame essos dos catiuos que anoche albergaste, y doyte mi palabra de jamas yo ni cosa mia te enoje, y te daré un castillo mejor que esse, que tengo, como sabes, en los confines de Frisa y Olanda á la ribera del Rin; y si no yo te juro por el poder de mis Diosses de mandar fincar tiendas aqui, y no me partir deste lugar fasta ver esse castillo desolado, y tú y los tuyos quemados. La respuesta que se le dió fué abrir la puerta contra la voluntad de Gastanes, y salir afuera Argesilao y Gelismundo; y como Argesilao passó la puente, fué para el espantable jayan, que tal parescia, diziendo:—mira, Turbilon, quan obedesçido eres de Gastanes; por esso cumple con él tu palabra, que nos somos los que pides, y assi nos embia asi. Sepas que soy Argesilao de Austrasia, fijo del Rey Anfiarao, aquel que tan bien supo castigar soberuios, en lo que deseo paresçelle; yo maté á tu sobrino Formion y caualleros, porque aleuosa y falsamente maltratauan mi donzella, y soy el que ayer mató á tu peruerso hermano Follon el laso y á los suyos, por librar este cauallero que presso sin razon tenia, y punaré de librar todos aquellos que

en el tu castillo de los Leones assi tienes. Turbilon, que ninguna cosa de hombre humano tenia, sino de infernal furia, semejóle salir de sesso oyendo las osadas razones de Argesilao, y fallándose con vn descomunal venablo en las manos, por lo que el del venablo le llamavan, que siempre lo traya en lugar de lança, quedó de ira tan fuera de sí, que blasfemando de çielo y tierra y elementos, se le lançó tan fuerte y desatinadamente que á vna torre si diera derribara. Argesilao, que con gran atencion á todo vigilante estaba, uiendo leuantar el pessado y descomunal braço, lançó el cauallo á una parte con tal presteza que passó por çerca del como rayo del çielo el gran venablo, con rumor tal que se alborotaron cauallos de los caualleros del jayan que mirauan la batalla. Ora ved quan seguro viue en metad de los peligros el que buena andança tiene, que passó el venablo fendiendo el ayre por Gelismundo, que estaua guisandose para ayudar á Argesilao, y del gran rumor quel venablo traya, su cauallo dió vn salto al traués, al tiempo quel pasaua, mas passó tan çerca que con el cuento le dio tal golpe en el escudo y parte del yelmo, que sin bullir pié ni mano dió con el en tierra gran caida.

Gastanes, que á la puerta del castillo armado y con su gente estos fechos miraua, viendo caer tal á Gelismundo, embió con gran presteza seys hombres de aquellos de su guardia, los quales metieron á Gelismundo en el castillo desacordado, donde curaron del. En este tiempo el muy esforçado Argesilao, viendo como el jayan le hauia arrojado el vena-

blo, arrojóle assi mismo su lança con viua fuerça, y fue tanta la codiçia que en le ferir tuuo, que erró al jayan; firiendo á su cauallo por la frente, le metió por ella una braça, dando consigo y su señor tal cayda que semejó hauer caydo las torres del Alcaçar, y como Argesilao vió el tiempo tan en su fauor, en alta voz dixo:—Bestia dessemejada y falsa, no ay para que usar mesura contigo, pues, el señor de las cosas tu castigo permite; y lançando por el su cauallo dos ó tres veçes con gran presteza, le quebró las disformes piernas, dando el jayan bramidos tales que sus caualleros, que acorrelle quisieron, no pudieron fazer passar adelante sus cauallos. El bueno y ardido Gastanes viendo lo que Argesilao habia fecho, y lo que sus caualleros querian fazer, fizo salir con gran presteza cincuenta caualleros y hombres del castillo, armados de coraça y capellina, con lanças arrojadizas, y salieron á buen tiempo porque la gente del jayan, que serian fasta ochenta caualleros, hauian dado en Argesilao: más caro costó á los dos primeros que á el se acostaron, porque partidas las cabeças dió con ellos de los cauallos abaxo, y mesclandose con ellos los del castillo, y Argesilao entráse como sañudo y hambriento leon por ellos, vierades sangrienta batalla, porque los del castillo no dexauan hombre á vida, y Argesilao tullia y mataua de manera que desamparando el campo y jayan, que çedo fue fecho pieças, tiraron á gran correr la via del castillo de los Leones. Argesilao no curó de seguillos, teniendo gran cuydado de Gelismundo que le no hauia visto, folgandose ademas quando le dixeron lo que

le hauia aconteçido, y como ya se fallaua bueno, aunque muy quebrantado del fiero golpe: y con tan gran vitoria como vedes entró en el castillo, trayendo ante si los hombres del la dessemejada y horrible cabeça.

No se vos sabrá contar el gozo de Gastanes viendo aquellos tan grandes fechos de Argesilao. Gelismundo, que muy laso estaua acostado sobre vn lecho, como sintió el gran rumor que de alegria por el castillo andaua, leuantóse lo mejor que pudo, y tomando sus armas salió, cuydando qu' el jayan ouiesse muerto á Argesilao y entrasse el castillo: mas çedo fue desengañado, porque le vido venir apresurado con desseo de le ver, y assi los dos recibieron sobrado gozo. Argesilao dixo:—buen señor, reposad pues no podedes fazer armas, que yo quiero yr, pues ay dia para ello, al castillo de los Leones á pugnar de librar aquellos cuytados qu' en prisiones son. Gelismundo y Gastanes, espantados de la braueza de coraçon de Argesilao, le rogaron mucho que atendiesse á la mañana que vernian los sobrinos de Gastanes y le acompañarian, y por ventura podria con ellos tomar el castillo; mas no pudieron con él acabar que luego no se partiesse con solo su escudero: mas Gastanes porfió tanto que fueron con el seys caualleros parientes, quedando Gelismundo contra su voluntad en el castillo. Argesilao se dió priesa á caminar arribando á ora de visperas al castillo, y paresçiendole vno de los mejores y mas fuertes que nunca uido, porque todo era fecho de piedra blanca con fuertes torres que las vnas á las otras se respondian; y dentro, por ser el muy grande, otro pe-

queño Alcaçar de quatro torres altas en la Caua fonda y chapada de losas lisas. Pues como á la primer puerta arribasse que abierta estaua, entró por ella sin ver hombre alguno: los caualleros que con el venian le dijeron; sabed, señor, que la costumbre deste castillo es la que vedes; que este primero no se guarda de dia ni de noche, mas de quanto le çierra vn solo portero que tiene; mas en el Alcazar de dentro ay hombres armados que le guardan con mucho cuydado, porque son muchos los presos que dentro tienen, y por pauor de alguna trayçion tienen buena guarda. Estan en él la dueña de Turbilon, qu' es vna dessemejada y cruda jayana, y á nueve años que del lecho no se leuanta, tullida de un parto, y no es de marauillar porque parió el mas disforme donzel en grandeza de cuerpo que se nunca vió, y llámasse Azerado el cruel: es de nueve años, mayor es dos palmos qu' el hombre de mas que de mediana estatura, y si este llega á edad de ser cauallero será el daño de todos estos estados, segun muchos sábios han dicho. Tiene un corral en este primer castillo, y ay un postigo que por él entran y salen al fuerte Alcáçar: en este corral ay leones, y por el postigo les lançan los hombres que presos tienen para que los despedaçen, y este es el entretenimiento del descomunal donzel.—Estraño nido de bestias fieras es este, dixo Argesilao; pugnemos por quitar tan gran mal d' entre los hombres:—y entrando por el castillo adentro, llegaron á vn gran çercado junto de la fonda Caua, y vieron grandes finiestras en el muro del Alcázar sobre la Caua y corral, y en ellas mucha gente, y en vna

el dessemejado donzel que por ancha y alta que la finiestra era no cabia en ella; y como los uido dió una gran voz diziendo:—caualleros, ¿soys á dicha los que oy han fecho tanto daño al mundo y vergüença á los Dioses, en hauer muerto al mi padre Turbilon del Venablo?—Sí, dixo Argesilao, y queremos entrar á ver su fijo, que deue ser tal como él:—Assi es, dixo el Donzel, si le queredes ver, entre por essa pequeña puerta el cauallero que tan valiente ha sido; y vieron como vn hombre que sobre el muro del gran corral estaua, leuantaua la puerta, que de fierro era. Argesilao descendió çedo del cauallo para se lançar por ella; los caualleros que con el venian le dieron vozes que lo no fiziesse, que entraua donde los leones eran; mas Argesilao, no curando de lo que le dezian, embraçado el escudo y la espada en la mano, se lançó la puerta á dentro sintiendo çedo como con grande estruendo se tornó á çerrar. El duelo que façia Grisolfo viendo á su señor en tanto peligro, dezir no se vos podria. Apenas Argesilao fue entrado en el corral, quando sintió frontero de allí abrir otro pequeño postigo por donde salieron dos feroçes y madrigados leones, y como vieron Argesilao, cuydando fuesse algun cuytado de los que sin deffensa alguna solian despedaçar, fueron para él sin pauor alguno. Argesilao viéndolos venir juntos, reçibió al vno con el escudo, y travó del de manera que rompiéndole las embraçaduras lo lleuó entre sus agudas vñas pensando podello con ellas desfazer, mas no le auino assi. En este tiempo aguardó al otro con tal tiento, que acertándole sobre la gran cabeça le

derribó la mitad de ella con el ojo y oreja, arredrándose el leon atronado sin tino alguno; el otro que no fallando entrada ni gusto en el escudo lo hauia dejado, vino furioso donde no le cumplia venir, porque al tiempo que levantó los braços para despedaçar á Argesilao, él le dió de través en él un braço tal golpe que la fiera mano le derribó. El leon le firió assi como venia con la otra sobre el hombro siniestro, que arrancándole las armaduras le llagó muy mal, y como no pudo valerse del otro braço, uino á dar de hoçicos en tierra, tan cerca de Argesilao que tuuo tiempo de le ferir por baxo del cerro en lo raso del lomo que fasta las entrañas le abrió, librándose de los dos de esta manera; y viendo que alli no hauia mas que fazer, miró por todas partes, y vido sobre el muro del corral el hombre que abrió las puertas y amenazándole de muerte sino la abria, el hombre con pauor le abrió, saliendo con la espada tinta en sangre y su escudo en la mano, rotas las embraçaduras. Ved el goço que sentirian los caualleros que por muerto le hauian juzgado: de Grisolfo vos digo que se dexó caer del palafren á los piés de su señor, diziendo:—¡O flor y espejo de los caualleros, luengos tiempos vivays, y tan eternos como será vuestra fama! y no fazia al que besalle con gran desatino la falda de la loriga.—Amigo, dixo Argesilao, déxate desso y aderézame lo mejor que pudieres las embraçaduras de mi escudo para si fuere menester.—Todos los caualleros le tenian en torno, apeados dándole mil loores y bendiciones. En esto oyeron en las altas finiestras vna voz terrible del donzel, que

dixo:—Cauallero, que mi entretenimiento me has quitado, yo espero en los Dioses que adoro de pagarme algun dia de tí y de tus parientes y amigos, si yo los conozco; no te digo ál, pues mas no puedo sino auisarte que dejas aquí un mortal enemigo, que fará tal vengança de los suyos en los tuyos que vendrá á tenerse por satisfecho de todos los daños y pesares que le has fecho, mira que tal vengança será: y sabed que este gran donzel dixo estas razones de ira y pesar, sin mas entender lo que dezia; y salieronle verdades, como adelante oyreys. Argesilao, sin le responder, tornó á entrar al corral con todos aquellos sus amigos, por ver si en alguna manera pudiesse entrar en el Alcáçar, y viendo el pequeño postigo por donde lançauan los prisioneros á los leones, pugnaron por le abrir, mas no pudieron, y salidos del corral rodearon el Alcaçar y profunda Caua, y viendo no hauer entrada para ellos, encomendando todo aquello á la mala uentura, se tornaron al castillo de Gastanes con gran pesar de Argesilao, por no hauer podido librar los prisioneros; y arribando ya de noche al castillo fallóle con mucho plaçer, porque luego que los leones fueron muertos vino á mas correr de su cauallo vn cauallero de aquellos á darles la nueua; y acrecentose mas el gozo porque aportaron alli los dos escuderos de Gelismundo, que escondidos en vna floresta encontraron villanos por ella que les dixeron la muerte de Follon el laso y sus caualleros, y la libertad de su señor, y como él y el que mató el jayan se hauian acogido al castillo de Gastanes; y dando donas á vno le mostró el castillo; assi que aquella noche y todo el

tiempo que alli estuuieron lo passaron gozosamente. Arribando otro dia los sobrinos del buen Gastanes con cien escogidos caualleros, no se marauillando poco de uer la cabeça del terrible Turbilon, y á Argesilao que tantas marauillas hauia fecho; y viendo no tener alli que fazer, se partieron otro dia prometiendo á Argesilao de le ser en todo tiempo buenos amigos: y vino tal que Argesilao les fizo grandes bienes y merçedes, lleuando á su corte dos fijos del buen Gastanes, que altamente se casaron.

En este castillo estuuieron curandose de sus llagas estos dos altos príncipes quinçe dias, porque las que los leones y caualleros de Turbilon fizieron á Argesilao eran grandes: pues guaridos y fuertes, dexando al buen Gastanes ademas pagado, Argesilao viéndose libre y quito del don que á la donzella hauia prometido, quiso yr con Gelismundo buscando aventuras fasta que el tiempo otra cosa le enseñasse, de lo que Gelismundo fue contento; y assi con este acuerdo se fizo fazer vnas sobre señales jaldes, sin otro color ni diuisa, quitándose las de nouel; partiendo vna mañana la via de la pequeña Bretaña, pasando no muy lexos de Astradam, donde la ançiana Reyna de Frisa tenia su Corte. Esta Reyna era sábia, y de gran valor; tenia un fijo, que en vida del Rey su padre auia salido de su corte en habito de cauallero andante, y no hauian sabido mas del, por lo que la Reyna y reyno con pesar viuian, aunque les quedaua la Infanta Laudomia, donzella de gran fermosura y discreçion, tanto que ninguna otra de aquellas partes le ygualaua.

CAPÍTULO VII. **Como los Príncipes Gelismundo y Argesilao saliendo del Castillo de Gastanes fueron á acorrer á vn Cauallero, y no llegaron á tiempo, y quien era.**

ARTIDOS Gelismundo y Argesilao del castillo de Gastanes, anduuieron aquel dia sin fallar quien la carrera les estoruasse, no se oyendo en los que toparon otra cosa sino loores del valiente Argesilao, que muerto hauia tan fieras gentes. Esta noche arribaron á vna pequeña villa, donde fallaron buen albergue, no lueñe de Astradam, y partiendo della caminaron passando muchos y grandes pueblos, que todos estauan llenos de la fama de Argesilao, y por hauerse quitado las señales de nouel no le conoçieron: ora sabed que diez millas de Astradam, no lueñe de la ribera del Rin, se metieron por vnos espessos xarales, y no anduvieron vna milla por ellos, quando sintieron tropel de cauallo y duelo de alguna persona, que cuyta oviesse, y dando priesa á sus cauallos, vieron uenir por el camino que ellos lleuauan vn escudero ançiano sobre un andador roçin. Venia á mas andar llorando fieramente: Argesilao, que delantero venia, arribando á el le saludó: el hombre, viendo aquellos dos caualleros, ovo pauor, y dixo:—por la fé que á Dios deueys, caualleros, no me detengays porque sereys causa de la mayor desauentura que al Reyno de Frisa auenille puede.—Contanos esso, dixo Gelismundo, qui si vos podemos valer lo faremos de

buen talante.—Pues esso me offreçeys, buenos señores, dixo el escudero, caminad por la carrera adelante que lleuays, y fallaredes vn solo cauallero, de los mejores que oy armas trayan, combatiendo mortalmente con seys malos, que por esta tierra andan, faziendo á los andantes el mal que pueden, espeçial á los que son del reyno de Olanda, ó amigos de Argesilao de Austrasia; y esto y lo demas sabredes despues.—Gelismundo y Argesilao lo fizieron assi, que sin ál atender, á gran correr de los cauallos tiraron la carrera adelante, y el hombre ançiano en pós dellos; y á vna milla que corrieron, en vn pequeño prado donde algunos árboles auia, descubrieron la batalla, y vieron como vn solo cauallero, teniendo á vn árbol las espaldas, se defendia lo mejor que podia; mas ya andaua tan laso que no fazia ál que atender la muerte, y diéransela çedo, sino que al estruendo de las armas y tropel de los cauallos de Argesilao y Gelismundo boluieron las cabeças, oyendoles dizir:—dexad, malos, el buen cauallero, sino desamays vuestras vidas. Todos se guisaron para atendellos, que los mas á cauallo estauan, no se curando del cauallero que ya muerto lo tenian, segun lo hauian llagado; mas vno de los que á pié eran acercándose á el que de finojos, fecho piezas el escudo se defendia, y arrojóle una lança que se la fincó por los pechos, cayendo tal como muerto; por lo que el hombre ançiano que lo vido, se dexó caer del roçin llorando fieramente, rogando á los malos caualleros que le matassen, pues su señor era muerto. Gelismundo y Argesilao qu' el mortal golpe visto havian, doliéndose del buen caua-

llero, que tal debia ser pues á tantos tan mal hauia parado, sin acatar mesura á los que no tenian lanças, mouieron con las suyas para quatro que á cauallo estauan, y encontraron los dos de manera que falsados escudos y lorigas, passados los fierros de las lanças de la otra parte dieron con ellos muertos por el suelo, y echando mano á sus espadas, Argesilao se metió con ellos, diziendo:—Aleuosos, ante vos hauedes á Argesilao, tomad la enmienda en él si vos ha offendido, y no fagades daño á quien no vos lo mereçe:—y firiendo al vno con su cortadora espada por el brocal del escudo, se lo fendió llagándolo muy mal en el braço siniestro. El cauallero fizo su poder por dar fin en vn golpe á la jornada, mas salió en vano, porque dió en el escudo que ningun fierro le fazia mella; mas Argesilao concluyó con dalle sobre el yelmo de manera que se lo falsó llegando la espada á los sessos, sacando en ella parte de ellos, y assi cayó muerto á sus piés; y lo mismo fizo Gelismundo con el suyo, que en dos golpes le derribó del cauallo sin bullir pié ni mano. Los otros dos que tan fieros encuentros y golpes vieran dar, metieronse fuyendo por el prado ayuso, mas como por él oviesse pocos árboles, Gelismundo fue çedo con ellos y no les perdonó las vidas, y boluiendo donde hauia dexado á Argesilao viole apeado desenlaçando el yelmo al cauallero que la lança fincada por el pecho hauia, y Grisolfo assi mismo, faziendo viento con su chapeo al rostro del hombre ançiano, que de uer tal á su señor se hauia desfalleçido. Gelismundo desçendió assi mismo del cauallo á valer al cauallero, diziendo:—si Dios me vala

gran passion me faze el cauallero y escudero, entendiendo que debe ser algun alto hombre.—No sé mas, dixo Argesilao, sino que se le ha fecho poca vengança, y que desseo saber quien es, y porque razon los malos que le han muerto assi persiguen mis cosas. En esto el escudero ançiano buelto en si, dezia:—¡ó Rey don Floralban, tan desseado de los tuyos, tan temido de los malos, y tan amado de los caualleros que de bondad se preçian! ¡Desdichado sobre quantos naçidos son, que al fin de tu jornada, en tu misma tierra, viniendo tan lleno de despojos y trofeos ganados en diuersas partes del mundo, te ayan muerto con tanto aleve y sobra! ¡ó Príncipe Argesilao de Austrasia, quan obligado quedas á este deudo tuyo que por ti le han muerto!—y diziendo estas y otras apassionadas razones messaba su cana barba. En esto los caualleros hauian quitado al Rey el yelmo y armaduras de manos, por lo que hauia tomado algun huelgo, y no sabian que se fazer, porque la lança no se hauia roto y tenia el fierro della por los pechos, y entendia que sacándosela moriria: y como entendieron ser don Floralban, Rey que hauia de ser de Frisa, no pudo Argesilao detener las lágrimas, consolando con ellas al escudero. Otro tanto fazia Gelismundo de compassion grande, viendo tan alto cauallero en trançe tan estremo y con tanto dolor; y sintieron este mucho todos, porque entre sus manos acabó sus dias, queriendose el escudero matar, diziendo:—dexadme, señores, acompañar en muerte á mi señor, assi como fize en uida, ¿para que, dezid, la quiero, si quien tanto bien me hauia de fazer es muerto?—Argesilao, que en

su vida sintió tanto pesar, viendo al Rey muerto dixo:—ya esto se acabó, ya no tiene remedio: lleuemos el cuerpo á la primer villa ó poblado, y fagamos entender en la corte esta su mala andança; y assi se fizo, sacándole la lança; y poniendole sobre vn cauallo de aquellos que por alli sin dueño andauan, caminaron con él sin fablarse los vnos á los otros, si no fazer esquiuo duelo: y á tres millas de alli vieron vn pequeño pueblo, y fueron á él, y en la Iglesia pusieron el cuerpo, y auisaron á la Reyna, que como se os dixo en Astradam estaua. Ved lo que sentiria, y la buelta que por la ciudad andaria. Luego á la mañana vino gran gente y clereçia de Astradam, con ricas andas y reales cirimonias para lleuar el cuerpo, no entendiendo alguno que aquellos dos caualleros fuessen Gelismundo y Argesilao; mas como supieron quan bien al Rey vengado hauian, y con quanta voluntad y peligro, todos les fizieron gran cortesia, dándoles los lugares mas preheminentes para acompañar el cuerpo, el qual llevaron con gran pompa á su gran palacio, donde en la gran sala estaba parado vn alto trono de paños de oro. Alli pusieron el cuerpo, saliendo la Reyna su madre con gran duelo y compañía á reçebirlo, trayendo por la mano á la muy fermosa Laudomia, prinçesa de Frisa, y como salió de paños negros, algo cubierto el rostro, con vn manto como en aquella tierra se acostumbra, fazia marauillar su fermosura á quantos la mirauan.

Ora ved la fuerça de amor y sus antojos, que sin falla á duro en el mundo se pudiera fallar cauallero de tan duro y

fuerte coraçon como el de Argesilao, y tan fuera de amar donzella: y como puso los ojos en la fermosa Laudomia, en aquel punto se le enterneçió y se le rindió, imprimiendosele su hermosura de manera que todos los dias que vivió la tuvo en él. Vierades las frias lágrimas que por compassion vertia, salirle ardiendo de amor, no se acordando de la muerte del Rey de Frisa, sino de la que le daua su fermosura. El cuerpo del Rey estuuo en la sala fasta la noche, que con gran aparato sepultaron en la Capilla Real, y la Reyna retirada en su Cámara con la fermosa Laudomia, con todo el pessar y angustia de su coraçon. Era tan cumplida y de tanta bondad, que fizo venir ante sí los dos caualleros que hauian offreçido sus vidas por acorrer al Rey, y fizolos sentar no lueñe de si, agradeçiendoles mucho lo que por el Rey fizieron; respondiendo á todo Gelismuudo, que Argesilao tan puesto era en mirar á Laudomia, que no sabia fazer otro; auisandose ella dello, y mirando bien en él semejóle el mas apuesto que viera, y folgabasse de le mirar y que dél fuesse mirada, y al fin de vna pequeña pieça que alli estuuieron, como Gelismundo no sabia el gusto de Argesilao, entendiendo la gran passion que la Reyna tenia, y que no era bien estar alli mucho, se leuantó sin que Argesilao se acordasse de fazer lo mismo, ni menos mirara en su vida en ello, si no viera á la fermosa Laudomia fazer con la cabeça mesura á Gelismundo que se leuantaua, y assi él, aunque tarde, fizo lo mismo, no perdiendo él nada con ella por este descuido. Aquella noche fueron en el gran palaçio alvergados, passan-

dola como tiempo de mucha tristeza. Aconteçiole á Argesilao, que sus armas siempre en su Cámara fazia tener, que al tiempo que Grisolfo le queria desnudar, estando sentado en una silla cuydando fuertemente en sus nuevas y enamoradas ansias, vido su escudo que ante si sobre una tabla con las otras armas estaua, como se le hauia quitado la color que de fino rubi tenia, y quedado en la de cristal claro: y membrándose de las palabras que la donzella le dixo al tiempo que se lo dió, como quando aquellas dos colores tornassen en vn color, su coraçon seria partido y jamas se tornaria á juntar, sospirando dixo:—¡Ay, donzella, y quanta verdad me dixistes, que çierto el coraçon tengo partido, mas no en partes como yo entendia, sino de mi á vna fermosa parte para vivir siempre catiuo de quien por sello valgo mas!—Y acostado en su lecho passó la noche gustosamente, aunque apasionada teniendo ante sus ojos y alma la figura y donayre de Laudomia.

Ora entended que fueron conoçidos los dos caualleros de personas que se lo fueron á dezir á la Reyna y Laudomia, y no se vos podria contar el gozo que sintió quando supo qu' el cauallero que afincadamente la miraua era el Prínçipe Argesilao. Pues como la Reyna entendió quan altos hombres tuviesse en su casa, y lo que les deuia, luego á la mañana embió á ellos el mejor señor de su Corte, faziendoles entender como queria venir á los ver; mas ellos fueron á ella, donde fueron altamente reçibidos, doliéndose con ellos mucho la Reyna por se fallar en tiempos tan tristes, y les

no podia fazer el sumptuoso y agradable tratamiento que ella desseaua: y mientras Gelismundo razonaua con la Reyna, Argesilao tuuo tiempo de fablar con la fermosa Laudomia, mas aunque tuuo valor de se acostar á ella, no tuuiera esfuerço de razonar si la Prinçesa con baxa voz y gran donayre no le dixera:—solo veros y conoceros, buen señor, ha sido para nos parte de consuelo, que yo vos fago çierto que segun amabamos al Rey mi hermano, fuera imposible podernos soportar el graue dolor y pesar que de su muerte hauemos reçibido; mas fecho el daño y entendido quan altos caualleros soys, y como pusistes vuestras vidas con tanta voluntad para remediarlo, hauemos lançado de nuestros coraçones parte del dolor y pesar, para en su lugar poner agradesçimiento y desseo de vos lo pagar.—Y dando fin á estas razones, passó los ojos por él con tan favorable y dulçe mirar, que Argesilao, tomando dello gran gusto y esfuerço, dixo:—Esta pequeña parte, la mi fermosa señora, que dezides hauer en el vuestro coraçon vazia y reservada para poner en ella agradesçimiento, y desseo de pagar lo que cuydays deber, con otra cosa la podriades ocupar con que mas merçed yo reçibiesse.—Laudomia, desseando bien entender su fin, dixo:—¿que cosas, señor, queredes que ponga en ella, que vala mas que agradescimiento?—otro coraçon, dixo él.—No lo deuedes dezir por el vuestro, dixo la Prinçesa, porque dicen qu' es muy grande y fuerte, y el mio como sea pequeño y tierno, y esté la mayor parte del ocupada de tristeza y pesar no podria caber en él.—Con vn tierno sospiro Argesilao

dixo:—no lo digo por otro: si vos, la mi señora, le days entrada.—Laudomia, entendiendo el gran amor que Argesilao le tenia, mirandole dulçemente, dixo:—devoos tanto que consiento recogelle:—En esto la Reyna boluiendo la cabeça á Argesilao, dixo:—Mi buen señor, en otro tiempo desseaua yo mucho teneros en mi casa, pues tanto á la vuestra deue, que en tiempo tan mal andante mal se vos podrá seruir: y tornose á doler. Argesilao no le respondió, por la ver tan cuytada, y por ver derramar á la Prinçesa algunas lágrimas de sus fermosos ojos; y no se determina el coronista Zoroastes que esta grande historia fizo, si estas lágrimas que esta fermosa donzella en este punto vertió, si saliese de gran dolor de la muerte del hermano ó de gran amor que á Argesilao houiesse. Dexando estos caualleros á la Reyna y su fija algo aconortadas, se fueron á sus aposentos, donde concertaron su partida para otro dia, no queriendo Argesilao passar por Olanda, paresçiendole hauer poco tiempo que de la Córte de su padre salido hauia, y no queria tornar á ella con tan poca nombradia; y aquella noche se despidieron de la Reyna. Argesilao tuuo tan buen tiempo de razonar con la Prinçesa, que alcanço della tomalle por su cauallero, y con este fauor gozoso á maravilla, partieron de aquella corte dejandola asaz cuytada con su partida, y dolor propio: y saliendo del Reyno de Frisa y de las tierras de Austrasia, como Argesilao fuesse con ansias de amor apasionado, Gelismundo que asaz lo amaua le porfió le dijesse su cuyta, y él se la dixo; y tales razones Gelismundo sobre ello le supo dezir,

que caminauan con mucho plazer; y antes de entrar por la Gaula y gran Bretaña les auinieron estrañas y peligrosas auenturas, deteniéndolos cerca de vn año, faziendo sonar su fama por lueñes partes.

CAPÍTULO VIII. **De las malas nueuas que yendo con Gelismundo Argesilao le contaron en el camino, y de su casamiento.**

NTRANDO con grande onor y gozo por Gaula Gelismundo y Argesilao, vieron venir por vna ancha y hollada carrera vn tropel de gente de á cauallo y á pié, y con ellos vnas andas cubiertas de duelo, y como aquella carrera se apartasse de la que ellos lleuauan, dessearon entender quien en las andas fuesse, y por que ellas y la gente yuan cubiertas de duelo; y assi dexando su camino trauesando vnos pradales arribaron á ellos. Argesilao, saludandolos cortesmente, les dixo:—caualleros, si Dios os uala, dezidme ¿quien ua en estas andas y porque ellas y vos ydes con tanto duelo? y en pago de cumplirnos este desseo nos offresçemos, si menester os será, para vos ayudar y seruir en vuestras cosas.—A esto las andas se pararon, viendo los dos caualleros tan ricamente armados y con tan fermosa apostura, diziendo vno de ellos:—Sabed, señores, que viene aqui vna alta dueña señora de vnos castillos que por esta comarca de Gaula y Austrasia tiene, y viénese á passar su vida en

ellos, porque es muerta vna gran señora de estado y bondad.—¿Y quien es essa que assi la plañis, dixo Argesilao?—La Reyna de Olanda, dixo el cauallero, y aun el Rey Amfiarao, su marido, no tiene mucha salud.—¡Santa maria, valme! dixo Argesilao con alta voz: ¿y es çierto que la Reyna, mi madre, es muerta?—Y tomóse á plañir fuerte. El cauallero dixo:—si es vuestra madre, no lo sé; mas sé que es muerta la Reyna de Olanda y Austrasia, que par en bondad y religion no tuuo.—Gran duelo fazia Argesilao por la muerte de la Reyna su madre, mas Gelismundo, que era vno de los de su edad en todas las cosas mas bien razonado, le dixo razones tales, que dexó de fazer estremos. La dueña que en las andas venia, entendiendo que aquel cauallero del claro escudo, que assi todos le llamauan, fuesse el Prínçipe Argesilao, baxó de las andas, y desçendiendo çedo dos caualleros de sus cauallos, la tomaron del braço, y la lleuaron donde Argesilao con Gelismundo fazia gran duelo, y acrecentoselo ver y conoçer á la dueña, que vna de las que criaron á su hermano Prothesilao era; y inclinandose del cauallo quanto pudo, la abraçó, y por vna pieça no se pudieron fablar, ni Argesilao la quiso oyr fasta que en las andas se pussiese, y en ellas le contó la muerte de la Reyna, que de cuyta y desseo de ver sus famosos hijos adolesçio y murió; y el Rey Anfiarao viendose tan ançiano, y solo, viuia tan descontento, que muy poco tiempo de vida le dauan, aunque reçebia gran aliuio con las nuebas ciertas que de Prothesilao le dieron, que era Rey de Maçedonia, y con las que cada dia le

venian de las grandes hazañas y buenas andanças suyas. La nueua de que su hermano fuesse tan gran Rey fue parte para aplacar el dolor que sentia de la muerte de su madre; la dueña le rogó afincadamente fuesse aluergar á vn su castillo que alli cerca yuso de vna vega estaua: á Argesilao le plugo por razonar y entender los fechos de su padre, y assi arribaron al castillo, donde fueron ademas bien seruidos; y entendiendo Gelismundo la gran necessidad que de la persona de Argesilao su reyno tuuiese, aunque le dolia en el alma dexar tan buen amigo, le rogó y forçó para que lo mas çedo que pudiesse tornasse á la corte del Rey su padre, y se contentasse con haber en tan breue tiempo ganado tanto prez en las armas, qual otro en muchos años paresçia imposible ganar. Argesilao le paresçio que assi lo deuia fazer, y luego otro dia quiso partirse, faziendo en ello gran pesar á la dueña, porque le quisiera tener alli muchos dias.

La pena que reçibieron los dos buenos amigos en se partir el vno del otro no se vos puede contar, sino que el vno y el otro sin poderse fablar tomó su carrera, Argesilao la de Olanda y Gelismundo la de la pequeña Bretaña, passando por ella sin darse á conosçer al Rey, ni á su fijo Clodomiro: de quien muy grande amigo fué, como adelante oyredes; y faziendo buenas cosas en armas passó la pequeña Bretaña y alturas de los montes Perineos, viendose con los Cántabros y Celtíberos en muchos peligros, por ser fuertes y ussados en las armas; y passando muchas villas y ciudades, bolviendo sobre la mano derecha, entró en la Lusitania, donde dió

çima ante el Rey della á vna notable aventura, vençiendo vno de los brauos caualleros de aquellas partes, llamado Albanzir del Monte, por lo que le auino vna buena andança, como vos contará adelante la historia. Guarido de las llagas que Albanzir le fizo, sonando la fama de la gran fermosura de la Infanta Grauilena, fija de Gerion, rey de España, partió por la gran ciudad de Hispal, donde á la sazon aquella Córte se fallaba, y vido la Infanta qual le dixeron, quedando tan preso de su amor quanto nunca de donzella lo fue cauallero, y determinó de quedar por algun tiempo en aquella gran Córte, sin darse á conosçer, que bastaua para vivir reputado en ella su valor en armas, y fama de buen cauallero; mas como pocas veces sale á punto la traça que el hombre de lo porvenir faze, assi el pensamiento de Gelismundo salió de lo que el cuydaba, porque uino nueva al rey Gerion, como el emperador Altibor de Greçia era muerto, y vn hermano suyo, rey de Traçia, auia poderosamente entrado por el Imperio, con voz que el prínçipe Gelismundo, fijo de Altibor, que andaua en hábito de cauallero andante, era muerto; y como el Emperador hauia dexado en el Imperio por Esarco del á su mayordomo mayor, que era el príncipe de Negroponte, además cauallero de gran bondad y confiança; y que este hauia dado la batalla al rey de Traçia y lo auia roto y muerto, y entraua por el reyno de Traçia, de manera que ya aquella ora seria el Reyno del Imperio, y que este buen príncipe de Negroponte auia embiado por todas partes á buscar á Gelismundo para consinalle su imperio: assi que

por ser çierta esta nueua, Gelismundo se partió de la corte del Rey Gerion, sin se dar á conosçer, faziendole el Rey grandes onores, y el Prínçipe Gerion, su fijo, conosçiendo el ualor de su persona; y embarcando en la nueua Cartago en vn nabio que falló para Trinacria, fízole tal tiempo, que en siete dias muy á su gusto passó las mares de Italia, y en Trinacria, fallando otro nauio que para Constantinopla estaua fletado, entró en él, y en quinçe dias se falló en las torres de Abido, y de alli embió á dezir al Prínçipe de Negroponte su venida, por lo que toda la çiudad se puso de fiesta y gozo, que asaz Gelismundo era amado de todos los suyos y estraños. El Prínçipe de Negroponte salió de la çiudad con el Duque de Albania y Conde de Veron, caualleros reçien heredados, y otros infinitos ricamente guarnidos, y con gran triunfo entraron al nuevo Emperador en la gran ciudad de Constantinopla, con la fiesta y goço que podeys cuydar.

No passaron diez dias despues que el Emperador Gelismundo fué con gran solemnidad coronado, quando trató con el su consejo como queria embiar al príncipe de Negroponte á España, á tratar cassamiento con la ínfanta Grauilena, fija del rey Gerion; y assi luego se pusso por obra, y con seys ligeros nauios el príncipe de Negroponte en poco mas de vn mes se passó en España, y concertó el casamiento, dando á conoçer al Emperador, diziendo como era aquel buen cauallero que el Griego llamauan, que en Lusitania vençiera al brauo Albanzir del Monte, y en aquella Córte se hauia en toda bondad y gentileza señalado, dando esto al Rey y á la

Infanta gran contentamiento; y adereçándose la embarcaçion de la infanta Grauilena, llegó á la Córte con gran fausto el Duque de Ortonamar á tratar casamiento de parte del rey Guillermo de Nápoles, su señor, con la infanta Grauilena, y fallándola ya prendada para el Emperador Gelismundo, fabló por la segunda infanta, llamada Marçiana, que para todo esto traya poderes, y assi se concluyó; y juntandosse allí vna flota de fermosos nauíos y bien armados, las dos hermanas arribando á Nápoles, donde grandes fiestas se fizieron: y por venir la Emperatriz enojada del mar, estuuo en Nápoles vn mes, á gran vicio, y de ay navegó su viage entrando en Constantinopla; y por saber la venida toda ella, estaua fermosamente adereçada, y compuesta de arcos triunfales y plaças, donde diuersas fiestas se fazian; assi que por esta manera se casó el emperador Gelismundo con esta noble y fermosa Infanta, teniendo la mas alta y gran Córte que nunca otro Rey tuuo, y de mas altos caualleros y dueñas y donzellas fermosas: mas como ninguna buena andança que los hombres en esta uida alcançan sea perfecta, assi fue la destos tan altos y temidos Emperadores, que no tuuieron fijos, sino vna fija que llamaron Felisalba, por cuya gran fermosura se uino á perder el imperio de Greçia y el de Oriente; cuyo nacimiento fue espantoso como adelante oiredes, y por aora no cuenta la historia mas deste Emperador y Emperatriz, que tambien andantes y gozosos imperauan; que ya verná tiempo que oyredes dellos fechos tan estraños, quales nunca en otras Cortes acontesçieron, y notables y marauillosos casos de ca-

ualleros, dueñas y donzellas de aquella gran córte: y tornaremos á contar del esforçado prinçipe Argesilao, que con tan diversas passiones y cuytas caminaua para Olanda; donde arribado en ella, aunque con duelo y pesar estuuiesse por la muerte de la Reyna, el gozo de la ver fué mas que el pesar; y aunque no hovo fiestas públicas, fiziéronlas los ánimos de todos los de su córte y reyno, pues como Argesilao vivir ni auenirse con sus amorosas ánsias podiesse, y el Rey su padre viniesse enfermo y débil por la cresçida edad, passaua descontenta vida: mas çedo la tuuo contenta, porque el Rey le fabló en casamiento con vna fija del Rey de la gran Bretaña, mas como él tuviesse catiuo su coraçon de la Prinçesa Laudomia, aquel ni otros que le trayan no los quiso escuchar: al fin se vino á razonar de la Prinçesa de Frisa; ved si vendria en ello; conçertado este casamiento quiso el Rey de Austrasia y la Reyna de Frisa que pasase el año de la muerte de la Reyna de Olanda, y del Rey de Frisa, que poco tiempo se lleuauan, y que para Argesilao fueron mil años. Passado el tiempo Argesilao fué á Frisa, donde le reçibieron con la fiesta que cuydar podeys; y despossados estos dos que tanto se amauan, en pocos dias la Prinçesa fue en çinta, dando gozo vniversal á todas aquellas tierras, pues açercándose el mes del parto, el Rey de Olanda quiso que la Prinçesa viniesse á parir á Olanda, y assi embió por ella á los mas altos hombres de su reyno. Por su venida se fizieron en la villa de la Haya muchas fiestas, saliendo la Prinçesa algunos dias á caça y monteria, donde se defendieron passos y se fizieron

fechos de armas; assi que no se entendia sino en fiestas y plazer. Argesilao, que el mas ledo de los hombres viuia, no entendia en ál que en agradar á la Prinçesa y lleuarla por vnas partes y otras, donde ella mas se folgaua; y porque la monteria le plazia asaz, ordenó vna caça no lueñe de la Haya, porque la Prinçesa no trabajasse, y fué en vna floresta que á duro en el mundo otra tan deleytosa se fallara, assi de tierra apazible, verde y llana, como de fuentes frias, y arroyos claros, y diuersidad de bestias fieras. Para esta Real monteria quiso la Prinçesa que fuessen todas las prinçipales dueñas y donzellas de la villa, y assi fué la Duquesa de la Haya y condesa de Audenardes. Esta era casada con Sergeano de Brimar, y la Duquesa con Gramato de Gardis, los dos caualleros que vos dijimos que recibieron la orden de cauallería con Argesilao y su hermano, y las dos hauian pocos dias antes parido sendos fermosos donzeles, espeçial la Duquesa, porque jamás en aquellas partes, donde las gentes son fermosas y loçanas, vieron tan fermosa criatura, y por ser tal le llamaron Belamir el fermoso; y al de la Condesa, Filorante de Brimar. Fueron los dos tales, que á duxo su par en sus tiempos fallaran, en bondad de armas y seguir amores. Estas dos dueñas venian en las andas donde la Prinçesa venia, porque ademas folgaua con ellas, que dueñas de gran entender y donayre eran. Entrando por la floresta que la selua peligrosa llamauan, porque pocas veces entrauan en ella que no aconteçiesse alguna peligrosa auentura, á causa que era muy grande y trauesauan por ella carreras á diuersas partes,

y tenia espessuras y passos afanosos de pasar, llegaron á vna clara y fermosa fuente abundante de agua, que faziendo graciosos arroyos se metian por la selva. Aqui plugo á la Prinçesa reposar, y assi salió de las andas, y con las otras dueñas y donzellas se sentaron en torno de la agradable fuente, donde tañeron donzellas en acordados instrumentos, y cantaron dulçemente, faziendo gran gozo á todos: Argesisilao entró en la selua con muchos caualleros y monteros, para fazer passar por alli caças, que la Prinçesa de las ver folgasse. El ançiano Rey por sus graues enfermedades no salia de su cámara, y assi no se falló en esta jornada, que fué ademas agradable por las muchas y diuersas caças que ante la Prinçesa y por la selua mataron.

En torno desta fuente hauia fermosos pradillos floridos y verdes, con frescas sombras, que en aquel tiempo por ser de Junio mucha graçia dauan: sobre las flores y uerde yerua tendieron las blancas telas, con diuersidad de frutas y carnes saluajes, y otras preçiadas viandas: á la mitad de la comida, á la Prinçesa le vinieron graues dolores, que ya el tiempo de parir era llegado. Entendiendo aquellas altas dueñas el mal de la Prinçesa y como le aquexauan los dolores, conoçieron ser arribada la ora del parto, y en un punto fizieron de ramas verdes y tiernas flores de los prados vn lecho, donde acostaron á la Prinçesa, y mandando que allí no estuuiesse cauallero ni escudero, se metieron todos por la selua, sino Argesilao y el Duque Gramato de Gardís y Conde de Audenarde, que á vna parte se pusieron. La Duquesa y Con-

desa, que entre sus braços á la Prinçesa tenian, porque se diuirtiesse en algo para no sentir tantas bascas, fizieron tañer y cantar las donçellas; mas no passó gran pieça quando la Prinçesa parió en manos de aquellas altas dueñas el mas fermoso donzel que se nunca vido, emboluiendolo çedo en delgados paños, de antifazes de donzellas, quedando la Prinçesa libre, y ademas gozosa; y como le trajesen al fermoso donzel, tomóle entre sus brazos, y bañándolo de lágrimas, del sobrado gozo que de lo ver ovo, dixo:—Plegue al muy alto Señor, el mi fermoso fijo, que vos faga tan bueno como apuesto soys, y tan preçiado de todos como vuestro padre: tomalde, caualleros, y bautizaldo en essa fuente, por si dispone Dios del para se lo çedo lleuar.—Y tomándolo el Duque de la Haya, lo lleuó á su padre, que de sobrado gozo de ver libre á la madre no se membraua del fijo; y como tan apuesto le vió, dixo:—No cuydé yo otra cosa, el mi fijo, sino que pues os parió la Prinçesa Laudomia, hauiades de ser tan fermoso:—y dándolo á aquellos altos hombres, lo desembolvieron de los paños para le bautizar en la fuente; y viéndole Argesilao que le clareauan las blancas carnes, mandó que le llamassen CLARISEL; y aconteçió, que assi como el agua le lançaron sobre la cabeça, la que baxaua por los pechos paresçia aclararselos mas, y tanto, que mirando el Duque en ello dió vna alta voz, diçiendo:—¡Santo Dios! y que estrañeza tan grande saca el Donzel! mirad que blancas flores le veredes en los pechos.—Luego Argesilao se las vido, quedando marauillado de tan fermosas señales, y man-

dó que lo lleuassen á su madre, no se marauillando de las ver menos, y todos los que las vieron, teniéndolo por buena señal. Bautizado el niño, como alli no houiesse dueña que tuuiesse leche, sino la Duquesa que hauia poco que era parida, aunque con poca se fallasse, por ser hauer fecho remedios para no tenella, púsoselo á los pechos, paresçiendo á la Duquesa qu' el donzel fiziesse esfuerço como otro de seys meses fazello podia. A la Prinçesa y Argesilao les paresçió seria bien que la Duquesa en las andas de la Prinçesa á la Haya lo lleuasse, y diesse el recaudo que conuenia; y mandando que con ella fuessen quinze caualleros y quatro donzellas suyas, la Duquesa y donzellas se metieron en las andas con DON CLARISEL *de las flores,* que assi les plugo á sus padres llamarle. Tiraron por la carrera la selua adentro: el dia entró caloroso, y en las andas auia tanto calor qu' él donzel mostraua congoxarse, y la Duquesa mas en le ver tal; y caminadas tres millas, paresçiole á la Duquesa ser bien salir de las andas, y en vna parte fresca atender qu' el sol que cayesse, y assi lo fizo, porque fallando no lueñe de la carrera vn arroyo de frescas aguas, cubierto de sombras que los altos árboles le fazian, salió de las andas con el donzel y donzellas, y como no tuuiessen ál que fazer; y acordaran de passar alli la siesta, y la duquesa quisiesse vn poco repossar, los caualleros se lançaron por la selua para fazer lo mismo, quedando la duquesa y donzellas; y porque el donzel mejor reposase, pusieronlo entre vnas verdes matas donde fresca sombra hauia. Pues como la Duquesa y donzellas

se acostaron sobre la verde yerva para dormir, apenas fueron vencidas del sueño, quando sintieron por la selua no lueñe dellas rumor muy grande; ellas pauorosas, no viendo cauallero de sus aguardadores, estuuieron escuchando lo que seria, quando sintieron mas çerca bramidos y resoplidos espantosos de leon, que tras vn çieruo venia: fue tanto el espanto y temor que de los bramidos del leon houieron, que sin membrarse en aquel punto del donzel, ni de ál que de huyr y esconderse debaxo de espesas matas, sin osar lançar huelgo, estuuieron como muertas. El leon que tras el çieruo yua, passó por çerca de alli ligeramente, metiendose por aquellas espessuras. Auino en este mismo punto, que passando por alli vn pastor buscando vna novilla que hauia perdido, no sintiendo el leon porque ya era passado por la otra parte, vino á beuer en el arroyo junto donde el donzel yazia, que despertando començó á llorar. El pastor viendo tan pequeña criatura embuelta en tan ricos paños, sin entender por qual auentura aquella cosa tan pequeña alli estuviesse, mirando á todas partes y escuchando, y no viendo ni sintiendo cosa alguna, tomó el donzel entre sus braços porque alguna fiera no se lo comiese, y truxolo consigo, metiendose por otra carrera de la que á la Haya yua. Al fin de vna buena pieça que la temerosa Duquesa y sus donzellas estuuieron escondidas y calladas de miedo del leon, membrandose que hauian dexado el donzel debaxo las matas y que ningun rumor en la selva se sentia, salieron de la espessura entrando con gran pauor á vnas partes y á otras, y viendo no pareçer

leon ni otra dañosa bestia, fueron çedo á la parte donde el donzel auian dexado, y como lo no fallassen, cuydando la Duquessa que passando el leon por alli se lo hauia lleuado y comido, cayó tal como muerta: las donzellas viendo tanta mala andança començaron fazer esquiuo duelo, el qual oydo por sus aguardadores, qu' el rumor del leon no hauian sentido, vinieron donde el duelo se fazia, y fallaron á la Duquesa que ya buelta en si, por la frescor del agua que sus donzellas en la faz le lançaron, faziendo gran duelo dezia:—¡Ay Dios! y quanto mejor fuera para mi qu' él leon me despedaçara, fermoso donzel, que no á vos; no vendria aora vno tan piadoso que para su pasto quisiesse mis carnes?—y con estas y otras apasionadas razones rompia el tocado de su cabeça, y messaua sus rubios cabellos: los caualleros, entendiendo el malandante caso, pugnauan por la consolar, mas ningun consuelo fallaua, ni sabia que se fazer, si yria á la Haya, ó tornaria á la Prinçesa y Argesilao á dalles tan buena cuenta de su fermoso donzel. Al fin se resoluió en tornar á ellos y assi lo fizo; que como la sintieron venir faziendo grandes estremos, luego Argesilao entendió lo que podia ser, y cuydó que del gran calor el donzel muerto fuesse: como la fortaleza de su coraçon fuesse tanta, encubriendo su pesar fue á la Prinçesa, que durmiendo la hauia dexado, y embio á dezir á la Duquesa que no fiziesse duelo, porque la alteracion y sobresalto á la Prinçesa no dañase, y el se fué, como vos dezimos á ella, y fallola ya despierta y mostrándole dulçe semblante, por tan buenos términos le dió la nueua de la

perdida del donzel, que ninguna alteraçion tomó, ni respondió ál que dezir:—El mi buen señor, pues el alto señor lo ha querido para si, no seamos tan sandios que le ensañemos con tomar pesar; de mi vos sé dezir, que viviera leda con el donzel porque semejaua á vos; mas pues veo la verdadera ymagen, ninguna ansia tomo, ni vos de mi la tengays:—y fizo venir ante si la Duquesa y como tan apasionada la viesse dixo:—Duquesa, entended qu' él pesar que yo reçibo es cuydar en el que vos reçebis: no os cuyteys, ni cuydeys mas en ello, qu' el donzel está en mejor parte que nosotros. Y trataron estos Prínçipes con tanta discreçion y sesso esta que cuydauan ser tan mala andança, que ningun pesar se les conosçió por ello, mandando que al Rey lo tuuiessen çelado, dandole á entender que se criaua: y por lo que meresçió la bondad y cordura que tuvieron en este afan, luego a pocos dias la Prinçesa se sintió en çinta, y á su tiempo le auino parir en otra selua vn fermoso infante, que le dieron mejor cobro que al primero; y porque nasçió alto y en selua le ilamaron ALBASILUIO. Fué tal cauallero como adelante veredes, y el año mas adelante parió la Prinçesa vna fermosa fija, y tanto, que por su fermosura oyredes grandes males y bienes: el año qu' esta infanta nasçió murieron el Rey Anfiarao y la Reyna de Frisa, faziendoles los Reyes sus fijos pomposas obsequias; y dexallos hemos en el estado que os diximos, y oyd lo que auino al *Donzel de las flores.*

CAPÍTULO IX. **De la aventura que ovo el Donzel de las Flores.**

L Pastor qu' el Donzel de las Flores lleuaba, caminó con el vna milla, y á la salida de vna espessura fazia la carrera vna buelta, y como venia descuydado y embebesçido mirando el Donzel y los ricos paños en que venia embuelto, que eran antifazes de donzellas, labradas de seda y oro, guarneçidas de perlas, doblando la buelta vido venir çerca por ella tres caualleros armados, sobre buenos cauallos, y lanças fuertes en las manos. El Pastor, tomándole de sobresalto la vista de los caualleros, ouo tanto miedo en los ver armados, que acostando el donzel sobre vna retama que junto á la carrera vido, se metió pauoroso huyendo por lo mas espesso de la selua; los caualleros viendole huyr con tanto miedo rieronse mucho dello, y dixo vno dellos:—¿no vistes que dexó el villano en aquella mata lo que traya entre los braços? veamos que será, si por ventura traya alguna cosa robada, y de pauor que no se la hallasemos la ha dexado y se ha escondido: y assi como yvan caminando, yvan oyendo el duelo que de hambre el donzel fazia; y no pudieron entender que podia ser lo que sonaua fasta que llegaron donde el donzel era, que viendo aquella auentura vno dellos se apeó, y tomándolo en sus braços, espantado de ver tan pequeña criatura embuelta en tan ricos paños, lo mostró

á sus compañeros, que no menos que él fueron en lo ver maravillados:—Ora no me creades, dixo Riqueran de Granaldo, que assi llamaban aquel que tenia el donzel, si esto no debe ser algun gran caso, y si esta criatura viue será de gran bondad y alcançará buenas andanças:—y dándolo á vno de sus compañeros subió en su cauallo, tornando á tomar el donzel que se mucho con el folgaua: caminando razonaua en tal auentura, diziendo sobre ello cada vno grandes pronosticos; y al salir de la selua vieron vna fermosa vega, y en ella seys tendejones fermosos á marauilla, y por los prados pasçer cauallos sin sillas, y azémilas, y otros cauallos ensillados arrendados á los árboles, y en cada vn árbol de aquellos acostada vna lança, y vn yelmo en las ramas puesto; andauanse solazando por la ribera gozando de la dulçe tarde muchas gentes, assi dueñas y donzellas, como donzeles, y escuderos, y caualleros armados, saluo cabeças y manos; y deleytandose Riqueran y sus caualleros de ver la fermosa vega, tendejones y gente, arribando á ellos quanto vna echadura de arco, vieron venir al galope de vn palafren vn donzel fermosamente adornado, que arribando á ellos dixo:—Buenos señores, vna fermosa y alta dueña que alli delante está, vos faze saber que se fuelga asaz de ver fechos d' armas; y assi vn cauallero que con ella viene le prometió de guardar tres dias este paso, y es oy el postrero, y entiendo que vosotros seredes tambien postreros en justar, porque ya el sol nos dexa; lo que hauedes aqui de fazer, es romper cada vno de vos tres lanças con el cauallero del paso, y de qualquier manera que

lo fizieredes pasareys sin mas estoruo vuestro camino; y si justar no queredes, haueys de boluer por dó venis, porque doçe caualleros, que alli sus armas relumbrar vedes, os faran boluer quando adelante quisieredes passar. Y dicho esto, quedó marauillado de les ver traer aquel pequeño donzel. Riqueran le dixo:—Amigo, dezid á la señora que á nós vos embia, que por fazer su mandado, pues como dezides es fermosa, justaremos, y si dello se paga nos tornaremos por dó venimos, aunque la selua es peligrosa. El donzel dixo:—No perderedes nada, caualleros, en ser corteses como soys, qu' el cauallero del paso, señor desta campaña, marido de la fermosa dueña que á vos me embia, mucho se paga de caualleros mansos en razones, porque suelen ser fuertes en armas: y con la respuesta de Riqueran se tornó á mas andar, dandola á sus señores, y diziendoles el donzel que visto habia, desseando la fermosa dueña verle: en esto el cauallero del paso subió en vn fermoso cauallo, armado de armas blancas, releuadas sierpes de oro, sin otro deuisa, y el escudo assi mesmo con vna sierpe releuada en medio dél, y sobre el yelmo muchas penas jaldes y blancas, y baxa la visera, seruido de lança, se puso al cabo de la carrera apuestamente: Riqueran viendole atender, mandó á vn cauallero suyo que para él partiesse; el qual bien cubierto de su escudo y su lança baxa, lo fué á encontrar, y topandose en medio de la carrera, el cauallero de Riqueran rompió su lança, y el del passo le encontró tan duramente que á el y al cauallo fizo rodar por el campo sin daño alguno; y viniendo el del paso

á parar çerca de Riqueran, Riqueran le dixò:—Cauallero, mirad lo que fazedes, que habemos de passar esta tarde quatro millas de aqui, y si nos detenemos habremos mala jornada.—De esso no os podeys quejar fasta agora, dixo el del passo, que ya uedes quan çedo he despachado á vuestro compañero:—Assi lo fazed á mi, dixo Riqueran riendo, y no lleuaré quexa de vos. Sabed qu' este cauallero Riqueran de Granaldo asaz era esforzado y donayroso, cortés y de gran bondad, rico y amado de los que le conoçian, y era suevio, señor de vna buena villa de Suevia llamada Haspergue; pues fecho el del paso este buen encuentro, tornóse con su lança sana al cabo de la carrera. El otro cauallero de Riqueran salió á el, que bueno en armas era, y encontrolo fuerte, faziendo su lança piezas, y doblar, y aguantó en la silla; mas el del paso le fizo perder la suya, y allegando á Riqueran, dixo:—Por vos fazer seruiçio he abreuiado la fazienda de vuestro cauallero; venid y faré de vos lo mismo, y ternedes tiempo para arribar al albergue. Riqueran con gran donaire dixo:—Yo vos agradezco, buen señor, la buena obra que nos fazedes en desembaraçarnos la carrera; mas dezidme, si por vuestra mala andança me detuuiesse con vos, y se me pasasse el dia, darme yades esta noche albergue?—Esso vos prometo, dixo el del paso, auéngame con vos lo que auenir me puede; que vuestro donayre y buen talante me faze desear fazeros toda buena obra. En esto el primer cauallero que anduuo vn poco rodando por el campo, subido en su cauallo vino á Riqueran; Riqueran le dió el donzel, y viendo como

el del paso lo atendia al cabo de la carrera, enderezóse bien en la silla y partió al mas correr de su cauallo, ademas fermosamente; y encontraronse los dos con gran fuerça, mas no se mouieron de las sillas, y viniendo á parar el cauallo Riqueran çerca de un grande y fermoso tendejon, donde á la puerta dél estaua en vna rica silla sentada vna fermosa Dueña ademas bien guarnida, entendiendo que fuesse la señora de aquella compaña, por quien su marido guardaua el paso, leuantando la visera del yelmo, le dixo:—Fermosa señora, esta lança que he corrido fue por pasar adelante para llegar á buen tiempo al albergue, y las que más corriere seran por quedarme en este:—Fazeldo assi, señor cauallero, dixo la dueña, que yo os doy mi fé de aluergaros bien. En esto Riqueran reboluió apuestamente, y dándole vn escudero vna buena lança partió para el del passo, que ya venia, ganoso de fazer buen encuentro, y assi rompió su lança y Riqueran la suya, sin fazer el vno ni el otro desden alguno: y desta manera les auino con quantas lanças alli se fallaron, rompiéndolas todas, y acabándolas con el dia. El cauallero del paso ademas contento del buen justar de Riqueran, fué á él diziendo:—Pareçeme, cauallero, que fazedes al contrario de lo que deziades dessear, que era passar de aqui çedo, y pues ya viene la noche y las carreras á tal ora no estan bien seguras, bien será que aluerguedes conmigo, y contarnos eys la auentura de esse pequeño donzel, que segun me ha paresçido apuesto, pesar me á ya que se muriesse, y ternialo á gran ventura que viviesse, segun es pequeño y vie-

ne sin quien le socorra.—Plázeme, dixo Riqueran, de fazer lo que mandeys: por dicha fallaremos en vuestro aluergue quien ó como á esta sin ventura criatura dé remedio, que assi Dios me vala, deue ser de alta guisa, y fariamos gran bien en passallo adelante. Y caminando fasta los tendejones, Riqueran desçendió del cauallo, y tomó en sus braços al pequeño donzel; el del paso y los dos caualleros se apearon, viniendo luego hombres que los cauallos tomaron. El del paso, tomando el donzel y arribando á su fermosa dueña, dixo:—La mi señora, ved á quien auedes del aluergar esta noche con Gradasilda vuestra fija, y assi me uala Dios, y este buen cauallero lo consiente, que le auemos de criar con ella, sin deferençia alguna, porque sin falla es de alta guisa. La fermosa dueña lo tomó en sus braços, saltándole lágrimas de compasion de ver tan pequeña criatura, y tan fermosa, y ricamente guarnida, en tanta miseria y trabajo, y fízole mas enterneçer porque assi como en sus brazos le tomó, asió con la boca vn cabo de vn delgado velo que sobre el tocado traya, y semejaba sacar sustançia del.—¡Ay rabiosas ansias de la cuytada madre que tan fermoso te pario! dixo la fermosa dueña enternesçida, y quien aplacarla pudiesse!—y faziendo llamar çedo á la dueña que criaua vna fija suya, le fizo en su presençia dar leche. En esto el cauallero del passo mandó desarmar á los tres caualleros, y cubrir de ricos mantos, y él assi mismo; y desseando la fermosa dueña entender la fazienda del donzel, Riqueran se la dixo, como havedes entendido; y porque es bien que sepades

quien este buen cauallero y fermosa dueña eran, sabredes que él se llamaua Leopoldo, é era vno de los Duques de Pomaria y Franconia en la alta Alemaña. Este cauallero, que de poca edad era, quiso buscar como cauallero andante las auenturas, y baxando á las prouincias de Austrasia vido bolando con esmerejones aloyas á la fija del Duque de Anamur, y paresçiole tan fermosa y quedó tan pagado della, que se dió á conoçer á su padre el Duque de Anamur y diosela por muger; y estuuo en casa del Duque dos años. En este tiempo le parió su fermosa dueña vna fija, que Gradasilda llamaron. Viendo el Duque de Pomaria la fija que le hauia naçido, y que la madre quedaua libre, quiso partirse para sus tierras, que en Alemaña la alta son, y porque la Duquesa era de poca edad y hauia viuido muy retirada, quiso que viesse las fermosas villas de Austrasia, y assí la llevó por Brauante y otras partes, passando por Olanda, estando vn mes en la Haya, porque era muy deudo del Rey Amfiarao; y boluiéndose para Alemaña, como el tiempo era en aquellas partes agradable y deleytoso, passando por esta viçiosa ribera, entendiendo que era gran paso de caualleros andantes, rogó al Duque su marido que por su amor justasse en él, con las condiçiones que oydo hauedes: y assi Riqueran conoçiendo quien eran, y él se tornaua á Suevia, por donde hauian de passar para Pomaria, quiso yr con ellos, que no poco se folgaron, por su gran donayre, y mas quando entendieron ser tan alto cauallero, que tambien á buscar las auenturas hauia de su casa salido.

Por esta auentura vino el Donzel de las flores á poder de los Duques de Pomaria sus parientes; mas tal os fago saber, que las flores de los pechos luego que se bautizó se le escondieron, y no se mostraron fasta que reçibió la órden de caualleria. Este Duque fue por su camino con el donzel, curando del la dueña que de Gradasilda curaba, la qual ocho meses tenia; y arribados en Asperge, Riqueran les fizo grandes onores, que por su ruego estuuieron con el seys dias; y partido el Duque de Asperge, en todas las jornadas no les auino cosa que les enojasse, y assi llegaron á Pomaria donde viuieron con mucho gozo, criandose *El donzel no conosçido,* que assi al Duque le plugo llamar en su casa, no hauiendo diferençia en el buen tratamiento dél á Gradasilda, teniéndolo por propio fijo. Quando vino el donzel á edad de ocho ó nueue años, le enseñaron todas maneras buenas, quales á cauallero convenia, y sobre todo á fablar diversos lenguajes, exerçiçios de armas, á danzar y tañer instrumentos de muchas differençias, tratando con dueñas, donzellas y caualleros, saliendo tan entendido, tan abil y agraçiado en todos sus fechos y dichos, que por marauilla por aquellas partes del *Donzel no conosçido* se razonaba. Pues llegada Gradasilda á edad de nueve años, fízose tan apuesta y fermosa, y salió tan bien acostumbrada, que los padres vivian con ella asaz ledos, y acordaron de la embiar á la corte del Rey Argesilao de Austrasia, su deudo, para que se criasse en su corte, en compañia de la Infanta Gracelinda; y como *El donzel no conosçido* tuuiesse á Gradasilda en cuenta de hermana, rogó

al Duque que con ella le embiasse á seruir á aquel esforçado Rey, que tan alta fama de sus fechos por el mundo sonaba: al Duque le plugo, y assi con fermosa compañia Gradasilda y el donzel partieron á la baxa Alemaña, y fallaron al Rey y Reyna de Austrasia en vna gran villa de Bravançia, llamada Anduerpia: fueron ademas bien recebidos del Rey y Reyna, desseando conosçer al *Donzel no conosçido,* que como por marauilla dél razonaban. No se vos podria dezir el gozo que de ver al donzel tuuo Albasilvio, fijo vnico del Rey, donzel de poca menos edad, y en todas las cosas auentajado: eso mismo folgaron Belamir el fermoso, fijo del Duque de la Haya, y Filorante de Brimar, fijo del Conde de Audenarde, que eran donzeles todos casi de vn tiempo, y sin par en todas las cosas y buenos fechos, entre los de su edad, despues del *Donzel no conosçido,* que este les sobraua en todo, assi mismo Albasiluio. Tomaron estos quatro apuestos donzeles tanta amistad y verdadero amor, que el vno sin el otro viuir no sabian, y assi en todas las fiestas que ellos inuentauan salian juntos, y de vna manera, poniendo el Rey y Reyna y quantos los vian los ojos en ellos, faziendoles bien andantes pronósticos; marauillando su apostura y donayre, su discreçion y manera en todo fecho, á los ançianos caualleros que de gentilezas entendian, y sobre todos el *Donzel no conosçido,* que á todos ventaja fazia. Pues como se criasse en esta corte como si fuera hermano de Gradasilda, y entrasse y saliesse las veces que le plazia á los aposentos de la Infanta Graçelinda y Gradasilda, con quien las dos y todas las

dueñas de la corte ademas de razonar con el folgauan, por velle de tanto donayre, de tan gentil apostura, y el mas bien razonado donzel del mundo: un dia que caualleros fazian una fiesta de justas, y torneos, y passos mantenidos, entró acaso por la mañana en el aposento de Gradasilda, que era en el de la Infanta, y falló á las dos que sus donzellas las guarnian y adereçauan, para mostrarse fermosas y loçanas aquel dia, porque á la noche hauia de hauer fiesta en la sala: y sabed que la Infanta Graçelinda, assi niña de ocho años, se gozaua ademas de ver al *Donzel no conosçido* y oyrle sus sessudas razones, y como le viesse entrar sospirando y cuydoso, dixo:—Dezidnos por ora fé, *Donzel no conosçido,* que hauedes, que si fuerades cauallero cuydara que anduuiessedes enamorado segun venis cuydoso sospirando.—¿Y cómo, fermosa señora, dixo él, y porque sea donzel no puedo tener amor?—Cuydo que no, dixo la Infanta, porque segun oyo dezir á dueñas y donzellas, el amor no viene donde no ay conosçimiento para entender las cosas que meresçen ser amadas, y vuestra edad no os dexa conosçer cosa que merezca ser de vos amada.—Gran engaño, dixo el donzel, es cuydar que vá en las edades el conosçimiento de las cosas, porque donzel se fallara de poca edad, mas bien entendido que muchos caualleros ançianos que han cursado el mundo.—Assi lo creo, dixo la Infanta, si el donzel soys vos.—No soy esse, dixo él, porque ni yo conosçeria quien meresçe ser amada, ni osaria amar ya que la conosçiesse.—Esso, amigo, dixo la Infanta, no es vuestro sino de covardes y de bajos pensa-

mientos. Como, ¿y no osariades amar vna alta y fermosa donzella?—Si señora, dixo el donzel, quando yo fuesse cierto que se me perdonasse mi atreuimiento.—Ora mirad en la corte, dixo la Infanta, de que donzella queredes ser donzel, que yo pugnaré que por suyo vos reçiba, y os perdone el atreuimiento á quien vos hauedes pauor.—En merçed os tengo, la mi señora, dixo el donzel, el gran bien y onor que me desseades fazer; mas sabed que tengo mas presunçion ó valor.—¿Como assi, dixo la Infanta?—Porque si á mi escoger fuesse, dixo el donzel, á lo mas alto me subiria.—Desto le vinieron á la Infanta colores fermosos á su faz, quedando por ello leda. Gradasilda sonriendose, dixo:—A vos, señora, me semeja que mira el donzel; ¡qual seria que le fiziessedes sospirar!—La Infanta poniéndose desto loçana, mirandole con buen donayre dixo:—Folgaria que assi fuesse por tratalle bien.—El donzel le fizo por ello gran mesura, diziendo: —No me llamen de oy mas *el no conosçido,* pues me conosçeran por el mas bien andante donzel del mundo.—La Infanta dixo:—Yo consiento que por mí seays tal como dezides, con que me prometays de ser mi cauallero, quando lo seades.—No lo seré malo, dixo el donzel, fermosa señora, siendo vuestro, y por tal desde aora me tengo, y pluguiera á Dios que lo fuera oy, para entrar por vuestro seruiçio en las fiestas.

Folgaua tanto la Infanta de razonar con el donzel que no sabia estar vn' ora sin velle; entendiendo el Rey y Reyna como *El donzel no conoscido* offresçido se hauia de ser ca-

uallero de la Infanta, y ella lo hauia açeptado, tomaron dello sabor, y assi en todas las fiestas que los donzeles fazian los preçios qu' él donzel ganaua los presentaua a la Infanta, con tanto donayre y sesso como si fuera el mas bien entendido cauallero del mundo. Belamir el fermoso, era de otra diferente condiçion; porque *El donzel no conoscido* aunque se llamaua Donzel de la Infanta, y la siruiesse, andaua libre de amor, lo que no Belamir, que moria de amores de vna donzella de su tiempo que en palacio muy fermosa hauia; y folgaua el Rey y Reyna de le oyr con ella razonar, porque lloraua, y se enternesçia, y sospiraua de manera, que mostraua no poder vivo salir de ante ella. Filorante su amigo, era de otro arte, que no se pagaua de alguna, ni sabia ser donayroso, y todo lo que razonaua eran cosas de sesso. Albasilvio, tenia otras costumbres, y eran tratar armas y amores con soltura y donayre, ser bullicioso y presto en toda cosa, gran acometedor de arduas empresas, y assi fué estremado cauallero.

CAPÍTULO X. **Por qual auentura salió el Donzel no conocido de la Córte del Rey Argesilao de Austrasia.**

De la manera que oydo hauedes se criaua *El Donzel no conoscido* en la Córte del Rey Argesilao, su padre, sin que alguno supiesse su fazienda; y assí como en edad y cuerpo cresçiesse, assi cresçia en todas las cosas de buen cauallero, viniendo las gentes á razonar de él

como de cosa tal nunca vista: muchos sábios fazian sobre el pronósticos y los embiauan al Rey, y todas eran admiraciones de gran virtud y fortuna. Venido en edad de diez y ocho años, vieradesle de la mayor apostura y continente, que con ser Albasiluio el mas brioso Donzel de su tiempo y de mejor donayre, con gran parte no le arribaua, solo Belamir en fermosura de rostro paresçia llegarle algo, mas semejaua mejor la del *Donzel no conoscido* porque era mas varonil. Viendose, pues, todos estos apuestos donzeles en dispussicion y fuerças y discreçion para ser caualleros, acordaron de yr todos juntos vn dia á suplicar al Rey les diesse la órden de caualleria; y assi lo fizieron, y el Rey se les otorgó para el dia de San Jorge, patron de aquellas partes, que fasta vn mes venia. En este tiempo era cosa de ver los grandes fechos en armas que estos donzeles fazian, y la destreza y desemboltura que en ellos mostrauan, y la fuerça de sus braços, y ligereza de personas, especial *El Donzel no conoscido* que semejaua entre los de su tiempo águila entre falcones, desseando quantos le conoçian de vista ó de fama que fuesse cauallero, por oyr ó ver las grandes cosas que fazer tenia. Pues yendo á monte el Rey y Reyna á la selua sin ventura, donde naçió y se perdió *El Doncel de las flores*, por ser aquella tierra de infinita y braua caça de fieras bestias, despues de hauer fecho gran caça, el Rey y Reyna, dueñas y donzellas con el Duque de la Haya y conde de Audenarde y donzeles, membrándose la Reyna, viendo la fuente, quando parió al *Donzel de las flores,* y como se perdió en aquella selua, las lágrimas le

vinieron en tanta abundançia que le bañaron su fermosa faz. El Rey entendiendo su pessar, con ledo semblante y razones de mucho donayre le dixo:—Dueña, y mi buena señora, no se vos miembre del Donzel tan pequeño que aqui perdistes, sino el tan apuesto que cobrastes en el *No conoscido* que tanto amamos; este nos guarde el alto señor pues como sabedes dizen los sábios que del hauemos de reçebir tanto onor y buenas andanças como si nuestro fijo fuesse.—A Dios plegue, dixo la Reyna con semblante ledo, que le veamos tal qual dizen que será.

Alçado auian las telas de sobre la verde yerba donde comian, y estauan asentados, quando oyeron dentro de la selua los mas dulçes y acordados sones que nunca oyeron, sin poder entender que podria ser aquello; y estando todos atentos escuchando tanta diuersidad de sones y vozes de gran suauidad, vieron salir de la selua á los prados que ante si eran la mas fermosa auentura que se vió: eran ninfas assí como dizen que moran en las seluas, guarnidas de diuersos çendales de oro y seda variada de mil colores, con tocados de diferentes maneras, vnos de oro, otros de flores, otros de cauellos, y otros de çendales y piedras preçiosas; venian sobre vlicornios albos como la nieve, guarnidos de seda india y oro; entraban á los prados en dos fermosas filas, dellas tañendo y otras cantando con tanta melodia, suauidad y conçierto que daua admirable deleyte á quantos las oyan y vian. Salieron fasta çinquenta, vna en pos de otra sobre los domésticos vlicornios, y en medio dellos venia vna dueña muy

ançiana, guarnida de paños de seda negra, con vnos delgados y blancos velos por la cabeza, desçendiendo por los pechos dos cabos del, que fasta á tierra llegauan, sobre vn palafren tan negro como azabache, y la frente roxa y ençendida como vivo fuego: tras ella venian dos apuestos escuderos á pié guarnidos con aljubas de oro y plata, que diuersas luzes fazian; trayan de diestro vn blanco palafren fermoso á marauilla, guarnido de seda india y oro, con muchas penas indias y faldes en la testera del guarnimento. Las primeras ninphas llegaron con sus vlicornios, assi en fila como venian, fasta la fuente donde el Rey y Reyna con todos los que os hauemos contado eran, y arribadas allí pararon los vlicornios, sin cessar la armonia y consonançias de los sones y cantares, passando la dueña por medio, y los escuderos con el palafren en pos de ella: assi como arribó çerca de la fuente, desçendió del con tanta ligereza como lo pudiera fazer *El donzel no conosçido,* y con graue passo, trayendo en la mano vn blanco cayado de marfil con que se affirmaua, caminó fazia la parte donde los donzeles sentados eran; algunos dellos y muchos otros se quisieron leuantar para fazelle mesura, mas no se pudieron mouer de donde eran, sin sentir por ello affan alguno; la dueña, que como vos diximos fazia los donzeles caminaua, como arribasse al *Donzel no conosçido*, sin mirar á Rey, ni Reyna, ni otra persona, trauóle por el braço y leuantólo ligeramente, sin que él deffendersele pudiesse, y lleuandolo assi fasta el blanco palafren, lo subió en el con tanta facilidad como si de pluma fuera, saltando ella en el

suyo no con menos ligereza; y boluiendo á caminar por dó vinieran, las postreras ninphas siendo primeras, con aquel espaçioso passo y suauidad de sones y cantares salieron de los prados y se metieron por la selua donde mas no fueron vistos, aunque por gran espaçio sintieron las acordadas vozes; y en todo este tiempo los que sentados eran leuantar no se pudieron, quedando qual podeys cuydar.

La Historia os quiere fazer saber quien era esta dueña de tanto saber, que con tan agradable auentura sacó de la Córte del Rey Argesilao al *Donzel no conosçido.* En las partes de Grecia, en vna provinçia llamada Arcadia, fértil, fermosa y celebrada de muchos sábios por la diuinidad de sus sacros montes, y claras fuentes, y fermosas ninphas, y Dioses benignos y domésticos, ovo vn rico hombre de linage, que no tuvo otro successor en sus bienes que vna fija asaz fermosa y de gran entender, tanto que siendo niña de siete años, inclinada al culto diuino, conuersauan los Diosses con ella, y assi por boca desta donzella, entendian los pueblos de Arcadia la voluntad de sus Dioses. Viniendo esta donzella, que Filena se llamaua, a edad de casarse, no quiso tomar marido, por estar mas libre y desocupada para aprender çiençias: muerto su padre, y quedando señora de grandes heredades, diólas todas á parientes suyos y retirósse á los montes á enseñarse en la arte mágica, de quien salió la mayor maestra de su tiempo, por vn gran sábio que en las cueuas de Traçia viuia muchos años antes que ella nasçiesse, que la truxo á sí, y fizo christiana, y le enseñó grandes secretos, y

otro hombre mortal sino este no los alcançara. La costumbre del sábio Deucalion, que assí se llamaua, era entender quien eran en el mundo buenos hombres, ora fuesse caballero ó donzel, escudero ó donzella; ora fuesse dueña, Rey ó labrador, y á estos ayudaua para que en la virtud adelante pasassen, y en sus affanes les valia; y assi esta buena costumbre imprimió en el ánimo y coraçon de Filena, de manera que por estos dos sábios eran los buenos faboreçidos, pagano ó christiano, de qualquier naçion ó condicion que fuesse; y assi el tiempo que la cruel Bruniquilda de España ençendió las guerras entre sus nietos, Trodoberto, Rey de las provincias de Austrasia, y su hermano Trodorico Rey de Borgoña, la estraña Filena de Arcadia, que era la dueña que vos contamos, doliéndose mucho de Sigisberto, único fijo del buen Trodoberto, que muerto el padre en esta gran batalla donde murieron treinta mil hombres, quedando niño desheredado y en tanto peligro, lo sacó del y lleuó á los Duques de Franconia sus parientes, donde se crió, ayudándole despues, faziendo que el Rey Clotario de Françia, de cuya çepa desçendia le ayudasse á cobrar su reyno, como lo fizo. Pues uiendo Filena el naçimiento del *Donzel de las Flores*, desçendiente destos sus amigos, y mirasse el punto de su nacimiento, y entendiesse quan estremado y bien andante cauallero hauia de ser si de vn paso de la vida pasasse, vino como hauedes visto á sacallo de la córte del Rey Argesilao, alcançando por muy çierto, que si en ella la órden de caualleria reçibiesse, Graçelinda hauia de tener tal mando sobre él que en su vida

saldria de los términos de aquellas tierras, y se perdiera mucho bien, que como veredes en otras partes fizo, donde tan alta y clara fama alcançó. Trayendo Filena consigo el donzel, assi como se os ha contado, lo lleuó á las alturas de los sagrados montes Pindo, Helicon y Parnaso, donde le tuuo vn año exercitándolo en robustos ejerçiçios de monte, y en dulçes fiestas con las Mussas, señoras de aquellas claras fuentes; donde le dexaremos exerçitar sus fuerças con brutos y feroçes animales, y su ingenio con el diuino Apolo y sacras nimphas, y tornaremos á contar lo que auino en la córte del Rey Argesilao, que por la partida del *Donzel no conocido*, tan nueua y estraña, la dexamos confussa y llena de pessar.

Poca pieza despues que los sones en las seluas no se oyeron, todos los que en torno de la fuente sentados eran y por los prados, se pudieron leuantar, además espantados de tal auentura, y con gran saña y pesar de la partida del Donzel, que no sabian quien lo habia llevado, ni que seria del. ¿Qué vos diré del sentimienso de la infanta Graçelinda, y de la fermosa Gradasilda, sino que les faltó poco para quedar desfalleçidas, diziendo la infanta á Gradasilda:—No vos quiero consolar, mi buena amiga señora, de la pérdida del Donzel vuestro hermano, que assi entre las dos le llamauan, sino que la sintays mucho y os dolays de tan mala andança: de mi vos sé dezir que en mi vida seré leda ni tomaré cauallero que me sirua, pues de ninguno me pagaré ni me açertará á seruir assi como él fiziera.—Pues Albasiluio no se podia consolar, diziendo y jurando de en siendo cauallero andar

todas las partidas del mundo en su demanda; y lo mismo prometieron Belamir y Filorante. El Rey y Reyna no se podian consolar, por el grande amor que le tenian. Arribado el dia que los donzeles hauian de reçebir la órden de caualleria, el Rey se la dió con gran solemnidad, aunque con lágrimas de sus madres: grandes justas y torneos se fizieron, mostrando en ellos y en todos los fechos de armas Albasiluio el ualor de su persona, juzgándole todos por vno de los mas escogidos caualleros del mundo. Quince dias estuuieron los caualleros noueles en la córte del Rey Argesilao, y pedida liçençia de sus padres para buscar las auenturas, dexándolos por su partida cuydosos y con pesar, partieron todos tres con sobreseñales en las armas de noueles, y sendos escuderos fijos de ricos hombres: el de Albasiluio se llamaua Gamonil, nieto del buen Gastanes, y el de Belamir Argumanes y de Filorante Festerin; y porque en la córte se dezía por çierto que la dueña que lleuó al *Donzel no conocido* fuesse la estraña Filena de Arcadia, y que lo hauia llevado á los montes de Helicon, Pindo y Parnaso, acordaron de tomar la via de Greçia, passando por Alemaña y Panonia, y de allí en Traçia, donde deçian fallarse grandes auenturas; y si no fallassen nueba del Donçel, quedar en la córte del Emperador Gelismundo, que tenia fama de andar en ella toda la flor de los caualleros del mundo. Desta manera y con este acuerdo los tres apuestos noueles salieron de Olanda, y por riberas del Rin arriba passaron Colonia y Maguncia y entraron cedo en la Suevia, fallando por las riberas del Necar

peligrosas auenturas, saliendo dellas con tanta prez y fama que por do quiera que passauan eran conoçidos y loados, por lo que llegando á la gran çiudad de Agusta se fizieron fazer sobreseñales verdes y lazos de oro, por muchas partes rotos, en señal de viuir fuera de los de amor, aunque por algunos dias Belamir derramó algunas lágrimas, como tierno de corazon fuesse, por la ausencia de la donzella que en la córte do Argesilao amaba; mas çedo se aconortó mirando otras donzellas fermosas, codiziándolas mucho, y pugnando por hauer alguna, folgándose Albasiluio de le ver tan codiçioso de donzellas, cuytándose además Filorante, que como se os dixo era de condiçion seuero, enemigo de burlas y muy amigo de veras, y pessábale de le ver tan sujeto al buen pareçer de las donzellas.

Saliendo vna mañana desta Ciudad y caminando no lueñe del gran rio Danubio á la mano diestra, vieron como por corona de vn montezillo vn fuerte alcazar fecho de canteria negra, y sus torres assi mismo; salia de lo alto de vn edificio que en la mitad del alcazar se mostraua á guisa de teatro, ruedas altas de espesso humo; codiçia les tomó á los tres caualleros verdes, que assi les llamauan, de uer aquel negro alcazar y entender que hauia en él, y de que salia tan espesso humo; dexando la carrera que lleuauan çerca del Danubio endereçaron para el alcazar cuydando que no estaua lueñe dellos, mas engañaronse porque caminaron aquel dia, y quanto mas la noche se acercaua mas lueñe les paresçia, y viendo á las faldas de vnos montes altos y verdes vna gran

villa, y que el sol era ya puesto, fuéronse á albergar á ella donde passaron bien la noche, porque los albergó vn escudero ançiano que hauia sido escudero del Duque de Linçe, quando el Duque anduuo por el mundo como cauallero andante, que ademas bueno en armas fué. Este buen escudero fazia onor á los andantes que por alli aportauan, y estando con ellos çenando y razonando de muchas cosas, el escudero, que Armantes se llamaua, les preguntó quien eran: ellos le dixeron, que caualleros de la baxa Alemaña que andauan en sus venturas. Armantes les dixo:—Buenos señores, dezidme, ¿ydes á alguna auentura sabida?—Nó, dixeron ellos; ¿mas por que lo preguntays?—porque si no ys á cosa conçertada, y desseays como buenos quitar los agrauios y fuerças que malos caualleros fazen, podeys emplearos no muchas jornadas de aqui en vna fermosa auentura, donde grandes desaguisados á dueñas y donzellas se fazen; y es en un castillo que hauedes cuydado no estar lueñe de donde le vistes, y está en los confines de Austria y términos de Panonia, cinco jornadas de aqui. Albasiluio dixo:—No hemos visto castillo, sino vno sobre vn monte pequeño, y semeja ser de piedra negra: si este es, paresçido nos ha no estar quatro millas de aqui.—Mas está de veynte, dixo Armantes: y el montezillo que tambien os á paresçido pequeño, sabed que tardareys en arribar á su çima, donde el castillo es, todo un dia, por mas andadores que vuestros cauallos sean, y fallaredes buena la carrera; y la grande altura del monte faze paresçer por esta tierra llana que el castillo negro esté no lueñe de aqui.

—Ora dezidme, buen amigo, assi gozedes, dixo Albasiluio, que auentura hay en él?—Dura y peruersa, dixo Armantes, para dueñas y caualleros si son amadores; y pues desseays sabella y es bien que la sepays, oid vn caso horrendo y espantoso. En esse Alcazar que hauedes, señores, visto, que el castillo de Melagro el desamorado vnos llaman, y otros el castillo negro, ovo no ha muchos años vn señor cauallero de poca edad y mucha bondad; este cauallero, que Perseval hauia por nombre, era muy gran caçador, y lo mas del tiempo passaua en andar por las riberas y lagunas volando con sus aves. Yuso de su castillo quanto tres millas, hauia otro fermoso de vna dueña, la qual tenia vna fija la mas apuesta donzella de aquellas partes, que no deuia ser poco fermosa, porque las dueñas y donzellas de aquella tierra lo son asaz. Passando Perseval por ante él muchas vezes á volar aves, vido vn dia á vna finiestra de aquel castillo á Agrifina, que assi llamauan á la fermosa fija de la señora del, y como tan fermosa le paresçiesse, todas las veçes que verla podia se paraua á la mirar, quedando tan presso de su amor que vino á perder las aves de oluidado, y á no atender sino rodear el castillo por vella. Aconteçió morir la madre que muy açerca la tenia, en este medio, y quedó la fermosa Agrifina señora del castillo y de gran heredad: como fuesse loçana y rica, muchos caualleros señores de castillos, sus vezinos, pugnauan por ganar su amor por todas las vias que podian, mas ninguno le mostraua tanto amor como Perseval. Agrifina saliendo vna tarde con sus dueñas y donzellas á solaçarse

por vnos floridos prados que çerca del castillo eran, desde donde se veyan las finiestras donde mas vezes ella se paraua, falló á Perseval passeandose por ellos á pié, desarmado, en hábito de caçador, con vna ropa de seda y oro pardillo, y vn escudero que le tenia el cauallo so vnos árboles. Perseval venia los mas dias á estos prados por ver á Agrifina, y fasta la noche no partia de alli: duróle esta vida diez meses ó mas, que en todos ellos no pudo razonar con ella, porque se desuiaba del, y no le daua lugar para que le fablasse. Tan importuno en esto Perseval fué, que acordó Agrifina este dia de salir á los prados á desengañarle; como el buen Perseval la viesse venir para él, quedó tal de pauor de se ver ante ella, que no pudo dar passo adelante, ni tuvo valor para fazer mesura, sino quedó á la guisa de estatua; Agrifina arribando á él seuera y dura, dixo:—¿Dí, caballero sandio, no entiendes que no te amo, pues fasta aora no he consentido que me fables? ¿que quieres de mi que me quitas todo mi contentamiento? vete por Dios, si bien me amas, que con no verte passaré la vida bien andante.—El buen amador Perseval, faziendose gran fuerça para poder fablar, tremándole todo el cuerpo, sin color en la su faz, con aquellas señales que muestran aquellos que por graue dolor el alma se les arranca, flacamente dixo:—Adonde, la mi señora, podra yr sin tí el que sin tí vivir no puede? muévate á compassion este, que por que amarte le consientas, consentirá que le desames, consentirá que le atormentes, y no se dolerá él de sí porque te fuelgues: fuelga, la mi cruel se-

ñora, que si mi dolor te da folgança, grande la terná el tu coraçon; y como por la flaqueza de su apassionado ánimo no pudiesse mas pronunçiar palabra, quedó con la cabeça baxa, fincada la barva en el pecho, mirando baxo, fixos y muy abiertos los ojos, sin mouer pestaña, ni lançar sospiro, ni verter lágrima, metido en tan profundo cuydado que mouiera á compassion los brutos animales. Agrifina viendole tal, con mucha risa buelta á sus dueñas dixo:—¡Qué bien sabe fingir engaños el importuno! pues mándole yo que por ay no ganará nada conmigo, que ni quiero que me ameni amalle quiero; porque ¿que se me dá que me quiera bien, si me pareçe mal?—Y con esto le dexó y se fue. Estraña dureza de donzella os paresçera, buenos señores, esta que Agrifina usó con Perseval, dixo Armantes, pues oyd otra mayor, y caso el mas nueuo y nefando que jamas fizo pensamiento de dueña ó donzella.

CAPÍTULO XI. **De como Armantes dió fin al cuento de la auentura del Castillo negro.**

El mal andante amador Perseval, no pudiendo desengañarse, ni creer que Agrifina fuesse tan cruda que conoçiendo claramente su verdadero amor, y viesse su cuytada vida, sus feruientes lágrimas, sus ardientes sospiros y sus rabiosas ansias que de sesso le sacauan, ya que ella amalle de coraçon no pudiesse, dexasse de haber duelo de él; con esta confiança venia á los prados donde passaua

lo mas del dia y la noche, en vna plaza de vnos álamos, que debaxo las finiestras del aposento de Agrifina eran: pues vna noche clara, que para él fue muy escura, andándose passeando por la plaça de los álamos sospirando y doliéndose como acostumbraua, vido en vna gran finiestra á la cruda Agrifina. El cuytado amador como la viesse, turbado y ardiendo, açercándose mas á ella dixo:—¿Como, la mi fermosa y cruda señora, mas que las Ircanas tigres, será possible que vn verdadero amor no preçies? Préçialo, ingrata, que oy dia pocos aman con verdad, y el amor verdadero no se paga sino con amor: si pagar no me puedes con esto, págame con agradesçimiento, y si esto dar no me quieres, vea yo que te huelgas de deberme, y si no te folgares desto, engáñame, di que te dueles de mi, y con esto yo viuiré el mas ledo de los hombres.—Perseval, dixo Agrifina, ¿contentarte as con que me fuelgue de uerte penar por mi?—Solo esso desseo, dixo Perseval.—Pues yo te juro, dijo Agrifina, que quanto mas por mi penares mas me fuelgue, y desseo verte mas penar y mas perdido.—No puede ser mas, dixo Perseval.—No me contento con esso poco, dixo Agrifina, quieres que acresçiente tus ansias?—Toda cosa que de ti venga, dixo Perseval, la reçibiré como venida de tu mano.—¿Y ternás sufrimiento, dixo Agrifina, para passar por buenas mis asperezas?—dixo Perseval, solo para esso lo terné.—Ora dixo Agrifina, quiero probarte que no se faze agrauio al oro por tocalle y conoçer su quilate.—Cómo, dixo Perseval sospirando, y mas prueuas y finezas de mi amor quieres ver de las que en mi

firmeza has visto?—El mi buen amigo, dixo blandamente Agrifina, no puedo ya sufrir que tus cuytas y ansias passen mas adelante; de oy mas quiero mostrarte abierto el mi corazon, para que en él veas el amor que tengo, y con esto darás aliuio á tu enamorada pena, y á mi será eterna folgança: y quitandose de la finiestra en vn punto boluió á ella abraçada con vn cauallero que Perseval conocia y desamaua, pauoroso que su señora dél anduviesse pagada, porque hauia visto grandes señales dello. Ora ved que sentiria el mal andante viendo en los braços de Agrifina la cosa del mundo que mas desamaua, mostrando reçebir con él sobrado gozo, y como ella le viesse tan perdido y atormentado con mucha risa le dixo:—No te pareçe, Perseval, que yo seria donzella mal entendida si no tratasse bien á quien amo? No me culpes porque me veas tomar tanto sabor en brazos de quien mas que á mi quiero.—Y con esto fazia al su amigo ademas fiesta y regalo. Pues quando cosa tan villana y descortés vido el mal andante Perseval, semejóle en aquel punto que en el su coraçon se oviessen á desora lançado las infernales furias, y tremando como hombre sin sesso dixo:—¡Ay señora de la mi vida, y como por te amar mas que nunca amador amó, por dessearte ver señora del mundo, por adorarte y por te dar mi vida, mi coraçon y quanto bien tengo, me façes tan desusado escarnio, me das tan nueuo género de tormento? A lo menos dime si con esso vivirás contenta, que entendiendo yo que lo estás passaré por ello y me consumirá çedo el fuego de mis ansias.—No me contento con esso, dixo Agrifina,

que esse fuego donde dizes que te consumirás es dulçe y blando; lo que me faria leda, lo que te agradesçeria y terné en mucho, será verte yo en otro fuego mas verdadero y fuerte que esse donde por mi te abrasas.—No creo yo que en los abismos, dixo Perseval, haya otro mas verdadero y ençendido que este que aora en te ver como te veo siento.—Pues tampoco, dixo Agrifina, consiento que penes tanto, ni ardas en tu ençendido fuego, sino en otro que mejor podrás sufrir: y mandó á hombres del castillo que en mitad de aquella plaza de los álamos fiziessen vn gran fuego, y assi fué çedo fecho. Viendo Agrifina las altas llamas del fuego dixo:—Ora, el mi verdadero amador, veré si cumplirás mi voluntad, que es que te lançes en esse fuego, y me digas en él qual de los dos que sientes es el mas penoso, y si me jurares que el de mi amor, yo te sacaré del: y diziendo esto, por le mas inçitar á que se lançase en el fuego, abraçaba al su amigo con fervor de coraçon, y faziale regalos y fiestas, de manera que viendo Perseval tan horrible auentura, dando vna voz alta, ronca y desentonada se lançó en las grandes llamas, diziendo:—Piadosa has sido, cruel, en mandarme lançar donde no vea cosa de tanto tormento; y el miserable cuytado entre la llama y humo, casi sin poderse entender, dixo:—Sácame, cruda, del fuego de tu amor que es el que me atormenta, que este no lo siento.—La falsa Agrifina, assi como le vido en medio de las llamas, riendo y burlando con su amigo dezia: —¿Perseval, qué darias aora por fallarte donde se falla Tancredo? que assi llamauan á su amigo; y por no cansaros, en-

tended que desta manera el sandio de Perseval dió fin á su vida: mirad en que tranças pone al hombre el çeloso amor.

Divulgada la cruda muerte de Perseval, por todas aquellas partes fue plañido, por ser buen cauallero, y tan verdadero amador; tenia vn tio señor de otro castillo, el qual fué de condicion y costumbres differentes de las de Perseval, porque era cruel y desamorado, tanto que no solamente no amó á padre, madre ni deudos, mas desamó y desama todas las cosas del mundo, y como entendió la mal andante muerte de su sobrino, juró de lo bien vengar, y vino al castillo negro por ser passo de Alemaña á Panonia, á las Prouinçias de Austria y Carniola. En medio de vn antiguo teatro que en el castillo es fizo plantar vna gran forca de fierro y colgar della por los piés vn amor fecho de metal, y en çiertos tiempos, por memoria de la muerte de Perseval, faze vn gran fuego donde se afuma el amor. El dia que esto se faze hay otra fiesta, y es que tiene en vna fuerte casa diez fuertes y membrudos caualleros que guardan aquel passo, y todas las dueñas y donzellas que alli arriban las prenden y fazen jurar si aman algun cauallero, y las que fallan con amor embianlas pressas al castillo donde esta Melagro el desamorado, que assi se llama el tio de Perseval. El mismo juramento toman á los caualleros andantes que por alli passan, y á los amadores suben al castillo, y á los que no lo son les toman juramento que faran su poder en no sello; y si los caualleros que jurar no quieren combaten con ellos, ó los matan ó quedan en perpetuas prisiones. Lo que fazen de las

enamoradas donzellas y caualleros amadores es que las desnudan á todas en carnes, y á las donzellas ligan las manos y les ponen gruesos cordeles á las gargantas, los caualleros las lleuan ante si de los ramales, y con duras vergas las lleuan firiendo en torno del gran fuego; y si los caualleros no las bien fieren, sayones que van en pós dellos los fieren crudamente. Esta, señores, es la auentura del castillo negro, ó de Melagro el desamorado; si vos amades donzellas hauedes de subir al castillo á ferir las cuytadas que aman, y no vos libraredes con esto fasta que jureys de fazer vuestro poder por no amar, y si no jurays, os hauedes de combatir con los diez mas dudados caualleros que en gran parte se fallen.

Los caualleros verdes se mirauan vnos á otros, marauillados de tan feo caso como el de Agrifina y maldad del desamorado Melagro que todas las vivas cosas aborrescia, y encendidos en saña y desseo de quitar costumbre tan mala dixeron:—Buen amigo señor, estraña maldad nos hauedes contado, y gran daño que Melagro faze sin razon alguna, porque ¿qué mereçen los que nunca conoçieron á Agrifina por ser amadores, para que Melagro tan malamente los trate? si Dios nos vala, que tenemos de passar por los diez sin fazer juramento, y librar al Amor del humo de Melagro:—y con estas y otras razones leuantaron las tablas, y se fueron á dormir, saliendo los tres al salir del sol, y encomendando á Dios al buen Armantes, y dándole Albasiluio donas ricas, partieron la vuelta del Castillo negro; y era cosa que los en-

sandeçia ver el castillo á su paresçer dos millas de sí, y semejábales quanto mas caminauan que se les alexasse mas. Desta manera andando quatro dias, dando çima á grandes aventuras, arribaron á vista del castillo, y mirando bien á vna parte y otra de aquella fermosa tierra, vieron trauesar por vnos xarales vna compaña de diez ó doce escuderos, dueñas y donzellas en ligeros palafrenes: yvan todas con gran duelo, sin acatar á cosa alguna sino á ferir sus rozines; gran desseo houieron los caualleros verdes de saber la cuyta de aquella gente, y assi dexando su camino, tomando vn galope por los campos, les salieron al passo, y arribando Belamir primero á ellos saludándoles dixo:—Dezidme, buenos señores, si lo hauedes en plazer, quien soys y dè que ydes tan cuytados. Vna ançiana dueña de fermoso donayre dixo:—¿que pró vos vendrá, caualleros, en saber nuestras cuytas? No ál, dixo Belamir, dolerme dellas y pugnar por vos fazer ledos, si de alguno hauedes reçebido agrauio.—No podeys ser sino bueno, dixo la dueña, pues con tan buen donayre os doleys de nuestras cuytas y os offreceys á remediarlas: sabed que yo soy señora de vna villa dos jornadas de aqui, y passando por el passo del Castillo negro, con dos fijas mas y vn mi yerno, salieron á nos diez feroçes y desmesurados caualleros, y tomándonos de las riendas de nuestros cauallos nos fizieron jurar si alguno de nos amaua: mi yerno, que su gran ardideza de coraçon le façia acometer á las vezes auenturas peligrosas y sobradas, dixo, que antes combatiria con todos ellos vno á vno, que fazer tal juramento. Ellos dixeron que á tales

descorteses no salia vno á vno sino todos juntos; y sin mas le acometieron los diez, y aunque mi yerno fizo marauillas, que además es bueno en armas, si oy viue fará mucho, porque le derribaron del cauallo y le llagaron en tantas partes, que bañado en sangre y laso le subieron presso al castillo; lo mismo fizieron de mi fija y dueña suya, porque juró que amaua á su marido mas que á sí. Esta donzella que aquí vedes, su hermana, juró que nunca de amor fué vençida, y fiziéronle jurar y á mi, y á estas mis dueñas que pugnaríamos por no amar á nadie. Esta es nuestra cuyta; yo juré mas que ellos me mandaron, y fué buscar por el mundo quien me vengue de tanto agrauio, porque allende del daño de mi yerno, vno de aquellos malos caualleros se á pagado asaz de la fermosura de mi fija, que cierto es mucha, y segun son todos ellos sin bondad, temo no le fagan algun escarnio que sienta yo mas que la falta de mi yerno: y tomóse á doler fuerte, assi mismo dos dueñas, que consigo traya con su fija. Belamir á esto no le respondió porque hauia puesto los ojos en la fija de la dueña, que aunque venia con antifazes de sentí negro, su apostura y blancas manos, y sus fermosos ojos le pareçian tan bien que no apartaua los suyos dellos. Albasiluio doliéndose de la dueña, paresciéndole de alta guisa, dixo:—buena señora, grande affan y peligro se os offreçe en buscar por el mundo personas, que vuestras injurias venguen, y no soys çiertas si las fallareys tan çedo, porque por estas partes essos malos caualleros y Melagro son tan temidos, que dudo falleys en ellas quien por fazeros bien

con vos venga: si os paresçe, bolued con nos, y pugnaremos por os vengar, y si damos çima á esta empressa podria ser que fallassedes vuestro yerno vivo, y remediarlo yades, y vuestra fija sin denuesto; que si vos tardays algunos dias de tornar con tales caualleros que esta auentura acaben, no se asegura la vida y onor de vuestros fijos.—¡Ay Dios, dixo la dueña, buenos señores, á Dios plegue de conçederos tan gran prez como ganariades para con él y con el mundo en quitar tan mala costumbre! y auéngame lo que me puede venir, que tales me semejades y tan buena fama hauedes por donde andays, que quiero boluer con vos, y passar la misma aventura que vos passaredes,—Ora en el nombre de Dios, dixo Albasiluio, vamos, que yo espero en el dador de las victorias que oy nos la dará, y seredes vengada:—Y boluiendo los cauallos se metieron por la carrera que al passo del castillo negro yua, razonando Albasiluio con la dueña, que Cautelma se dezia, y Belamir que, como se os dixo, asaz pagado yba de la donzella fija de Cautelma, que se llamaua Fulgençia, hauiase acostado á ella y deziale:—No vos deuieron de ver los caualleros del passo, fermosa señora, sino mas vencieran.—Vieron lo que vos vedes, dixo Fulgençia.—Bastales dixo Belamir, para ser bien andantes.—¿Y teneis os por tal con lo que vedes? dixo Fulgençia.—Si sin falla, dixo Belamir, y podrialo ser mas si fuessedes seruida de baxaros las antifazes.—Verné á pareçeros mal, dixo Fulgençia, y pesarme ia, porque no andariades en mi vengança tan fuerte; mas porque os desengañeys de lo que cuydays ver en mí, faré lo que

me pedís: y baxandose las antifazes y tornandoselas á alçar, como era de poca edad y á marauilla fermosa, y viniesse encçendido el rostro, quedó Belamir tullido y ademas codiçioso de la hauer á su voluntad. Filorante, que alli çerca venia, y hauia oydo sus razones, como la condicion de Belamir conoçiesse, y él era tan tibio en tales cuydados, semejándole ser vanidad tratar en aquellos fechos, y mas con donzella que no conoçia y la tenia de dexar á la mañana, açercóse á él y dixole:—¿Qué diablo queredes fazer, que tan puesto andays en liviandades? dexaos de razones vanas, y guisaos para la batalla que ya somos en el passo. Belamir que de la severidad y sesso de Filorante gustaba asaz, dixo riendo:—Bien dezides, yo estoy guisado para combatir y fazer buenos encuentros por amor de esta fermosa donzella. Albasilvio, cuydando lo que Belamir deuia passar con la donzella, moria por salir de la dueña para gozar de sus amores; en esto la dueña començó á tremar, y parando su palafren sin color en la faz dixo:—¡Ay! caualleros, Dios os de buena andança; vedes ay ante vos la casa donde estan los dudados y fuertes hombres; yo ni puedo ni acuerdo pasar adelante, que no sé lo que nos podrá avenir. En esto oyeron en vna torre de la casa sonar un cuerno que atronaua aquellos montes. Albasilvio dixo:—No hayades pauor, buena señora, que todo lo fará Dios bien, y venid con nos, porque veays lo que por vos fazemos. La dueña esforçada con esto passó adelante: Fulgençia pauorosa á marauilla, lançando los braços á su cuello dixo: valedme, cauallero, que me semeja ver en poder de

los soberbios que tanto mal fazen:—Y de esto que ella fizo reçebió su coraçon gran folgança, y como le paresçiesse el mas fermoso que viera, y fuesse de poca edad, y fasta alli no houiesse para otro abierto los ojos, quedó ademas pagada dél, y el miedo que tenia era del mal que á Belamir le podia acontesçer. Belamir viendo las amorosas cadenas de los braços de Fulgençia, paresçiale arder en viuas llamas, y veniale diziendo dulçes razones. La dueña se marauilló asaz de haber oydo el horrendo son de la bozina, y no ver salir los caualleros, como era costumbre, mas salidos de vna espessura de árboles, dieron en vn llano, que de la vna parte le cercauan los altos montes del castillo, y de la otra el caudaloso Danubio, y este era el passo: vieron en el travada vna de las mas bien trauadas batallas, aunque desproporçionada, que se nunca vió; porque los diez caualleros combatian con solo vno, y hauia del primer encuentro de lança passado armas y cuerpo al vno dellos, y andabalos golpeando tan viuamente que ponia espanto á los que le mirauan. Filorante affiçionandose al cauallero dixo:—Apresuremonos á ayudar el mejor cauallero del mundo; y con malos y aleuosos no se ha de catar al que á bien castigallos: y calando la vissera del yelmo, tomando la lança que Festerin le traya, lo mismo fizieron Albasilvio y Belamir, diziendo á Fulgençia: —Miradme, la muy fermosa señora, y veredes el esffuerço que con él me daredes: y partiendo al mas correr de sus cauallos, las lanças baxas, Filorante yba diziendo en alta voz: —Dexad, malos, de ferir á quien vale mas que vos, y aten-

ded vuestro castigo: En esto el cauallero y su cauallo fueron por el suelo malamente llagados; ved á quan buen tiempo en su acorro los caualleros verdes llegaron, tan ganosos de ferir que bien lo mostrauan en sus encuentros, porque no fallesçiendo ninguno, derribaron tres dellos con las lanças trauessadas por escudos y cuerpos, no valiendo mas para armas; y metiendo mano á sus espadas se meten entre los seys, firiendo á diestro y á siniestro, con tanta fuerça y osadia que en vn punto vierades el campo tinto en sangre, y andar los cauallos sobre rajas de escudos y mallas de lorigas y piezas de armas. El ardido Albasilvio, que dos los mas fuertes le tenian en medio firiéndolo de golpes muy pessados, mostró bien su esfuerço y desemboltura, porque al vno firió sobre el brocal del escudo, que rajandoselo le talló el braço, de manera que perdió la rienda de la mano, sacandole el cauallo que soberuio era del campo á mas correr, y como regillo no pudiesse y el cauallo corria fogossamente no paró fasta dar consigo y con él en el rio donde no paresçieron mas. En esto Albasilvio hauia reçebido sobre el yelmo tan pessado golpe, que fue marauilla no le hauer fendido la cabeça, mas faziendole vna gran llaga quedó algo atronado; el gran cauallero viendole tal, teniendo por çierta la victoria, leuantó á dos manos la espada por le partir la cabeça, mas Albasilvio que ya en sí era buelto, viendo venir el desuariado golpe le reçiuió en el escudo, y fue tal que se metió por él la espada vn palmo, y antes que el cauallero sacarla pudiesse, fue Albasilvio tan presto á le ferir, que en presteza y ardideza par no

tubo, que le firió sobre el yelmo fendiendole fasta los ojos, dando con él muerto en tierra, quedándosele la espada metida por el escudo y no teniendo tiempo para la sacar por ver á Filorante en aprieto con dos caualleros, arremetió de aquella manera para ellos que feroz cossa paresçió, y firió al vno sobre el hombro que la carne y huesos le cortando cayó del cauallo abaxo, y viendo como Filorante traya al otro á su guissa, miró por Belamir que hauia muerto al vno de los dos que con él combatian, mas el otro, que á marauilla era fuerte y membrudo, hauiale desfecho el escudo y roto en partes la loriga, y mal llagado lo tenia. Albasilvio viendo á su buen amigo en tal condicion partió para él diziendo:—Arredrad vos, buen cauallero, que asaz hauedes fecho, y açercandose al que le feria sin que ampararse le pudiesse, le firió á su plaçer por çima del yelmo que como lo tenia por muchas partes roto y abollado, la espada entró por él tanto, que cortandole gran parte de la cabeça dió con él á los piés del Belamir, que viendo como pugnaua por se leuantar fue sobre él y tajándole la cabeça la lançó lueñe rodando por el campo.

CAPÍTULO XII. **De lo que mas auino á los Caualleros verdes en el castillo de Melagro el desamorado.**

Haviendo fecho Albasilvio este famoso golpe, vido como Filorante lançaua por el campo la cabeça de aquel con quien le dexó combatiendo, y vido como dos escuderos saliendo de entre vnos árboles faziendo gran

duelo, venian á mas correr de sus palafrenes, y en llegando al cauallero que fallaron combatiendo con todos los del passo, se dexaron caer sobre él, diziendo en altas vozes:—¡Ó Prínçipe don Gelander, el alto señor reçiba la tu alma si muerto fueres, y si no á él plegue que te libre de tanto affan, porque con tu bondad y esfuerço fagas en este mundo muchos bienes; y deslaçandole el yelmo, y dándole el ayre en la faz boluió en sí, y mirando á todas partes pugnaua por se leuantar; los escuderos ledos á marauilla en le ver vivo, lo tomaron entre sus braços diziendo:—Estad, buen señor, estad, que no hauedes aqui enemigos que muertos son. En esto los tres buenos caualleros desçendieron de sus lasos cauallos, limpiando en las sobre señales de los malos caualleros sus espadas, y puestas en las vaynas, fincados de finojos dauan graçias á Dios por la señalada vitoria que les hauia conçedido, quando vieron salir de entre la espessa arboleda á Cantelma y á la fermosa Fulgençia con los suyos, á mas andar de los palafrenes, fazia ellos; que Cantelma teniendo por impossible que tres caualleros los mejores del mundo se pudiessen medio quarto de ora mantener con diez tan fuertes y vsados en armas, si juntos viniessen, hauiasse escondido para se poder yr á su salvo; y tambien confiaba en el buen paresçer de los caualleros verdes, y en la fama que de su valor por aquellas partes corria, que si de vno en vno les saliessen podrian fazer algun gran fecho, y como todo lo que passó hauia muy bien visto, venia la mas leda que se nunca vió; y desçendiendo de los palafrenes con todos los suyos fué á

lançarse á los piés de Albasilvio, y su fija á los braços de Belamir. Cantelma llorando de gozo dixo:—No me engañó, buenos señores, vuestro buen paresçer; Dios vos dé el gualardon del gran bien que oy en el mundo hauedes fecho, que los del no vos lo sabran pagar.—Albasilvio la leuantó suso diziendo:—No queremos otro precio, buena amiga señora, sino entender que os hauemos seruido.—¿Que vos diré del gozo y gusto que recibió Belamir viendose abraçado con la fermosa Fulgençia, sino que teniendola vna pieça entre los suyos, dixo: como, la mi fermosa señora, y por verme como yo me veo no hauia de passar gozoso por mayores peligros que este en que por agradaros me he visto?—La vençida Fulgençia tierna y dulçemente dixo:—Sin veros en otros peligros desseo que os veays assi. El sin ál mirar, lleno de gozo y contentamiento, como mejor pudo la mano que la donzella sobre el hombro tenia se la besó muchas veces, y tenia razon de tomar sabor en ella, porque Fulgençia las tenia tan fermosas que en toda Austria eran nombradas y codiçiadas: pues como los caualleros verdes hoviessen razonado una pieza con Cantelma y Fulgençia su fermosa fija, dixo Filorante:—Vamos á ver quien es el esforçado cauallero que tan animosamente se combatia con tantos y tan fuertes hombres: y moviendo para donde él era, viéronle venir aunque lasamente, trayendole sus escuderos de los braços; que le hauian contado como los tres caualleros verdes le hauian ayudado, y vençido, con espanto de quien pelear les vido, los nueue falsos hombres; y llegando á los verdes dixo:—Tened por çierto,

caualleros, que vna de las principales cosas porque tengo en mucho la vida, es por conoçer quien tanto bien me ha fecho, y tiene tanto valor, y ha ganado entre todos los caualleros del mundo el mayor prez y onor que nunca ganaron caualleros; y pues vosotros, buenos señores, la vida me hauedes dado, tened por çierto que la tengo de emplear en vuestro seruiçio.—Albasilvio hauiendo duelo de él, que asaz sangre de sus llagas le salia, dixo:—No teneys vos, señor, en tanto el beneficio que vos hauemos fecho, como nos el haueros seruido; ora vamos á ver si aqui hay mas que facer, y pues no hay dia para subir al castillo, entremos en la casa donde vos caten las llagas, y mañana daremos fin á tan mala costumbre.—Assi se faga, dixo el cauallero.

Ya en esto los hombres de seruiçio que en la casa eran, viendo sus malos señores muertos, folgaronse dello, y vinieron con las llaues de la casa y entregáronse á los caualleros verdes, de que no poco folgaron, porque la casa era tan fuerte que si los hombres çerraran las puertas y subieran el puente, que sobre vna ancha cava de agua estaua, no la pudieran ganar; y assi con gran gozo entraron todos en ella, donde la fallaron asaz bien guarnida, llena de riqueza. Aquella noche albergaron alli, catandoles las llagas vn hombre maestro de ellas que alli los malos caualleros tenian, y fallaron mal llagado al buen cauallero, y á Belamir, de manera que no pudo por algunos dias traer armas; assi mismo Filorante, y aunque algunas Albasilvio houiesse, no le estoruaron, ni fazian enojo. Alli entendieron como este buen cauallero se

llamaua don Gelander de Ungria, y era fijo del Rey de Ungria, estremado en bondad de armas; y porque en Albarreal, donde á la sazon su padre celebraua córtes, hauian venido á quexarse al Rey muchas gentes de los males y daños, que en el passo del castillo negro Melagro el desamorado fazia, y no pudiendolo por entonçes remediar el Rey, don Gelander, su fijo, entendiendo el gran onor que dello se le seguiria, si por virtud propia quitasse tan gran tirania, sin que el Rey su padre lo supiesse, con dos escuderos, en abito de caballero andante vino al passo, donde cuydaua combatir mano á mano con cada vno de los diez; mas auínole al contrario, por que saliendo vno de ellos á encontrarse de lança con él, don Gelander del primer encuentro á él y á su cauallo lançó por el suelo, con vn troço de lança metido por el pecho, y cayendo sobre él le passó á las espaldas, y sañudos desto sus compañeros vinieron todos juntos contra él, al tiempo que los caualleros verdes, dexando á Cantelma y Fulgençia, su fija, entre los árboles, salieron á ellos. De Belamir os digo, que con quan llagado era, desseaua mucho folgar con Fulgençia; ella andaua tan pagada dél que no sabia folgar sin velle, y como su madre le hoviesse mandado que á los caualleros verdes sirviesse, pues tanto les debian, no fué mas menester para no quitarse vn punto de junto al lecho, adonde auian fecho que Belamir se acostasse: alli tuuieron tiempo los dos de descubrir sus coraçones, tomando el vno del otro el gusto quel tiempo y lugar les conçedia. Venida la mañana, Albasilvio se armó, y dixo á sus amigos como si luego al castillo

no se subia, Melagro ternia aviso, como lo tuuo de la muerte de los suyos, y por ventura pornia tal guarda y condiçion en él que se no podria entrar; y pues otro sino él fazer armas no podia, y solo con Melagro se hauia de combatir, determinaba de yr luego, y que ellos quedassen alli, pues armas traer no podian. Don Gelander viendo como no podia moverse del lecho, reçibió gran pesar de no poder fazelle compaña; Filorante, por mas que Albasilvio pugnó por fazelle quedar no lo pudo acabar con él; Belamir aunque moria por folgar con Fulgençia, y le paresçia que en aquella casa se pudiesse fallar lugar para ello, aunque se habia asaz desangrado y tuuiesse en el braço siniestro vna mala llaga, a pessar de sus amigos se armó, si no de las armaduras del braço que armar no se pudo; Cantelma viendolos tan determinados de subir al castillo quiso tambien subir, diziendo, que mal faria ella si no confiasse que tan buenos caualleros hauian de acabar todo gran fecho, de lo que á Belamir no le desplugo, y encomendando á Dios á Gelander, le dixeron que todo lo que les auiniesse çedo le darian parte; y subidos todos á cauallo dieronse gran priesa de caminar, y assi arribaron á la çima del monte, donde vn gran llano hauia. Luego que en el llano fueron subidos, fueron del castillo descubiertos, y viendo los dél la gente de cauallo que venia fizieron señal de la guerra:—Melagro que ademas era soberbioso, no viendo mas de tres caualleros armados, como soberbio y de coraçon orgulloso fuesse, no los tuuo en preçio, aunque le dixeron que eran los que le hauian muerto á sus caualleros. Como arri-

baron al petril, Melagro con voz ronca y fuerte dixo:—Entrad, caualleros, en mi castillo que si amadores soys y el amor vos ha fecho tuerto, os folgaredes de le ver donde cuydo poner á los tres. Albasilvio, que como sabedes era tan ardido y de coraçon ardiente, dixo:—Conosçiendo quien eras, Melagro, no cuydauamos que fueras con nos tan cortés en abrirnos tu castillo, y querernos poner á la ygual con el Amor. Deçiende, ó subiremos á verte, que es mas justo, pues nos hemos de albergar contigo esta noche. Las puertas del castillo eran abiertas por donde entraron los caualleros y escuderos, mas Cantelma y su compaña houieron tanto pauor de oyr y ver á Melagro, que no quisieron entrar, antes se desuiaron mas del castillo. Pues apenas los caualleros en el entraron, quando con gran estampido se cerraron las puertas, y dando en un gran corral, sintieron gran rumor de armas, y vieron desçender á Melagro, que poco para jayan le faltaua, las escalas abaxo, con vna hacha de azero en las manos, diziendo:—Caualleros, porque deuedes de ser lassos de la batalla de ayer, creo que folgaredes de fazella conmigo á pié, porque tampoco sobre essas lisas piedras del corral mal podredes mandar vuestros cauallos.—Albasilvio y sus amigos que assi venir le vieron, no tardaron en desçender de ellos, rogando Albasilvio á los dos que le dexasen solo con Melagro: á ellos les pesó dello, y fizieronlo assi. Veredes ora el ardido Albasilvio embraçado el escudo, con la espada en alto, saltar para el souerbio Melagro con tanta ligereza y esfuerço, que mirandose mucho en ello, Melagro saliendolo á re-

çebir con su hacha le dixo:—No te apresures tanto, caualle-ro malandante, que mas çedo que querrás verás tu muerte: y tirandole vn pessado golpe por çima del yelmo, cuydando fendello fasta la çinta, Albasilvio viéndolo venir semejóle que no era bien atendello en el escudo, y estuvo con firmeza de coraçon esperando que desçendiesse, y todo á vn tiempo dió vn ligero salto al traués; Melagro, que desçendia con gran fuerça la pessada hacha, dió á dos manos en las duras piedras del corral, que losas de marmol eran, tan desatinada y pessadamente que fizo dos partes el barreado astil, junto á las manos. Albasilvio fallandose libre del desvariado golpe, juntosse çedo con él y firiole en el braço diestro, con tanta fuerça que las armas, y gran parte de los huesos le tajó. Melagro dando vn espantable bramido sacó vn ancho alfange, y no pudiéndole mandar por tener en el braço poca fuerça, lo passó á la mano siniestra, que como la diestra mandaba, y firió á Albasilvio sobre el escudo que se le fizo dos partes, cortándole la manga de la loriga, llagándolo mal en él. Albasilvio entendiendo lo que le yba en librarse çedo de tan peligrosa batalla, como Melagro escudo no tuuiesse, feriale á su guisa, faziendole perder los golpes y bañar en sangre: Melagro ardiendo en furia y braueza andaua dando fuertes resoplidos, no podiendo sufrir que sus brabos golpes fiziessen tan poco daño por no acertar de lleno á su enemigo, el qual andaua tan vivo, aunque perdia mucha sangre del braço, y feriale con tan viva fuerça, que sus amigos, que pauorosos fasta alli hauian sido, viendo á Melagro enflaqueçer y á él

no menguar de fuerças reçibieron gran goço, espeçial que vieron como Albasilvio, hauiendo lançado lueñe de sí el raxado escudo, tomando la espada á dos manos, hauia dado al souerbio Melagro dos golpes vno tras otro, por çima del yelmo, tan duramente que le atordesçió de manera que andaua por el corral desatinado y perdido. Albasilvio, no dexando passar la buena ocasion, le trauó del braço ferido con tanta fuerça, que, como ya desatinado estuviesse, le fizo dar á sus piés tan pessada cayda que tremandole todos los miembros se tendió en el campo, no siendo Albasilvio perezoso de saltar sobre él y desenlazarle el yelmo tajandole la cabeça: viniendo para él sus amigos con los braços abiertos, sandios de gozo, y teniéndole vna pieza abraçado loando mucho su esfuerço, subieron por las escalas diziendo Albasilvio:—Buenos señores, bien será yr avisados, que en esta casa mucha gente debe hauer, segun por los corredores se vió quando desçendia Melagro.—Lo mas, señor, hauedes fecho, dixo Belamir, porque este hombre era tan malo que entiendo se fazia servir por fuerça, y no nos daran mas que fazer. Y assi como dieron en vn fermoso corredor, vieron salir de vna sala vn hombre ançiano, ricamente guarnido; era de muy gran cuerpo y buen rostro, tenia los cauellos luengos y ademas canos, esso mismo la barba, y con graue passo salió á ellos diziendo:—Caualleros, señores soys deste castillo, no porque lo podays ganar á fuerça de armas, sino por mi cortesia; y úsola con vosotros, porque soys de tanto valor en armas y os hauedes puesto en tanto affan por cumplir la obligacion de caualle-

ros, assi como yo siempre pugné de mantener y conserbar. Sabed que á mi llaman Coriolano; soy padre del mal andante Perseval, y tio del aleuoso Melagro, el qual, por le yo reprehender sus viçios, con sobrada gente y fuerça me ha tenido preso fasta agora, aunque bien tratado: mi prision era vivir en vn rico y espaçioso aposento seruido y acatado, mas sin libertad de le poder ver ni razonar. Agora he visto como Dios lo ha castigado de manera que se lo no cuydaua, han venido á mi la gente del castillo que tiranizado me tenia, para que faga della lo que yo mandare; y apenas houo dicho estas razones, quando sintieron en la gran sala estruendo de armas y salir fasta çinquenta hombres ademas bien armados, con coraça y capellina, y agudas roncas en las manos. Los caualleros verdes temiendose de ellos quisieron hechar mano á las espadas, mas el buen cauallero Coriolano les dixo: —Estad, caualleros; no tengays reçelo que aqui desaguisado se os faga, que esta gente no viene sino para haueros por señores: y mandándoles que asi lo fiziessen, todos dejando las roncas y capellinas vinieron á la merçed de los caualleros verdes. Albasilvio viendo la bondad del cortés Coriolano dixo:—Bien mostrades, buen señor, quan mal os paresçian las feas costumbres de vuestro sobrino, pues conosçeys que Dios justamente lo ha castigado; y porque en todo mostreys bondad, fazed venir ante nos todos los prisioneros que hauedes, y quiten la figura de Amor de tan vil parte.—Assi se fará como dezides, dixo Coriolano, y mandó luego que truxessen á los caualleros verdes todos los prisioneros, y metien-

dolos de las manos en ricos aposentos los desarmaron fermosos donçeles. Belamir dixo:—Buen señor, fazed que vna dueña y su compaña que fuera del castillo nos atienden, entren aqui, porque por ella hauemos fecho lo que visto hauedes; y embiad andas ó hombres á la casa del paso para que mañana trayan aqui vn nuestro amigo que mal llagado alli dexamos:—Perdé cuydado, señores, dixo Coriolano, que vuestro mandado será çedo cumplido, y desarmados que fueron les dieron ricos mantos y bonetes con que se cubrieron. En esto vino el hombre que fué á llamar á Cantelma y dixo: —Sabed, señores, que la dueña señora de aquella compaña que fuera de aqui son, dizen que si alguno de vos no veen que no entraran en el castillo. Sonrriendose desto los caualleros, dixo Belamir:—Mostradme las finiestras que al campo salen.—Coriolano dixo:—Vedeslas ay, essas que vedes son. Entonçes Belamir se puso á ellas y aunque Cantelma y su fija le vieron desarmado, çedo Fulgençia le conosçió y dixo á su madre como el vn cauallero verde le fazia señas; y assi Cantelma entró en el castillo, espantandose mucho en ver en el gran corral tanta sangre, que el cuerpo de Melagro y cabeça ya la hauian de alli sacado. En su vida Cantelma reçebio tanto pauor de muerte, cuydando que los dos caualleros verdes eran muertos, y el que vieron la finiestra preso, y que le houiessen fecho hazer la seña para mas á su saluo prendella: mas en esto desçendian por las escalas los caualleros verdes, recibiendola con mucho gozo, no siendo Belamir perezoso de tomar por la fermosa mano á Fulgen-

çia, que en lo ver libre y con tanto onor no sabia de si; y subiendo á la gran sala, Cantelma dixo:—¡Ay caualleros, y que nuebas me days de mi fija y de mi yerno?—Aora vos las diran, dixo Albasilvio; en esto oyeron altas voçes de alegria, y gritos de mucha gente que dezian: ¿donde son los estremados caualleros que con tanto affan y peligro de sus personas nos han dado la chara libertad?—Y entraron por la gran sala infinitas dueñas y donzellas, puesias en cadenas, y otros muchos caualleros y escuderos assi mismo; cosa fué de gran piedad ver, que assi como las dueñas y donzellas por la sala entraron, saltó Cantelma y su fermosa fija como sandias de gozo, tomando entre sus braços con muchas lágrimas á Filena, que assi la fija de Cantelma se llamaba, la qual no acatando al dixo:—Dezidme, mi buena señora, qué nuevas me days de Senabrio, mi marido, que si él es muerto no quiero salir destas cadenas sino para me lançar en otras mas ásperas, donde mi vida çedo fenezca?—Gran buelta anduuo por la sala entre los prisioneros por yr á besar los piés á los caualleros verdes, mas ellos los mandaron salir y desferrar, y que le diessen ropas y libertad, assi mismo á las donzellas, semejando fundirse el castillo de los los loores que en altas voçes á los caualleros verdes dauan. Cantelma trayendo á su fija Filena ante los caualleros verdes, se les fincó de finojos faziendo gran duelo diziendo:—Fazedme, esforçados caualleros, gozar de la libertad que me days juntamente con mi buen señor y marido Senabrio: y dando las señas de él lo fizieron buscar, que entre los prisioneros no venia, y trujeron

nueba como estaba en vna parte del castillo mal llagado. Luego quisieron yr á le ver Cantelma y sus fijas, donde le fallaron asaz laso y mal parado, y sacándolo de allí lo acostaron en vn buen lecho catandole las llagas, que aun catado no se las hauian, y fué tanto el gozo que reçibió de verlas que se les desfalleçió entre sus braços. A esta ora entró en la sala vno de los prisioneros con vna dueña, y fincando los finojos ante los caualleros verdes dixeron:—Esforçados y valerosos caualleros, nosotros venimos de parte de los presos que hauedes dado libertad, á rogaros les fagades merçed de les dezir, si vos placerá, quien soys, para que como son de diuersas partes del mundo puedan publicar por donde fueren vuestras altas cauallerias, y dar razon de quien las ha fecho, y de quienes hauemos reçebido tanto bien: por la cosa que mas amados nos lo dezid: Albasiluio, viendo quan de buen corazon aquella gente les rogaua se les diessen á conocer, y que entre ella hauia algunos caualleros y donzellas de gran guisa, dixo:—Amigos, aunque por nuestra poca experiencia en armas no tengamos nombradia, si hauedes yr como dezides contentos con saber nuestras faziendas, deciroslas emos. A mi llaman Albasiluio de Austrasia, y estos mis amigos Belamir y Filorante; somos de la baxa Alemania. ¡Santo Dios! dixo el escudero, ¿y vos señor, soys Albasiluio, fijo del esforçado Rey Argesilao? aora vos digo que sobramos á todos los del mundo en buena andança pues nos la han dado tan altos caualleros como sois: yo soy de la villa de Mega, y os vide, siendo donzeles, en Gravelingas donde distes admiracion con vuestros estremados fechos

a quantos allí os vieron, y por marauilla tambien mirauan al *donzel no conocido,* que con vosotros se criaua: á Dios merçed que tales vos ha fecho, y con este general contentamiento nos partimos de vos: y assi se salió de la sala con la dueña, ademas ledos por dar á los prisioneros tan buenas nuebas.

CAPÍTULO XIII. **Que cuenta lo que mas auino á los Caualleros verdes despues que partieron del castillo negro.**

QUELLA noche albergaron los caualleros de las armas verdes en el castillo negro, con la dueña Cantelma y sus fijas, donde fueron asaz bien tratados; y segun se sintieron feridos y quebrantados les fue menester folgar algunos dias en los lechos, recibiendo Belamir gran folgança, porque lo mas del tiempo era con él la fermosa Fulgençia, con quien vino á alcançar mucha parte, porque además ella le amaba, cogiendo el vno del otro sus dulçes frutos de la juuentud; mas nunca les conçedió la fortuna tiempo ni lugar para se poder folgar como desseauan. Luego al otro dia que Melagro fue muerto, truxeron al buen Gelander, tan mal llagado como se vos dixo, al castillo, y como aquel dia en la carrera le dixeron quan altos caualleros eran los verdes, venia á los ver con además desseo, gozandose los verdes mucho con él, faziendo á Coriolano que con grande diligençia le curasse. Coriolano lo fizo con grande amor, conosçiendolo por su príncipe, fijo de su rey, que aquellas tierras todas eran

suyas. Un mes estuuieron en el castillo negro los caualleros verdes, por amor de Gelander que asaz vino mal llagado, y todo este tiempo Cantelma y sus fijas remediando á Senabrio, como lo fizieron, folgándose asaz Belamir con Fulgençia. Pues vn dia que don Gelander andaua conualesçiendo, fallandose con los caualleros verdes en aquel teatro antiguo donde el desamorado Melagro tuuo la força y al amor colgado del pié, de vna razon en otra vino á les preguntar la causa de su venida por aquellas partes, fuera del Real camino. Albasiluio le dixo como passauan á Greçia en busca del *Donzel no conoçido,* y contaronle el sucesso del donçel, y venida y partida de la córte del rey Argesilao, y como el escudero Armantes les informó de la estraña auentura del mal andante Perseval, y cruda Agrifina, con la mala costumbre que Melagro el Desamorado mantenia. Don Gelander oydo lo que fasta alli hauian fecho, y como passauan á las partes de Greçia, folgose además y dixo:—A Dios merçed, mis buenos señores, que he fallado la compañía que yo pudiera dessear, si de la mia os agradares, y folgoria asaz que fallassemos esse donzel, porque en la córte del rey mi padre dixeron los sabios grandes cosas del, y como en su tiempo floresçerian las armas y amores, y toda la gentileza de cauallerias, y que él hauia de ser la luz de ella, y el que la tornaria en la fineza antigua; y que en la gran córte del Emperador Gelismundo se hauian de juntar los mas altos y preçiados caualleros y loçanas y fermosas dueñas del mundo, y que en ellas se veria la alteza de las armas y lealtad de amores

en alto grado, y dar çima á las mas estrañas aventuras que nunca se vieran, y que desde agora comiença á leuantarse la córte y acudir á ella todo lo preçiado de esta vida. Yo voy á vivir á ella, no tanto por ser el Emperador Gelismundo mi pariente, quanto por fallarme en tan altas cosas como en Constantinopla se han de ver, especialmente que el emperador y emperatriz con gran desseo de ver á su única fija, que el sábio Deucalion encantó, posponiendo el gran daño y males que por la ver en la mayor parte del mundo se verán, han dado liçençia que puedan los que quisieren prouar la auentura de la estraña marauilla, que assi se llama la parte donde la Prinçesa con otras muchas donzellas de su tiempo encantada yaze, donde está vna hermana mia de la edad de ella, que será de diez años, y quiero ser vno de los que la auentura prouarán; por ventura ganaré prez y onor en ella.

Albasiluio y sus amigos, desseosos además de bien entender aquellos grandes fechos y estrañezas, le rogaron que las contasse por extenso. D. Gelander dixo:—Sabed, señores, que al tiempo que á la emperatriz Gravilena le vinieron los dolores y punto del parto, sintieron por toda la gran çiudad de Constantinopla y por el gran palaçio fuertes valadros, y graznidos de monstruos fieros y estrañas aues, que por lo alto de la ciudad volando andauan; y siendo dia claro, vieron como los fieros monstruos puestos á vna parte, y las diversas aves á otra, se dieron cruda batalla, perdiendose al prinçipio muchas aues, y al fin los monstruos fueron vençidos, esparçiendose por el ayre como niebla al viento: vióse por el

aposento de la emperatriz, y en la gran sala, padrones y columnas de diuersos metales escriptos muchos letreros en todo lenguage, que dezian: saldrá la imperial águila de dos cabeças mirando á Leuante y Poniente, lançará de sus fermosos ojos fuego, y flamas tan encendidas que los árboles arderán. Viose despues desto, aquel dia y otros tres, fazia la parte de Leuante sobre la ciudad infinitas espadas de fuego, arcos y ballestas, y ante ellas mostrando amparar la ciudad, vn gran escudo claro sembrado de flores blancas. Pues como la emperatriz pariesse la mas fermosa infanta que se puede figurar, teniendo las señales y palabras que auian visto conformes en mostrar que por la gran fermosura desta donzella, que Felisalba llaman, se hauian de perder dos imperios, ó la mayor parte de ellos, y gentes innumerables, criauanla con asaz temor; y entended que quando fué de edad de ocho años, que la no osauan mostrar á nadie, por la increyble beldad y gentileza.

Un dia que en la corte caualleros della fazian gran fiesta, y fecho de armas, sintieron en el çielo vn gran estampido, y vieron desçender vna espessa nube, y venir á las finiestras donde el emperador y emperatriz eran con la princesa Felisalua y otras muchas dueñas y donzellas. Esta nube, ó lo que venia en ella, arrebató á la prinçesa y donzellas de su edad, fijas de Reyes y altos hombres que á criarse con ella sus padres niñas hauian embiado: esta nube se asentó en el mar ante la çiudad media milla, la qual fasta oy, que abrá dos años, está sin mouerse. El emperador y emperatriz aun-

que pauorosos de su fermosura, por la ver en tanto creçimiento que causasse los males y daños que profetizado se hauian, como otra fija no tuviessen sintieron mucho su pérdida; mas cuydando gran mal que por ella en el mundo hauia de venir; estuvieron vn año, avnque descontentos, sin propósito de la mas ver, queriendo antes perdella que ver las malas andanças que hauia de causar: mas como la amassen tanto, especialmente la emperatriz su madre, que despues que en la estraña marauilla fue encerrada, que assí aquella aventura llaman, nunca sus ojos se le enxugaron, procuraron y procuran de sacar de alli con intencion de la tener muy retirada y casar çedo, no queriendo dar tanto crédito á señales y razones de encantadores, que las mas salian al rebes: y entendiendo el sabio Deucalion, si lo hauedes oydo nombrar, que es el que alli la puso, cuydando euitar los males que por su fermosura hauian de venir, segun por sus artes falla, entendiendo que con estar el emperador y emperatriz auisados desto, y remediados con hauer puesto á la fermosa Felisalua donde ningun hombre verla pueda, desseauan y pugnarian por la de allí sacar, fizo venir çerca de la estraña marauilla vn barco que lo gouiernan tres saluajes: vno atiende al timon, y los otros al remo; quando algun cauallero quiere prouar la auentura, el barco se acosta á vna parte de la tierra, y le llevan á la auentura; y sabed que es además peligrosa, y tanto que no han salido vivos sino dos, y el vno es don Galiardo el apuesto fijo del rey Clodomiro, de la pequeña Bretaña, además preçiado en armas y apostura. Pierdense los que

se han perdido desta manera: algunos en entrando en el barco, se leuanta la mar tan alta, y las olas son tan fuertes, que el barco se anega, y en siendo anegado, çessa la tormenta y venle salir en otra parte del mar sin el cauallero, sino los tres saluajes sin mojarse, ni mostrar haber passado affan alguno: otros fallan el mar brauo, y salen de entre las ondas fieras bestias marinas que vienen hambrientos á devorar el cauallero, y trastornan el barco, y abraçados con él se somergujan y funden donde nunca son mas vistos. Assi que, so los dos han arribado dentro de la nube, y afirman que ay dentro de ella el mas fermoso alcazar que se nunca vido, y demas fermosos aluergues y deleytosas huertas, por donde las donçellas se solazan en todas las maneras de fiestas y juegos que pensar se pueden, á estos caualleros tan bien andantes que fasta el alcaçar han mereçido por su esfuerço arribar, les ha sido conçedido ver á vna fermosa lonja á la prinçesa Felisalua; y assi dizen que don Galiardo anda ençendiendo los ayres de amores della, y que trae en su escudo, despues que de la estraña maravilla salió, vna fortuna de oro, y en lo alto della su imagen, faziendose llamar el cauallero de la fauorable Fortuna.

El dia que pareçió el barco de los saluajes en el mar, se vido en tierra orillas del vn padron de cobre, que oy dia se vee, con letras de oro, que en lenguaje griego dizen: Los perdidos cobrara el perdido, y su pérdida será ganançia. Esta, señor, es la auentura de la estraña marauilla, á la qual oy dia van á prouar sus auenturas infinitos caualleros, y todos,

sino los dos que vos he dicho, las han hauido malas, porque todos se han en el mar perdido; tienen muchos por çierto que es esto el daño que por esta fermosa Prinçesa ha de auenir: á Dios plegue que no sea mayor; aunque vos sé dezir que ay pocos fijos de Reyes y altos caualleros del mundo que alli no se hayan perdido, por lo que se veen en todas las partes fazer duelo. A mi me ha cabido parte, porque el Rey mi padre, que deudo del Emperador Gelismundo es, como ya vos dixe, embió el año que la Prinçesa Felisalua fue metida en la estraña marauilla á la Infanta Meridiana, hermana mia, á su corte, para criarse con Felisalua, y assi se falla con ella. Es cosa de gran pessar ver quanto buen cauallero y fermosas y altas donzellas se han perdido; el alto señor ponga remedio en lo porvenir.—Hauedesnos contado, buen señor, dixo Albasilvio, la mayor estrañeza que se nunca vió; y aunque en la corte del Rey mi padre entendimos que la Prinçesa Felisalua era encantada, no houo ende quien supiesse dar la verdadera cuenta della que nos hauedes dado; y por cosa del mundo no dexaremos de yr á prouar tal auentura, y pues don Caliardo, y el otro cauallero que no nos hauedes nombrado, salieron con prez de ella, ningun bueno ha de perder la esperança.—Esa, dixo don Gelander, ha fecho que se pierdan muchos, que si entendieran no hauer remedio de salir della no entraran.—Ora dezidnos, señor, assi goçedes, dixo Albasilvio, quién son los que en tal auentura se han perdido?—De los caualleros, dixo don Gelander, no vos lo sabria dezir; mas de deziros hé las donzellas, porque quando la

Prinçesa se perdió, el Emperador embió mensage al Rey mi padre faziendole entender como era encantada, y mi hermana con ella, y otras muchas cuyos nombres y fazienda alli venian, y fueron estas: la Infanta Ormisenda, fija del Rey de Polonia, hermano del Emperador; la Infanta Meridiana fija del Rey de Ungria; Orolinfa, la recatada, fija del Rey de Laçedemonia; Amaltea, la desembuelta, fija del Rey de Liria; Aguilina la fermosa, fija del Duque de Duraço; Felernisa, fija del Rey de Tebas; Fabolina de Boemia, fija del Rey de Boemia; Polinelda, nieta del mal Rey de Traçia, hermano del Emperador; Violina la loçana, fija del Duque de Ponto, y la muy fermosa Galaflora fija del Rey de Dalmaçia, y otras muchas que no se nombran.

Gran desseo les vino á los caualleros verdes de yr á la corte del Emperador Gelismundo, y folgáronse ademas que don Gelander con ellos fuesse, y dixeronle quanto folgauan de le acompañar fasta la corte; mas que le fazian saber que hauian de passar primero por los montes Pindo, Parnaso y Helicon, donde cuydauan fallar al *donzel no conoçido,* en cuya demanda salieron de sus tierras. Don Gelander, á marauilla ledo por fallar tal compañia, dixo que á todas cosas desseaua fallarse con ellos, porque tenia por çierto de ganar mucho prez y onor; y conçertada su partida, y estando don Gelander para tomar armas, acordaron de fazer vnas sobreseñales de vna manera, y fizieron las Cantelma y sus fijas, que en todas aquellas partes no hauia dueñas ni donzellas que mas fermosas cossas de sus manos fiziessen, y assi bor-

daron las ropas de las armas, que de seda india eran, soles de oro, y ellas mismas pintaron los escudos, que ademas bien pintar Cantelma sabia, y fueron de color indio, y en medio vn sol de oro, que sus rayos se tendian por todo el campo; y acontesçio la noche postrera que alli estuuieron, que Belamir supo fazer y dezir tales cosas á la fermosa Fulgençia, que le prometió de verse con él y fazer de sí á su voluntad si el le daua manera para ello, porque dormia con su madre, y en la misma cámara dormia Senabrio su cuñado, y su hermana Filina, y que ella no podia salir del lecho. Belamir, gozoso y sandio, muerto por verse con ella, dixo:—Dezidme, fermosa señora, donde hauedes vuestro lecho, y dexadme abierta la puerta de la cámara que yo me pondré con vos tan secretamente, que ningun sentimiento de mi vuestra madre habrá. La enamorada donzella, que la poca edad y el mucho amor y solicitud de Belamir de sesso la sacauan, dexóse vençer por dar folgança á su coraçon, como la hauia dado á los ojos mirando la gran fermosura de Belamir y su buen donayre en todas las cosas. Venida la ora, quando á Belamir le paresçió que en la casa hauia silençio, y que todos los de ella sin cuydado alguno reposassen, salió de su aposento sin que sus amigos ni escuderos que en el dormian le sintiessen, y sin ropas ni armas, sino la camisa, tiró para la cámara de Cantelma, que bien la sabia, y fallando la puerta sin cerradura, la abrió muy paso, y tuuo tino de acertar en el lecho que buscaba, y acercarse á la parte donde Fulgençia, tremando por hauelle sentido y cuydar que se hauia de uer con él esta-

ua; Belamir entró á paso, y trauóla por la mano para le dar esfuerço, y sacarla del lecho, mas con quanto ella lo amaba no tuuo coraçon para ello, ni para darle lugar ni entrada en el lecho, teniendole fuerte las manos puestas en el pecho, no dexando le acostar á si, pauorosa que la madre los sintiesse, y gritasse, y se leuantasse çedo Senabrio y le fallasse con ella. Belamir, que ya podeys cuidar qual estaria, ardiendo en viuas llamas, desasossegado el coraçon, muerto de desseo de gozar de tan fermosa donzella, viendo el temor que ella tenia de su madre, y la madre que de quando en quando recordaua y se mouia, no sabia que se façer, y pugnaua lo mas calladamente que podia por meterse entre los braços de la donzella, mas ella le detenia, como vos digo, y desta manera porfiando se passó la noche, y por una pequeña finiestra vido la luz del alba; y assi le fué forçado salir de la Cámara, el cauallero del mundo mas sañudo: y entended que para su apossento hauia de pasar por ante otros, donde dormia gente de seruiçio de casa, y passando por ante la puerta de vno dellos, al pasar por ella, salia vn palafrenero, y como vido passar reçio cosa blanca, salió dando grandes voçes, diziendo:—Santo Dios! y que será esto que á tal ora anda por aquí?—Belamir, porque le no conoçiessen, dió á correr el corredor adelante; el palafrenero que le vido y conoçió ser hombre, fue en pós del, dando vozes al ladron! al ladron! mas Belamir, que vno de los sueltos mançebos del mundo era, çedo, fué en su aposento y cerró la puerta con la çerradura, tan mansamente que no fué de los suyos sentido, y tornóse á

su lecho por vna parte además sañudo por no hauer cumplido su desseo con Fulgencia, y por otra muerto de risa cuydando como lo habia corrido el villano; y á las vozes que él daba se leuantaron las gentes del castillo, y contaua como vna persona con ropas blancas hauia passado como sombra ó viento por ante las puertas de su aluergue, á tiempo que del salia, y que lo hauia visto, á su parescer, entrar en el aposento de los infantes, que assi los de casa llamauan al de Albasiluio: y corrieron todos allá. Al rumor los caualleros verdes, y Don Gelander y Senabrio, saltaron con espadas y escudos, si no Belamir que muerto de risa en su lecho quedó, por lo que Filorante sospechando alguna trauesura de Belamir dixo á Albasiluio:—No me creades, señor, si la sombra que vio el villano con ropas blancas no ha sido Belamir que ha ydo á folgar con Fulgencia, que como sabedes andaua por hauella tan perdido. Albasiluio encubriendo la risa por la mucha gente que á su aposento venia, salió á ellos diziendo:—Buenos amigos, sossegaos, y no cuydedes hauer entre nos hombre malo, que al Palafrenero se le deuio antojar ver lo que no ha visto, pues dize que entró en nuestro aluergue y hauemos fallado la puerta dél cerrada, como la noche la dexamos, y todos nos hauemos folgado sin sentir ni ver cosa alguna.

Con esto cada vno se tornó á su aluergue, y por mas que el Palafrenero juraba hauer visto un hombre con ropas blancas, y hauerle corrido fasta el aposento de los infantes, no fue creydo si no de la fermosa Fulgencia, que estuuo tremando

de pauor sintiendo las vozes, cuydando lo que fue, no fiziessen algun daño á Belamir.

Pues como ya fuesse dia claro, los caballeros se armaron de todas armas y pusieron sobre ellas las fermosas sobre señales del sol. Cantelma y sus fijas con Senabrio, no bien guarido de sus llagas, vino ante los caualleros del sol, que assi de alli adelante se llamaron, y con grande amor le ofreçieron todo su poder para lo emplear en su serviçio, derramando lágrimas por los ver partir á meterse de nuevo en los peligros del mundo: ellos se le agradesçieron asaz. En esto la enamorada Fulgençia que no osaua alçar los ojos á Belamir, de empacho de lo que cuydó fazer con él si el temor no la enflaquesçiera, le vino á fablar, y como nadie mirasse en ello por razonar con las damas, tiernamente y con lágrimas le dixo.—Ay, el mi buen amigo, tratad bien esse mi coraçon que en pós de vos vá, y amenazalde para que buelva á mi. Belamir que tan tierno como ella se fallaua, por la no hauer gozado á su voluntad, dixo.—Fuelgo, la mi señora, que venga conmigo el vuestro coraçon para que vos pueda auisar de la poca libertad que terná el mio. En esto vino á ellos el buen Coriolano bañando su blanca barba de amor que les hauia, ofreçiéndoles su fazienda y vida; ellos se lo agradesçieron mucho, y encomendaron á Cantelma y sus fijas, que alli quedauan fasta que Senabrio estuiesse para ponerse en camino; y encomendándolos á Dios subieron en sus cauallos, assi mismo sus escuderos que las armas les trayan, partiendo del Castillo negro la via de Traçia, caminando aquel dia y

otros sin auentura fallar que dañosa les fuesse; contando Belamir el cuento de Fulgençia, y como el Palafrenero le hauia corrido, de que todos folgaron de lo oyr, sino Filorante que dello le reprehendia, gozando mucho Belamir de le ensañar por aquellas cosas de que Filorante era tan apartado.

CAPÍTULO XIV. De las auenturas que por el camino de Traçia avinieron á los caballeros del sol.

Por el gran reyno de Traçia caminaron los caualleros del sol, fallándose en dar çima á muchas auenturas, donde gran fama de buenos alcançaron. Avínoles vna tarde, caminando por vn monte ayuso, que vieron ante si caminar por la misma carrera que lleuaban un escudero y una donzella, y á lo que los caualleros del sol cuydaron, deuia yr albergar á vna villa pequeña, que no lueñe de alli se mostraua, y como ellos arribassen, que á gran espaçio yban, vieron ser el escudero asaz ançiano y la Donzella fermosa y de poca edad. El escudero yba llorando, y la Donzella riendo; los caualleros mirando en aquellos contrarios los saludaron, diziendo Belamir:—Aunque sea natural cosa que la ançianidad traya consigo cuydados y pasiones, y la florida edad gozo y deleyte, por vuestra vida, buenos amigos, nos dezid la causa que os ha movido para mostrar tanto vuestras calidades. La Donzella fermosamente sonriendose dixo.—Buen

señor, preguntaldo á este mi compañero, que como hombre y de edad lo sabrá mejor entender y declarar: el hombre ançiano dando vn aquexado sospiro, mirando no poco apassionadamente á la Donzella, dixo:—Fasta en esto queredes, fermosa señora, atormentarme, en querer que yo cuente mis desuenturas y rabiosas ansias, aconortandoos de la vergüenza que passaredes quando la vayan estos caualleros entendiendo; fuélgome que assi lo consintays, y estos buenos señores seran jueces de mis fechos. La Donzella con gran donayre se cubrió el rostro con vnos antifaçes que baxos traya, diziendo:—Sufriré la vergüença que deçis, por el desengaño que os daran para que no me más canseys. Pues caminando todos juntamente á espaçio, porque ninguno dellos hauia de passar de la aldea, y para yr á ella les sobraua dia, el ançiano sospirando dixo:—Entended, buenos señores, pues caualleros de poca edad soys, vn caso de amor, porque precieys vuestra jouentud, que como cosa que la teneys no la preciays, al contrario de lo que yo faria si aquella desconoçida donzella en mi poder yo tuuiesse. Dos años, señores, habrá que yo miré esta fermosa donzella, y los dos moramos en vna tierra; vila en vna fiesta cantar y bailar y tratarse con tal donayre, que pudieron sus fermosos ojos abrir la puerta de mi coraçon, que del gran tiempo que no se havia abierto, estauan sus çerraduras tan apretadas y llenas de orin, que paresció cosa imposible hauerla podido abrir; más entendiendo yo en aquel punto la mano que la abria, sospirando enternesçido, dixe: no te marauilles, Sinibaldo, que assí me llaman, que Amor aya

podido abrir la puerta de tu corazon, que más que esso puede fazer; plegue á él, me respondí, que de abrir mi coraçon haya tomado Amor tal gusto que quiera abrir el de Lavinia, y dexe en él mi nombre, en tan buen punto. Passé conmigo y amor estas razones, que sintiendo vn nueuo esfuerço me açerqué á Lavinia, y aguardando mi tiempo le dixe:—Flor de la fermosura, y donayre, no estragues tu gentileza con altiuez y menospreçio; ama á quien te ama, y no farás aleue al çielo; y porque las lágrimas me ocuparon la habla, callé. Lavinia viéndome perdido, y como avisada entendiesse mi verdadera passion, y vn coraçon gentil, sea noble, ovo compasion de mí, y díxome:—Sinibaldo, mal faria yo sino me doliesse de tu enamorada passion, y no me afiçionasse á quien ha sabido conoçer mis buenas partes; esfuérçate y trata conmigo todas las veçes que pudieres, que en ver yo que en verme tu que te fuelgas tanto, no me offenderá la differençia de nuestras edades. Ved, señores, si alguno de vos sabe amar el contentamiento y sabor que yo de esto reçibiria. Pues andando el tiempo, aunque en flores lo passamos, no me fué ingrata en lo que fazer por mi podia; pudo poco fasta este tiempo, que habrá quatro dias que se me entregó á mi voluntad, gozando della como yo desseaua; mas segun paresce no conforme á su buen desseo, porque en cumpliendo yo con ella, la sentí descontenta, y assí poco á poco se me ha reuelado de manera que nunca despues la he podido traer á mi recreacion; y sobre esta fazienda veníamos tratando; yo, como me vedes tan apassionado, le suplicaua tornasse á darme gozo y deleyte,

y ella riendo dezia, que me acontentasse con lo fecho, y que buscasse mis iguales para folgarme con ellas. Ora ved que folgança reçibiria yo con dueña ó donzella de sesenta años. Además riendo desto los caualleros del sol, y la misma donzella, diziendo Don Gelander: no me vala Dios, si Lavinia no tiene la mayor razon del mundo en reyrse de esso, y que os basta para consuelo, cuydar que la havedes gozado como mejor pudistes, y que cada vno es obligado de buscar su mejoría, y gozarse con sus iguales.—Esse gozo no reçibiré yo, dixo Sinibaldo, porque soy el hombre del mundo que menos me plaçe tratar con ançianas por discretas que sean, y no cuydeys que me viene de ser ançiano, que desde que fuy de vuestra edad tenia esta ynclinacion, y héme fallado bien con ella. Belamir riendo dixo:—Paresçeme que toma de vos vuestra amiga el aborresçer la ançianidad, por lo que la deueys perdonar, y por la merçed que os ha fecho, dar liçençia á su voluntad para que la cumpla en parte mas fresca.—Essa no daré yo, dixo sañudo Sinibaldo; assi que con estas y otras razones comunicaban todos con mucho placer, sin que pudiessen fazer razonar vna palabra á la donzella, ni que se abaxasse las antifaçes, fasta que Belamir açercándose á ella, dixo:—Fermosa señora, dezidnos si aceptais la sentençia que en vuestro fauor damos, que podays dexar la ançianidad por la juventud, assi como ha fecho vuestro amigo Sinibaldo, y confessado por su boca, y si hauedes de tomar amores, señora, no dexeys á mi. Labinia, que fasta allí no hauia mirado á Belamir, oyéndole razones

dichas con tanto donayre bolvió los ojos, y como ella venia con la impresion de la figura de Sinibaldo descuidada de ver cauallero tan apuesto, como lo viesse tan fermoso y bien armado, pagóse además dél, y dixo:—La sentençia, cauallero, que hauedes dado, tanto es en vuestro fauor como en el mio, que justo es amar cada cual su semejante, y folgara yo que lo fuerades vos mio, porque fuera yo fermosa á mis ojos. Dixo Belamir:—Soys lo mas que quantas ví.—Esso no soys vos á los mios, dixo riendo Labinia, y con todo folgaria mas con vuestros seruiçios que con los de Sinibaldo; y con esto dió del açote al palafren, caminando á mas andar sin saludar alguno; y como assí la vido yr Sinibaldo, corriendo en pós della yba dando vozes diziendo:—espera, ingrata, y sin amor, que vas como descarriada cordera; no topes con algun fambriento lobo que en tu sangre se çebe. Gozosos además fizo esta auentura á los caualleros del sol. Belamir, que asaz bien le hauia paresçido Labinia, estuuo por yr tras ella para la bien aquella noche albergar; mas Filorante se lo estorbó diziéndole palabras cuerdas y honradas, que los amigos reçebian gran plazer, viendo al vno razonar tan de veras y al otro tan de burlas.

Arribados á la villa se albergaron en casa de vn hombre rico y de buen entender, que les fizo aquella noche gran fiesta. Belamir pugnó por entender donde albergase Labinia, y digéronle que en casa de vna su parienta, y que Sinibaldo desesperado, faziendo gran duelo, hauia passado adelante, y que temian se perdiesse, porque lueñe de alli era

el poblado, y hauia de passar de noche por vna espessa floresta peligrosa de bestias fieras; y el temor de su pérdida fué verdadero, porque al fin de algunos dias que no paresçió, fallaron caçadores parte de sus ropas por la floresta, y assi nunca mas se vido. Los caualleros del sol partieron á la mañana de la villa, y caminaron algunos dias la via del monte Elicon, y descubriénronle vna mañana, aunque no cuydaban fuesse él, folgándosse de le ver tan alto y verde; y arribando á ora de nona á su falda, fallaron vn villano cortando vn alto çiprés, y queriéndose esconder pauoroso de los caualleros armados, Filorante corrió á él assegurándole, y assí el villano atendió. Filorante dixo:—Amigo, dinos qué tierra es esta?—Señor, dixo el villano, este monte se llama Elicon; la tierra es despoblada, que en dos dias no fallaredes por ella sino algunas pobres casas de pastores, por aquí se veen pocas veçes caualleros andantes como vos debeys ser, y assi ay pocas aventuras peligrosas, y gozamos los labradores de grandes deleytes, porque conversamos con diosses, con ninfas y otras diuinas cosas que por estas florestas fallamos, aplazibles y buenas;—Y en la çima deste monte que ay?—Dizen pastores que allá han subido, dixo el villano, que hay fuentes de estraño licor, y árboles de sabrosas frutas, que ay caças diuersas, que no ay cosa que deleyte no sea, que viuen muchas donzellas hadadas, las quales tienen poder de fazer bien andantes los hombres; esto es lo que os sabré dezir.—¿Sabrás tu enseñarnos la carrera? dixo Filorante.—No hauedes menester quien vos la enseñe, dixo el villano, porque el camino

bueno cualquiera que le busque lo fallará: entrad por la floresta y seguid á tino la carrera, que otro yo no sé. Los caualleros lo fizieron assi, y fallaron por ella deleytosas cosas, arroyos claros de árboles floridos y con fruto, de prados, caças y diversos animales ligeros y fermosos, que por ante ellos passaban, y aunque fallaron passos fuertes de passar, arribaron vna çima de vn fermoso monte coronado de altos y fermosos árboles que lançauan de sí olor suaue: los caualleros que con gran affan hauian fasta allí arribado, como el tiempo era caloroso lleuauan cansançio y sed, y viendo los fermosos árboles cuydando fallar entre ellos fuente que tan fermosos los ponia, subieron á lo alto por caminos torçidos, y mostrando poco rastro de hauer por él passado alguno, y entrando por entre los árboles vieron en medio de ellos vna fermosa fuente casi cubierta de yerba y flores, y á la sombra de los alto, árboles, çerca de ella, durmiendo vn donzel adornado de ropas de monte de oro pardillo. Era el donzel de fermosa apostura, tenia la cabeza acostada sobre vna fermosa aljaba roxa esmaltada de muchas colores, y vn fermoso arco roxo y de oro colgado de vna verde rama, tenia los cauellos luengos, y además rubios; como los caualleros arribasen á la çima y pradillo, desçendieron de sus cauallos para beuer en la fuente y refrescarse, y como vieron el fermoso donzel paráronse á le mirar, juzgando no hauer visto otro tan apuesto. Albasilvio dió vna voz diziendo:—Santa María, este es nuestro buen amigo el *Donzel no conosçido!* Belamir y Filorante, conosçiéndole, casi sandios de gozo corrieron para le despertar y

abraçallo, y assi como arribaron á él semejoles vn desvaneçimiento de cabeça que la vista les turbasse, y apénas fue sentido, quando fue passado, y cuydando despertar al donzel despertaron vn fiero Leon, que dando fuertes resoplidos en dos saltos sin acatar los caualleros se metió entre los árboles, donde nunca más le vieron, ni ménos aljaba, ni arco. Si de ver esto fueron marauillados, no ay para que dezillo: mirauan á todas partes y no vian ni sentian sino cantares de diuersas aues, y razonando en lo qué farian, Albasilvio dixo que seria bien subir á lo más alto del monte, y hauiéndose refrescado en la fresca fuente subieron en sus cauallos. Al tiempo que en ellos subieron, los cauallos comenzaron á bufar y alborotarse, y mirando á todas partes vieron como de la fuente salia poco á poco vna columna de cristal, y quando paresçió tan alta quanto estatura de vn jayan, firmóse sin más moverse; los caualleros, viéndola subir, arremetieron para ella sus cauallos por mejor ver que cosa era aquello, y viéronla con vna faxa de oro por medio escripta de letras negras. Albasilvio, que diuersos lenguajes entendia, llegóse y leyólas que en lengua alemana eran, y dezian: *caualleros del sol, porque no á todos es conçedido la subida del sagrado monte ni beber del diuino licor de sus claras fuentes, no perdays tiempo en subir más adelante, porque os perdereys, y el leon que en la selva entró le veredes en la córte del emperador Gelismundo.*

Y assí como fueron leydas las letras, la columna comenzó á fundirse con aquel espaçio que salió, quedando la fuente limpia como antes, de que no poco marauillados los

caualleros, desengañados de lo que fazer cuydauan, acordaron de salir de la selua, paresçiendo les hauer cumplido su promesa que fue andar por el mundo en busca del *Donzel no conosçido*, y pues ya lo hauian fallado quedaban en libertad para fazer el camino que quisiessen y folgaron asaz de entender que en la córte del emperador Gelismundo hauian de fallar el leon que despertaron, que seria el *Donzel no conosçido* y dándose priesa de salir de la selua, no les valió por poder entrar aquella noche en poblado; mas albergaron en vn vega so altos árboles, comiendo de la vianda que los escuderos trayan, dexando paseer los cauallos por loçana yerba que allí hauia. La mañana venida tomaron la carrera mas hollada que vieran, caminando algunos dias por la via de Constantinopla, y vno dellos, passando por vna floresta asaz de árboles poblada, sintieron çerca de sí fazer gran duelo y parando sus cauallos y escuchando atentos oyeron dezir:—Malditos sean los encantamientos, assí como son quien los ordena, que tanto buen cauallero por ellos se pierden.—Y tras esto sospiraba fuerte; los caualleros caminaron mas adelante por si venian la persona que fazia el duelo, y á pocas bueltas que por el camino dieron encontraron por la carrera vn cauallero armado sobre vn buen cauallo, puesta en el hombro su lança: venia descuydado, la cabeça baxa, y tan puesto en su cuyta, que no sintió el tropel de los caualleros, y como la carrera fuesse estrecha, viniendo á topar con él su cauallo, se paró y el cauallero alzó la cabeça; y viéndolos, temiéndose dellos, començó á poner su cauallo y embraçar su escudo, que á las

espaldas traya. Los caualleros le saludaron, y assegurándole, preguntaron cómo venia assi tan cuytado. El cauallero, viendo con quanta cortesia le demandaban la causa de su cuyta, les dixo:—Porque me semejades buenos, vos diré lo que de mi saber desseays, y folgarme he de os lo dezir, que será vuestra pro, y quiero que lo entendays para que tomedes otra carrera, que esta que lleuays vá á la perdiçion de los caualleros que amadores son. Sabed que en los tiempos antíguos hovo no lueñe de aquí, en vna famosa ciudad llamada Apolonia, que agora es destruida, vn apuesto mançebo y una fermosa donzella que se llamó Tisbe, y el moço Piramo, aunque algunos quieren dezir que fueron de Babilonia, de Egipto. Este moço, viendo vn dia acaso á la finiestra la fermosa Tisbe, pagóse asaz de ella; mas como la costumbre de la ciudad fuesse no dexarse ver las donzellas fasta ser casadas, no pudo mas vella Piramo; y como fuessen vezinos de á pared en medio, y no hoviesse de la vna casa á la otra mas entrebalo de vna pared, anduvo Piramo mirando tanto los rincones de su casa por si fallaria parte por donde vella pudiesse, que falló vn resquiçio entre dos muros de vn desvan, por donde claramente se podian ver y fablar los que de la vna y otra parte estuviessen. Pues fallando Piramo parte tan aparejada para poder razonar á su salvo con la donzella, tantas veçes, vino al resquiçio, y tanto tiempo en el estuvo aguardando la caça, que al fin llegada la ora que aquella mala andança habia de tener prinçipio, Tisbe, descuydada de tal açechança, passó por allí al tiempo que el enamorado

moço mirando por el resquiçio estauua. Piramo le fablo, y ella, espantada de la voz sin al atender, se fuyó de allí sin querer saber quien era el que por allí le fablaba.

Passados algunos dias á la Donzella le vino gran voluntad de saber quien seria la persona que por el resquiçio le fabló, y viniendo vn dia á el y fallando á Piramo allí, preguntándole quien era y lo que queria, Piramo, se lo dixo; y con el tiempo y aquella auilanteza y amor que anduvo solíçito se vinieron á amar entrañablemente, y muriendo por se ver y razonar sin estorbo en medio, conçertaron de salir vna noche los dos á vna fuente que çerca de la çiudad estaua en vna floresta. Venida la noche y ora, la enamorada Tisbe salió primero, y cuydando que el amador en la fuente la atendia, sin temor alguno, se fue á la floresta. La luna fazia muy clara: la donçella, que mil años le semejaua cada punto que sin ver á Piramo pasaba; arribó á la fuente, y apenas fué en ella quando sintió resoplidos de bestia fiera que allí venia. Ella, de pauor, dexando caer vn manto jalde que traia, dió á huyr y esconderse en vnos sepulcros antíguos de piedra que alli eran: los resoplidos que oyó fueron de vn fiero leon que hauiendo muerto y devorado vna çierva, venia sediento, ensangrentado á beber á la fuente, y como topasse con el manto dándole olor de cosa viva, le despedaçó y dexó sangriento, y acabando de beber, se metió por el bosque, á tiempo que venia Piramo además vascoso tremando de codiçia y temor si su amada Tisbe fuesse allí venida ó le ouiesse burlado, y como arribase al manto y le conosçiesse

y viesse sangriento y baboso y despedaçado, tuuo por çierto que venida allí su Tisbe la hauia muerto y comido alguna fiera. Ouo tanto dolor y vinole tal furia, que sin al atender sacó su espada y puesto el pomo sobre el manto se dexó caer sobre ella, y assi atrauesado quedó sobre el manto. Poco despues desto salió Tisbe, como remor no sintiesse, y passan-por su amante reconosçiendo y entendiendo el caso, como el moço boca ayuso fuesse y la espada le saliesse por las espaldas, Tisbe tomó la punta della y poniéndosela á los pechos se la fincó por el cayendo traspassada sobre el cuerpo de su amado Piramo.

Vedes aqui señor la fin que estos dos amadores ovieron. Sale aora desta otra mayor desventura, y es que el Dios de los gentiles, doliéndose destos dos amantes, por eterna memoria los convirtió en un moral, y que las moras de el y de los demás que en aquel tiempo blancas eran, fuessen de color de sangre, y que la espada que á los dos trauessó trauesasse el moral; y quedasse en el fincada dando á la espada mucha virtud. Fizo más: que el leon, causa de la muerte de los dos amantes, no pudiesse morir ni ser llagado sino con aquella espada, y si viniese tal cauallero á combatir con el leon y sacasse del moral la espada, como dizen que el mejor cauallero del mundo la ha de ganar, y con ella al leon firiesse, el leon lauandose en la fuente, seria guarido y renouado en edad y fuerças. Ved quan impossible paresçe ganar la espada. Dizen mas: que quando la espada se ganare no se acabará la auentura. Esta floresta donde la fuente y el leon que la

guarda es, veredes çerca de vn caudaloso rio llamado Artus: su entrada es la mas estraña y maravillosa puerta que se nunca vió; no puede entrar por ella sino persona enamorada; fasta oy no ha entrado cauallero que salga, porque el encantado y antíguo leon los debora. Vengo cuytado como vedes y passando yo y vn mi hermano, que os çertiffico que era de los buenos en armas de su tiempo, y de gran bondad en todas cosas, además apuesto y de gran donayre, por la fuente del Antíguo Leon, que assi llaman á aquella auentura, como de coraçon amasse vna donzella, codiçioso de la espada que dizen que otra tal jamás se forjó, quiso prouar su ventura, y fue tal que entró en la fuente y nunca mas salió. Yo sentí, que entrar no pude por no ser amador, las fieras braburas que el antíguo leon fazia, creo que al tiempo que le despedaçasse. Assi que, buenos señores, mi cuyta es la pérdida de mi hermano; sino me queredes, á Dios vades encomendados:—y assi passó adelante gimiendo y llorando.—Belamir dixo:—Si çerca de la villa de la Haya fuera la ventura del antíguo leon, yo entrara por ella que muy enamorado anduve, mas aora dúdolo porque Fulgençia me fizo oluidar aquellos amores; y Lavinia á Fulgençia. No entiendo que va entre nos quien pueda entrar á ganar la espada, sino es Filorante.—Riendo desto Filorante, dixo:—Ved el peligro que me ahorro en no andar metido en las locuras de amor; tened por çierto que se viue con mucho menos daño sin el;—Ora vamos, dixo don Gelander, á prouar si somos enamorados, y si houiesse entre nos quien ganasse la buena espada.—Y razonando en esto, salieron de la espe-

sura á tierra la mas deleytossa que se puede imaginar, de vegas anchas y fermosas y de verdes arboledas que dauan sombra á vn caudaloso rio que, dando bueltas por entre ellas, caminaua mansamente con gran uffaneza.

CAPÍTULO XV. **De como los caualleros del sol fallaron la auentura del Antiguo Leon y lo que en ella y en otras les auino.**

Por riberas de aquel manso y agradable rio Artus caminauan los caualleros del sol con mucho placer, desseando fallar peligrosas auenturas para mostrar en ellas su esfuerço y valor; y saliendo de la Ribera entraron en el mas deleytoso camino que se nunca vió, porque era muy ancho y de vna parte y otra fossos grandes de aguas claras y corrientes que criaua loçana yerba y rosas; los árboles de las dos partes eran muy altos y de un tamaño: tendian sus altas y verdes ramas sobre la gran carrera, dando á la mayor parte de ella fresca sombra: todos los mas de los altos árboles eran pinos aluares, y blancos álamos; y entre vno y otro dellos, çidros, naranjos y otros fructíferos y oloros árboles que dauan á toda la gran carrera suave olor. La armonia de las aues que revolando entre ellos andauan, acreçentauan á los andantes el deleyte por esta fermosa y agradable carrera, caminando gozosos; porque todas las cosas que veyan les gozaban. Descubrieron ante ellos al cabo de la carrera vn fresco prado y florido, y el mas fermoso ediffiçio del mundo, fecho aguissa

de los arcos triunfales antíguos. Arribados al prado, desde donde bien juzgar le pudieron, fallaron que era todo de metal de corintho, semejante al oro; tenia de otro metal pardillo muchas y bien fechas estátuas de diuersas suertes; en mitad de el, sobre el arco de la gran puerta, se vía la historia de Piramo y Tisbe, assi como oydo hauedes. A la vna y otra mano del quadro de la historia estauan grandes estátuas de mucha proporçion con diuersos instrumentos; vnos con las manos los tocauan y otros con las bocas; a los vmbrales de la puerta estauan dos fieros y espantables jayanes, que vivos semejauan: eran de tan feroz aspecto que dauan espanto y y terror en los mirar. Tenia cada qual dellos vna trompa, al paresçer de fuego, que llamas semejauan salir dellas, en postura terrible, mostrando con ellas deffender la entrada. Todas estas cosas deleytaron mucho á los viuos juyçios de los caualleros que vian en ellas tanta perfiçion. Albasilvio, que el orgullo de su coraçon era qual sabeys, despues que houo muy bien mirado la sumptuosa puerta, desçendió del cauallo y embraçando su escudo, sin sacar la espada, con fermoso continente caminó para la puerta diziendo:—Aora veré si soy enamorado, y quien sino lo soy, me deffenderá la entrada.—Y con largo y ayroso paso fue para la puerta, y al tiempo que puso el pié çerca della, semejole çierto que los jayanes de metal le firiessen con las trompas, y las llamas dellas ardiendo se le metiessen por el pecho, y le desfalleçiessen el coraçon y no podiendo dar passo adelante se arredró doliéndose mucho. En esto los tres caualleros se hauian apeado, y cuydando que Albasilvio en la

auentura entrasse, passauan muy ledos cuydando que todos podian entrar en ella, y como le vieron arredrar sin color en la faz, que la visera del yelmo alta lleuaua, y mostrasse mal talante, marauilláronse dello; mas no curaron sino de caminar para la puerta y fallándose Filorante çerca della sintió lo mismo que Albasilvio, y con bascas y dolor fuerte se arredró. Viéndolo Belamir tan desfallesçido y como no hauia podido entrar, riendo dixo:—Que diérades ora vos mi buen señor por ser enamorado? mirad quanto mejor me yrá á mi por amar á todas las dueñas y donzellas fermosas.—Y queriendo confiadamente entrar por la puerta, semejole que los jayanes con las trompas de fuego le abrasassen el coraçon y con dolor del se retiró. Viniendo don Gelander fasta donde dió á conoçer no tener amor que el coraçon le apassionasse, por lo que las trompas se lo apassionaron: y sabed que á diez passos de la puerta no sentian ardor ni dolor alguno. Por lo que viendo quan deffendida la entrada de aquel lugar les era, con mucho plazer subieron en sus cauallos diziendo Belamir:—Y os doy mi ffe que tengo de pugnar con amor fasta que me faga amar, porque hauemos aquí prouado quanto ménos vale el que amor no tiene del que bien ama.—Con todas essas ventajas que en los amadores fallays, dixo Filorante, es vida más libre y honesta la desapasionada.—No se puede loar, dixo Belamir, el cauallero descuydado, de oçioso pensamiento.—Bien dezides, dixo Filorante; mas el pensamiento que debe exerçitar el bueno, ha de ser en obras honestas, como el honrrado que de

las cosas onestas no sale.—¿Y como, dixo Belamir, por amar vna dueña ó donzella fermosa el cauallero sale de lo onesto?—Sí, dixo Filorante, si ama con el fin que vos soleys amar.—Yo, dixo Belamir, amo prouechosamente para que mis obras sean fructuosas, y no como los que en lágrimas y sospiros gastan su salud y acortan su vida. Filorante, riendo desto, dixo: —Nunca yo os fuera á la mano si entendiera vuestro buen fin.

Todos folgauan con esto, caminando sin auentura fallar aquel dia y otros dos; al terçero arribaron, a ora de vísperas, á una fermosa vega poblada de villas y castillos, encontrando en el camino diuersa gente que de los ver tan apuestos y fermosamente armados tomaron sabor. Passados por estos pueblos siguiendo su carrera, no lueñe de vn fermoso rio ya quel sol doraua las resplandesçientes nubes del Poniente, entraron en prados los mas floridos y fermosos que se nunca vieron, porque eran como vna gran plaça çercados de arboleda y en partes algunas fuentes claras y deleytosas. A la vna parte entre los altos árboles estaua vn gran palaçio fecho de blancas y verdes piedras, con torres y chapiteles amarillos bien fechos de metales de colores diuersas y claras; todos ellotenian vanderas desplegadas por el ayre, de oro y verde bordadas trofeos amorosos. Semejauan las almenas de las torres ser de oro fino, y las paredes del gran palaçio de çendrada plata con estátuas y figuras de rubio bronzo; las finiestras y balcones eran de christal, y tan resplandesçiente que todos los árboles de entorno las yerbas y flores de prado, las

aguas de las fuentes resplandesçian como rayos del sol. En su vida los caualleros cosa tan exelente y clara vieran.

En la mitad del Prado estaua vn árbol además copado y fojoso, y en él vna pequeña casa tan lustrosa y paresçia ser de vidro, como lo era: esta cassa tenia vna torrezilla redonda descubierta por lo alto; las almenas della eran verdes, y como de vidro fuessen, paresçian esmeraldas: aquí estaua un enano con proporçion de niño fermoso, tenia so el braço siniestro vn carcax de muchas colores y en las manos vn arco además fermoso; estaua desnudo, cubiertos los ojos con vn delgado velo, y tanto que podia por el ver las cosas aunque desatinadamente y assí como los caualleros del sol por los prados entraron, el niño, que a Cupido semejaua, puesto en la boca el cuerno de las empulgueras del arco, lo tañó como voçina de monte, y á la ora vieron salir del gran palaçio fasta veynte caualleros á pié, fermosamente armados, con ropas sobre las armas cortas y bien fechas de seda morada, bordadas de oro y colorado, llamas esparçidas sin órden, y sobre los yelmos vnos vassos antíguos de metal morado; dentro dellos venia fuego artifiçial, de manera que lançaua por la boca de los vassos llamas ardientes que gran espaçio de tiempo sin se apagar duraron. Salieron de quatro en quatro, con lanças luengas en las manos diestras, assidas por çerca de los fierros y con fermoso continente las trayan rastrando. Salian por los fierros y cuentos dellas llamas, assi como de los vassos: sonauan por torres y finiestras infinitas trompas y añafiles, pifaros y atambores que las seluas atronauan. Pussiéronse á las cristalinas finiestras

muchas dueñas y donzellas ricamente adornadas, todas en cauellos sueltos, y desordenados, con guirnaldas de flores y rosas en las cabeças. Los caualleros del sol, que ya hauian arribado al árbol de Cupido çerca del gran palaçio, donde vian los caualleros dueñas y donzellas, pararon sus cauallos para gozar de vista tan agradable. Belamir que todas aquellas cosas le dauan gran gusto, dixo:—Por mi fe, que veremos oy fermosa fiesta si aquellos caualleros vnos con otros combaten y que salen fermosa y brauamente. En èsto Cupido que en la torrezilla estaua, con voz que bien todos los del prado y palaçio la oyero, ndixo: Caballeros del sol, bien vedes aquellas altas y resplandesçientes finiestras: sabed que en ellas está la señora de este gran palaçio, que es vna donzella fermosa, y goza mucho de fiestas y ver apuestos y gentiles caualleros y tratar con ellos; aquí no se han de ver cosas que den pessar sino folgança, y todo lo que aqui se trata es de Amor, y assí yo en su nombre y figura, ordeno y combido á los caualleros que por aquí passan á deleyte y plazer, y por esto se llama esta gran casa el Albergue amoroso. Hauedes de dar quatro botes de lança y seys golpes de espada con cada vno de aquellos caualleros que en el campo os atienden, y despues que hayades assí combatido subiredes á ser albergados, que por ventura no vos yrá mal en el albergue, porque Flereçinta señora del se fuelga además de tratar bien caualleros: y con quan libre viue fasta oy, no ha dado su amor á alguno; bien andante el que lo ganára, porque ella no atiende sino al que á su gusto venga.—Si me vala Dios, dixo Albasilvio, fermosa

costumbre aqui se mantiene, y que se passa agradable vida; y pues hauemos entendido lo que debemos fazer, bien será que lo pongamos por obra.—Bien dezides, dixo don Gelander, mas no sabemos si Belamir querrá albergar aqui esta noche.—No en otra parte, dixo riendo Belamir, porque no me lo consentiria Filorante: y desçendidos de sus caballos, tomando sus yelmos se los enlazaron. En esto vieron venir á mas andar para ellos quatro fermosas donçellas con sendas luengas lanças en los ombros, y arribadas ante ellos dixeron: —Caualleros, la fermosa Flereçinta señora del Albergue amoroso, os ruega que por su amor rompades con sus caualleros sendas lanças, porque dessea ver buenos encuentros, y que combatays con las condiciones que Cupido os dió, porque por el se gobierna este lugar.—Amigas, dixo Albasilvio, dezid á vuestra señora que sin que lo mande Cupido ella puede en nos mas que él, y que en eso y en todo lo al, faremos cumplidamente su mandado: y dándole las lanças se tornaron.—¡Como hauedes, señor, respondido á mi gusto, dixo Belamir; yo vos digo que muero por fazer aquí buenos fechos: —Y riendo desto, calando las viseras de sus yelmos, tomando las lanças por junto á los fierros, puesto cada vno endrecho de aquel con quien hauia de combatir, movieron á la par con passos espaciosos y de mucho brio, con ademanes apuestos á marauilla; tornando por torres y finiestras á sonar los acordados y discordes instrumentos, mirando mucho las donzellas en ellos, juzgándolos por los mas apuestos caualleros que nunca vieran; y viniendo poco mas de trecho de lança, con

ayrosos ademanes, assi como yuan caminando, yuan lançando las lanças las manos adelante fasta la parte que les paresçió combenir, arremetiendo con ellas terçiadas y bien puestas, no errando alguno de los ocho los golpes, faziendo saltar por el ayre vnos fuego y otros raxas, de manera que fue cosa agradable de ver rotas las lanças, lançando los caualleros del Sol los troços que en las manos les quedauan por çima del gran palaçio, faziendo marauillar á quantos los vieron. Pusieron mano á las espadas, y como aquellos que muchas veces siendo donzeles fecho lo hauian, firieron á los caualleros sobre los yelmos con tal fuerza que les fendieron los vasos de metal, esparçiendo sobre ellos el artifficial fuego. Mas avino que al segundo golpe, Albasilvio dió con su contrario en el suelo tan atronado, que lo houieron de sacar sin sentido escuderos que allí habia: fué cosa de ver los caballeros del Sol con que viueza dieron sus golpes, sin dar mas de los que debian, quedando en alto el braço y espada, semejando fermosas estatuas de metal, y servidos de otras, las rompieron como las primeras, y los de los Fuegos herraron sus botes, y metiendo mano á las espadas, no passó esta vez segunda como la primera, porque todos los quatro caualleros de los fuegos fueron por el suelo.

Por marauilla mirauan las dueñas y donzellas á los caualleros del Sol, semejándoles los mas apuestos y esforçados del mundo, y creyeron ser assi, porque açerraron á dar á vn tiempo los mas fermosos botes de lança que se nunca vieron, derribando con ellos á todos quatro, y viniendo para otros

los mal pararon, y assi les auino con los postreros; sonando las trompas y clarines sones de mucha alegría: y desçendiendo gentes del gran palaçio, les combidaron de parte de la fermosa Flereçinta á quedar aquella noche en el albergue. Ellos fueron contentos de quedar allí, y leuantando las viseras, y dando á sus escuderos las armaduras de las manos, subieron donde las donzellas, con además desseo de ver si eran tan fermosos como fuertes y apuestos, los atendian teniéndolos fermosos mantos de seda cada qual de su color, y labor de oro y plata, teniendo la fermosa Flerecinta escogido para Albasilvio, en quien ella hauia puesto los ojos por le hauer visto auentajado de los otros, vn manto de seda morada sembrado de palmas de oro y coronas de laurel de oro verde, con vn fermoso bonete de la misma seda, guarnido con vna corona de laurel de oro esmaltada de verde.

Pues como los caualleros arribassen á las donzellas como venian del exerçiçio, ençendidos los rostros, y eran tan mançebos, ninguna cosa fasta alli las donzellas vieron en su vida que mas sus ojos y corazones deleytasse. Albasilvio, que ante todos subia, con fermoso continente mirando por todas las donzellas que fasta treinta serian, casi todas de vna edad, ricamente guarnidas, y á marauilla fermosas, como estas estuuiessen en cauello con guirnaldas de flores y rosas, además parescian bien; vido á Flereçinta guarnida de ropas al trage de Ungria, de seda y oro texidas diuersas labores, semejole en el semblante ser ella y paresçiole de mucha fermosura y donayre como lo ella era, y saludándola cortesmente dixo:—Aunque

Cupido, fermosa señora, no nos auisara ser este albergue amoroso, lo tuviéramos por la corte de amor, que tanta fermosura loçania y gentileza solo en ella se fallara. Flereçinta dixo:—La gentileza, cauallero, aquí la fallaredes y el amor con ella. Ora desarmaos, y tomad reposo, pues tambien hauedes affanado. Y mirando en el, semejóle que meresçia ser señor del su coraçon, y quedó asaz del pagada, lo que fasta allí de ninguno fecho hauia. En vn punto fueron desarmados por mano de las fermosas donzellas, y por la de Flereçinta cubierto Albasilvio de rico manto, y faziéndolo sentar cabe si, y los otros caualleros con las donzellas, començaron á razonar en agradables cosas, viniendo luego instrumentos de diuersas maneras sonándolos donzellas, y cantando con tanta suauidad y gentileza que bien semejaua aquel palaçio ser corte de amor; y despues que vna pieça houieron cantado, Flereçinta dançó con Albasilvio, y otras fermosas dançellas con sus compañeros, tratándolos con tanto donayre que sino el áspero coraçon de Filorante, los demas ardian en amoroso fuego. Flereçinta, que del todo se hauia entregado á la voluntad de Albasilvio, por todas las maneras que le podia mostrar contentamiento se lo mostraba, no le pesando á él entender su voluntad, porque además andaba de ella pagado. De don Gelander y el buen Belamir os digo, que viéndose metidos en tanto ardor, dixeron á las donzellas que les bien paresçian muy abiertamente sus propósitos, no les pessando á ellas de lo entender. Cosa fué de oyr á Filorante con vna donzella que se le aficionó, las razones que le dezia, no

queriendo él entender su amoroso fin, por lo que más cuytada de amor la fazia.

Venida la hora de çenar, fue tanta la abundançia de los manjares, y la sumptuosidad del seruiçio, que los dos prínçipes en las córtes de los reyes sus padres otra mejor no vieran. Alçadas las tablas tornó de nuevo la fiesta de danzas, y cantares, y trato amoroso, viniendo las tres penadas donzellas á vencerse y conçederse á las voluntades y ruegos de sus amadores, prometiéndoles de los visitar aquella noche en sus lechos. ¡O gran fuerça de amor! ¡O libertad quanto daño al onor de los moços faces! que esta donzella quedando sin padres de poca edad y de mucha riqueza, que señora de veinte castillos era, como se vido libre sin quien á la mano le fuesse, acordó de vivir á su sabor, cumplir todos los desseos que á la voluntad le viniessen, gastando en esto grandes thesoros, que no para aquello affanaron sus padres y antepassados por dexárselos: y tenia en su seruiçio fermosas donzellas, que á lo mismo atendian, dándoles ella libertad para disponer de sí á su voluntad, y algunas hauian fecho grandes seruicios á caualleros que por allí hauian passado; mas ella nunca hauia dado su amor, ni las dos que á Gelander y á Belamir amaban.

Acabada la fiesta, los caualleros se fueron á ricos aposentos apartados el vno del otro, y no passó mucho tiempo despues de acostados, quando Albasilvio, que no dormia, cuydando fuerte en la fermosura y loçania de Flerecinta, sintió abrir la puerta de su aposento y entrar vna

donzella con vna bela en vn rico candelabro de oro, y en pos della la fermosa Flereçinta adornada solamente de vna basquiña de tela de plata resplandesçiente, bordada en torno y de alto á baxo de trozos de laurel cortados por muchas partes, saliendo de las cortaduras vnas culebras yndias y verdes: y vn tocado de plata y oro: y de la çinta arriba no al que la camisa además alba y delgada, rica y fermosa. Venia cubierta con vn pequeño manto de oro morado con la misma labor de aquel que ella diera á Albasilvio; traya el braço derecho fuera del, y la falda diestra lançada sobre el ombro siniestro. Dexando la donzella el candelero y bela sobre vna tabla de oro labrado de ébano y marfil, cerró con llave la puerta. Como Albasilvio la viesse venir de aquella tan fermosa manera, no la atendió, mas saltando del lecho con gran mesura le travó por sus fermosas manos, y besándoselas muchas vezes le dezia razones dulces y amorosas. Flereçinta no le consintiendo ál, le fizo sentar sobre el lecho, y ella fizo lo mismo, diziéndole:—con mucha razon, cauallero, os podeys reyr de mi, y tenerme en poco, pues tan fácilmente me hauedes traydo á estos términos; escusa no la tengo que valerme pueda, porque si os digo que fuerça de amor me pone en esto, direys que soy flaca y sin valor; si como donzella libre vengo á folgarme y cumplir mi antojo, tenerme edes por mala; si importunada de vuestros amorosos ruegos concedo lo que me pedís juzgaredes me por liuiana; assi que con todas estas confussiones vengo á ponerme en vuestro poder, porque tengo por cierto que sabredes tener en mucho lo que

por vos faré, si soys tal que me merezcays; y por esto me dezid quien soys, y no me mintays en ello, porque vos fago saber que tengo haberes para me poder de vos vengar. Albasilvio que no via el punto de se ver á su voluntad con ella, dixo:—Mal cauallero seria yo, la mi fermosa señora, sino conosciesse el bien que me fazedes y la obligacion en que me poneys, y no entendiesse la fuerça que os habedes fecho en venir aqui, y la que el amor vos faze para que me fagays el mas bienandante de los caualleros. Yo soy Albasilvio de Austrasia, fijo del rey Argesilao, que os sabrá agradescer lo que por él fiziéredes. No vos sabria encaresçer el goço que la fermosa Flereçinta ovo entendiendo quan alto hombre era el su caballero, y abraçándolo con mucho regalo, dixo:—Ved, el mi buen amigo, quanto he ganado en hauer sido yo sierua de amor, porque nunca me afficionó, fasta aora, que tan á mi sabor me ha empleado.

No os digo ál sino que los dos folgaron aquella noche como desseaban, quedando la fermosa donzella, dueña, y en cinta, pariendo á su tiempo el mas fermoso donzel que se vió, assi como adelante oyredes. No les fué ménos bien á Belamir y á Gelander con sus fermosas amigas que á Albasilvio con la suya, aunque les sobró en tener bela encendida, gozando los ojos de mucha fermosura. De Filorante vos sé dezir vn sabroso quento; y fué, que la donzella con quien el hauia dançado y razonado secamente, quedó tan pagada dél que en viendo como todos los del albergue dormian, lo mas ealladamente del mundo se fué al aposento de Filorante, que descuydado de tal caso sosegadamente dormia, la donzella acertando

á abrir la puerta entró; Filorante, despertando al abrir, saltó del lecho, y cuydando algun engaño, como otros muy grandes en fiestas se suelen facer, fue á tomar su espada y escudo, que alli cerca tenia, quando oyó vna delicada voz que dixo: Caballero, dexad, essas armas que para vuestra vencida no las hauedes menester. Como Filorante oyó tales razones y conociesse la voz de la donzella que tanto amor le hauia aquella noche mostrado, vino á tremar de saña, y dixo.—La que se vence de lo bueno victoriosa se puede llamar; pues assi mismo vence, mas vos no deuedes ser destas.—Si soy dixo la donzella, tierna de amor, que pues de vos soy vencida de lo bueno me vencí. Ora, señora donzella, dixo sañudo Filorante, yd con Dios, que yo no venço sino á los malos que no fazen lo que deuen, y para castigar estos dando por el mundo, y para fazer onor á quien la merezca. La donzella que á él mas se hauia acercado, dixo:—Para recibir onor y merced, buen señor, vengo á meterme á la vuestra merced y braços. Filorante, como tan onesto fuesse, recibiendo desto empacho y pesar dixo:—Ora andad á la mala uentura, donzella sin vergüença, que esta vez vos no me la quitaredes. La doncella, aunque desembuelta y animosa era, recibiendo empacho desto, dixo.—Como no cabe en vuestro merecimiento, cauallero, de poco y sin mesura, la merced que se os faze, no la conocedes: ora quedad sin ella, y con la maldicion que cuando torneys en vuestro sesso, si algun dia lo cobraredes, llorareys el buen tiempo que no hauedes sabido entender. Y salida como ferida cierua, dexando la puerta

abierta se fué á su albergue tan contenta qual podeys cuydar Filorante la cerró, porque otra desmesurada de las muchas que allí le paresció hauer no viniesse como esta á le ensañar.

Venida la mañana, ved quan contentos se mostrarian los que tan á su gusto habian passado la noche. Filorante salió armado de su aposento, cuydando y desseando partir çedo de allí; mas no falló á sus amigos con tal propósito, porque sus fermosas amigas con lágrimas y regalos les rogaron que aquel dia ni otros seis de allí no se partiessen, y assí lo fizieron, passándolos en tanta fiesta y deleyte, el dia en el fermoso palacio, las tardes por los floridos prados y claras fuentes y las noches en los lechos con sus fermosas amigas, que en toda su vida la passaron tan agradable, ni Filorante tan afanosa; mas como fuesse vno de los mas sessudos caualleros de su tiempo, ninguno de sus amigos ni donzella del Amoroso Albergue, entendieron su descontento: antes le juzgauan por cauallero alegre y de dulce trato, affable y mesurado, como él era. Sola Nemorosa, que assi se llamaua la donzella escarnida, entendia su cuydado, y como le viesse quan bien encubria sus fechos, tambien ella los encubrió de manera que no se supieron allí; mas tiempo vino que todo esto se vido pintado en parte bien pública, con otras muchas cosas secretas como adelante oyredes.

CAPÍTULO XVI. Que cuenta como se criaua el Doncel no conosçido en el Monte de Elicon.

ILENA de Arcadia, que como oystes sacó al *Doncel no conosçido* de la corte del Rey Argesilao por tan estraña y gentil manera, lo truxo al celebrado monte de Elicon, parte de las deleytosas del mundo, y que mas fauor diessen los cielos y assi fallauan por el cosas diuinas. Esta sábia tenia del tanto cuydado que adeuinandole sus pensamientos todos se los cumplia sino el fazerse cauallero, porque ella con su saber hauia alcançado que si aquel año tomaua las armas, su vida era peligrosa, y tambien que si recibiesse orden de caualleria en la corte del Rey Argesilao, por amor de la infanta Graceluida dexaria de ser famoso y no se acabarian grandes empresas que para él se guardaban. Y por esta principal causa lo sacó de aquella corte y lo truxo á aquel solitario monte, donde via fechos de armas de diuersas maneras, fiestas assi mismo de dueñas y donzellas fermosas y apuestos caualleros, andando el en ellas y tratando con todos, teniendole la sábia una general y florida corte, para que quando en otras verdaderas se viesse supiesse entender las costumbres y gentileza dellas, como las entendió. Exercitauasse mucho en caça y monteria, faziendole venir la sabia mas ferozes animales que alli hauia para que con ellos lidiasse. Y assi aquel dia que los caualleros del Sol

por el monte entraron, la sábia fizo venir por alli al donzel, y combatir con fuertes animales que muy cansado le dexaron; y assi del affan quedó á la fuente dormido, y por dar gozo á sus amigos la sabia los encaminó para que le viessen y cumpliessen su promesa, y fizo aparecer en su lugar aquel leon que tan doméstico se lanzó en la selua, encubriendoles el donzel; por que no fuera ella parte, si el donzel los viera, para que no se fiziera dellos armar cauallero y se fuera en su compañia.

Pues criandose el doncel en esta parte con los exercicios y vida que vos cuento, hauiendo vn dia andado gran parte de la selua buscando que ferir, affanado del caminar y sol grande, quiso reposar cerca de vna fuente en lo baxo de la selua, no lueñe de vn gran camino, y hauiendose refrescado en la fresca fuente se puso á descansar so vnos grandes y fojosos plátanos; sacando vn pequeño libro, que siempre consigo traya, que de fechos de caualleros antiguos trataua, á lo que él muy afficionado era, sintió no lueñe de alli gran estruendo de armas y resonidos de golpes de espada. Deseoso á marauilla de entender y ver lo que aquello ser podia, tomó su arco y tiró para la parte donde el gran rumor sonaua, y á pocos passos que por la selua dió, salió de la arboleda y vido no lueñe de alli, en la gran carrera, dos caualleros que se combatian fieramente. Cerca de ellos estauan dos cauallos muertos, que mucha sangre por boca, ojos y narizes vertian, mostrando hauerse los dos topado. Acercándose á ellos vidoles desfechas las armas y rotos los escudos y ellos en

muchas partes llagados, y combatir con la mayor fuerza y ligereza que nunca á caualleros vido; semejábanle los mas apuestos y de fermosos continentes del mundo; vidoles sobre los yelmos al vno vn falcon de oro, y al otro vna fortuna con vna imagen de cauallero en lo alto de su rueda. Andauan sin conocerse en ellos flaqueza ni mejoria en alguno; ferianse con tanta fuerça y presteza que las espadas no se vian, y las seluas atronauan. Viendo el donzel tan esquiua batalla de dos caualleros, y que segun mostrauan en armas y apostura deuian ser altos hombres, determinó de saber la causa de su batalla, por si acordarlos pudiesse, paresciéndole que si aquellos dos caualleros muriessen, farian en el mundo gran falta, pues otros dos como ellos no se fallarian. Fué apresurado diziendo:—Estad caualleros, estad, que entenderme os combiene.—A las vozes del donzel, como vno de los dos le viese assi venir arredrose, assi mismo el otro, y mirándole bien maravilláronse de ver donzel de tal estremada apostura, y estuvieron atendiendo que seria lo que de ellos demandaua. Como á ellos el donzel arribasse, cortesmente saludándolos dixo:—Buenos señores: he visto vuestra batalla y hame paresçido esquiva y cruda: entiendo que deue ser por gran causa; que los buenos caualleros no toman las armas sino para las emplear en cosas honestas y de mucha importançia, porque mas onor se pierde en exerçitallas por causas liuianas, que se gana por salir á justas empresas. Y pues los preçiados caualleros, como vos deuedes ser, suelen preçiarse de ser mesurados, ruego vos, que lo seades conmigo, en me no negar la

causa de vuestra saña. Los caualleros, que la yra y furor de no poder vençer los tenia brauos y desatinados, viendo donzel tan apuesto, y ricamente adornado y le oyessen tan sessudas razones, como cosa de marauilla le mirauan, y dando tregua á su saña, el cauallero de la fortuna dixo:—Apuesto donçel: la estrañeza de vuestra venida á nos, en parte tan solitaria, y el ábito y fermoso continente, con las sessudas razones que nos hauedes dicho, nos ha paresçido tan nueua cosa, que este cauallero y yo, que entiendo que en este desseo nos conformamos, tenemos en bien de deziros la causa de nuestra batalla, y porque mejor la entendades, si de ella queredes ser juez, dígala este cauallero y veredes qual de nos combate liuianamente. El cauallero del falcon, semejándole ser el donzel de alta guisa, dixo:—Pues el cauallero de la faborable fortuna, gentil donzel, me da liçençia para que yo os cuente la causa de nuestra batalla, yo vos la diré: sabed, que estándome yo refrescando en vn arroyo que por entre essa arboleda passa, sentí venir por esta carrera adelante este cauallero, y oyle sospirar y razonar consigo en alta voz; yo, escuchando atentamente por entender lo que yba diziendo, oyle que dixo sospirando: ¡Ay fortuna, ay amor, y quanto os deuo! al vno porque me lleuó ante toda la fermosura del mundo, y al otro por hauer en mi empleado sus amorosos lançes y entregado el mi coraçon á la mas alta y fermosa donzella que oy viue: y faria yo poco, señora de todo mi bien, en mantener á todo cauallero que cuydasse agraviar yo en esto á alguna fermosa y alta dueña ó donzella. ¡Ay amor,

ay fortuna, y quanto os debo!—Oyendo yo tales razones ensañáronme mucho, y subiéndome en mi cauallo que de riendas tenia, sali dentre los árboles y entrando por la carrera que él llebaua, apresuradamente por le alcançar, le di voçes que atendiesse, y arribado á él, dixe: Don Cauallero, gran presunçion es la vuestra en querer offender con vuestro pensamiento y razones á la mas alta y fermosa donzella que oy viue, y yo merezco amar, que es la que esas partes, que vos hauedes de la que amays dicho, tiene.—El me respondió:—Mayor sandez es essa de cuydar que mereçedes amar á la mas alta y fermosa donzella del mundo. Digo que vos faré conoçer, ó moriredes por ello, que ni vos hauedes visto donzella de las calidades que dezis, ni meresçedes amar, tan alto como haueys dicho.—Yo dixe: Vos, cauallero, tomays vna falsa demanda porque yo deffenderé la verdad, que es todo aquello que vos he dicho, y tomad el campo que os pluguiere que yo os atenderé. Y con estas razones venimos á las armas, encontrándonos de lanças con tal fuerça que las fezimos volar en piezas, y por ser la carrera estrecha se encontraron nuestros cauallos con tal poder que cayeron con nos en el suelo, quedando en el muertos como vedes; y leuantándonos á vn tiempo, endereçando los yelmos y embraçando los escudos trauamos batalla despadas, tan reñida como vistes.

Esta es la causa de nuestro combate: ora ved, apuesto donzel, lo que mas de nos saber desseays: porque tenga esse cauallero tiempo deme fazer conosçer lo contrario de lo que dixe. El donzel dixo:—La querella es justa si la importan-

çia della fuesse bastante para venir á las armas.—Verdad dezides, buen donzel, dixo el de la fortuna, y sabedes quanta es la importançia de lo que combatimos y con que faríamos pazes: que combatimos por las mas altas donzellas y fermossas del mundo, y faríamos paçes si el cauallero del falcon viesse la que yo digo que es sin par.—Yo os juro, amigo donzel, dixo el del falcon, que si el cauallero de la fortuna viesse la donzella que yo ví, y merezco amar por la hauer visto, pues ninguno la vee sino el que ver la mereçe, que confesaria dezir yo verdad, y aun os digo çierto que si vos en algun tiempo siendo cauallero la vedes, que os perdereys, por ella.—Alterándose desto el de la fortuna dixo: ¿Cómo, que dezides, cauallero? donde esta essa donzella, que ninguno ver la puede, sino el que vella mereçe, y vos la hauedes visto? —En una parte deffendida, dixo el del falcon, y ha costado muchas vidas el desseo de la ver: mirad vos que fará el vella. El de la fortuna, tremando dixo:—¿Y qué parte es aquella, donde aora essa donzella está, que con tanto peligro se vee?—El mar, dixo el del falcon, donde si vos os viessedes no se si saldriades de sus olas, como yo salí; y por hauer passado tan graves peligros, me conçedió mi buena audança que yo ver la pudiesse; y porque os acabeys de desengañar, y conçedays mi opinion, solo yo, que sepa, ha sido el que la meresçió ver, y porque entendays ser aquella donzella la mas fermosa y alta del mundo, sabed que es la prinçessa Felisalua, la sin par fija del emperador Gelismundo, que en el encantamiento de la estraña maravilla, ante Cons-

tantinopla está, assi bien deffendida, como os he dicho:—¡Santa María val! dixo en alta voz el de la fortuna: ¿que dezides, cauallero, que por esse atreuimeinto moriredes, que essa tan alta y fermosa donzella es la señora de mi coraçon y comuiene que vos dexeys de amalla, confesando no meresçer seruilla, sino queredes morir por ello? Y apartandose afuera embracó el escudo y saltó para el cauallero del falcon, el qual como aquel que vno de los mejores del mundo en armas y mesura era, viendole venir, dixo:—Si mas mesurado cauallero fuerades, mas os temiera; pues estando en medio de nos este fermoso donzel que con tanto amor conçertanos queria veuir á ferirme. Y saltando para él como sañudo leon, el roto escudo embraçado y en alto la espada, se firieron á la par sobre los escudos, que como tuviessen poca deffensa façilmente los fendieron, alcanzandose sobre los yelmos con tal vigor, que tajando parte de ellos llagándose mal en las cabezas, fueron dando de manos por el suelo, y leuantandose con gran viueza y ardor de coraçon, y comiençanse á ferir tan duramente y en tantas partes que en vn punto anduvieron tintos en sangre, y como con tanta presteza se ferian, vinieronse á juntar tanto que dexando las espadas colgar de las cadenillas, se assieron á braços y en vn punto dieron consigo en tierra, bolcandose, por çima de sangre y piezas de armas y mallas de sus lorigas. ¡O santo Dios y que batalla tan fiera le paresçió al *Donzel no conosçido*, y no sabia que se fazer, para estoruar que dos tan valientes caualleros no muriessen!

Y estando con este cuydado, sintiose en el çielo tan grande

estampido que el donzel cayó en tierra sin sentido alguno; y quando en si fue buelto, fallose en la mas alta çima del monte de Elicon, recostado sobre floridas y frescas yerbas junto á la sagrada Fuente de las musas tan vissitada, y de sabios tan celebrada. Vido en torno de la fuente fermosas donzellas, que con diuersos instrumentos tañian y cantauan con tanta suauidad y melodia, que le semejaua gozar de todo deleyte humano. En este tiempo los caualleros del falcon y de la fauorable fortuna que assi como el donzel hauian sin acuerdo quedado, bueltos en si fallaronse el uno sin el otro; el de la fortuna en vna cámara fermosa y rica por las muchas labores de oro y estatuas de cobre y marmol que por ella hauia, y acostado en vn rico lecho, ligadas sus grandes llagas: y membrandose de la batalla que fazia, y como andaua con su enemigo bolcando por el campo, y como se veia sin armas en tan estraña parte sin entender si fuesse libre ó cautiuo, quedó cuydando fuerte. En esto, el cauallero de la fauorable fortuna vido entrar por la puerta de la cámara, vna dueña de mucha edad y de autoridad grande, guarnida de ropas de seda negra con vn blanco velo que de la cabeza á los pies arribaba, tan delgado que semejaua no hauerse fecho por mano de persona mortal: traya en la mano diestra vn cayado de marfil con que se sostenia, y en la otra vn vaso fermoso de fino christal lleno de agua tan clara que no se veia lo que en el venia, y arribando á el con graues passos le dixo:—Don Galiardo, no tengades ansia de vuestra salud: bebed esta agua que vos trayo, y no temades, porque sabed

que soy Filena de Arcadia, que de vos cuydado tiene; y el cauallero del falcon de oro, que tan duro en la batalla fallastes, no le veredes, y fago os saber que fallaredes algun dia quien tome la demanda que el lleua y os furte el contentamiento, y esto os auendra sin falla. El caballero de la fortuna, que asaz vezes habia oydo nombrar esta gran sabidora, que á los buenos caualleros acorria, quisose leuantar por le fazer mesura, mas ella le tuvo que no lo fiziesse. El dixo:—Buena señora, por lo que os debemos todos aquellos que de bondad nos preçiamos, á quien fazedes tan buenas obras, desseaba yo mucho ver, para os seruir, y de oy mas quedo con nueva obligaçion para facer por vos mi poder, por este bien que me fazedes de tornarme mi fuerça y salud: mas dezidme, assi gozeis ¿que me hauedes dicho que como se puede furtar el contentamiento? Filena dixo:—Por aora, buen señor, no os combiene que lo sepades que perdierades por ello la vida; mas tiempo vendrá que lo vereys, y lo sabreys, mas fazed lo que yo vos ordeno. Y dandole el gentil vasso, el cauallero de la fortuna bebió el agua clara y fria, y como de la mucha sangre perdida gran sed tuviesse, en su vida gustó de cosa mas, y apenas se quitó el vasso del rostro, quando se sintió entrar por las venas vn fresco tan suave y de tanta virtud, que no solamente se falló guarido de sus llagas y en toda su fuerça, mas mucho mas fuerte y animoso que nunca fué. En esto entraron seys donzellas con ropas de armas y vn lio donde trayan el mas fermoso arnés que se nunca vió; era roxo como si de coral las pieças fueran, con

fresos de oro, á marauilla bien labrados, y el escudo assi mismo, con la Fortuna de oro en el clauada, y sobre el yelmo otra de fino oro, con su figura natural, sobre la rueda. Filena le dixo:—Buen señor, mas os doy estas fermosas armas para que os defiendan la vida, que çedo la veredes en mucho peligro, que no para que parezcades bien; á Dios vos encomiendo, que vo ha fazer mi poder por acorrer otro caballero de mucho valor.—Y sin atender respuesta se salió de la cámara, quedando las donzellas á le dar de vestir, sin que le fablassen razon alguna, por muchas que el les dixo, no atendiendo sino á le servir; y como fue adornado, vido entrar en la rica pieza otras seys donzellas que vna blanca mesa trayan llena de platos de oro cubiertos; y puesta ante él, viendo como tampoco estas donzellas no le hablaban, santiguandose dixo:—¡Sancta María! entiendo que soy encantado; sea lo que fuere, que fasta aora bien me fallo con los encantamientos.—Y assentandose á la tabla, comió de lo que le plugo, manjares quales nunca otros tales comió, siruiendole las donzellas muy á su voluntad.

Alçados los lienços, armóse de sus fermosas armas, que ademas fué con ellas ledo, porque eran conformes al gozo que su coraçon tenia, por se ver tambien afortunado, y salido de la cámara semejole no hauer mas edifiçio de ella que entre árboles y fuentes era. A la puerta falló vn poderoso cauallo, además bien guarnido de rojo y oro, y subiendo en él sin tocar pié en el estribo, tomó vna gruessa lança que arrimada á vn árbol vido, y boluiendo la cabeça para saludar las don-

zellas, aunque le no fablassen, no vió el albergue de donde salido habia, que no fué poco marauillado; y como no sabia en que tierra estuviesse, por la primer carrera que falló, puso el cauallo, donde le dexaremos caminar por el mundo que famoso se fizo, assi como en su lugar oyredes, y contarseos ha del cauallero del falcon de oro.

Este cauallero era fijo del príncipe de Eraclia, vnico fijo del mal Rey de Tracia tio del Emperador Gelismundo. Este príncipe le hovo en vna donzella de su casa, con otra fermosa donzella llamada Polinelda de Tracia que en la estraña marauilla, con Felisalva la sin par se fallaua, loçana por estremo. Llamáuanle comunmente el Bastardo de Tracia: su nombre era Nasamor, no hauia en el mundo cauallero mas esforzado y valeroso y mas desdichado, y por su esfuerzo meresció passar los peligros del mar de la estraña marauilla, y ver en ella á la princesa Felisalva. Este es el cauallero que don Gelander contó á Albasilvio que entró en la estraña marauilla, sin le dezir el nombre por lo no saber: andaua en sus venturas tan enamorado como se vos dixo, topándose acaso con el cauallero de la fauorable fortuna con quien tan cruda y dudosa batalla fizo. Pues como fué tornado en su acuerdo, fallóse en vna selua oscura, de cipreses altos y sombrosos, acostado sobre secas yerbas; leuantando la cabeça, á ver si veria al cauallero de la fauorable fortuna, con quien combatiera, no vido al que pedregales y aues nocturnas, que con mal agüero sobre los cipreces cantauan; no hauia fuente ni rio, ni hoja verde;

andauánle por entre los piés culebras y ponçoñosas víuoras, y leuantándose con gran horror y espanto de se ver en tierra tan triste, y horrenda, vídose armado de todas armas, con su espada en la cinta, y el yelmo en la cabeza. Las armas eran negras y el escudo assí mismo, y en el lugar donde el falcon de oro traya, vn buho de fierro herizado, sentado sobre vn seco abrojo, y otro assí mismo sobre el yelmo. El buen cauallero que aduro en el mundo par en esfuerzo y bondad en las armas tuvo, como de bravo corazon, y de ánimo inuencible fuesse, perdió dél punto, y cuydaua entre si que aquellas señales y venida suya por tan fuerte caso á aquel desierto tan fragoso, anunciassen muerte de persona que á él en el alma doliesse; y dando vn aquejado sospiro dixo:—O Sancta María señora, ruega á tu bendito fijo que guarde á mi señora Felisalva sin par, que mi vida no la precio sino para la servir. En esto oyó llantos, y fuertes gemidos que la floresta resonauan, y mirando á la parte donde salian vido salir de entre los cipreses, vna dueña anciana, vestida de grosseros paños de duelo que gran parte dellos por el suelo arrastrauan: traya la cabeça cubierta con vn velo negro, que no se le veya de la faz, sino la punta de la barba, por donde le venian lágrimas corriendo. Traya en la vna mano vn acetre y en la otra vn ysopo: en pos de ella venia vn cauallo ensillado y con freno; era negro atezado y muy flaco, venia lassamente, el pescuezo largo y la cabeza baxa, que casi la barua llegaba al suelo. Orrenda cosa le paresció al bastardo de Tracia ver tanta tristeza especialmente que viniendo la dueña gimiendo y sollozando, á

la passada mojando el hisopo en el agua del açetre la rució con ella el rostro, quedándole vna imaginacion tan triste, que estuvo vna pieza la cabeza baxa cuydando en cosas de gran tristeza, y acrecentáuasela ver que el lasso cauallo se hauia parado cerca del, assi caydo el pescueço, la barua casi en tierra sin mouerse. Pues apenas fue la dueña partida de allí, quando se sintió sano de sus llagas, y el corazon esforzado, aunque triste, y mirando en el lasso cauallo viole mas recogido y animoso, y arrimado á el vna lança negra: paresciole subir en él y tomar aquella lanza y salir de tan triste parte, y assi lo fizo, y quando fue ençima del cauallo, semejole fuerte y bueno, y tomando la primer carrera que falló á la salida de la selua de los çipreses por donde caminaua, su cauallo yba pisando cuerpos de caballeros muertos, dellos armados, y dellos desnudos; á donde quiera que miraua via brazos y cabezas de hombres. Espantado desto, sintió çerca tropel de cauallos y gritos de persona cuytada; mirando á todas partes, vido vn gran cauallero que venia á más correr tras vna donzella, firiéndola con la lanza sobre la cabeza, diçiéndole: —Muéstrame falsa, esso que llebas porque entiendo que lo traes robado:—y la donzella yba diziendo:—Matarme puedes villano cauallero, mas no lo habrás de mi mano. Nasamor que además le ensañauan soberuias y villanías, partió á gran correr de su caballo, fallándole además fuerte, en acorro de la donzella, dando voçes al cauallero que le atendiesse. El gran cauallero á las voçes que oyó, boluió el cauallo dexando de ferir la donzella, y sin al atender endereçó para el que

viéndolo venir fizo lo mismo, y viniéndose á encontrar las lanzas baxas, el de la floresta rompió la suya, y Nasamor le encontró en el escudo cvydando fazer buen encuentro; mas la lança no prendió, por ser de fino azero y no tomarlo de lleno, y assí passó adelante. Ora ved el caso, que el cauallero de la floresta, assí como rompió su lanza y passó á mas correr por Nasamor, de aquella manera y con tanta furia, ó que se le rompiessen las riendas, ó que lo fiziesse de cobarde, ó que el cauallo tuuiesse mala boca, que este secreto nunca pudo alcançar Zoroastes, él tiró á más correr por la floresta á dentro, de manera que quando Nasamor bolvió para el, ençendido en braueza por haber errado el encuentro, no le vió, mas vido la donzella que arribando á él se le quiso derribar á le besar el pié, diziendo:—De Dios, señor, hayades el galardon, que tan buena obra me hauedes fecho en quitarme aquel mal cauallero de ante mi, que si lo que trayo para el mejor cauallero del mundo, me quitára, yo fuera donzella mal andante. Nasamor deseosso de entender lo que la donzella traya y quien era el cauallero mejor del mundo, á quien el don traya, le dixo:—Asaz, buena donzella, fuelgo de hauer fecho servicio á tan buen cauallero como este á quien venís, yá vos buena obra, aunque quisiera castigar al villano cauallero que tan mal os trataua: dezidme por vuestra fee ¿qué traedes al arçon en essa funda, y quien es el cauallero que buscades?—Buen señor, dixo la donzella, lo que yo trayo, no os lo sabré nombrar, porque es vn cofre çerrado, de manera que yo no lo sé abrir, ni creo que otro sino aquel esforçado y

buen cauallero, sobre quantos oy viuen, le abriria, y llámasse el cauallero del falcon de oro.—¿Que me dezides? dixo Nasamor.—Assi es como vos digo, dixo la donzella.—¿Conocerlo edes, dixo Nasamor, si lo viéssedes?—Si sancto Dios, dixo la donzella, que en la córte del emperador Gelismundo le vi ganar el mayor prez que nunca cauallero ganó, que fué contrastar y vençer las furias del ayrado mar, con tanta fortaleza de corazon que le dieron los Hados justo preçio de sus affanes, porque vido á la prinçesa Felisalva de la fermosura sin par, dentro de la estraña maravilla. Oyendo esto sospiró, y dixo:—Amiga, algunas veçes el mucho bien faze mal, esse tan alto preçio que gané me faze vivir sin gozo, que me siento cada punto encender el mi coraçon de ardor tan enamorado, que dulçemente me consume, y como entiende el poco remedio, desfalleçe en el mayor regalo de sus ánsias. Ay que las no puedo sufrir! Y quedó la cabeça baxa, fincado en gran cuyta, que el agua de la dueña mucho le entristeçia, aunque le dió esfuerzo y vigor, qual el nunca tubo:—Santo Dios, dixo la doncella, luégo segun vuestras razones vos debedes ser el que busco? Á Dios merçed: mas ¿por qué hauedes fecho en vos tales mudanças de trocar el falcon de oro, que mostraua el buelo tan alto que vuestro pensamiento fizo, por essa triste y desuenturada ave, y por qué las colores agradables de vuestras fermosas sobre señales, por essas grosseras de duelo? y vos que soliades mostrar tanto goço en todas las cosas agora andays tan cuytado y desabrido?—Amiga, dixo Nasamor, mudo mis

trages conforme á la mudança del corazon; él anda cuytado y assi es bien que lo muestre en todo.—Ora por vuestra fe, señor, dixo la donzella, que para que yo sepa cierto que soys vos el que busco, alceys la vissera de vuestro yelmo, y entregaros he las donas que vos trayo, con que alegreys vuestro corazon, y deleyteys vuestros ojos:—Ay! amiga, dixo el bastardo alzándosse la vissera, y quan a buen tiempo essas buenas cossas me traedes! ved si soy el que buscays, y dadme el gozo que dezis traerme, porque el mi corazon lo tiene asaz menester. La donzella viéndole dixo, vos soys buen señor, el que busco; recebid las agradables donas que vos embia vna sabia, que os dessea contentamiento assi como veredes por estas joyas. Y abriendo la funda de cuero, sacó vn coffre de rustica madera, fecho á manera de ataud, grosseramente tallado, teñido de tinta negra, con vna cruz pardilla encima. Como Nasamor le vido, dixo:—Si lo de dentro con lo de fuera conforma, buena donzella, conformará conmigo en todo.—No señor, dixo la donzella, que este ataud es el contrario de los otros, que de fuera son fermosos y dorados, y de dentro tienen hedionda, y podrescida carne, recebilde y abrilde, que vos solo teneys poder para ello: y á Dios quedeys, que no me puedo con vos detener, porque voy á buscar otro cauallero, que me ha de fazer vn beneffficio, y gozo grande. Y açotando al rocin tiró el camino arriba á mas andar.

Nasamor viendo aquel cofre de tan mal donayre, y figura, entristeciose mucho, y no sabia que se cuydar de las cossas; de tan mal arte aquel dia fallaua; y codiciosso de

ver lo que en el coffre venia, anduvole mirando por todas partes por fallar la cerradura, y no falló al que vn pequeño boton de fierro, y tirando del fáçilmente lo sacó, y abrió el cofre, quedando espantado y confusso: mirando lo de dentro vido que era tierra, y embuelta en ella vna calavera seca de persona humana, con otros huessos; y como viesse las horrendas donas, lançando el cofre lueñe de si dixo:—A la mala ventura vayades, cosas tristes que tanto me apassionays: y cuydando fuerte en sus tristezas, y causas della, caminaua la carrera adelante.

CAPÍTULO XVII. **De las estrañas desauenturas que auinieron al esforzado Nasamor, bastardo de Tracia, llamándose el cauallero triste.**

De la manera que se vos ha contado caminaua el inuençible cauallero Nasamor, bastardo de Traçia, al sossegado passo de su lasso cauallo, la cabeça baxa, cuydando en las horrendas donas que la donzella engañosa le dió; y pensando en esto lançose en cuydar cosas tristes y de gran pessar, que tal propiedad tenia la agua que en el rostro le lançó la dueña, que le tenia el corazon çercado de mucha tristeza, y ocupado en ánsias graues y penosas. No tenia otro reparo para sus mortales cuytas, sino pensar quan altamente habia puesto su afficion, y esto le daba vn gusto tan á su voluntad, que al tiempo que en esto cuydaba, el su coraçon sentia loçano; y salido su pensamiento

de las ánsias de amor, el alma se le cubria de tristeza, y quando salia della cuydaua en el atrevimiento del caballero de la fortuna, y ençendíase de furor, desseando mucho tornar á verse en batalla con el, por la misma razon que la començara: y como fuesse con todas estas confussiones contrastando, no mirando por donde guiaba el caballo, no viendo ante el vn cuerpo muerto desnudo, con muchas llagas frescas aquel dia dadas, el cauallo que de ninguna cosa se espantaba, ó que no le viesse, tropeçó en el, y no le ayudando con la rienda, por se la haber sacado de la mano, dió con el gran cayda; y saliendo dél á gran affan, leuantosse sañudo consigo mismo, por venir tan fuera de sí, y mirando en el llagado cuerpo semejole ser de donzella por la longura de los cabellos, que rubios y fermosos eran. Miráuale tambien la proporçion de su persona semejándole vna de las apuestas que vido, y tomole codiçia de le ver el rostro, y boluiéndole la cabeça arriba, que la faz en tierra tenia, doliéndose mucho della, y ayrándose con quien tan poca piedad tuvo, paresciole conoscella; y mirando y remirando, vínola á conocer y vino á se le desfallecer el coraçon de manera que se no podiendo sostener sobre sus piés, se dexó caer sobre el llagado cuerpo, diziendo con voz alta y dolorosa:—¡O Señor de todas las cosas Redemptor y vida nuestra, plégate de sacarme de la tan penosa vida que yo passo, que segun á cada punto veo señales de espanto, dias tristes y affanossos serán los que yo viviere! ¡O mi buena y tan de coraçon amada de tu madre y de mi, fermosa Lindarax, el alto Señor reçiba tu ánima,

que ya sé que viniéndome tu á buscar como aquella que como á si me amaba, te han muerto villanas gentes, que caualleros todos te siruieran y acataran, por demás duros coraçones que tuuieran! ¿Cómo podré vivir sin tristeza y gran pessar, membrándome que por mi amor has muerto? ¿De dónde me verná esfuerço para te bien llorar, cara hermana, y amada amiga, quien me prestará lágrimas para poder juntamente con las mias lauar esse tu fermosso y llagado cuerpo, cuyas crudas feridas se han imprimido para siempre en mi alma?—¡Ay dichosa Lindarax, que reposas en los altos orbes donde no viuen coraçones tan apassionados como el mio! no priue el mas amor que á lo diuino tienes, el menos que me hauias, que para acá era en alto grado: tomo por consuelo de tu ausençia creer que allá donde gloriosa eternamente viues me amas, me desseas y esperas ver çedo: pues, la mi verdadera amiga, te veré, y çedo, fermosa Lindarax, gozarás de me ver fuera de esta inçierta vida, y assi al que me la dá y puede quitar ruego, me la quite brevemente para que junto con tu santa alma goze la mia de los regalos del cielo.

No pudo lamentar mas de las muchas lágrimas que de sus ojos salian: y porque entendays este fuerte caso, sabredes que esta donzella que Lindarax llamauan, era fija de vna dueña asaz de linaje, que de la leche desta crió á Nasamor, y criándose los dos juntamente, tomáronse tanto amor que el vno sin el otro, vn punto viuir no sabian, y assi por casa, por las huertas, por los verdes prados, por

las claras fuentes, por riberas del mar donde ellos se criauan, andauan juntos, quando trauados por las manos, quando los braços á los cuellos, razonando en dulçes cosas, no teniendo otro contentamiento que verse y tratarse, con vna sinceridad, vna pureza, y vn descuydo de pasar sus amores á mas de amarse, que ningun disgusto hauian. Pues como Nasamor fuesse de doze años, embió el emperador por el, y por la muy fermosa Polinelda de Traçia su hermana, que menor quatro años que él era; y assi en seruiçio del emperador, criándose vino Nasamor á la edad de ser caballero. Pocos dias despues que la princesa Felisalua entró en la estraña marauilla, salió en armas el mejor de quantos en la corte en aquellos tiempos hovo, y en todas las cosas de caballero, sobre todos los caballeros, y fué tanto su valor, que entró en la estraña marauilla como se os ha dicho, y vido á la finiestra de la lonja, á la prinçesa Felisalva, saliendo tan pagado de su fermosura como sabedes. Pues como la cuytada Lindarax, que vida triste y affanosa passó, todo el tiempo que ausente de Nasamor anduvo, como entendiesse que era cauallero y que andaua en ábito de cauallero andante buscando por la Traçia, Thesalia y Maçedonia, auenturas para se fazer famoso, no podiendo soportar sus ansias, determinó de le buscar, para le servir, por do quiera que fuesse; y la sin ventura aquel mismo dia que Nasamor la falló, salieron ladrones de aquellas florestas, y como la viessen bien guarnida y á cauallo, la robaron y mataron crudamente, y algunos historiadores dizen que la forçaron y que escarnida la matassen dexándola desnuda.

Assi que dando Nasamor fin á su lamentacion, sentándose á par della teniéndole la cabeça entre sus manos bañándola de lágrimas, sintiose tirar del tiracol del yelmo, y leuantar de sobre el cuerpo llagado y frio, y oyó vna voz ronca y espantable, que tremando á espaçio dixesse.—Nasamor, no te duelas del cuerpo muerto, que sentimiento no tiene, duélete de ti cuytado, naçido para desauenturas: y boluiendo la cabeça á ver quien le dezia razones de tanto temor, y leuantaba de sobre el cuerpo de su amada Lindarax, vido ser vn dessemejado hombre, desnudo, y tan lasso y descarnado, como pintan á la descoyuntada muerte, y la cabeça como calauerna, sin carne alguna, mas del pellejo arrugado y negro; los ojos escondidos á dentro, y bermejos como brassa, figura horrible y espantosa. Esta vission assi como Nasamor la miró, assi ella miró á el, tan espantablemente que el gran corazon de Nasamor sintió vn horror grande, y como la vision fincasse los terribles ojos en él, dando vn grito fiero y espantable, cayó muerta entre el cuerpo de Lindarax y el cauallo que pié ni mano movía. Ved que cosa de tanta marauilla, que en el punto que la vision dió grito y cayó en aquel tornó el cuerpo de Lindarax seco y descoyuntado como el de la vision. Nasamor santigüandosse muchas veçes, quedó sin saber que se fiziesse, porque amaba tanto á Lindarax que por ninguna cosa que le aviniesse queria dexar sus huessos en aquella parte, sino soterrallos en algun çimenterio. Viendo desfecho el cuerpo y desligados sus huessos de los secos neruios, desçiñose su espada, deliberando de los llevar al primer pueblo que fallasse,

y con las correas della faziendo vn haz de ellos los ligó, para los mejor poder lleuar en la silla de su cáuallo, si leuantalle pudiesse, y assi lo pusso por obra; y lleuando el haz donde el caballo era, vido otra cosa de mucha marauilla y espanto, y fué, que falló el cauallo tan desfecho de su carne, seco y consumido, como el cuerpo de Lindarax. Aqui le vino de pessar, donde otros desfalleçieran, yra y furor terrible, y con fuerte voz dixo:—Miedos, tristezas y espantos que assi me perseguís, qué pretendedes de mi? si soys viuas cosas venid en las formas que os pluguiere y dezidme que hauedes conmigo? si teneys de mi quexa y queredes combatir vuestra razon, sin admitirme la mia, yo me deffenderé de vos, y aun por ventura os faré conoçer que no vos debo nada: y si me no quereys dexar, paresçiéndoos que soy yo vuestra natural tierra y morada, vamos y ayudadme á llevar los huessos de mi amada Lindarax: y tomando el haz se los lançó en el hombro, semejándole pessar mucho, y con la espada en la vayna y en la mano, sospirando fuerte, tiró la carrera adelante, fazia vna grande y fermosa casa de vn florestero, que dos millas de alli al fin del llano y entrada de vna espessa floresta, que la escura dezian, era.

Ved quan augustiado yria con tan triste exerçiçio y graue carga, que á cada passo le parescia crecer, y agrabar mas. Pues andando vna milla affanosamente, por muchas pessadas cosas que sentia, no mirando por donde yba, sintió tropel de cauallos y venian fasta quatro caualleros que de la casa del florestero habian sa-

lido, y andauan en sus venturas con dos donzeles: como á el arribassen, viéndole venir gimiendo y resoplando, affanoso además con el estraño pesso y carga, y armado de tan tristes armas y enfadosa deuisa, marauilláronse dello, y parando sus cauallos ante el, que visto no los hauia, y sin ál passaba adelante, dixeron:—Atended cauallero, que faredes vuestra pro, que segun venides affanoso, menester hauedes reposar: y dezid ¿soys á dicha mensajero de la muerte? que lleuades essas fermosas donas presentadas á sus amigos los que la vida aborrescen? Nasamor sin descargar su pesso dixo:—Por mi fe, cauallero, que creo soy esse que dezis y que para mí, conmigo las embia essa señora que ver desseo.—¿Qué diablo os ha venido, dixeron los caualleros, de tanta desuentura, que andeys huyendo de la vida, abraçado con los despojos de la muerte?—Yo os doy mi fe, dixo Nasamor, que yo no vos lo sabria dezir, porque venido á entender de que me quexo, y congoxo, no fallo razon alguna que merezca yo ser atormentado; verdad es que hauer yo fallado vna donzella que yo mucho amaua tal qual vedes, me faze andar triste y disgustado de la vida y de la muerte. Voy á dar sepoltura á sus huessos; á Dios quedeys, que pesan mucho y es larga la carrera. Una de las donzellas que allí venian y andaua pressa de amor de vn cauallero, con quien se yba á desposar, á vn castillo no lueñe de alli, y la lleuauan dos hermanos suyos no menos siervos de amor que ella, doliéndose además dél dixo:—Si me vala Dios, cauallero, que por vuestra amorosa cuyta piedad mereceys, con amor mucho,

y que deuemos todos los amadores ayudaros y acorreros, y assi yo como vna dellos, y mis hermanos, que de los buenos amantes son, vos acompañaremos fasta la casa del florestero donde vna capilla es, y os ayudaremos á lleuar essa vuestra amada. Los hermanos dixeron, ser contentos de fazer seruiçio al amor en apiadarse de aquel tan suyo: la donzella acostándose á el dixo:—Yo que soy donzella, es bien que tome el pesso de vuestra donzella, poneldo á las ancas de mi palafren, que segun cauallero vays lasso, creo que lo ternedes en bien. Muchas mercedes, á vos señora donzella, y á los que de mis affanes se duelen, dixo Nasamor; dos cargas que mucho me agrauan llevo, esta que vedes, y otra que no veys; de esta me puedo descargar, y de la otra no me puedo apartar, y pues os moveys á doleros de mi, y á compadeçeros destos huessos que yo tanto reuerençio y amo, á vos sola os los encargo, como carga que á ninguno otro encomendara: y acostándose á ella, por lançar el haz en las ancas del palafren, con su ayuda, que él mas dar paso no podia, lo asentaron en las ancas, y en el punto quel' palafren sintió la carga començó á bufar y espantarse, dando tales saltos y corcobos que á los huessos y á la donzella derribó con tal cayda que la cuytada no movió más pié ni mano, porque se le quebrantó la hiel en el cuerpo. Como los dos hermanos vieron su donzella y hermana muerta hovieron tanto pesar que sin otra consideraçion metieron mano á sus espadas, que lanças no trayan, y embraçados los escudos arremetieron los cauallos para el, que por bien que guardarse de ellos quiso no pudo

tanto por venir lasso y sin huelgo, que vn cauallo no le topasse, de manera que le fizo yr dando de manos por el suelo, rodando assi por la carrera, fasta donde la donzella muerta era, y huessos que el palafren saltando derribara, quedando asaz quebrantado. Los caualleros bolvieron los caballos para le atropellar, y como á los huessos arribassen, houieron tanto espanto, y entró en ellos pavor tan grande, que sin los poder gobernar, tiraron el llano adelante sin camino alguno, derechos á la floresta, con tal correr que çedo sus compañeros los perdieron de vista; y estos queriendo vengar la donzella, arremetieron para él, mas al arribar los huessos, los cauallos conçibieron el espanto y miedo de los otros, siguiéndolos á mas correr el llano á baxo.

Pues como Nasamor quedasse quebrantado del encuentro del caballo, tomó huelgo y cuydado grande de lo que faria, porque se fallaba lasso, y tenia el grave pesso, y el palafren de la donzella muerta no parescia; y la viva que esto vido, espantada de lo visto y temerosa de lo que via, sin poder razonar firió del açote á su palafren que como por ante los huessos pasasse sintió el mismo horror y espanto que los caballos, y no fue con su señora tan descortés, como el de la desposada, que no fizo al de tirar el llano adelante por diferente camino, arribando sola, donde no fue bien tratada. De todo esto Nasamor se marauillaua no pudiendo entender la causa de tan estraños casos, ni porque su coraçon anduviesse tan atribulado y descontento, y cuydando sobre esto mucho, membrábase quan alegre solia ser,

affable, bien acondicionado enemigo de soledad y encogimiento, amigo de bulliçios y fiestas, y de andar en el trato y hervor del mundo: ora se via enemigo de todo esto, amigo de soledad, cansado de todas las cosas, y como antes las acertaba, ora le salian al revés, apassionábasse mucho y ayrábasse en no entender la causa de tan gran mudança en tan pocos años, y pensando en esto determinó de tornar á cargarse el amado pesso, y por mucho affan que le diesse, lleuarlo fasta la casa de la floresta donde los soterrasse, y tomando el haz para se lo cargar en el hombro pusso mucha fuerça para ello, creyendo houiesse aumentado en pesso, y fallole ligero, como si pluma fuera, de lo que folgó; y caminando con ellos en diuersas cosas pensando, arribó á la puesta del sol á la gran casa, donde por su ventura hauian arribado á ella los quatro caualleros. A la entrada de la floresta media milla de alli á cansarse sus cauallos y no poder dar paso, dexandolos, se vinieron á la casa, espantados de lo acontescido; hauian aportado alli poco antes que ellos vna dueña con tres sus fijas donzellas, pues como el florestero que astuto y villano era, le viesse venir cargado, cuydando traxesse alguna cosa de importançia que le pudiesse robar, salió á el con dulce semblante y gran diligencia mostrando dolerse de le ver venir tan affanoso, y dixo:—Cauallero, lasso deuedes venir con tal carga á pie y armado, entiendo que se os ha deuido morir el cauallo, entrad y folgad, que aqui fallaredes otro tal como fue el vuestro, que os podeys seruir del por poco precio, que yo soy tan amigo de caualleros, que en todo lo pos-

sible les sirvo, y assi faré á vos que lo haueys menester; y dad aca esso que traeys, que puesto fuessen piedras orientales sin cuento, vna no se os perderá. Y acostándose á el, assi como los huessos vido, le vino vn horror y espanto tan grande, que dando temerosas vozes sin al atender, bolvió corriendo quanto pudo, la via de la floresta, el cabello herizado y los ojos muy abiertos, bolviendo muchas vezes la cabeça atrás, cuydando vinieran los huessos en pos del. A los gritos del florestero salieron los caualleros con las espadas en las manos, embraçados los escudos á le acorrer, creyendo algun andante le offendiesse, y con ellos salieron otras muchas gentes que alli albergaban; y como los caualleros á Nasamor reconosçiessen y mirassen los huessos con el mismo horror y espanto del florestero, salieron la puerta afuera dando voçes diziendo:—Guardaos los que no habedes aborresçimiento con la vida, que viene el mensagero de la muerte cargado de tropheos de ella!—Y al mas correr tiraron la via de la floresta, no sintiendo de pavor el pesso de las armas. Todos quantos en la casa habia, vinieron á ver porque se daban alli tantas voçes, y como viessen á Nasamor entrar en el gran corral con los huessos, assi como los vieron, recibieron tal espanto y pavor, que dueñas y donzellas y las otras gentes qual mas podia correr y tomar la delantera de todos, mas priesa se daua, fallándose en vn punto en la floresta, andando por ella temerosos y turbados, dándoles la escuridad de la noche mas temor: y por tal aventura dexando la casa sola, Nasamor entró en ella, y poniendo á vna

parte los huessos, subió á unos altos aposentos donde falló vna gran sala, y vna tabla puesta y vianda en ella, y tomando vna de las lumbres que alli falló, anduvo lo alto y baxo buscando la capilla que la cuytada donzella le dixo allí haber, y fallola cerca de la puerta de casa, y buscando vn açadon lo falló con otros muchos instrumentos de labrar la tierra, y abriendo con sospiros la sepoltura, con lágrimas enterró los huessos, y dexándolos donde él dessseaba dexar, subió á la gran sala, y deslaçó el yelmo y puestas las correas de su espada en ella, se las lançó al hombro, y puesto el yelmo çerca de sí, se asentó á la tabla, que asaz necesidad de comer habia, y aplacando la hambre con las viandas que allí falló, que al principio de la cena les tomó la voz del florestero á los caballeros, y dexándola asi desçendieron á le acorrer como vistes: y no habia dado fin á su çena quando oyó dentro en el corral vn rumor grande de gentes que dando vozes venian, y era el florestero y caualleros con toda la fugitiva gente; porque sabed que en el punto que los huessos de Lindarax fueron lançados en la sepoltura, fuyeron el horror y espanto que se habian lanzado en sus corazones, y venian por consejo del florestero determinados de matar al embaxador de la muerte, que assi los caualleros á Nasamor llamaban; y al subir la escala el florestero que ante todos venia, codiçioso de las armas y haber de Nasamor, de passada arrebato vn lançon de vna asteria y veníalo blandiendo y dando voces diziendo:—Salga de entre nos el mensajero de la muerte, que en esta casa no la obedescen ni conoscen, ni á nuestra voluntad entrara

nunca en ella. A estas vozes Nasamor se puso y enlaçó el yelmo con mucha presteza, que le fué bien menester, porque el florestero entró en la sala, y fue con el tan presto que apenas le dió lugar para salir de la silla, ni bien embraçar el escudo, ni poner mano á su espada; y assi el florestero le tiró á su guisa vn bote de lançon que dando en el fuerte escudo, metió por él todo el fierro, de manera que sacar no lo pudo, y pugnando el por le sacar, y Nasamor por le ferir, arribaron en este tiempo los quatro caballeros con las espadas desnudas en las manos diziendo:—A fuera, mensajero de la muerte, que te queremos embiar á ella mas çedo de lo que por tu voluntad (puesto que la ames) fueras: y firiéronle á la pár sobre el yelmo, y de sendos golpes tan fuertes que le fizieron inclinar la cabeça fasta los pechos. En esto el florestero hauia roto el lançon junto al fierro, que metido en el escudo quedó. Nasamor viéndose apretar de tal manera y que las otras gentes cargaban, sañudo á marauilla saltó para los caualleros con tanta braueza y furor, que çedo les paresció ser mas la propria muerte, que mensajero de ella; porque del primer golpe fendió yelmo y cabeça al vno, y al otro cabeça y escudo, con que cubierto se habia, los otros dos que á sus piés tendidos á sus compañeros vieron, atentáronse mas, y valioles poco, que saltando con ellos, tajó vn braço al vno, y una pierna al otro, metiéndose por entre la canalla, firiéndolos á diestro y á siniestro tan dura y brauamente, que nunca se vió en sala mas bien ferido ni travado torneo; y como aquella vil gente viniessen á él con roncas, lançones y ala-

bardas, assi como acostumbraban en las armadas atender el fiero jaualí, y el los desbaratasse, fue cosa de ver la ligereza y su fortaleza de corazon y fuerça de braço, porque firiendo á diestro y á siniestro, lançaba á vna parte y otra los troços de las armas que les tajaba y tan furiosos volaban por la sala, que al que de lleno cojia daba con él por el suelo. En fin, el esforçado caballero en poca pieza sembró la sala de cuerpos muertos, y mal llagados, de piernas, braços y cabeças, fuyendo los que vivos quedaron las escalas ayuso, saliendo de la casa con mas temor que de los huessos de Lindarax tomado habian, no se contentando ni assegurando de se ver libres en la floresta, mas cuydando que la muerte sañuda porque hauian querido matar á su mensajero, viniesse en pos dellos y se pudiessen huyendo librar della; y assi corrieron á vnas partes y á otras toda la noche. La dueña y sus fijas, que vna pieça mirando el combate estuvieron, viendo las diabluras que Nasamor fazia, y membrándose de la espantosa manera con que en la casa entró, y como los caballeros mensajero de la muerte le llamassen, no le tuvieron por persona humana sino por ministro de la muerte, que por algun divino secreto habia tomado forma para ser visto, y metiéronse en vn aposento, cerrando tras si la puerta.

Viendo, pues, Nasamor muertos y tullidos y huydos todos quantos en el albergue habia, miró entre los caydos llagados, si por aventura el florestero vivo fuesse, y fallole entre ellos, sin llaga alguna, faziendo del muerto; que sabed que le firió vn troço de alabarda en la pierna, y cuydando en tal punto

habersela roto, cayó en tierra, y como caydo viesse el estrago que Nasamor fazia, hovo de su espada tanto pavor, que por lo mas seguro acordó fazer el muerto y no moverse fasta ver la suya. Nasamor topando con él, viendo que llaga alguna no tenia, y membrasse no le haber ferido, entendió como fazia el muerto, y sonrriéndose tibiamente trauándole por el braço dixo:—Amigo, si vivo soys, fareos merced de la vida para que esta noche me sirvades y á la mañana deys el cauallo que me havedes prometido; y si del todo soys muerto, començaré en vos á fazer lo que suelo con los que con razon mato, que es desmembrallos y poner sus quartos en palos en la parte donde me acometen, y assi yo os porné con los otros en la carrera y entrada de la floresta, para que los andantes que por aqui passen entren recatados en este albergue, y entiendan como en el albergan á los que á el aportan. El falso florestero que tal era, oyendo aquellas razones, con la mayor presteza que vn gran bolteador pudiera usar, se leuantó de vn salto quedando de finojos los brazos cruzados y los ojos llenos de lágrimas, tremando por su voluntad diziendo: —Ay! por la cosa del mundo que mas, señor, amades, hayays duelo de mi, y me fagades merçed de la vida, para la emplear en vuestro servicio, que conozco quan malamente os offendí, pensando fuessedes cosa mala y encantadora.—Amigo, dixo Nasamor, levantaos que yo os perdono, con que me prometays de enmendar vuestra vida de oy mas, y vamos á otro aposento, que este de ruyn vianda está embaraçado. El florestero que de ledo no estaba en sí, se leuantó, prometiendo

de fazer en adelante vida de monge; y tomando vna lumbre de las que allí habia, le alumbró y llevó donde la dueña y sus hijas con mucho pavor se habian encerrado, y como el florestero llamasse y ellas conoçiessen su voz, cuydando muerto fuesse el mensajero de la muerte, venian además ledas á le abrir, diziendo:—Bien ayades, amigo, que tan buen consejo distes á los caualleros que matassen á la muerte; no nos lo fagades ver, que le habredes dexado tan fecho piezas, que toda la noche lo soñaremos. Y abriendo la puerta como le viessen tan sangrientas las armas, fue su pavor de manera que cayeron en tierra la vna sobre la otra boca ayuso por le no ver.

CAPÍTULO XVIII. **Que trata de las espantosas auenturas que el esforzado cauallero Nasamor, bastardo de Tracia, dió cima, y en el graue affan en que se vido con vn esquivo jayan que deffendia vna fuente.**

NASAMOR como viesse á la dueña con mas esfuerzo que las donzellas, levantóla suso, y blandamente le dixo: —Amiga señora, no hayades pavor de mi, que yo vos prometo, no fago ni faré daño, ni desaguisado alguno, á quien desaguisado ni daño no me faga. La dueña tomando mas esfuerzo con estas razones, como la faz le viesse, (que alçada la vissera del yelmo traya), viéndole de tan florida edad, y á marauilla fermoso, paresçiole que de tan apuesta persona ningun mal le podia venir, dixo:—Esso que vos,

buen señor, dezis creo, pues me lo certifica vn cauallero de tanto valor y fermosa manera; en vuestras manos somos, fazed de nos á vuestra guisa que lo que faredes á lo que creo será toda pro y onor nuestro. Las donzellas que esto oyan, tomando ánimo y confianza se leuantaron á se lanzar a sus piés pidiéndole merced, Nasamor las fizo leuantar y con dulce semblante dixo:—Perded, fermosas señoras, la mala opinion que de mi habedes conçeuido, que al contrario de lo que fasta aqui cuydastes me fallareys, y con propósito de vos seruir. Las donzellas osando á estas blandas razones alçar para él los ojos, viéndole tan apuesto semejoles ver salir de su fermoso rostro, gusto y esfuerzo que sus corazones recreauan y dixeron. De vos, señor cauallero, no podemos haber sino todo onor y merced, y con estas y otras dulces palabras, que el pavor á las donzellas quitaron, el florestero metió á Nasamor en otro aposento, bien guarnido para el lugar donde se fallauan, y la dueña y donzellas despues de le haber desarmado, con mucho donayre (que agraciadas eran) se fueron á su aposento, passando Nasamor la noche atormentado de cuydados, encomendándose á su señora la princesa sin par, que los suyos dulçes y amorosos le defendiessen de los pessados y molestos. Salido el sol, y aclarando sus luzidos rayos las seluas y montes, la dueña y sus fijas vinieron á su aposento y falláronle fuera del lecho, y assi le armaron de sus armas, con semblante de mucho agradesçimiento; y venido ante ellos el florestero, Nasamor le dixo:—Dezid amigo, es verdad que hayades el cauallo que ayer me dixistes haber? El codicioso florestero

respondió:—Sí le tengo, y por la merced que, señor, de la vida me habedes fecho, vos lo venderé por menos precio que á otro; y sabed que es nueuo, sano y de buen parecer y boca, corredor, brioso, sossegado, de buen passo, gran comedor, y desfiérrase pocas veces, aunque por riscos corra.—Calidades son essas, dixo Nasamor, de mucho preçio. Y despedido de la dueña y fijas, que puesto le mostrassen amor y agradescimiento, era tanto el miedo que le habian, que desseaban además velle lueñe de allí, deseçendido al gran corral, el florestero le sacó vn cauallo reparado, viejo y manco. Estas dos cosas le cubria el estar gordo y folgado: trayalo con asaz mal guarnimiento, y peor silla, por ser de otro mas pequeño. Nasamor creyendo fuesse el cauallo como el parezer habia, diole por el donas de mas valor mucho, de lo que el valia, y subiendo en el encomendando á Dios el florestero. Apenas salió de la puerta, quando el buen florestero le dió vozes diziendo:—Señor cauallero, si andays descontento de la silla y guarnimiento, yo tengo vn adereço fermoso y vna silla, además gentil y buena; si me la bien pagays, trocaros la he á essa que llevays. Nasamor sonriéndose del agradescimiento y codicia del florestero sacó vna buena y azerada silla, con guarnimiento de seda parda y negra, que no desconvenia con sus armas y vida, y era la misma del cauallo, que vn cauallero andante lo dexó á la salida de la floresta, porque se le cansó y caminar no podia, y en esta casa compró al florestero otro tal, como aquel. Descendiendo Nasamor del cauallo, el diligente florestero, en vn punto le quitó y puso la

silla y guarnimiento diziendo:—De verdad que conviene para tal cauallero, cauallo tan fermoso y bien guarnido, y que sino á vos, buen señor, que tanto debo, á otro alguno por tan poco precio yo no lo diera en pelo. Tomando Nasamor sabor desto, sacó vn rico anillo con vna esmeralda de precio, que con otros haberes no se fallaba, y diósela, no quedando el florestero muy contento de la paga, puesto que con ella podia comprar diez tales caballos.

Nasamor se partió del: el florestero saludándolo dezia á vozes:—A Dios vos encomiendo caballero, que por haberme tambien tratado, os perdono la cena de anoche; se os dezir, que ydes sobre tal caballo que os fará membrar muchas vezes de Reboltin el florestero. Y tomando el camino de la Tracia menor, donde dezian haber notables auenturas, caminó por el que poco en la floresta tocaba, cuydando en las malas andanzas que por doquiera que yba fallaba, y puesto que la fuerza y veneno del agua triste, tristeza y angustia le diesse, era tan entrañable y ardiente el amor que á la princesa Felisalva tenia, que le fazia desviar los graues y enojosos cuydados, y gustar de ansias dulces, con quien passaba esforzado su descontenta vida; y como de altivo y bravo corazon fuesse, y sus fines y propósitos tan altos y valerosos, cuydaua fazer por el mundo tan principales fechos en armas, que el emperador Gelismundo, puesto que su fija Felisalva, por la indinidad de su baxo estado no le diesse, conociesse el mundo merescella. Y caminando por la floresta, al salir della, su caballo que

poltron y manco era, y todo al contrario de lo que el buen Reboltin prometió haber, vínose á cansar y cogear de vn brazo, de manera que con gran affan lleuarlo podia, y de esta manera, vino á entrar en vna gran cañada, y de las grandes auenidas arenosa, porque las altas montañas que de vna parte y de otra tenia, eran esteriles arenosas y secas, sin yerba ni hoja verde, y las aguas que dellas descendian trayan mucha arena. El dia era caloroso además, y como de las rocas y arenales de las montañas, el sol reberberasse en las armas, verdaderamente le semejaua que las armas fuessen de fuego, y él de cera: el lasso cauallo no podiendo mas caminar, dió consigo tendido en tierra, quedando como si muerto fuera, saliendo del sin daño alguno, sañoso además con el alevoso florestero, que tan malamente le habia engañado. Apaziguándose cedo, entendiendo que el florestero vsó su costumbre, y que en él estaba la culpa y la pena de le no haber tenido por lo que los mas floresteros son, visto que del mal cauallo no se podia seruir, lanzó el escudo á las espadas, y levantada la vissera, quitosse las grevas, y lanzándolas lueñe, ayradamente se puso á caminar el valle abaxo, maldiziendo su fortuna, que tan contraria en todo le era. Una milla caminaria por la ardiente cañada, que el ardor del sol como por todas partes le tocasse y no viesse sombra de roca, ni árbol, ni donde humor houiesse habido, y el affan de caminar por arena que fasta el finojo se atollaba, le vino á dar rabiosa sed y congoxa tal que estuvo en poco de caer ardiendo desfallecido; mas como el su corazon fuesse bravo

y fuerte, y lo mas del camino fuesse cuydando en su señora, y en otras altas cosas que imaginaba, passaba su grave affan animosamente, y desta manera affanoso mas de la sed y ardor de las armas, que del cansancio del cuerpo, salió del ardiente valle á vna gran llanura que vn espacioso mar semejaua, y en él vna fermosa naue junto de vna verde y pequeña ínsula, que era vn montezillo de sombrosos árboles milla y media de allí, y junto dellos vn grande palacio, blanco de quatro torres fermosas. Entrando en esta llanura, puesto que toda ella fuesse arenal terrible y caloroso, sintió en el rostro fresco que le conortó, y mas ver los árboles donde creya haber aguas para apagar su sed; tiró para ellos como si nó houiera aquel dia caminado. Pues como arribasse á vn trecho de arco de los árboles, oyó sonar en las torres del gran palacio, vn sonoro cuerno, y mirando bien por aquella parte, vido entre los árboles relumbrar armas, y acostándose mas vió salir del palacio, el mas alto y dessemejado jayan que se nunca vido; traya la gran cabeça armada, y vna armadura de fojas de azero cortas que solo el pecho le armaban, y los gruessos y fuertes brazos y descomunales piernas desnudas, saliéndole de las fojas, vna falda de malla, que fasta la metad del muslo arribaba, y en las manos vna espada la mas disforme y terrible que ningun jayan traxo, porque era ancha de vn palmo y quatro dedos mandábala á dos manos; puesto entre árboles donde esgrimir la pudiesse, fazia de ellos lo que del feno la guadaña; si en llano la jugaba, el viento que traya, ya que no alcanzasse á caballero ó caballo, con seys passos le derribaba.

Nasamor aunque fuesse acostumbrado ver vissiones horribles, esta le pusso admiracion y espanto, y no solamente no desmayó en verla, mas cresciole el esfuerço y embraçado el escudo viendo que el fiero jayan se habia puesto entre los árboles, donde la carrera que llevaba fenecia, esgrimiendo su admirable montante, entendiendo que le queria deffender aquel passo, y que si entre los árboles habia agua la tenia de ganar por fuerça, metió con gran corazon mano á su espada, encomendándose á su señora, suplicándole se pussiesse allí, en parte que la pudiesse ver, ymaginándose que era por allí entre los árboles, y que le oyesse, y el jayan deffendiesse ella. Fué tanto el ardimiento que con esto le vino al coraçon, que no sintiendo el peso de las armas vino para el con briosos passos y gran denuedo: como el disforme jayan viesse venir para sí, aquella para el tan pequeña cosa, con tanto esfuerço y ardideza, á pié, lasso, y caloroso, tomóse á sonrreyr con fiero modo, diziendo:—Temo, caballero, que beberedes de la fresca agua desta fuente que yo guardo, segun me semejades valiente y folgado, y yo á vos flaco, y lasso, y pesarme ya de ello, porque no seria bien mio, mas antes que la veays habemos de esgrimir los dos, por ventura me mostraredes algunos tiempos y golpes tales, que con ellos me pueda valer, y deffender mejor esta fuente que los sedientos como vos tanto ver dessean; y començó de esgrimir la grande espada, que faziéndola bramar, el ayre que lançaua parecia arrancasse los árboles, segun las ramas vnas con otras se ferian. Nasamor que moria

por ver á su señora y ganar la fuente, entró con el, como fiziera con otro caballero su igual, de lo que el jayan hobo tanta saña, que olvidándose de tirar de rodeo para le tajar las piernas como acostumbraba, viéndolo tan cerca de sí levantó los descomunales y gruessos braços con el montante en alto, cuydando fendelle fasta la forcajadura; mas el valiente y presto caballero, que par en esfuerço no tenia, atendióle con gran seguridad de ánimo, y al descender dió al través vn salto, y apenas hovo saltado, quando con otro, entrando con el, todo á vn tiempo le firió de punta de espada con tanto vigor y fuerza, que como las fojas de azero fuessen cortas, acertóle á dar por la hijada, de manera que le no prestando la falda de malla le metió la espada por el gran cuerpo fasta la empuñadura, segándole al sacalla las entrañas y tripas, sacando dellas rebueltas en la espada, faziéndole dar vn bramido, que en todos los lugares convezinos diez millas de alli lo sintieron, poniéndoles gran espanto. El jayan descendió con el bramido el desatinado golpe, y aunque perdido la mayor parte de su fuerça, fincó el montante en el arena seys palmos, faziendo leuantar vna ola y polvareda tan alta y espessa, que cubrió á los dos por vna pieça, y como cayesse desfecha, viendo el jayan tan çerca de si al que en tampoco tenia, vino para él, la espada en la mano, y los braços abiertos, cuydando desfazelle entre ellos. Nasamor, que en ligereza ningun caballero en su tiempo le ygualó, ni Albasilvio, ni el caballero de la fortuna, dió vn ligero salto por salir de tan gran peligro; mas alargando el jayan su luengo

brazo, alcanzóle y trabole de la falda de su loriga, trayéndolo para sí con tanta facilidad, como si fuera vna cosa muy pequeña, y metiéndole entre sus terribles brazos para le afogar brevemente, puso para ello tanta fuerza, que como los hígados tuviesse cortados, y su sangre libre por el cuerpo anduviesse, cayóle sobre el corazon, faziéndole en aquel punto perder la fuerza y vida, cayendo en el suelo, con admirable rumor, y Nasamor en pos dél, sin huelgo de lo que el jayan le apretó, y de la incomportable sed y cansancio; y valióle la vida, tener el jayan tan mortal llaga, que la fuerza le quitó al tiempo dél apretalle, y assi no dió fin á la mas malandante vida que nunca passó caballero. Gentes del jayan que en la casa eran, mirando por finiestras la batalla, entendiendo cierto que su cruel señor muerto fuesse, salieron de ella sandios de gozo por se ver fuera de tan grave cativerio y atribulada vida, y dando á Dios infinitas gracias, y al caballero loores por tan marauillosa obra como habia fecho, fueron á él, no sin recelo de si su temido señor se leuantasse del lago de su sangre donde jazia: le sacaron de ella á los árboles, deslazándole el yelmo, que dándole el fresco en el rostro bolvió en todo su buen acuerdo, puesto que le paresciesse no poder sostener mas la vida de la grave sed; y como viesse muerto el jayan, y entre hombres dessemejados de lassos, y mal color, los ojos fundidos, y la piel arrugada y morada, levantose á gran affan, y sin poder mandar la seca lengua, por señas les preguntó si hoviesse alli agua: los hombres, entendiendo su menester, le dixeron hauer alli vna agradable fuente de

claras y frescas aguas. Nasamor, esforçado con aquella buena nueva, metióse por los árboles adentro, y oyó entre ellos vozes de personas diversas, que ligados á los árboles fronteros y cerca de la fuente eran pereciendo de sed, mirando las que por los arenosos valle y llano aquella ora que mas el sol ardia arribados alli habian; y salido de los árboles que en quadro puestos eran, dió en vn pequeño verde prado cercado de diuersas flores y rosas, y frescas yerbas, y vido en el medio dél, vna de las frescas fuentes que nunca vido: era vna roca tan alta como vna luenga lanza, y gruesa como veynte hombres juntos, toda cubierta de menudas y verdíssimas yerbas; por muchas partes de ella tenia pequeñas cuevas verdes que estilaban claros filos de agua, y salian de ellas con sordo murmurio, y daban en puntas de la roca, despeñándose por ella, bañando las çimas de las yerbas, faziéndolas tremar y esparcir sobre sí y sobre otras el agua que les caya, y toda venia á dar en vna redonda balsa donde la roca nascia. En lo alto della habia vnas puntas de la misma, á guisa de carambalos, de donde surtian en alto golpes de agua, que passando los vnos por entre los otros sin toparse, fazian lazos fermosos, y en la cima vn penacho de garçotas cayendo esparzidas y despeñadas la roca ayuso, bañando todas las yerbas. El agua de esta fuente salia de la balsa y por sotierra venia al gran corral del palacio, donde habia otra bien fecha fuente. Por los bordes desta balsa habia gran cantidad de rosas, y flores, jazmines, violas, clavellinas, açuzenas, y yerbas olorosas y grandes, que todas ellas se doblaban y des-

çendian sus puntas fasta arribar á las claras aguas, mostrando tener ellas tambien sed, y con gran desseo abaxarse á beber dellas.

Pues como Nasamor entrasse por aquel deleytoso prado, y viesse la viciosa fuente, deleytábase además en miralla y moria por ya doblar su cuerpo sobrella como las rosas y flores, y dos passos que de ella fué, sintió sobre las cimas de los árboles vn rumor grande como de viento, y vido venir por el ayre á manera de relámpago, vna llama grande de fuego, que con mucha presteza desçendiesse sobre la fuente, desfaziéndose en vn punto cubriéndola de espesso humo que se no pudo por vna pieça ver; y como el humo brevemente se pasasse, pareció la roca de la fuente, seca sin cosa verde, puesto que saliesse de ella la misma agua clara que de ante salia, y las flores, yerbas y rosas que sombra y gracia le daban habianse tornado ceniza, no se marauillando poco desto quantos alli habia. Nasamor no por ello dexó de se acostar con mucho desseo á la fuente, assi mismo caualleros y donzellas que las gentes del jayan habian desligado y la sed los consumia, y como Nasamor primero que todos á las aguas arribasse, recibiendo en la seca boca vn claro golpe de agua que de vna punta de la roca descendia, apenas la sintió quando se desvió della lançándola en tierra diziendo:—No es cosa nueva para mi ser hervientes mis desseos, y amargos sus fines. En esto se lanzaron de bruças quantos á beber vinieron peresciendo de sed, mas como las aguas gustassen se levantaron, faziendo tan estraños visages

como el venado que la yerua le toma, teniéndose los mas por muertos, y assi algunos desfallecidos cayeron tendidos en el prado. La causa fue, que como antes el agua de la fuente era clara, dulce, y fresca, la llama y fumo la fizieron feruiente y amarga, obra de la falsa Prenestina que tan puesta y solícita andaba en perseguir este gentil cauallero por ser tan deudo y amado del emperador Gelismundo, y habelle muerto su sobrino en una fiesta y torneo rebuelto sin culpa suya: pues como estuviesse en tanta agonía de sed y cansancio cuydando lo que de si podia succeder si agua fresca no se fallasse, dixéronle los hombres del jayan que fuesse al gran palacio donde otra fuente habia, y puesto que toda vna agua con aquella fuesse, habia en las fondas bodegas, preciosos vinos y frescas frutas que los lugares de la comarca tributarios al feroz Rebronco (que assi al jayan llamaban) en abundancia trayan. A Nasamor, con otros caualleros y donzellas les pareció fuessen cedo á la casa por su remedio, y assi dexaron la ferviente y amarga fuente, y antes que del prado saliessen, vieron entrar por el vna donzella además apresurada y polvorosa mostrando venir de lueñes partes con gran menester, y traya vn fermoso barril de plata, y como á ellos arribasse saludándolos dixo:—Buenos señores, por vuestra fé que me digays qual de vos es el cauallero triste, porque le quiero fazer vn agradable y provechoso seruicio? Nasamor á gran affan respondió:—Amiga, puesto que tal nombre fasta agora no he tenido, de oy más me llamarán assí que á ninguno en esta vida conviene mas que á mi, y por esta razon creo soy

esse que pedís. La donzella, mirándole á la faz dixo:—Nasamor, el mejor caballero que oy armas trae, tú eres el que yo mas á de vn año busco; embíame á ti vna sábia que de tus fechos gran cuydado tiene. Esta, entendiendo en el affan que oy en este punto te habias de ver, te embia conmigo este barril de fresca y dulce agua para que con ella mates tu sed y tu desseo, y porque la puedas sin opinion beber, quiero yo fazer la salva, que segun vengo aquexada de la sed de buen talante la faré: y destapando el barril lo levantó suso, y sin tocar en los lábios lanzó en su boca vn golpe del agua clara bebiendo vn trecho de ella, y dándolo á Nasamor le dixo:—Caballero triste, recreado me ha el agua: gústala que mucha necesidad tienes de ella. El caballero triste (que assi de allí adelante le plugo llamarse) lo tomó diziendo:—Basta, fermosa donzella, assegurarme vos sin fazer mas experiencias, que quien tan bien como vos paresce no puede sino recrearnos; y lanzándose el barril á pechos sem ejóle beuer la mas fresca y sabrosa agua del mundo, como lo era, satisfaziendo con ella la sed, quedando sin ella fresco y recreado: dando por ello muchas gracias á quien tan buena se la embió y traxo á tal punto.

Ora sabed que esta donzella era la que le dió el cofre de tierra y huessos y venia en otra forma; embiavala aquella falsa Prenestina que el cofre le embió y desfizo el cuerpo de Lindarax y cauallo con aquella vission que le fabló, y ora le embiaua aquella agua encantada aunque natural y buena, tenia propriedad de meter en el oluido los cuydados de amor. Algunos han querido entender fuesse el agua del mismo rio

Leteo: como quiera que fué, le fizo oluidar para siempre á la princesa Felisalva. Esto fizo Prenestina por le mas gravemente atormentar, porque quando mas graves y affanosas cuytas sentia, en membrarse desta sin par, que tanto él de corazon amaba, aligeraba todas las otras pessadas ánsias, y porque siempre anduviesse entre ellas quitóle las amorosas con que las adulçaua: y si le socorrió á la sed mortal que habia, no penseys que fue por la fazer bien, sino mucho mal, que Prenestina desseaua que luengo tiempo penasse, mas fué mayor el desseo que de velle muerto tenia y assí venció este; la donzella entregó el barril á aquellos caballeros y donzellas que de sed perescian, remediándoles esta pasion y la amorosa á los que amantes eran, no entendiendo jamás este secreto. La donzella quiso yr al gran palacio de lo que folgó mucho el caballero triste, y en el camino rogó á la donzella que le dixese quien era la sábia que tanto beneficio le habia fecho, porque la desseaba conozer para la servir. La donzella no le quiso dezir ál que juralle era vna dueña gran sabidora y muy principal que tenia ademas cuydado de le sacar de affanes, y que esto era verdad. El caballero triste, contento de haber tan gran persona que de sus fechos hobiese tanta cura, no le quiso mas importunar, y buelto á los hombres del malvado Rebronco que fasta diez serian, les preguntó la causa porque andaban tan lassos y sin color en las fazes. Ellos respondieron que de pavor y espanto de su señor, que de ora en ora atendian ser de el muertos y comidos como hauia fecho de todos los servidores passados, porque el de sola carne hu-

mana se mantenia. Espantados todos de tan fiero y bestial hombre y costumbre ynumana, entraron al gran palacio, que de piedra blanca bien labrada era, y saliendo del açaguan dieron en vn gran corral; en medio del, era vna fermosa fuente de piedra; salian por muchas partes della golpes de clara agua, que de la otra venia, ferviente y amarga, puesto que çedo bolvió en su frescura y sabor natural. Sobre el patio habia tres corredores vno sobre otro con infinitas columnas de mármol. Mas que me direys del horrendo espectáculo y adornamiento de corral, que en todas las columnas habia estátuas arrimadas á ellas en diversas posturas, quales nunca maestro humano fizo, porque eran pellejos de hombres y mujeres hinchados con sus braços y manos todos enteros, y en los pescuezos cosidas, y puestas sus cabeças, dellas secas, y dellas frescas, segun los tiempos, que de los cuerpos que el jayan comia dessollauan. Dieron tan grande orror á quantos tan horrenda cosa vieran, que muchos (ó casi todos los que allí eran, se salieron de la casa espantados, y albergaron aquel dia y noche en la fuente que clara, fresca y dulce fallaron sin yerba verde ni en torno de ella rosa ni flor. La donzella del barril mostrando recebir como los demás pavor de ver las fieras estátuas, se despidió del cauallero triste diziendo:—Esforçad, buen señor, que quien de tan mortal sed os libró, os sacara çedo de affan: y dixo la falsa donzella la verdad como adelante oyredes, y sin al atender se salió la puerta fuera presta como viento, que no fué mas vista, puesto que el cauallero triste la verá çedo con otra demanda mas fuerte:

y subiendo á lo alto, la gente del jayan le metieron por aposentos fermosos ricamente adornados de telas de oro y plata labradas y guarnecidas estrañamente, donde el jayan que poco curioso fue, no habia subido ni visto; que las piezas, aunque de las sumptuosas del mundo fuessen, para él eran además baxas.

El cauallero triste se desarmó trayéndole aquellas gentes ropas ricas y bien fechas para se cubrir: alli albergó la noche, que gran necesidad de reposo tenia, maravillándose de ver tan ricos y bien guarnidos palacios no siendo los jayanes polidos ni curiosos, sino bestiales y grosseros; preguntó si Rebronco hoviesse fecho aquellas sumptuosas y ricas cosas; respondiéronle que no, y que este crudo y fiero hombre hauia con fortuna de mar aportado á los puertos de Thesalia y que dezian venir de las arenosas sirtes, ó sus confines, y que desembarcado solo, por se haber en la navegacion comido los suyos y parte de los marineros, habia arribado alli, que diez millas del puerto eran, y como viniese á pié, asaz lasso, hambiento y sediento, refrescóse en aquella fuente de los árboles, y que este gran palacio habia fecho vn tio de la duquessa de Thesalia, asaz buen cauallero, para albergar los andantes que por allí pasassen, porque en tiempo del verano de sed, y el invierno de frio perescian en aquellos tan deshabitados páramos infinitas gentes; y porque en todo aquello diez millas en torno árbol ni agua hobiesse, fízola buscar por allí á grandes maestros, y fallaron la de aquella fuente fresca, dulce y clara, donde fizo aquel edifficio de la

roca y la fuente del patio: y como á este caballero le dixessen haber arribado á la fuente vn desemejado hombre lasso y affanoso, embiole refrescos y de comer, y aunque le traxeron vianda para diez hombres, semejándole poca, arrebató vn hombre de los que la traxeron, y en vn punto con las fieras manos lo desmembró, como fiziera á vn pollo y se lo comió; y entrando en el gran palacio, el señor desçendió al corral (que no debiera) á le recebir y bien tratar. El inhumano y sin virtud, las saludes que le dió fué arrebatallo y comérselo, y apoderándose del gran palacio y gente dél, como fuesse tan crudo y despiadado, quantos por allí passaban los mataba y prendia, y á los pressos, si caualleros eran, el verano como viniessen sedientos y calorosos, los fazia ligar á los árboles cerca de la fuente assi armados, donde viessen el agua por los mas atormentar, y el invierno desnudos. Assimismo las dueñas y donzellas los ponia en el páramo, fasta que se eleban y á la noche los vivos se comia, y otros emprisionaba para su pasto, cosa entre los hombres monstruosa. Su passatiempo era tener hambrientos los caballos y palafrenes que tomaua sin dalles de comer ni beber algunos dias, y despues sácábanlos al gran patio donde vnos á otros se comian con tanta braveza y feroçidad que era cosa de espanto ver batalla tan cruda; y quando sañudo con alguno de los suyos era, los fazia entrar desnudos, las manos ligadas, en esta horrenda batalla donde era de los dientes de los caballos despedaçado.

Además el caballero triste le plugo haber fecho tan notable bien en dar fin á cosas tan inhumanas, y como vino la ma-

ñana armose, y fízose dar las piezas de armas que le faltaban de muchas que alli habia, y vn buen caballo de vn caballero siciliano que el dia antes allí aportó y el jayan se habia comido. Encomendó los palacios á los hombres del jayan para que de parte del caballero triste los entregassen á la duquesa de Thesalia, pues fueran de su tio, para que los diesse á quien de razon les venia, y encomendándolos á Dios patió la via de Filadolce, no lueñe del albergue amoroso, ciudad de la duquesa Thesalia: y puesto que duquesa de Thesalia se llamasse, no lo era sino de aquella ciudad de Filadolce, que mas estado no habia, y llamábasse de Thesalia, porque su abuelo lo fué, y perdiósse por ser de la parte del rey de Tracia: y porque su fijo, padre de esta duquesa, sirvió siempre lealmente al imperio contra su rebelde padre y los otros, y muriesse en la batalla vn año antes que el padre, el emperador dió á su fija, que otro heredero no le quedó, madre de la fermosa Polinice, el ducado de Filadolce, que era sola esta ciudad populosa y rica no lueñe del mar, arribando sus términos á él, donde tenia dos fermosos puertos, que al vno dellos vino á aportar el sirto Rebronco.

Assí que el cauallero triste tomó la via de Filadolce entrada de Tracia y de la Macedonia, que está al medio dia de la Tracia, y cuydaba entrar en esta ciudad encubierto y passar assi por ella de luengo, pues nadie habia allí que le conociesse; mas no fué assi, que la noche passada fué volando vn hombre de los palacios á dar la nueva de la muerte del sirto Rebronco á la duquesa, que

ella y toda su ciudad fueron además ledos, parescién-doles haberle quitado de sobre sí el caballero triste vn gran cerco y estrecheza, admirándose todos que vn sólo caballero, ni cinquenta los mejores del mundo, hoviessen bastado á quitar de la vida el mortal enemigo de la de todos; entendiendo la duquesa que el esforçado caballero triste habia de passar por allí, ordenó gran fiesta y reçibimiento. Pues como el cauallero triste caminasse la via de Filadolce, á cada passo parecia cubrírsele el coraçon de grave tristeza, y como no se membraba del amor de Felisalva, cuya dulce membrança y loçanos pensamientos desterraban del las angustias y pesares, venia de pesares y angustias acompañado, y assi ninguna cosa la imaginacion le traya que pena no le diesse; todas las cosas de la vida le semejauan tristeza, ninguna le satisfazia, y quanto miraba y entendia le cansaba: y caminando tan ansioso, medio dia seria, vido vnas caserias entre vnas torres antíguas que gran ciudad aquella habia sido, y por falta de aguas aquello se habia despoblado; tiró para ellas y fué bien recebido de dueñas mujeres de villanos que allí moraban sin hombre alguno, que los suyos habian ydo á otras partes á ganar la vida. Allí comió y refrescó su caballo, y caydo vn poco el sol, tornó á subir en él encomendando á Dios las corteses villanas. La mitad del camino de Filadolce habria andado, quando vido venir por la carrera adelante mucha gente de pié y de caballo, que como á el arribassen saludándole cortesmente le cercaron con grandes aclamaciones, diziendo:—Con bien venga el estremado caballero triste,

que tanto gozo universal á toda la comarca de Filadolçe ha dado. ¡Dios mantenga y prospere al caballero triste que ha leuantado á los pueblos y confines de Thesalia el incomportable tributo! ¡Dé Dios vida y vitoria á la flor de los caballeros que su poderosa diestra quebrantó la dura cerviz del inhumano Rebronco y ha asegurado las carreras de nuestros contornos, para que de oy mas puedan las gentes gozar de sus libertades y bienes! Y con esto unos le besaban la falda de la loriga, otros el estribo y todos le daban grandes loores. Diez caballeros que allí venian ricamente guarnidos sobre fermosos y holgados caballos, saludándole con gran mesura dixeron:—Habedes, buen señor, fecho tantas marauillas y buenas obras en quitar la vida al inhumano Rebronco, y tanto beneficio á la duquesa de Thesalia, que os atiende con gran desseo de vos poder mostrar parte de lo que os debe y sabéroslo ha agradescer. Ruega os, señor, mucho que seades con ella tan cumplido en venir á verla y seruiros de su estado, como habedes sido valiente con el sirto Rebronco. El caballero triste, no les assi mostrado el semblante, respondió:—Buenos señores, no debe la duquesa agradescerme tanto el bien que su ciudad y otras tierras han recebido con la muerte del villano Rebronco; den las gracias al dador de las vitorias, de donde todo nuestro esfuerço y bien procede, que yo no he sido sino instrumento y ministro suyo para executar su justa sentencia; y si por servicio tiene que yo vaya á le besar las manos, vamos en el buen punto. Y con esto, agradesçiendo mucho á las gentes que allí venian y tan altamente le trata-

ban su venida y amor, siguió su camino, razonando con los caualleros en agradables cosas, que asaz eran de buen donayre y de mucho valor, deudos cercanos de la duquesa, quedando muy pagados de su dulce y sábio razonar y gentil arte, y fermosa apostura y faz, puesto que sus graues cuydados le hobiessen robado gran parte de su fermosura. Como descubriessen vna milla de allì la ciudad, viérades salir della gentes sin número de pié y de caballo á ver si era mortal hombre ó descomunal gigante el caballero que tuvo esfuerço y valor para quitar en batalla de sólo á sólo la vida al espantable sirto Rebronco, y como le viessen de tan poca edad y fermoso rostro, de mediana estatura y proporçionada persona, no sabian que se dezir, y apenas podiendo los caualleros abrir calle por las gentes para caminar, entraron en Filadolce con gran thriunfo, dando muchos loores y vendiciones al valeroso invenzible cauallero triste que la ciudad habia alegrado.

CAPÍTULO XIX. De la desuentura que en amores el caballero triste hovo en casa de la duquesa de Thesalia.

TRES oras ó mas tardó el caballero triste en arribar al palacio de la duquesa de Thesalia, donde á la puerta de vna gran sala con muchos caballeros, dueñas y donzellas falló que le atendia con mucho desseo de le ver, y assi lo recibió con gran mesura y muestras de amor, tratándose él con ella como aquel que entre los caballeros de la córte del

emperador Gelismundo era tenido y estimado por el caballero del mundo mas cortés y bien razonado. Laduquesa, que de edad de quarenta años era, de fermoso parescer y gran donayre, trauandole por la mano le metió en su rico y bien adornado aposento y con agradables razones que entre los dos passaban, le desarmaron las mas fermosas dueñas y donzellas de su casa, cubriéndole con vna luenga ropa al traje de Albania de tela de oro pardilla bordada de cipreses de seda y oro verde oscuro, bien al propósito del cuytado caballero.

Esta noche por venir enojado del camino, la duquesa no le fizo mas fiesta de le asentar entre las fermosas dueñas y donzellas de alta guisa, con quien cenó á sabor solemnes manjares, y buen trato, donde recreó su afligido coraçon, que además cuytado le traya, y ninguna cosa del mundo le daba mas sabor que tratar con damas, con quien se sabia bien valer. Despues que hovieron sumptuosamente cenado, le llevaron á vn rico aposento guarnido de paños de oro y seda, bordadas de plata las guerras del rey de Traçia con el imperio, y su padre de la duquesa en ellas al natural, con la manera de su muerte. Alli passó la noche con poco reposo de espíritu y muchos sobresaltos de coraçon, y partiérase aquel dia, sino porque la duquesa le importunó reposasse en su casa algunos dias, y tambien que entre las dueñas y donzellas vido vna á su parescer de las fermosas y agraciadas del mundo; y habíale tan bien parescido que desseaua viniesse la mañana por la ver y razonar con ella, no se membrando poco ni mucho de la princesa sin par que tanto amar solia. Esta donzella, que

Arguta se llamaba, era fija de vn escudero que á la duquesa habia muchos años servido, y ella servia en la cámara de la duquesa en officios baxos, mas por su fermosura y buena gracia la duquesa le mostraba amor, y las damas la trataban bien. A la mañana, la duquesa embió á Arguta á saludar y dar los buenos dias al caballero triste, y embióle fermosas camisas y ricas ropas de nadie puestas, que para el duque su marido que murió moço se fizieran. El caballero triste, mirando mas en la fermosura de Arguta y gran donayre con que su recado dezia, folgábase mas en la ver que con el que traya, y dándole graciosa respuesta y diziéndole á ella razones dulçes, tornó á la duquesa.

La maldita Prenestina (que invissible por allí andaba para atormentar al caballero triste) fizo en las camisas tales sinos y carateres que en lançando sobre sí el caballero triste vna dellos, le avino como al fuerte Hercoles con la que su amiga le embió, puesto que el fuego differente fuesse, que el de Hercoles fué venenoso y mortal, y el de este caballero amoroso y dulce; assi que como se la vistiesse le vino á la memoria que la fermosa Arguta entre sus manos la habia tenido, y encendióse tanto en su amor que fazia sandezes y razonaba con ella desatinos: y levantándose del lecho, donzeles que la duquesa para le servir embió, le dieron de vestir las ropas mas galanas que truxeran: y salió á la misa de la duquesa extremadamente apuesto, dando muchos contentamientos á los que le miraban y vian su fermoso semblante sin tristeza dulce y agra-

ciado. Oyda la misa y comido con gran aparato y manificencia, la duquesa salió á la sala, donde se començó gran fiesta de danças, y bayles, y amorosos tratos, que allí no habia dueñas enfadosas ni recelos, sino llaneza y bondad, y amores verdaderos y buenos, por lo que tenian licencia los caballeros que á su guisa en lugares y fiestas públicas con las donzellas razonassen; y assí este dia, como el caballero triste mirasse por todo y viesse á la fermosa Arguta, puesto que no estuviesse entre las dueñas y donzellas de alta guisa, sino en lugar baxo y humilde con otras donzellas de su manera, no acatando á quien él fuesse ni el lugar donde se fallaba, ni que todas las gentes estuviessen puestos en el los ojos como en cosa de gran maravilla, sin al atender se fué á sentar á par della, admirando esto á quantos allí habia, juzgándoselo á bajeza; mas el ciego que no vee mal se puede librar de hoyo que ante sí tiene: y acostándosele tremándole el coraçon como si hoviera de razonar con la princesa Felisalva, tan enamorado de ella como quando mas lo fué dixo:—Poco muestran entender en fermosura y donayre los caballeros de esta tierra, fermosa señora, pues no vienen á vos por favor y merced; yo que conozco lo que valeys, os ruego me tengays por vuestro caballero para que me pueda loar de lo ser de la donzella mas fermosa que mis ojos vieron. Arguta, que ya la falsa Prenestina le habia tocado en el coraçon y fecho afficionar á otro, mostrando no tener en mucho su ruego y ofrescimiento respondió:—Bien paresce, señor caballero, que habedes visto asaz, pues tenedes tantos cumplimientos, que entendiendo

vos mi baxeza la habedes querido levantar con vuestra cortesía y humildad: pues no vos lo agradezco, porque me habedes offendido con ello, puesto que fazer vos de mi tanta cuenta me dá calidad.—¿Como assí, fermosa señora, dixo el caballero triste, en ser yo vuestro perdeys quilate?—Sí dijo Arguta, que fasta aqui ninguno ponia en mí los ojos, y vivia yo en mi estado contenta, y aora todos me miran y juzgan por indina de vos por donzella de poco merecimiento, por sandia y soberbia, cuydando que yo crea meresceros, ó que ninguna de las que aquí son me llegan en fermosura; por esto vos pido que ni á mi levanteys, ni á vos humilledes; yd á vuestras yguales que aqui las fallaredes con todas las buenas partes del mundo, y tenerseos ha en bien que las sirvays.—Tened vos en bien, dixo el caballero triste, que yo os sirva, que vos soys mi igual, y en quien falló todo el meresçimiento del mundo: vos soys mi señora, y por tal os quiero.—No quiero esso, respondió Arguta, ni por tál me terné.—Como, la mi señora, dixo el caballero triste, y pesaos que yo os ame y entregue todo mi bien?—Si me pessa, dixo Arguta, que á vos ni á vuestro bien quiero, no porque no merezcays mucho para con otras, mas dara mi no soys el que yo amo.

En esto entró en la sala una fermosa momeria de quinze caballeros; venian guarnidos al traje de los desamorados tártaros, con pieles de leones, tigres, onzas, ossos y de otros fieros animales fechos de seda al natural; traya cada qual dellos vn amorcillo en la mano, además bien fecho, con tal arte que por la flecha de su arco que

encaxado traya, lançaba llamas de fuego á dos partes: trayan en medio dél vn Cupido con su venda por los ojos, sin arco ni arma alguna, puesto en vn rico asiento, y como al son de muchos instrumentos pasassen baylando concertada y grauemente dexaron en mitad de la sala el Cupido en su silla, y dándole bueltas ayrosamente cada vno de ellos passando por él le dezia vn mote, burlándose de su poco valor y poder, firiéndole con la ardiente flecha de su Cupido, encendiéndolo poco á poco, desta manera firiéndole todos passauan por el, sino vno de ellos, que el postrero venía, que le no quiso motejar ni ferir por ser del asaz ferido, más con grande acatamiento pugnaua de le apagar el fuego y no pudo, que prendido tanto en él hauia, que remedio no le valió; y assí el Cupido desfecho voló en fumo. Este que del amor se apiadó era vn mancebo, fijo de un escudero de la Duquesa, que asaz tiempo le habia servido, y amaua á la fermosa Arguta, y aquel dia Prenestina le hauia más animado el fuego, y encendido en fuerte amor por ella, assí como ella por él ardia. Este, viendo desfecho á Cupido, no quiso mostrar en sus bayles alegria, assí como sus compañeros, que amadores no eran, y mirando por la señora de su coraçon, viéndola tan bien acompañada, sospirando fué para ella, al tiempo que con el cauallero triste daua fin á las razones que hauedes oydo, diziendo:—Cuitado donde fallaré amor, pues en su fuego se ha perdido, ¡ay! si este mio pudiesse encender vn coraçon elado, que el mio encendió para que ardiessen dos.—Arguta, conociéndole, semejóle que el amor que en la mano traya, con

la flecha ardiente firiesse el su coraçon, y le encendiesse más en él su amor, (ved qual andaua entre ellos Prenestina) y buelta para él, turbada y tremando, sin fazer cuenta del cauallero triste, le dixo:—¡Ay Brasildo! que assí le llamauan, no creades que el amor se ha perdido, que yo sé donde lo fallaredes con toda su vida y fuerça.—El cauallero triste dixo:--De mi vos digo, fermosa señora, que creo se haya ydo en humo para siempre, para vos. Dixo Arguta, yo lo creo, más no para mí.—Esto dixo mirando tiernamente á Brasildo.—Brasildo sentándose cerca della dixo:—¿Dónde la mi señora está el amor? dezidmelo, assí gozedes, que yo en la parte donde fuera de mí le busco, no le fallo.—El mi buen amigo, dixo la enamorada donzella, en mí lo fallaredes con toda su verdad; con algunas lágrimas Brasildo dixo:—¿Y qué, señora, fazedes de él?—Empleallo en el que bien me parece, dixo Arguta.—¡Quan fuera de ser yo esse de tan buen parescer, dixo el cauallero triste, ando yo!—Arguta, que el sobrado amor la fazia desossada, dixo:—Verdad dezis, y andays bien en esso: y puso los ojos en Brasildo de manera, que si él tan desconfiado no estuviera, pudiera bien juzgar ser el del buen parezer, y entendiendo que el cauallero triste andaua apassionado della, lassamente dixo:—¿Qué puedo yo esperar de mí sino otro desengaño, pues el cauallero triste, que tanto vale y puede, no tiene con vos ventura?—Que no la tengo yo con él, dixo Arguta, hauedes de dezir, por la desygualdad de los merescimientos.—Si no está en más de esso para yo ser venturoso, dixo el cauallero triste, dende agora me ygualo y vengo á lo que vos señora de

mí ordenaredes. Arguta dixo:—Las cosas impossibles no las puedo yo fazer.—Pues fazed las possibles, dixo Brasildo:—¿Y quales son essas, dixo Arguta.—Quererme vos, señora, bien, dixo Brasildo. Arguta sospirando dixo:—¡Ay Brasildo, como entiendes que no te quiero mal! Esto dixo con vna blandura y vn le mirar tan dulce y amoroso, que al desconfiado Brasildo fizo loçano, y al cuytado cauallero triste mezquino, y el vno de goço, y el otro de pessar, y ella de enamorada, estuuieron vna piça sin razonar. En esto ordenaron los de la momeria vna dança general, que salieron á ella todas las dueñas y donzellas fermosas que allí hauia, y tambien Arguta, desseando más dançar con Brasildo que con el que la sacó, quedando los dos amadores solos en compañía de sus ánsias. Viendo Brasildo tan apassionado al cauallero triste, dixo:—Buen señor, si dello vos no desplaze, decidme por merced de qué estays cuydoso y descontento.—¿De qué? De que no vos quiere mal Arguta, respondió el cauallero triste.—No os cuyteys desso, dixo Brasildo, que no queriéndome mal, os puede señor querer bien: catad son condiciones de donzellas, entretener sus caualleros con querer bien á vno y no mal á nadie, yo vos juro, señor, que creo soy de los que Arguta no quiere mal, y vos el que quiere bien.—Basta, dixo el cauallero triste, que entiendo yo otra cosa más cierta que esso, y si vos fuerades cauallero (que ya él sabía quien era) pugnara con vos me dexarades la empresa; por ventura la supiera mejor que vos amar, ó yo muriera en la demanda, ó vos no la amarades.—Buen señor, dixo Brasildo, la vida me podeys fácilmente

quitar, y mandarme vaya á los fines de la tierra donde Arguta de mí no sepa, más fazer que yo no la ame, ni vos ni yo lo podremos conmigo acabar: si por amalla vos offendo, y vos como cauallero que mucho ha visto sabiedes cosa con que me lo podays quitar, yo seré de ello contento, porque todos los que aquí somos, vos deuemos tanto, que tenemos obligacion de serviros.—Amigo, dixo el cauallero triste, yo tengo conocida la fuerça de amor, y lo poco que consigo el que ama puede, y por esto no hauedes culpa en la amar, ni merecedes pena; la culpa y la pena yo la tengo en ser tan flaco con amor, y valerme tan poco del sesso, y esme forçado sufrir mis ánsias, y quiero, puesto que desengañado, pugnar por no ser aborrescido: vos amigo no dexeys vuestra empresa, que mi ventura es tan corta, que no impedirá la vuestra. Brasildo respondió:—No mande Dios, mi buen Señor, que yo presuma tenella favorable contra tan extremado y famoso cauallero como vos soys, y en parte donde tanto vos deben, antes vos juro y prometo, si vos, señor, de mí queredes fiar vuestros amorosos fechos, de vos ayudar en ellos quanto yo pudiere, y affanarme porque Arguta conozca lo que valeys y os deue por el onor que le fazedes en haberosle afficionado.

En esto se acabó la dança, y Arguta vino á su asiento sañuda por haber tardado tanto, porque á cada paso que daua, más en el amor de Brasildo Prenestina la metia y abrassaba. Arribando á su lugar, sus amantes se leuantaron á le fazer mesura; Arguta no mirando en la cortesía que el cauallero triste le fizo, travó por la mano á Brasildo, no dando poca folgança

al enamorado moço, dixo:—¡Oh! qué tormento deuen recebir los que se bien aman en ausencia, que este poco espacio de tiempo que yo he sido ausente del que bien quiero, he passado grande angustia y me ha parescido mil años.—Brasildo, porque el cauallero triste, de estarlo tanto responder no pudo, dixo:—¿Y es cierto señora que nos quereys bien? Y á quién?—Al que no quiero mal, dixo Arguta mirándole fincadamente. Brasildo, faciéndose mucha fuerça, dixo:—Esse querria yo que fuesse vn cauallero apuesto, fermoso, bien entendido, valiente, famoso, y amado de los que le conocen, porque tanta fermosura y loçanía como vos hauedes, fuesse empleada donde se meresce.—En el que no quiero mal, dixo Arguta, fallo yo todas essas partes y otras más á mi gusto. Fuélgome desso por lo que os amo, dixo Brasildo, porque esse vuestro escogido deue ser el cauallero triste que más que assí vos ama, y se fallan en él todos essos cumplimientos, y es al que la duquesa y Filadolce, con quantos en ella somos deuemos tanto.—Essa deuda, respondió Arguta sañuda, páguela Filadolce y la duquesa, que á mí poco me facen las vitorias del cauallero triste, para que las deua tener.

En tanto el caballero triste dijo:—Yá que mis vitorias, fermosa señora, teneys en poco, tened en algo las vuestras, y tratados bien con el vençido. Arguta dixo:—Las vitorias que sin affanes de débil enemigo se alcanzan, no se deuen tener en mucho, y por el contrario las que con difficultades de fuerte enemigo se han, meresce por ellas el vencedor gloriosos triunphos, y deue tener en mucho tan claros despojos y tro-

feos.—Dessa manera, dixo Brasildo, en las guerras de amores bien es que no desfallezca el militante, sino se muestre valiente y fuerte, pues por ventura más que por ingenio sus vitorias se alcançan, y si fuere vencido tenga su vencimiento en mucho: assí que vos, buen señor, sed tan fuerte y esforçado en amores, como lo soys en armas, porque seays vencedor, ó bien vencido.—Amigo, dijo el cauallero triste, los golpes que fazen lan agudas lanças y amoladas espadas, llagan el cuerpo solamente, y assí en tal guerra puesto que ande vno mal llagado, se puede mostrar fasta la muerte de brauo coraçon, mas en la de amor, poco vale esforçarse, que sus armas llagan y vencen el animoso coraçon, y penetran el ánimo, y estragan el sesso y buen juizio, assí que mal podré ser fuerte contra tanta fuerça sino me vale la causa de la guerra.—Gran contentamiento recibiria yo, señor, dixo Brasildo, que la causa de vuestra guerra se justificasse con vos y os valiesse. Arguta, asaz de esto sañuda, dixo:—Y qué ganancia sacariades vos de la justificacion y vitoria del caballero triste?—Mucho gozo, dixo Brasildo, en ver ledo y contento al caballero que tanto vale, y tanto por nos ha fecho.—Pues tan bien os paresce el agradescimiento, dixo sin color en su faz Arguta, yo por os dar esse gozo, le quiero ser agradescida. Y volviéndose al caballero triste, mostrándole dulçe semblante dixo:—Buen señor, yo conozco que el vuestro generoso coraçon se fuelga de me amar, y puesto como os dixe que nuestros coraçones y condiciones iguales no sean, yo acepto la merced que me fazedes en humillaros á ygualarme con vos; sabed que el

amor me tenia ynclinada y afficionada en otra parte, que me ha pagado como os pagaba, mas apesar suyo consiento que me ameys y seays mi caballero y señor.—El caballero triste entendiendo la passion que la mouia á dezir aquellas razones tan fuera de su propósito, dixo:—Sabedes la mi señora quanto os amo, que entendiendo yo como fasta pequeña pieza os hauedes arrepentir de lo dicho, me doy á entender que no vos arrepentiredes, y con este engaño detengo y registro el pessar que recibo en ver quan falsa conmigo, y con Brasildo andays.—Brasildo que en sí no era, viendo sañuda con el á su señora, con flaca voz dixo:—Bien fazedes, señora, en conocer lo que más vale, pésame por el bien que os quiero mostredes tan cedo mudança y ligereza de coraçon, por lo que de oy mas todos los que os aman andaran de vos recatados; no fagades con otro, lo que hauedes fecho conmigo.—Arguta viendo al que más que á sus ojos amaba quanto sentia lo que hauia al caballero triste dicho, arrepentida asaz de lo hauer ensañado, con rostro dulce y mirar amoroso dixo:—Porque en todo acerteys conmigo, yo me mudo á otro, que tal es nuestra condicion, y múdome en este punto. El caballero triste lleno de pessar dixo:—Ninguna mudanza conmigo ni con Brasildo, señora, fazeys, pues nunca os mudastes.—Quisiera yo, dixo Arguta, que tuviesse esso por cierto el que tiene mi corazon seguro de mudança.—Y acabándose en este punto la fiesta, y entrándose las donzellas de cámara y dueñas ancianas á sus aposentos, Arguta con estas razones, faziendo á Brasildo mucha cortesía, y ninguna al caballero

triste, se metió en el aposento, y Brasildo en su momeria, y así el caballero triste no tuvo con quien razonar de sus nuevos cuydados, y fuesse para la duquesa encubriendo su pesar, que vno fué de los mayores que nunca el recebió, por hauer visto á la enamorada Arguta, tan apasionada del amor de Brasildo, por quien tan poca cuenta del fazia, semejabale poder sufrir todos las más graves ánsias de esta vida, y no un desden y menosprecio. Fallo á la duquesa, además contenta por le ver folgar, y los dos razonaron de mucbas cosas, dándole cuenta la duquesa de todos sus principales fechos y el cuydado que tenia de saber de su única fija Polinice de Sanario que quatro dias hauia fuera partida de allí para la corte del emperador Gelismúndo á vivir con la emperatriz, con otras cosas de su estado, rogándole se fiziesse conocer. El caballero triste le dixo quien el era, teniéndolo ella en más, porque el caballero del falcon era asaz en aquellas partes famoso y estimado y el nombre Nasamor bastardo de Tracia, reputado por el cielo: y porque mejor entendays la historia, sabed que otro dia, y otro, el caballero triste conoscido por todos ser el valeroso Nasamor bastardo de Tracia cormano del emperador acrescentáronse más las fiestas, y á el, y Arguta, y Brasildo el amor, teniéndo Arguta al caballero triste en la cuenta que antes que le no conociesse le hauia tenido, tratándole con desden y aspereza, y á Brasildo con amorosos regalos. ¿Ora que me diredes de la solicitud que aqui tuvo la engañosa Prenestina en los más incitar á que estos dos se amasen, y que ardiesse el coraçon del caballero

triste por donçella que siendo tan baxa le desdeñasse y tuviesse en poco su amor y valor; y no podiendo sufrir ni passar Brasildo y Arguta sus encendidas llamas, y viendo no tener lugar para las templar, apagando el fuego de sus desseos, acordaron los dos de salir encubiertos de casa y seruizio de la Duquesa, y por el mundo yrse gozando de su amor á su guissa, y assí lo pusieron por obra, saliéndose la quarta noche que el cauallero triste allí arribó de palacio Arguta, de manera y á hora que ninguno la vido, y fué donde Brasildo ardiendo la atendia con dos ligeros y andadores palafrenes, partiendo con ellos á más andar la vía de la Morea. Sintió la Duquesa á la mañana este caso mucho, y emvío en pós de ellos por diversas carreras caualleros y otras gentes; mas su ventura fué tal, que los dos se fueron donde nunca mas de ellos se supo.

¿Qué vos diré del cauallero triste lo que sintió quando la nueva le dieron; sino que como hombre sandio se armó, y no fué parte la Duquesa para un punto le detener? y subido á cauallo con una lança en la mano partió de Filadolce, dexando á la Duquesa además cuytada, puesto que más lo fue aquel dia por le venir nueua que un brauo cauallero habia prendido á su fija Polinice; y como saliesse de la Ciudad tomó la primer carrera que falló, y al mayor passo de su cauallo caminaua tan ayrado y sañudo, que si cien caualleros escogidos fallara que á Brasildo y Arguta le deffendieran, combatiera con todos; y assí furioso ya quel sol se queria poner, yendo por una vega ayuso para se acoger la noche en

un castillo que en vna sierra vido, entrando por vna espesura de árboles, que juntando sus coposas cimas, los de una parte del camino y la otra escurecian lo mucho, y assí como por ellos entraba sentia llover sobre sí gruesas gotas; y marauillauasse que estando el cielo sereno, y aquel camino por alto tan cerrado assí lloviesse sobre el, y mirando su cauallo que ruzio todo era, y sus armas, vídolo todo sangriento, y que de fecho gotas de sangre sobre el los árboles lloviessen y tremassen, andando por ellos gran estrépido y remor de besperteliones, buhos, lechuzas, mochuelos, gallinas ciegas y otras aves nocturnas, tristes y de mal aguero, y como tal cosa viesse, y que los árboles tremando mostrassen sus fojas mustias y caydas de quien tales gotas de sangre lloviesse, iba diziendo el cuytado cauallero:—¿Santa María señora, que señales son éstas? ¿qué terrible passion passo, pues fasta los árboles la sienten tanto que de compassion de mí vienen á sé congoxar y mustecer sudando gotas de sangre? Y tú, yrcana tigre, donçella tan empedernida, ningun dolor de mis desussadas ansias en otros amadores hayas tenido; mira, cruel mas que las sierpes de Libia, qué estrago debe la tristeza fazer por tí en mi atribulado coraçon, quando en las duras cosas que sentimiento no han faze tal caso.—Y saliendo deste tan afflexido y temeroso lugar, fallose cerca de el Castillo, donde albergó la noche, sin dormir ni folgar, cuydando en la desdeñosa y dura para él Arguta, partiendose á la mañana con la misma demanda: donde le dexaremos yr tan angustiado, y contaros ha la Historia lo que avino á los caualleros

del Sol, que en el albergue amoroso no lueñe de aquel Castillo en gran regalo y fiesta vivian, puesto que el buen Filorante de Brimar allí contra su voluntad morasse.

CAPÍTULO XX. **De las grandes y diversas aventuras que salidos del albergue amoroso los Caualleros del Sol fallaron.**

SEYS dias estuuieron los caualleros del Sol en el deleytoso albergue amoroso, assí como á sus amigas prometieran, pasando la más dulce y regalada vida que en aquellos tiempos caualleros passaron, y contaros lo que al despedirles auino con ellas nos alargaríamos asaz. Dejando á sus amigas descontentas se partieron á buscar las auenturas, y fallaronlas como veredes.

Con mucho placer estos caualleros caminaban contándose el vno al otro cosas agradables y donayrosas que con sus fermosas amigas hauian passado, mas quando Filorante contó lo que con su donçella le auino fué además reydo. Al segundo dia que del albergue amoroso partieron, á ora de sexta poco más ántes sería, arribando á vna encrucijada donde se juntaban tres reales caminos, vieron venir por cada una dellas á más andar vn cauallero y vna donçella y vn escudero, mostrando correr á porfía, qual ántes á la encrucijada arribasse, donde los caualleros á saber su fazienda se habian parado; y arribando todos tres á la par, el vno y el otro y todos tres afincadamente, començaron á pedilles sendos dones con

gran agonía y cuyta, pugnando cada uno por pedir su don primero; y en esto vierades entre ellos vna graciosa confussion, dando sabor á los caualleros ver como el vno ocupaba al otro con vozes y razones. Albasilvio metiéndose en medio dellos faziéndolos callar, entendiendo que venian por acorro de sus cuytas, les dixo:—Amigos, no vos cuytedes, que si vuestras ánsias podemos nos remediar lo faremos breuemente si para ello ay tiempo; y pues no os concertays en qual primero dirá su cuyta, yo quiero acordaros desta manera; el cauallero como más principal de vos, diga primero su razon, y la donçella en pos de él, y el escudero á la postre.—Siendo los tres desto contentos, el cauallero mirando sus fermosos continentes dixo:—Si me vala Dios, Señores, que si vuestro valor responde á vuestro gentil parezer, que yo entiendo alcançar del vno de vos, vengança del mayor aleue que nunca se fizo á cauallero; y por no fazer mala obra con la tardança de mi cuento, á estos dos cuytados, que como vedes acaso se han juntado conmigo, vos fago saber que passando yo por el fuerte Castillo de Veralto que cerca de aquí es, acompañando á vna mi hermana, junto de una fuente qu' el nombre del castillo tiene, salieron á nos quatro fuertes caualleros, y como viessen á mi hermana (que una de las donçellas mas fermosas destas tierras es) pagáronse mucho della, y comvidándonos á refresco, nos, que del calor y polvo enojados veníamos, vencidos de la necessidad y cortesía, concedimos la offerta, y junto de la sombrosa fuente descendimos de los cauallos, que no faltaron dos dellos de nos los arrendar, ni

otros dos de tomar á mi hermana entre los braços y decendella, metiéndola por entre los altos y espessos árboles que en torno de la fuente son. Yo viendo aquella mala señal, torné çedo á subir en mi cauallo dando voces á mi hermana que saliesse á subir en el suyo. Los soberbios caualleros con denuedo y aspereza dixeron:—Ora contentaos con la vida, mal andante, que vos damos, la donçella no vos la daremos, y si tanto desseo hauedes de la haber, atended ay donde passaredes la siesta, despues vos la entregaremos sin daño alguno. Y ante mis ojos los caualleros la trataron con tanta deshonestidad y poca mesura, que no quise mas ver ni atender, y assí me partí de ellos llorando á buscar quien se duela de tan grande escarnio, y me vengue de aquellos malos caualleros. Y si vosotros, señores, os doleys de mí, hauedes çedo decaminar á gran priesa, que no son lueñe de aqui, puesto que ya fallaredes á mi hermana qual Dios vos guarde de fallar assi vuestras dueñas si las hauedes:—Cauallero, dixo Albasilvio, pues el daño y desonor de vuestra hermana como decís remediar yá no se puede, para la vengança y castigo de los alevosos, siempre habrá tiempo, que en aquel passo la fallaremos. Entendamos las cuytas de estos otros, porque segun los casos y auenturas sean, nosotros nos concertemos y repartamos. Contento desto el cauallero, buelto á la donçella que de la falda de la loriga le tenia trabado dixo:—Ora dezid, amiga, breuemente vuestro menester. La donçella messando sus rubios cabellos y faziendo esquivo duelo dixo: —Ay señor, por las cosas del mundo que más amades vos

vengays conmigo, que segun veo en vuestro extremado y brioso continente, á vos quiero, que por fé tengo me satisfaredes de vn mal cauallero que no lueñe de aquí passa, que me furtó los dias passados las mas ricas donas que nunca Rey tuvo, y lleuabalas yo presentadas de parte vn gran señor á vna donçella de alta guisa con quien se ha desposado, y son por la virtud que tienen de tal precio que no ay ciudad ni Reyno en el mundo, ni todo él junto que puedan fazer otras como ellas, porque el mayor sabio de esta vida juntó el poder todo de los elementos para las formar. Este cauallero es vno de los más fuertes y esforçados del mundo, y más enemigo de las gentes, y assi anda solo armado y guarnido de colores tristes y fieras: éste despues de me haber robado el cofre de mis joyas me ató á vn árbol y con las riendas del cauallo me dexó tal, que á malas penas puedo sostenerme á cauallo, ni de lastimada puedo sufrir las ropas que trayo; si vos, señor, os doleys de mí, venid conmigo, que çedo os porné donde le topeys, que sañudo como siempre anda, passa por una carrera que yó sé.—Amiga, dixo Albasilvio, pues tan cerca de aquí passa esse cauallero, oy ó mañana le fallaremos, atended lo que este escudero dirá.

El escudero que mostraua reventar de ánsia y dolor, dixo:—Buenos señores, entended que mi cuyta es de mucha más importancia que las que aora hauedes oydo, y quando la sepades por muchos respectos dessearedes venir conmigo. Yo soy escudero de la fermosa Polinice de Sanario, única y heredera fija de la Duquesa de Thesalia, y passando no lueñe

de aquí, para la córte del Emperador Gelismundo, que vá á vivir en ella en servicio de la Emperatriz, al passo del Castillo de Filotea de Guidon, salió vn cauallero de tan gran cuerpo, que por jayan pasar podia; puesto al cabo de una puente, que no ay por allí otro paso para Constantinopla, emvió vna donçella á dezir á nuestra compaña, que quinze escogidos caualleros eran, se voluiessen por dó vinieron ó justassen con él, con que si alguno dellos le derribasse del cauallo, pasassen todos libremente, y si ellos lo fuessen dél, quedassen sus prisioneros, y las donçellas catiuas; y que mantenia esta costumbre á todos los del mundo que por allí passassen, por lo haber prometido á su fermosa amiga Filotea de Guidon, de quien serian dichosas sieruas, las donçellas que suyas fuessen. Los nuestros caualleros, que orgullosos como griegos eran, aceptaron el gaje y condicion y perdieron las sillas y donçellas, quedando tan alta donçella como Polinice de Sanario, sierua de la soberbia Filotea, y los caualleros pressos, condemnados á dura prision, ó gran rescate. Yo y otros escuderos que vimos tan gran mal, nos quedamos de esta parte de la puente escondidos entre arboleda, y nos despartimos á buscar remedio, y cauallero tal, que el passo y prisioneros franqueasse, librando á la fermosa Polinice, que puesto sea vna de las más fermosas donçellas del mundo, tiene sobre las nacidas en sus tiempos, una propiedad y gracia tan admirable, como verá el que tuviere ventura de vella. Ora ved de vos si hay tal que osse tomar esta demanda, y fazer tan notable fecho, como seria dar libertad á tan alta y fer-

mosa donçella, sin otras muchas, que sieruas de Filotea son. Como los caualleros entendiessen las tres demandas, dixo Albasilvio:—Pues esta donçella parece que se me ha afficionado, tomo su demanda.—Don Gelander dixo:—Porque no ay cosa en esta vida que más fea me parezca y baxa, que no teniendo vn cauallero valor para ganar cortesmente el amor de vna donçella, lo tenga para la forçar y escarnir, tomó el cargo de vengar la hermana deste cauallero.—Filorante dixo:—Porque se entienda que si yo no me afficiono á donçellas con el fin que se afficionan otros, que no es por las mal querer, tomó la razon del escudero, y por amor de Polinice de Sanario, que siendo donçella tan alta no sea sierva de Filotea, sino señora de muchos, justaré con el menbrudo cauallero.—Belamir dixo:—Porque entendays que de burlas y veras desseo fazer servicio á donçellas, yo quiero yr en compañía de don Gelander á dar acorro á la fuerça por amor de la voluntad, para que la tengan conmigo las que yo bien quisiere.—Ora en el nombre de Dios, dixo don Gelander, vamos ámbos, y ordenemos donde si damos fin á nuestras aventuras, nos juntaremos.—En la córte del Emperador Gelismundo, dixo Albasilvio. Y con este acuerdo siguieron sus empresas.

Albasilvio caminaua con Gamonil su escudero por donde la donçella los guiaba á más andar. El dia era turbio y oscuro, el cielo amenazaba tempestades, los ayres por lo alto se ensoberbecian, la noche venia, y poblacion no se mostraba, y por esto apresuraban su passo, con pauor de albergar en el

campo. La donçella, que á todas partes miraua, descubrió vn bulto negro fazia la parte donde vn espesso turbion venia; pauorosa, vuelta á Albasilvio, dixo:—¿Vedes, señor, aquel bulto negro que en mitad del toruellino y polvareda vedes? Pues aquel es el brauo y mal cauallero que las fuerças y robos por las carreras faze; mirad quan malo es, que fasta el cielo le amenaza y molesta; mirad el remolino del viento y poluo que en torno dél anda por selo lleuar; oyd los truenos terribles, mirad los relámpagos que nos ciegan y la tempestad que sobre él descarga, todo para fundillo so tierra; pues para tantos que agraviados tiene no ay Justicia en la tierra. Catad que se defiende con muchas cosas, allende de su gran virtud en armas, y entre otras cosas que en su deffensa usa es no dezir verdad y desdezirse de lo dicho; veredes en razonando vos con él como os dirá que miento y que soy aleuosa, y assi otras cosas en su favor; más vos digo que de su natural es cobarde y siempre que puede rehusar batalla y quistion las rehusa. Tambien os auiso que habedes bien menester menear las manos y teneros bien en la silla, porque no se sabe oy cauallero en armas tan señalado como él, ni que mejor sepa romper su lança, ni ferir de espada; mirad vos quan mal empleada gracia es la que en armas tiene.—Albasilvio dixo:—Mucha culpa tiene cauallero tan bueno, ser tan malo.—No puede ser más, dixo la donçella, y si le oys razonar diredes que es maestro de cortesía; si le vedes el continente le juzgareys por marqués; si el rostro, nunca vistes más fermoso cauallero; de linage no vos digo ál, sino que tiene fama de

que ningun cauallero es mejor que él; en amores los más altos pensamientos del mundo le han atormentado, y concedido en armas grandes victorias.—Sancta María, dixo Albasilvio, y ¡qué desdichado cauallero!—Assi lo es, dixo la donçella, y cierto fariades gran bien en quitar del mundo vn mónstruo enemigo de todo lo bueno dél, y dariades la vida á muchos que con la braueza de su coraçon se la quita.—Yo os doy mi fé, amiga, dixo Albasilvio, que ó yo perderé la vida ó le quitaré la suya si no me promete ser de oy más bueno y no fazer agrauio á nadie.—Fácilmente, dixo la donçella, acabaredes con el esso, y despues todo lo fará al contrario. Mas serviredes á Dios en le quitar la vida, porque más males no faga. En esto el ayre aclaresció, y viéronle venir por un requesto ayuso á gran passo de su cauallo, en la mano una lança. Sabor tomaba Albasilvio de le ver quan fuerte venia en la silla, y de quan fermoso continente, doliéndole mucho que tan apuesto cauallero tan villano fuesse: y arribando á él y su donçella, faziendo graue duelo, dixo:—Este señor es el cauallero negro, que tan negros y cuytados dias á muchos passar faze, y el villano malo, que el cofre de mis ricas joyas me robó, y además desto me ligó á un árbol y firió malamente.—Albasilvio, parando ante él su cauallo, dixo:—Cauallero falso y desmesurado, que mal hayades, ¿por qué empleays tan mal el valor de vuestra persona faziendo desaguisados á los que ménos que vos pueden? El cauallero, que además era sufrido, mirando á la donçella, tóvola por engañosa, y aunque Albasilvio le habia tratado

mal de razones, entendiendo que la alevosa engañado le traya, mesuradamente y sin ayrarse le dixo:—Señor cauallero, ¿conozedes essa donçella por quien tan mal me tratays?—Conozco, dixo Albasilvio con semblante airado, á ella, por donçella, que trata verdad, y á vos por quien vssa lo contrario, y faze desaguisados y daños; y si cedo no le tornays las preciosas donas que le hauedes robado, y jurades de vos arrepentir de la haber denostado, y de oy adelante no fazer tuerto alguno, vos seredes á mis manos muerto.—El cauallero negro, entendiendo mejor la maldad de la donçella, ayróse con ella además diziendo:—Falsa y alevosa, ¿este pago me days por vos hauer librado de mal y afrenta? Dezid, ¿qué agrauio hauedes de mí recebido ni de este cauallero, para que engañosamente nos trayays á trance donde el vno ó los dos sin causa justa ni razon muramos?—La donçella, no dexando su duelo, vuelta á Albasilvio, dixo:—¿No vos lo dixe yo, buen señor, que os diria razones y escusas tales, que si le no conosciessedes terniades á mí por falsa y á él por bueno? Ved su atreuimiento de ante vos denostarme, que es confesar en ausencia haberme escarnido, como es verdad que me denostó y robó.—Y con esto fazia tales estremos de messar sus cabellos y ferirse el rostro, y llamarse cuytada sobre todas las nacidas, que Albasilvio como fuesse impetuoso y mal sufrido, dixo:—Ora, cauallero mañoso y desmesurado, yá entiendo vuestras falsas y malas propiedades y alevosías, no vos valdrán para conmigo escusas, ni las quiero admitir ni escuchar, ni escussaredes oy que la cabeça no vos taje, pues de vos no se

espera enmienda; y apartaos de mí, pues dizen soys tan buen maestro de correr lanças, y prouaredes la mia que verná á castigaros sin haber de vos merced.—El cauallero entendiendo allí quanta fuerça en vn noble y mal experimentado ánimo tenga la primera informacion, y quan deliberado aquel fermoso cauallero á combatir con él venia, imflamado en yra por ver lo poco que sus razones aprouechauan, revolvió su cauallo, diziendo:—No me vala Dios, don cauallero inconsiderado y de mal juizio, sino hauedes çedo de conoscer con vuestro daño como se debe dar más crédito á vn justificado cauallero, que á vna liviana donçella no conoscida, que lágrimas á cada passo sin causa ni propósito vierte.—Y tomando del campo lo que le plugo, enderezando el vno para el otro, se vinieron á encontrar cubiertos de los escudos, las lanças bien puestas en los ristres, mostrando abrirse la tierra por donde los poderosos cauallos passauan, encontrándose de las lanças y cuerpos tan fuerte y vigoroso que volando las lanças, falsados los escudos, topándose con los yelmos dieron con las cabeças sobre las ancas de sus cauallos perdiendo riendas y estribos, corriendo á su alvedrio los cauallos por donde les paresció vn buen trecho del campo: tornando en sí los caualleros, fallándose tan descompuestos ovieron empacho el vno y el otro, cobrando riendas y estribos, recogidos sus cauallos con manso galope las espadas en en las manos, cubiertos de sus escudos, se vinieron á ferir duramente. El golpe fué á la par con tanta fuerça dado, que raxando de alto ayuso los azerados escudos, se firieron

en las cabeças tan cargados golpes, que rompiendo los yelmos se llagaron malamente, faciéndose inclinar las cabeças fasta las ceruizes de los cauallos, quedando algo desatinados, temiéndose más de allí adelante; y tornándose á juntar el cauallero negro dixo:—Gran desauentura es la nuestra, cauallero, en hauer vos tomado demanda tan injusta, vencido en las lágrimas y razones de una donçella, que por la mayor parte suelen ser engañosas; más si yo puedo çedo os daré á entender como el buen cauallero deue muy bien certifficarse de la verdad de las cosas que trata ántes de venir por ellas á batalla.—Y ardiendo en saña el vno y el otro, lançando de sí los raxados escudos, que ninguna deffensa les era, comiençan á diestro y siniestro de ferirse con toda presteza y fuerça, que en la ferrería de Vulcano los Cíclopes no ferian tan fuertes, ni sacaban de los rayos de Júpiter tantas centellas como sus espadas de los finos yelmos y armaduras de brazos. Vierades en vn punto bañados ellos y sus cauallos de los arroyos de sangre que de sus personas corrian, y como viessen no se poder dar la muerte, trauábanse á braços apretándose con tanta fuerça y ygualdad que no fizieron ál que abrirse más las llagas y venas, y como derribar no se pudiessen tornaron á tomar las espadas á dos manos y cierto que con este golpe los dos dieran fin á sus vidas sino fuera tan mal andante el cauallero negro que la salvó á su contrario por tropezar en un raxado escudo su cauallo, de manera que dió con él gran cayda, saliendo con gran presteza dél, puesto que asaz quebrantado, abriéndosele más las llagas, y endere-

çándose el yelmo, atendia blandiendo la espada con gran braveza al ardido Albasilvio, que en lugar de lançar para él su cauallo, animosa y ligeramente saltó dél diziendo:—Aunque vos, mal cauallero, no soledes, segun dizen, vsar cortesía con vuestros combatientes y por esta razon mesura no se os habia de catar, yo úsola con vos y no me la agradezcays, porque con todos la acostumbro. Y con la sangrienta espada en la mano entró con él. Esto mismo el esforçado cauallero negro, que pauor nunca entró en él su fuerte coraçon, y tornaron como de nuevo á la batalla firiéndose con tanta presteza por unas partes y otras, que las espadas bramando en los ayres no se vian, ni ellos del humo que de corage por las visseras lançaban; como los dos fuessen tan ardientes de corazon, y los más ardidos y orgullosos de los de su tiempo, vinieron á les faltar ántes el huelgo que las fuerças y esfuerço, siéndoles forçado apartarse á tomar fresco, y campo más desembaraçado, que aquel era vn lago de su sangre y sembrado de pieças de armas; y levantando los dos las visseras de los yelmos puestos de pechos sobre los pomos de sus fuertes espadas, maravilláuanse los dos de ver la fermosura y poca edad del otro, que el cauallero negro no tenia sino veynte y tres años; y Albasilvio ménos. El cauallero negro que soberbio de coraçon era, como viesse el rostro delicado de Albasilvio, imflamóse más en yra y despecho, y dezia entre sí:—¿Cómo, Fortuna, y será posible que vn donzel me ponga en tanto estrecho, lo que ussados y fuertes caualleros y temidos Jayanes nunca pudieron? y tú, señora de mi cora-

çon si en algun punto desocupado de sus regalos acaso te membrares de mí y entiendas en el punto y flaqueza en que me veo, no te correrás que en tan desvalida parte mora tu retrato? Y tornando furioso y fuerte á calar la vissera de su roto yelmo, saltó contra Albasilvio que no poco espantado de la fortaleza de su contrario cuydaua en el gran peligro en que se via, semejándole ser imposible salir vivo de tan áspera batalla; más como de tanto ardimiento fuesse, y ánimo intrépido, confiado en él, salió á recibir el denodado enemigo con aquel ardid y esfuerço con que á toda cosa acometia. ¡O cuanto prez perdieran estos caualleros por fazer tan escogida y estupenda batalla en parte donde el mundo no la viesse, si no fuera por tiempos pintada al natural en la gran sala de las maravillas! Tornaron á se ferir, y como sin escudos estuuiessen y las armas rotas, y se buscassen las escotaduras llagábanse á menudo. Cosa horrible de los ver tan sangrientos y encarnizados sin temor de la espada, especial Albasilvio, que si Dios no le vale aquí fenescen sus altos principios de cauallería, porque el cauallero negro, puesto que de ánimos fuerça y soltura de persona fuessen yguales, el cauallero negro era más ussado en las armas, y remedio á los dos no les falló. Tened por cierto que los dos inuencibles caualleros prouarian todas las fuerças y ardides que podian por ser arribar, al fin, firiéndose por las partes más descubiertas de punta y de otras maneras, ostigándose y dessangrándose tanto, que solos ellos en el mundo, que tan llagados fueran, pudieran sostenerse sobre los piés ni leuantar los braços, y assi se les boluian á

veces las espadas en las manos. El cauallero negro, teniéndose por despachado, y que más valer no se podia, quiso dar remate á su vida y de su contrario con vn famoso golpe, y esforçándose mucho para ello toma la espada á dos manos. Albasilvio, que por ventura cuydó lo mismo, toma la suya de aquella manera, y levantóla en alto, el cauallero negro descendió la suya en el mismo tiempo diziendo:—Reciba la vana cabeça el pago de la liviandad que tuvo en creerse de palabras de donçella y tan falsa. Y vinieron á se ferir á la par con tanta fuerça para su daño, que el cauallero negro firió á Albasilvio sobre el yelmo de tan mortal y extraño golpe, que metiendo por él gran parte de la espada, la rompió en tres partes, quedando la parte de medio metida por yelmo y cabeça. Albasilvio le firió assi mismo sobre el yelmo tan pesadamente que le dexó desuanescido y mal llagado para caer; cayéndosele la espada de la mano y dando con el pomo en tierra, viniendo á caer á la parte del cauallero negro que caya sin acuerdo fazia ella, guiando la siniestra mano del secutivo y malino hado la espada, á tiempo y de manera que el mal andante cauallero negro vino al caer á se lançar la punta por la desclavada vissera del yelmo, penetrándole los sessos, saliendo por el colodrillo, con el alma del más esforçado y buen cauallero de los de su tiempo, y más cumplido en gentileza, cayendo á los piés de Albasilvio, que su extremada ardideza, puesto que el golpe y llaga tan mortal fuesse y quedasse algo desuanescido, no fué tanto que no estuviesse en el espantoso caso; y viéndose sin espada, no cuydando

fuesse muerto el cauallero negro, puso mano á vn puñal que siempre en el cinto traya y fué sobre él para le matar ó rendir, y al abaxar el cuerpo desvaneciósele la cabeça y cayó sin bullir pié ni mano sobre el cuerpo del cauallero negro.

La falsa donçella que esto desseaba, con gran gozo dixo: —¡O Prenestina de Guidon, y qué nuevas tan buenas te llevo! ¡O qué lançada tan fiera dás oy al tu mortal enemigo Gelismundo en fazer morir tan crudamente las dos personas que tanto le dolerán! ¡O quán en cargo me eres por me haber yo dado tan buena maña en conoscer y traer los dos que tanto me encargaste á punto para tí tan agradable, podiendo yo certifficarte que los dexo muertos entrambos! Y con esto dando del açote al palafren, á más andar se metió por una floresta.

Gamonil, que viendo caer á su señor se habia derrocado del palafren, oyendo las razones de la engañosa donçella, conosciendo el aleue que á los dos fecho habia, traspassado el su corazon de dolor, se dexó caer sobre los cuerpos tal como su señor; y tornando en acuerdo comenzó á dar fuertes alaridos que los montes atronaban y quexas al cielo que habia consentido tan fuerte engaño. Y estando desatinado de pesar, teniendo por muertos á los dos, viendo á su señor, que puesto muerto no fuesse, teniendo la pieça de la espada metida por la cabeça, la noche que entraba escura y tempestuosa y en aquel desierto páramo, no sabia qué se fazer, porque el dolor que tenia de ver tal á su señor (y el pavor que á la noche si allí quedaua descendiessen las brauas fieras de los montes, que por allí asaz habia, al olor de los cuerpos,

y á él tambien deuorassen) estaba en graue tormento y cuydado; y con estas ánsias luchando, oyó cerca de sí doloroso duelo y penoso llanto, y mirando á todas partes, vido salir del monte y venir azia él vnas andas cubiertas de negro y vn hombre que las guiaba, guarnido de ropas tristes, cubierta la cabeça con vn luengo capirote de lo mismo. Venia faziendo esquiuo duelo, y como arribasse donde los caualleros yazian, parando las andas y saltando ligeramente dellas, sin mirar á Gamonil ni razonar palabra, con solloços y gemidos tomó en sus braços á Albasilvio, sin le quitar la pieça de la espada que el yelmo y cabeça fendia, lo leuantó como si pequeño donzel fuera, y mansamente bañándolo de lágrimas le metió en las andas, y acrescentando su amargo llanto, fizo lo mismo del cauallero negro, sin le sacar la espada que por la visera lançada habia y traspassada por la cabeça; y como tuviesse los dos en las andas, subiendo á cauallo lassamente, poniendo los cauallos en el camino, tiró por él adelante, no cessando sus gemidos y esquiuo llanto. Gamonil, viendo que á su señor por tal auentura lleuasse aquel hombre no conoscido, puesto que gran pavor oviesse, subió en su palafren, y con tristes alaridos que los montes atronaba siguió las andas, rogando al alto Señor á vozes las guiasse á buena parte, y recibiesse en su sancta gloria las almas de aquellos presciados y malandantes caualleros, que engañosamente á la cruda muerte habia la fortuna traydo: y arribando á las andas con gran compassion rogaba al hombre dellas le dixesse quien era y donde yua, que tan buena obra

mostraua fazer; mas el hombre no le respondia palabra ni atendia sino á llorar y caminar, donde los dexaremos, y oyd lo que á Filorante avino que al escudero seguia.

CAPÍTULO XXI. **De las notables aventuras que á Filorante avinieron siguiendo al escudero de la Duquesa de Thesalia.**

L buen cauallero Filorante de Brimar caminaba con el escudero de la Duquesa de Thesalia, trayéndole Festerin sus armas, desseando fazer por sí algun buen fecho, que como sabedes desto sólo era desseoso y afficionado; y como con el escudero á más andar fuesse, íbale diziendo:—Amigo, dezidme si os pluguiere, es lueñe de aquí el Castillo de Filotea?—No señor, dixo el escudero, que passada aquella pequeña montaña que tres millas de aquí es, veremos luégo las torres y fermosa vega, pobladas de buenas villas, todas subjectas tiranamente á esta Filotea, que grande es su linage y terrible la gente dél, enemiga del Emperador Gelismundo, porque fizo ahorcar un gran señor dellos por tiranías y daños que fazia; y aora por esto fazen más, y andan robando y prendiendo caualleros andantes, que amigos ó criados del Emperador sean. Esta Filotea es una de las fermosas donçellas que hauedes visto, aunque no tanto como Polinice de Sanario, que á ésta pocas le ygualan. Es casi jayana, y en la soberbia lo es. Dicen que por vivir libre y á su plazer mató á su madre que la tenia recogida, enamoróse

de vn pariente suyo llamado Flutuoso, porque le vido vn dia combatir con dos caualleros, que sin causa, por amor della mató; á éste dió el su amor, y él le prometió de dalle todas quantas donçellas por el su castillo pasassen, para que la siruiessen y fuessen sus cautiuas, y de prender todos los caualleros que con él armas fiziessen, y assi lo cumple, y tienen muchas cautiuas maltratadas, y cautiuos en ásperas prisiones, sin hauer dellos duelo.

El principal deste grande y mal linage se llama Turinaco el Pavoroso, puesto que en él ay grandes señores de título y mayor estado; es de gran cuerpo, mas de pequeño corazon, y el más astuto en trayciones del mundo, y además cruel con gente del Emperador. Tiene vna madre que se llama Prenestina, que en crueza y villanía sobra á todos los alevosos; es grande encantadora, y con sus encantos faze mil desaguisados. Tiene el Turinaco castillos fuertes donde se acoge y faze muchos daños. Assi que, buen señor, esta Filotea y su amigo Flutuoso son desta casta, y de los peores de ella. Dios vos ayude, pues tan buen derecho llenays. Difficultossa empressa es la que hauedes por me fazer bien emprendido; mas con los árduos fechos ganan prez y onor los caualleros, y assi, espero en Dios que os faredes en esto famoso.—Ora en el nombre suyo vamos dixo Filorante, que la ventaja tenemos con nos en lleuar la razon.—Y razonando en muchas cosas, que bien entendido el escudero era, subieron la montaña y vieron suso della vna gran vega de muchas villas y casas, y en el medio de los pueblos, á vna milla del que más lueñe estaba, era el cas-

tillo, grande y bien fecho, de altas torres y fonda cava, que bien el agua della parescia. Folgósse Filorante en verse tan cerca y diósse mucha priessa á caminar, porque el sol declinaba. Luégo que descendió de la montaña y entró en la vega, fué descubierto de atalayas, que para aquello Filotea tenia, y sintieron tañer de una dellas, que era luégo á la entrada vna bocina que la vega fazia resonar, para que Filotea y Flutuoso entendiessen que venia caça; y de milla en milla, fasta arribar al castillo de las atalayas sonaban cuernos, assi como por ellas yuan passando, y desta manera los del castillo entendian los que en la vega entraban, y hasta donde llegaban.

Pues arribando Filorante á vista de vna puente que ante el castillo era, por donde se passaba vn fondo rio, quedando entre él y el castillo vna ancha plaça, vido venir por la puente adelante vna donçella á pié, fermosamente guarnida, y venia á más andar fazia él. Filorante, conosciendo que á él venia, la atendió. Arribando á él dixo:—Cauallero, la fermosa Filotea de Guidon, señora de este castillo, os ha visto venir, y se marauilla que osedes passar por aquí donde ella está, sabiendo vos que todos los que por aquí passan la ensañan; avisaos que os torneys por do venistes, ó aparejaos á combatir con aquel cauallero que al cabo de la puente os atiende á cauallo con lanza.—Amiga, dixo Filorante, dezid á vuestra señora, que yo no he sabido que ella se enoje; que los caualleros que por aquí vienen passan su camino sin la deservir. Yo soy contento de tornarme por do vine, si á ella le plaze;

mas querria ántes ganar por armas vna fermosa amiga que dizen que tiene en su castillo vn cauallero que se llama Flutuoso, por quien él faze en este passo muchos males y agrauios, y que fecho esto yo me tornaré.—La donçella sonriéndose dixo:—La más nueua demanda pedís, cauallero, que se nunca oyó; y sin desengañaros de lo que cuydays, yré á dar la respuesta que me hauedes dado, y atendeme aquí que yo tornaré con lo que hauedes de fazer. Y volviendo la puente adelante entró en el castillo, y no tardó mucho quando Filorante (que riendo estaba de ver el pavor del escudero por lo que él habia á la donçella dicho) la vido venir, y arribando á él dixo:—Cauallero, Filotea mi señora vos embia á dezir que ella es la amiga de Flutuoso que haber deseays, y que jura por su fé que si la ganaredes de se os entregar; más que tambien vos faze cierto, que si soys vencido de daros la más cruda y nunca vista muerte que ymaginar se pueda. Y no quiere que corrades por la puente que es estrecha y podriades caer de ella y mataros como han fecho algunos, y pesarle ha que murays tan dulcemente.—Harto lo será, dixo Filorante, quando yo la vea, que me adulçará los géneros de tormentos que dessea darme.—Ora venid, dixo la donçella que de buen coraçon semejays ser.—Veldo vos, dixo Filorante, pues dessea recoger en sí á Filotea. Y con donayrosas razones passaron la puente y vieron al cabo de la plaza á Flutuoso (que poco para jayan le faltaua) armado de resplandescientes armas con vna gruessa lança en la mano. Filorante alçando al castillo los ojos, vido

á muchas finiestras dueñas, y donçellas, y caualleros que mirándole estaban, y dixo.—Donçella amiga, dezid á vuestra señora que pues con tan alta empresa vengo ante ella que me assegure desta manera; quince caualleros tiene de la fija de la Duquesa de Thesalia pressos, que los ponga con sus armas en su libertad, queden otros tantos en el castillo, y los demas se salgan dél para que yo libremente pueda entrar á verla si tuviere tan buena andança que saliere vencedor. La donçella fué con esto á su señora, que como una fiera tigre la falló por el atreuimiento de Filorante; y como oyesse las atrevidas y comfiadas razones que le enviaba á dezir, sándia de yra, dando vozes y resoplidos mandó que los caualleros de Poliniçe se armassen y quedassen con otros quince en el castillo, y que saliessen desarmados los demas suyos que en el castillo habia, marauillándose todos como guardaba ley á aquel cauallero, y no le fazia ante sí fazer pieças; más ella no lo fazia por ál de que tenia tanto desseo de fazer en él con sus proprias manos cruezas, que temia si le enviaba á prender que le matassen y no podria despues aplacar su saña; y por assegurarlo para que combatiesse con Flutuoso, que vivo y sano le cuydaua él solo prender como se lo habia prometido.

Salidos los caualleros del castillo, y puestos en libertad los de Poliniçe que á las puertas con los otros quince estaban, salió Filorante á la plaça faziendo mesura á las donçellas que á las finiestras eran; dando bramidos Filotea paresciéndole cosa monstruosa que vn solo cauallero ni ciento

fuessen con ella tan desacatados; y sacando la metad del cuerpo por la finiestra dixo en altas vozes:—Flutuoso, por el amor que me tienes que çedo me trayas vivo esse mal andante, porque yo le quiero dar con mis manos amargo castigo. En esto partieron los dos, tomando por señal de arremeter el son de las horribles vozes de Filotea, viniendo al más correr de sus cauallos á se encontrar debajo las finiestras de Filotea con tanta fuerça y vigor que se pasaron los escudos y lorigas firiéndose en los pechos malamente; y rotas las lanças meten mano á las espadas embraçando los falsados escudos, y comiençan á se ferir sin piedad alguna. Todos tenian á gran marauilla que con Flutuoso pudiesse durar tanto aquel cauallero, el cual habiendo recebido vn descomunal golpe que le habia fendido el escudo y llagado en el braço, y alcançándole sobre el yelmo la cabeça faziéndosela inclinar fasta las ceruizes del cauallo, le habia lançado al rostro vna punta de espada calándosela la vissera que un palmo della le metió por vn ojo, y queriéndola sacar no pudo, por estar tan apretada la vissera y habella fincado en el huesso. Este golpe le desatinó de manera que no tuvo juyzio para ferir. Filorante viéndole desatinado tiró á dos manos de la espada con tanta fuerça que dió con él del cauallo abaxo, y como tenia la espada tan fuerte y no la pudo sacar no fué en su mano de no dejar la silla, y leuantándose con gran presteza vido la espada de Flutuoso en el suelo; ved si seria perezoso de la tomar; y saltando sobre él, que se andaba volcando con la rabia del morir, dixo:—Fermosa amiga

has perdido, Flutuoso, por la no merescer. Y soltando aquella espada travó de la suya á dos manos, y fincándole el pié en los pechos tiró tanto que la rompió, quedándole el pedaço dentro de los sessos; y desenlaçándole el yelmo, no catando si muerto fuesse, le tajó la cabeça y lançó rodando por la plaça, corriendo á la puerta del castillo con la espada de Flutuoso, que gran buelta en el andaba.

Ora oyd á que vienen los soberbios que tienen las cosas en poco. Mirad que por despreciar Filotea aquel solo cauallero las sandezes que fizo en no le consentir justar en la puente, donde los más andantes della caian por no estar sus cauallos duchos á aquel menester, que el de Flutuoso estaba ademas adestrado, y dar libertad á los caualleros pressos, y sacar su gente del castillo. Pues como la braua y soberbia dueña viesse rodar por la plaça la cabeça de su amigo, vencióla tanto el furor, que diziendo á grandes voces: —¡Cauallero que Dios te confunda, mira como te me entrego! se lançó por la finiestra ayuso que asaz alta era, cayendo cerca del cuerpo de su amigo fecha pieças.

Filorante, que á la vuelta del castillo corrido habia, falló los quinze caualleros del castillo á las vueltas con los de Polinice, que como vieron tajar la cabeça á Flutuoso, entendiendo que fazian seruicio á Filotea en matar aquellos caualleros hahian dado en ellos y fallado gran resistencia; más como Filorante venia con la espada en la mano sangrienta, y entendieron la muerte de Filotea, diéronsele á merced, y assi se apoderó del castillo, dándole muchos (que

contra su voluntad allí estauan, grandes loores.) Luégo, ante todas cosas, Filorante fizo venir al escudero, y Festerin, entrando en el castillo con el gozo qual podeys pensar; y faziendo Filorante cerrar las puertas y entregarse las llaves dellas fasta ver lo que en el castillo habia, entró en el gran corral donde le falló lleno de dueñas y donçellas, que grandes vozes dauan diziendo:—¿Dónde está la flor de los caualleros que tanto bien hoy á tantos ha fecho?—y venian á él con infinito gozo; vnas le besaban la falda de su loriga, otras se lançauan á sus piés, y otras le tenian abraçado, desatinadas de gozo.

Filorante, que el más cortés de los caualleros era, recebia mucho empacho de se ver assí tratar, y fizolas arredrar á todas. Una dellas, que de la armada y sangrienta mano le tenia, dixo:—No vos cuyteys, buen señor, con estas vuestras prisioneras, que todas folgamos de que seays señor de nuestras libertades.—Semejándole á Filorante salir estas razones de boca de ángel, segun la voz era clara, delicada y suave, miró en la donçella que las habia dicho y le tenia por la mano.—¡O fuerça de amor, que aquel duro coraçon tan libre y apartado de amorosos cuydados, en aquel punto que sus ojos vieron la fermosura y donayre de la donçella, se ablandó de manera, que sintiendo el fuego amoroso, començó á salir estilado por los ojos, saltando dellos lágrimas que la faz le bañaron, viniendo con ellas ánsias dulces y penosas, como que el corazon no le cupiesse en el pecho, ni pudiesse con sus ojos, para que en los fermosos de la donçella no se

fincassen, quedando yerto, sin mouerse ni entenderse, ni oyr lo que la donçella, tirándole de la mano le dezia; que viéndolo tal, aunque por no tener alta la vissera la faz no le via, cuydando fuesse mal llagado, dixo:—Buen señor, si llagado soys, vamos donde yo vos cate vuestras llagas, que aunque sean mortales yo vos las guaresceré. No por aquello Filorante respondia ni se mouió. El escudero que le truxo, llamado Topacion, viéndole assí, dixo:—Señor cauallero, mirad que os fabla la fermosa Polinice de Sanario, fija de la Duquesa de Thesalia, por quien vos aquí venistes.—Filorante, voluiendo en sí como de sueño, sospirando entre sí, dixo:—A buena feria he venido, bien gano en ella, que cuydando dar libertad á otros he perdido la mia. Y tornando á mirar á Polinice, que de la mano le tenia, dixo:—Perdonadme, fermosa y buena señora, sino vos he respondido, que el dolor de una llaga no me ha dexado hablaros, ni creo me dexará vivir.—Polinice dixo: no hayades, buen señor, cuydado de vuestras llagas, que yo vos las guaresceré mejor que otro alguno.—Esso creo yo bien, dixo Filorante, que Dios vos habrá dado tantos dones, que tambien os habrá dado gracia para dar vida á todos aquellos que mal llagados merescen á vuestras manos venir.

Y levantando la vissera de su yelmo y quitándose las armaduras de las manos, trauando por la fermosa mano de Polinice, con además sabor de la tocar, se metieron en vn palacio ricamente adornado, donde habia lechos de ricos paños, donde Polinice quiso que Filorante se acostasse para

le catar las llagas, que en este menester par no tenia; que sabed que la Duquesa de Thesalia, su madre (que viuda era), tenia de sciencia de sus antepassados vn singular don de naturaleza, y eran vnas palabras sanctas y buenas que entre padres y fijos se quedauan sin que otros las supiessen, que bañando en agua clara paños delgados de blanco lienço, y dichas sobre ellos aquellas palabras, puestos despues en llagas terribles y peligrosas, en seys dias las guarescia por grandes y dañosas que fuessen.

Entrados en el palacio, quanto más Filorante miraba en Polinice, tanto más se enternescia y pagaba della, y díxole:—Fermosa señora, ninguna cosa buena fize en esta vida que más sabor me diesse, que haber fecho seruicio á tan alta y fermosa donçella como soys; y pues yo vine por os seruir y dar libertad, sabed que la habedes y soys señora del que os la dió, y del castillo y estado dél; y assí fazed de todo ello á vuestra guisa, porque yo no faré ál que obedesceros. Vedes aquí las llaves del castillo que son vuestras; ordenad á vuestra voluntad, que será la mia.—Polinice, que además Filorante bien le parescia, viendo con quanta mesura con ella trataba, tomóle gran voluntad y dixo:—Siempre ví el valor y cortesía vivir juntos, assí como en vos señor veo, y pues me days poder para ordenar aquí á mi guisa vuestras cosas, yo os mando que no hayades por agora otro cuydado que de vuestra salud.—Pues vos, la mi señora, lo habedes tanto della, no ay para que yo lo tenga, sino de seruiros.—Y con esto fincó en ánsia y arrassáronsele los ojos. Viéndolo

tal, Festerin no pudo ál fazer que duelo, porque conosciendo á su señor por el cauallero del mundo más en todas las cosas suffrido y libre de passion de amor, cuydó que viniesse mortalmente llagado. En esto vinieron á Filorante dos dueñas de graues continentes, á quien la Duquesa de Thesalia habia encomendado la guardia de Poliniçe su fija, con otras cinco donçellas que le desarmaron con mucho donayre y tiento, y falláronle en el braço siniestro vna mala llaga, y otra asaz peligrosa en la cabeça. Poliniçe le fizo acostar en vn lecho de ricos paños, y mandando á sus donçellas que el menester le truxessen, le cató con sus fermosas manos (que de las mejores del mundo eran) las llagas, poniéndole sobre ellas los blancos lienços bañados en agua clara, semejándole á Filorante no haber en su vida sentido en cosa alguna tanto sabor. Poliniçe como era de tan poca edad que no deziocho años habia, y viesse aquel cauallero que tanto por ella habia fecho, tan fermoso y apuesto, pagósse mucho de el; y juntándose la afficion con el amor deleytabasse mucho en lo mirar y tratar, y conosciéndole que se folgaba con ella le dixo:—No os duela, buen señor, la muerte de Filotea y el no poder gozar della, pues fasta no en conoscer el bien que le venía de ser vuestra anduvo desatinada.—Filorante ovo desto algun empacho, y dixo:—Mas desatino fuera, mi buena señora, creer que yo viniesse por su amor.—Poliniçe aquella noche quiso quitar cuydados á Filorante, y assi ordenó á dos caualleros ancianos, sessudos á marauilla y de grande experiencia, en las cosas del mundo, hermanos de las dos due-

ñas, que tuuiessen cargo de la guardia y cosas del castillo. Estos lo fizieron ademas bien, poniendo recaudo en todo, librando los prisioneros que asaz cuytados habia; y dándoles sus cosas, y otras á quien menester las ovo, (que assi Poliçe les habia ordenado que fiziessen), y licencia para fazer de si cada cual á su guisa.

No se vos podria contar el gozo que por el castillo andaba; vnos por verse libres, y otros por salir de seruidumbre tan graue; que ademas vnos y otros estaban en seruicio de señores tan malos descontentos; y el que más gozo sentia era Filorante, semejándole no haber cosa en esta vida más deleytosa, más dulce, más agradable, que mirar á Poliniçe y razonar con ella. Y era verdad que en su tiempo de essa edad no se fallara donçella en la mayor parte del mundo mas fermosa y de mejor donayre y entender. Esta noche no quiso Poliniçe que Filorante razonasse con alguno, sino que le dexassen solo repossar, no le plaziendo á él desto, porque le parescia no poder viuir vn punto sin ver á la señora de su alma; que conosciendo no tener peligro con ella la vida de aquel cauallero á quien tanto debia y amaba, gozábasse ademas faziendo á Festerin mucha fiesta, demadándole la fazienda de su señor. Festerin, que á duro otro escudero más sessudo quel se fallara, respondiole que su señor se lo diria; y teniéndolo Poliniçe por discreto, no le quiso más en ello fablar: y como Topaçion su escudero le dixesse que era vno de los famossos caualleros del Sol, que tanto los rayos de sus altas cauallerias resplandescian, quedó

ademas contenta, cuydando fuesse de alta guisa. Aquella noche se passó en fiesta y placer mandando Poliniçe so terrar juntamente los cuerpos de Filotea y su amigo en vna capilla que en el castillo era fermosa y rica.

CAPÍTULO XXII. **De la grande aventura que aviuó á Filorante de Brimar en el Castillo de Filotea, donde mal llagado estaba.**

GRAN vuelta se leuantó por el castillo de Filotea vn ora antes de dia, viniendo gentes al aposento de Poliniçe diziendo:—leuantadvos, señora, y poneos á las finiestras y veredes venir fazia el castillo cosa de gran espanto!—Poliniçe pauor osano fuesse gente de la casa de Guidon que viniesse á fazer vengança de Filotea y su amigo, saltó del lecho, cubrióse con vna ropa luenga, mandando que fasta reconocer lo que seria ninguno lo dixesse al cauallero del Sol por no alteralle la llaga de la cabeça; mas el rumor y vuelta de quantos en el castillo habia era tan grande que Filorante la sintió, y llamando á Festerin, que en otro aposento dormia, y se habia leuantado del lecho á entender lo que por el castillo passaua, como oyesse dar voces que se pusiessen á las finiestras, abrió la de su cámara, que sobre la puerta daban todas aquellas de aquel gran aposento donde Filorante y Poliniçe y los suyos dormian, y como viesse la causa del rumor entró á donde su señor leuantarse queria. Festerin le dixo:—No sé, señor, si os dañareys las llagas poniéndoos á la finiestra, porque veriades venir no

lueñe de la puente la más estraña auentura que se vió.—No faré, dixo Filorante;—y cubriéndose con vna fermosa ropa que alli le dieron de seda jalde bordada de flores de plata, fizo abrir la finiestra de su aposento. Ya Poliniçe y sus dueñas y donçellas eran á las suyas cuando Filorante se asomó á ver la marauilla que todos vian, y vido que entraban por la puente infinitas donçellas guarnidas de ropas blancas y los cauellos desordenados por ombros, pechos y espaldas. Serian ciento, venian en dos filas, vna en pós de otra, con antorchas de cera negra encendidas en las manos que toda la vega relumbraba; venian faciendo esquivo duelo. En medio dellas venian vnas andas cubiertas de ricos paños do oro que por tierra sobraban. Tirábanlas fermosos cauallos negros con guarnimentos de oro; venian las donçellas diciendo con vozes dolorosas:—¡Muerto es, muerto el cauallero que habia sin par nascido para affinar las armas y el onor de los caualleros! ¡mal seguras andaredes, donçellas y todos los que poco podeys, que muerto es, muerto el que os acorria, el que las carreras y florestas con solo su nombre asseguraba! Tras las ricas andas venia vn escudero que del mucho llorar llorar non podia. Guiaba las andas vn hombre anciano cubierta la cabeça con vn paño de duelo, y assí eran sus ropas. Passada la puente, las donçellas se pararon assí en filera, passando por medio dellas las andas, y el cuytado escudero en pós dellas; las donçellas cessaron de fazer duelo, quedando todo aquello en tal silencio, que otra cosa no se oia que gemidos de quando en quando y sospiros además

apassionados que el escudero lançaba. Las andas se pararon á la orilla del fosso donde la puente leuadiza del castillo que alçada era arribaba; el hombre que las guiaba, que además era membrudo, assí como traia cubierta la faz lançó vna voz terrible y espantosa, que la gran vega atronaba, atemorizando los ánimos de quien la oia, diziendo con grande espacio tres vezes: ¡Filorante de Brimar! y otras tres ¡Polinice de Sanario! Ved si alteraria los corazones de los dos oyrse nombrar de aventura tan triste. Luégo, tras esto, el feroz hombre dió otra voz mucho más horrible y espantosa que la primera diziendo tres vezes:—¡Roto es, roto el espejo de la cauallería y onor de los caualleros! Y fasta otra pequeña pieça lançó otra voz tan temerosa, que Polinice y muchas donçellas cayeron en tierra desfallescidas. La voz dezia:—¡Plañid, ó vos los que hauedes el coraçon de amor herido, que muerto es el que mejor lo supo emplear! Y dicho esto, las donçellas leuantaron vn alarido que lo fincaban en el cielo, y en aquel punto sintieron descender el puente leuadizo, y abrirse las puertas del castillo sin que alguno las abriesse, quedando los de la guarda como estátuas, sin mouerse; y entrando seys donçellas con sus antorchas encendidas, entró por el puente adelante las andas y el escudero que las seguia; y assí como fueron en el castillo entrados, se tornaron las puertas á cerrar como ántes eran y á leuantarse el puente y tornarse las donçellas que fuera habian quedado, con la órden y antorchas que truxeron por el mismo camino.

Pues como las andas entraron al corral del castillo, las

antorchas de las seys donçellas se apagaron con las lumbres que por el corral habia, quedando todo el patin escuro; más cedo sacaron gente de seruicio del castillo antorchas encendidas para ver lo que venia en las andas. Filorante habia passado al aposento de Polinice por le dar esfuerço, que le dixeron como se habia desfallescido; y hallóla vuelta en acuerdo, y como le dixeron que Filorante venia á la ver, salió á él cedo, diziendo:—¿Qué aventura, buen señor, es esta que tanto afflige nuestros corazones?—Para mí buena, dixo Filorante, pues me faze ver la que me puede guarir.—Polinice, no entendiendo esto, dixo:—Desorden hauedes fecho en salir aquí donde os podria venir daño.—Mas desorden fuera no salir, dixo Filorante.—Ora pues tan esforçado soys, dixo Polinice, dadme esfuerço y salgamos á ver lo que en las andas viene, que dicen que están yá en el corral. Y trauándose por las manos, sintiendo Filorante poco las llagas que la espada le fizo, salieron al corral, donde no vieron las andas, ni donçellas que con ellas entraron, sino gente del castillo que estaban mirando dos caualleros armados tendidos sobre un gran paño de oro, bañados en sangre, y rotos por muchas partes las armas; y el uno metida una pieça de la espada por el yelmo y cabeça. Este tenia la vissera leuantada y tan teñido y cubierto el rostro de sangre, que no le podia conoscer el que más le conoscia. Gran compassion tomaban todos en los ver tan despedaçados, y desenlaçando el yelmo al otro que armas negras traia, ovo ende caualleros de la Duquesa de Thesalia, que mirando bien en él dixeron

en alta voz:—¡Sancta María, val! ¡muerto, es el mejor cauallero que ciñó espada ni siruió dançella! ¡O Nasamor bastardo de Tracia, que bien te llamaban el cauallero triste, pues siempre viviste angustiado no te podiendo alguno vencer! ¿Y quién tuuo tanta ventura que te pudiesse quitar la vida? ¿Y quién conosciéndote ossó combatir contigo?—Ora sabed que el cauallero triste estuuo tres dias en casa de la Duquesa de Thesalia, y el dia que de Filadolce partió le avino lo que hauedes oydo.

Gamonil, que con las andas vino, mirando acaso á Filorante, conosciéndolo, saltó para él faziendo gran duelo, y lançándose á sus piés, con voz ronca de haber mucho llorado, dixo:—¡Ay, buen señor Filorante, apercebios de suffrimiento y sesso! Vedes á vuestros piés fecho piezas á vuestro amigo y señor Albasilvio de Austrasia, que por gran traycion de una dançella, qual vedes yaze.—Filorante, oyendo esto, desatinado de pesar se dexó caer sobre el cuerpo de Albasilvio. La vuelta de los unos y otros era mucha, y la turbacion de Polinice tal que no sabia que se fiziesse, entendiendo quan altos hombres fuessen aquellos tres, viendo á Filorante abraçado con Albasilvio desfaziendose en lágrimas; esforçándose ella más de lo que para su edad convenia, trauándole por el braço dixo:—Dad tregua al pessar, mi buen señor, y lugar al remedio de vuestro amigo, que si lo tiene yo se lo daré:—Filorante, oyendo la voz de Polinice, dixo:—¡Ay, la mi fermosa señora, y quan sin ventura es el cuytado que no os oye dezir que le daredes remedio, por

que solo esso le remediaria!—Polinice fizo traer çedo agua y lauándole el rostro de la mucha sangre que él quajada tenia vido como pugnaba por abrir los ojos. Grande fué el goço y confiança de Polinice conosciendo que no era muerto, y dixo: —Si sacándole la pieça de la espada de la cabeça entre mis manos no muere, yo le daré vida. Y sentándose á par de él y de Filorante que tremaba de pauor, viendo en tan estrecho passo á Albasilvio, tomóle la cabeça mansamente y asentóla sobre su regaço y tentó si podria sacar el pedaço de espada; y entendió como el yelmo apretado lo tenia, y á su parescer no passaba mucho más adentro del almofar, y creyó que su lazeza y desfallescimiento fuesse de la sangre perdida, más que de la llaga mortal; y deslaçándole el yelmo con gran tiento se lo saco de la cabeça con la pieça de la espada fincada en él, sin le haber tocado á los sessos, aunque los huessos rotos. Dando Polinice vna voz agradable dixo:—Salvo es Albasilvio: gózense sus amigos! Y sacando del dedo vn anillo de gran virtud para restañar sangre y esforçar al coraçon, se le puso en el dedo, mandando que çedo le desarmassen y acostassen en vn lecho; y reconosciendo el bastardo de Traçia vido que era muerto, y encomendó su cuerpo á sus caualleros que alli eran, fasta que á la mañana le diessen honrrada sepoltura. Y fué con Albasilvio que ya por virtud del anillo más vigor mostraba, por lo que Filorante y Gamonil mostrauan ensandecer de goço; y puesto en el lecho y catadas las llagas, que muchas y grandes eran, fallósse que ninguna era peligrosa; y dexándole reposar, Polinice mandó

á Filorante que se tornasse al lecho y no partiesse dende sin su órden. Filorante lo fizo assí, ledo á marauilla por entender que Albasilvio sin peligro fuesse; y que su señora le mirasse de buen talante, que fué parte para guarir más çedo.

Venida la mañana, la fermosa Polinice quiso fallarse en el entierro del Bastardo de Tracia, el qual fué asaz llorado de muchos que sabian quan alto hombre y estimado cauallero fué: y mandóle depositar el cuerpo para que se le ficiesse vn sepulcro sumptuoso de mármol, como andando el tiempo el que tuvo cargo de aquel castillo le fizo. Pues tornando Polinice del entierro, entró á ver á Albasilvio y fallóle vuelto en sí, espantado de se ver en tal parte, membrándose de la cruda batalla que con el cauallero negro fazia, y cuydando fuesse de él vencido cuytosse. Polinice entendiendo su passion dixo:—Buen señor, no vos cuytedes de cosa alguna porque estays en parte que mirarán asaz por vuestra salud; y no hauedes habido lo peor de vuestra batalla; y atended agora á vos, que ya vos diremos lo ál que saber desseays.—Y tornándole á catar las llagas se las falló buenas, (dando esta nueua goço á todos quantos en el castillo eran, que asaz á Filorante amaban). Salido Polinice del aposento de Albasilvio, dexando en el donçellas y escuderos que le sirviessen, fué á ver á Filorante que con Gamonil era, que viéndola venir le tremó el coraçon de arte que faziendo su rostro gran mudança Polinice miró en ello, y espantóse, porque entendia que dolor ni accidente de sus llagas le causaban tal alteracion; y como le viesse sospirar y en-

ternecerse afincadamente, mirándolo cuydó lo que ser podia y tornóse loçana dello, y sentándose cerca del lecho viendo á Gamonil y sabiendo ya que era escudero de Albasilvio dixo: —Amigo, assi gozes, que nos digas la causa que á tu señor ha traydo á tanta mala andança, y fecho en el mundo tan gran daño como sacar del al buen Nasamor, bastardo de Tracia.—¡Ay, mi buena señora, dixo Gamonil, sabed que segun yo entendi ha sido gran aleue y traycion! Lo que yo deziros puedo es, que llevándolo una dançella, que mal haya, á desagrauiarla de vn cauallero que decia hauerle tomado vn cofre de ricas joyas, que traia para el cauallero de el Falcon, que era el bastardo de Tracia, encontramos en vna carrera ayer tarde al mismo bastardo armado de las armas negras que vistes, y la falsa dançella que por la carrera habia dicho á mi señor grandes maldades y alevosías deste cauallero negro, que mostraua no conoscer, y como le viesse, faziendo además duelo dixo como era aquel el cauallero villano que el cofre tomado le habia, y ligada á vn árbol, y ferido crudamente con vergas de los árboles; y por más que el cauallero negro se escusó diziendo la verdad de lo que con ella habia passado, como la habia acorrido de vn cauallero que al salir de vna floresta la venia firiendo en la cabeça con la lança, y dado á él de su voluntad el cofre, nunca mi señor lo pudo creer; con tanta fuerça y engaño la mala dançella informado lo habia; en fin, vinieron á la más cruda batalla que nunca fizieran caualleros, no se viendo en ellos mejoria, aunque á mi señor le dañaba mucho ser ade-

más de coraçon orgulloso, que le fazia menguar el huelgo, lo que no fazia el bastardo, ántes semejaba crecelle la fuerça y vigor; y viniéndose á se ferir á un tiempo, el bastardo le firió sobre el yelmo, rompiendo en él la espada, quedando la pieza della (como vistes) por él metida, *y mi señor le firió sobre el yelmo y cayéndosele la espada, y dando el pomo en el suelo y la punta derecha, acertó el cauallero á caer sobre ella y metérsela por la vissera, y mi señor, echando mano al puñal, cayó desvanecido, y assí, casi á un tiempo* (*) cayeron los dos sin bullir pié ni mano; viniendo las andas cubiertas de negro, con sólo aquel dessemejado hombre que las guiaba, el qual ligeramente los metió dentro, y sin me dezir razon alguna tiró su camino, y yo tras él; y á pocos passos que dimos topamos las donçellas que vistes con las antorchas, y assí vinimos aquí sin saber yo donde yban. Ora sabed, señora, que al tiempo que los dos cayeron en tierra sin bullir, la falsa donçella, mostrando por ello además gozo, volvió las riendas para yrse diziendo:—¡O Prenestina de Guidon, y qué nueuas tan buenas te llevo! ¡O qué lançada has dado por el coraçon á tu mortal enemigo Gelismundo Emperador! ¡O quán en cargo me eres por haberme dado tan buena maña en conoscer y traer los dos que tanto me encargaste, á punto para tí tan agradable, podiéndote certifficar que á entrambos dexo muertos. Esto es lo que ha passado: ved, la mi

(*) En el libro decia: «le lanzó la punta en la suya por la escotadura del arnés so el brazo siniestro, y assí.» Lo que en el texto vá de cursiva está añadido de otra letra, que sospechamos seã la del autor.—*(Nota del editor.)*

buena señora, quan engañados han sido, y el pesar que mi señor recebirá quando entienda que por tan aleuoso caso ha muerto el mejor cauallero del mundo; santiguándose la fermosa Polinice oyendo tan grande aleue y traycion, dixo:—¡O Sancta María Señora, sacad de la vida gente que tantos males faze, como son estos de Guidon! Amigo, aquí se ha començado á fazer vengança de los aleues que has contado, y espero en Dios, que andando el tiempo se hará mayor.—Dios vos oya, buena señora, dixo Gamonil, que grandes daños fazen los de essa casa.

No ménos que Polinice, quedó Filorante espantado, y con gran pesar, de la muerte del bastardo de Tracia, de quien tan altas cosas habia oydo contar. En cinco dias que la fermosa Polinice tuuo en cargo la salud de aquellos caualleros, Albasilvio quedó sin ninguna sospecha de peligro, y Filorante se levantó del lecho más doliente del coraçon que se habia acostado enfermo de las llagas; y vínole á apretar tanto la passion de amor, que lo acobardó de manera, que moria por descubrir sus ánsias á su señora, y *como mal experimentado en amores y muy enamorado* (*), no osaba medroso de la ensañar, y passaba vida dulce y de mucho affan, y no ménos la fermosa donçella que desde la primera vez que le vido se pagó fuerte dél, más como no sabia quien él fuesse, no ossaba dar de sí al amor toda la parte que pudiera y deseaba; más quando supo como era de alta guisa, entregó-

(*) Tambien esta frase está en renglones añadida de la letra que nosotros juzgamos ser de Urrea.—(*Nota del editor.*)

sele toda, y passaba consigo cuytas de amor grandes, entendiendo la passion de Filorante y su encogimiento; y assí no folgaba sino con le ver y tratar, abriéndole todas las carreras que podia para que él por ellas á se le declarar entrasse. Mas el temeroso amador, viéndose en la prision que tanto él toda su vida temió, no sabia valerse; al fin, viendo que ni la noche dormia, ni el dia reposaba, ni su coraçon tomaua sossiego, acordó de razonar sus fechos con Festerin, que uno de los discretos escuderos del mundo era, y con quien vn cauallero mejor podia tratar. Festerin, semejándole ver la cosa más nueva que verse podia, entendiendo que su señor que tan libre fasta allí habia vivido, anduuiesse aora tan cativo y ageno de sí, acertóle á dezir tan buenas razones, que no solamente le conortó, mas le dió esperança de remedio.

Avino vn dia, que fallando Festerin en una finiestra sola á Polinice, quedó razonando con ella en muchas cosas, demandándole ella la fazienda de su señor, y lo que despues que de la baxa Alemaña partiera le habia acontecido; faziéndole contar muchas vezes lo que en el Albergue amorosso habia passado con la donçella atreuida que á su cámara vino, diziendo:—¿Y cómo, amigo, y assí trata tu señor las donçellas que le bien aman? Si las demás tomassen mi consejo, yo les diria que lo no amassen, pues tan mal al amor paga.—Dios guarde á mi señor de verse enamorado, dixo Festerin, porque como nunca lo ha sido, vernia á ensandecer por no saber valerse con las bascas de amor.—Y por tu vida, dixo Polinice, ¿es possible que siendo tu señor de tan poca edad y criado en córte de

Rey donde ha fecho fiestas y galas, no haya sido cauallero de alguna donçella?—Yo vos juro, señora, que entre todos los caualleros que yo he visto, dixo Festerin, ni creo que en el mundo sean, se falle otro más libre, ni que ménos bien le parezcan sandezes de amor.—Bien dizes, dixo Polinice, que sandezes á nadie parescerán bien; mas tampoco no se ha de loar que aborrezca finezas y verdades.—Como no las entiende no las precia, dixo Festerin.—Ora díme, amigo, assí gozes, dixo Polinice, ¿de qué anda descontento, cuydoso y sospirando? Que si yo no te tuviesse por hombre y bueno, creeria que quanto dél me has dicho mientas, y que no solamente ande enamorado, más perdido de amores.—Festerin dixo:—No me vala Dios, señora, si yo lo entiendo, porque de su condicion es alegre, affable y de dulce trato, y aora le veo andar triste, desabrido, mal acondicionado, solo, huyendo de todos y razonando consigo, y si tanto no le conosciesse, me haria sospechar que ande, como dezis; más no es posible que amor le haya representado tanta fermosura y donayre, tan buenas partes en dueña ó donçella que con ellas le vença y enternezca su duro coraçon, y si esso es, ¡ay dél, que defenderse no sabrá, si la que él ama no se duele de ver amor tan verdadero, pues el que fué tan enemigo dél claro está que no lo querrá fingir! ¿Pues decidme, señora, el dia de oy si ternia estima ni precio vn amor puro y sin engaño? Bien andante aquella que el amar, y mal andante si á tan leal amador no le agradesce su verdad.—A esto la enamorada donçella no pudo ál que dezir sospirando:—¡Ay amigo, y cómo tienes

razon! Díle que se esfuerce y que yo le doy mi fé, que me duelo de verle tan ansiosso.—O señora, ¿y qué dezides? dixo Festerin llorando, y no le faria Dios tanto bien que fuessedes vos aquella en quien tan verdadero amor él oviesse puesto, para que con vuestra discricion y claro juyzio entendiessedes lo que le debeys y le començassedes á pagar la gran deuda; que yo fio él os esperasse el tiempo que le señalassedes para satisfazerle.—¿Y vees tú en mí tales partes, dixo Polinice, para enamorar tan desamorado coraçon como el de tu señor?—Sabeys quanto, mi buena señora, veo en vos, dixo Festerin, que tengo por cierto que otra alguna de las que él ha visto no pudiera fazer dél lo que vos; y si por razon los coraçones se aficionan como lo hacen los discretos quando tienen libertad de elegirlo, mi señor os ama, y vos soys la que lo habedes derribado, y por Dios que conozcays lo mucho que habedes fecho.—Ora, amigo, dixo apassionadamente Polinice, tu señor vale mucho, y faria yo y qualquiera donçella poco en lo bien tratar. Entiende dél si es verdad que me ama de manera que no entienda haberte yo dado este cargo; y pues fio en él y en tí que no me denostaredes, yo que bien sé que le debo le haré vivir contento.—Festerin además ledo se le echó á los piés, diziendo:—¡Ay! por Dios, fermosa señora, y no vos arrepintays de tan justo propósito, que no es menester para saber dél esso, que yo vaya á se lo preguntar, porque su passion es tan aguda, que ya le oviera ensandecido si no me la descubriera; y yo viendo su poco remedio, con gran fuerça de raçones le he tenido el freno; perdonadme por ello, y he

fecho que pugne por no os amar tan sobradamente, ni mostraros amor; esto sólo ha podido acabar consigo, más no el dexar de amaros, que como en el su coraçon duro entrastes apremiada, aora no podeys dél salir; allí os tiene y terná miéntras en esta vida estuuiere. Assí que vos, señora, soys su alma, soys su amor, y soys su vida; á Dios plegue que no seays su muerte, que para se la dar poco hauedes que fazer, y moriria por vos uno de los mejores caualleros en toda bondad que en su tiempo ha habido.—Amigo, por tal le tengo, dixo Polinice: ¿más qué queredes que faga? ¿qué sé yo si lo que de mí quiere se lo puedo dar? Si es amor lo que pide, yo te doy mi fé que le pago largamente.—No otra cosa: dixo Festerin, tremando de finojos á sus piés de gozo viendo los fechos de su señor tan bien encaminados.—Ora, pues, vé amigo, dixo Polinice, y díle como tú me has certifficado que las ánsias que siente son por mi amor, y que yo te certifico que las que yo siento son por el suyo, y que las siento.

Juzgad qué tal yria Festerin á su señor con esto. que quando lo oyó cuydó morir de gozo; y de allí adelante, razonando con ella con más ánimo, vino á goçar de dulce fruto, dándose los dos palabra de se cassar, como la cumplieron.

Albasilvio y Filorante, despues que fueron guaridos de sus llagas, que en quince dias lo fueran, asentaron las cosas de aquel estado, que muy rico era, dándole en gobierno á Topacion el buen escudero que en nombre del Emperador Gelismundo lo tuuiesse, el qual no passaron muchos años que lo confirmó á la fermosa Polinice, que en su córte fué

amada y estimada como adelante oyredes. Estos dos amigos se partieron con Polinice para la córte del Emperador Gelismundo, y por auenturas que en el camino les avino entraron en ella mucho ántes que Polinice; donde los dexaremos yr su camino adelante, y tornaremos á Don Gelander y Belamir que yban en pós del cauallero que los guiaba.

CAPÍTULO XXIII. **De las sabrosas auenturas que avinieron á Don Gelander de Ungria y á Belamir el fermoso, que en pós del cauallero que los guiaba yban.**

Don Gelander de Ungria y Belamir el fermoso caminauan con el cauallero, deseossos á marauilla de le bien vengar, semejándoles gran maldad la que le habian fecho. Todo aquel dia caminaron por tierra despopoblada, donde toparon algunos cavalleros andantes que buscaban sus venturas corteses y buenos, fallándose aquella aquella noche so vnos árboles que en la mitad de un páramo fallaron, con diez caualleros de diversas naciones; albergando juntos passaron gran parte de la noche á mucho sabor, porque alguno de los diez caualleros contaron auenturas estrañas que por ellos habian passado, y á la fama de de la estraña marauilla yban á Constantinopla por se probar en ella auentura y ver aquella gran corte que tan celebrada era por el mundo. Venida la mañana cada uno subió á cauallo, y encomendando á Dios los vnos á los otros, tomaron diversas carreras, Don Gelander y Belamir siguieron á su

cauallero fasta ora de nona, que arribaron á vna fermosa fuente que cerca de la carrera estaua, á la falda de vna floresta metida entre unos altos salces. Era de mármol vna gran pila, y en mitad de ella vn ciervo grande de metal que parescia bañarse en ella, casi todo cubierto de agua sino el cuello y cabeça, que alta la tenia, y por todos los ganchos de los cuernos salian fermosos golpes de frescas y claras aguas por lo que la llamaban la fuente del ciervo. A los caualleros les paresció aquel fermoso lugar deleytoso y bueno para passar en él la ardiente siesta, que por Julio era, y apeándose de los cauallos quitarónle los frenos, y dexáronlos pascer de la yerba que loçana y fresca asaz por alli habia; y quitándose los yelmos y armaduras de manos se las lauaron y refrescaron en las fermosa fuente, y recostados sobre la florida yerba comieron de lo que sus escuderos trayan, y despues de haber comido queriendo reposar á las sombras frescas sintieron tropel de cauallos que por la floresta adentro fazia la fuente venian. El cauallero que los guiaba de pauor puso çedo el freno á su cauallo y subió en él diziendo:—¡Ay, buenos caualleros, acorredme que entiendo que estos que vienen á la fuente son los malos que vienen de folgar con mi hermana. Y metióse en la floresta.

Apenas el cauallero dixo esto, quando entraron por los árboles de la fuente quatro caualleros armados de fermosas armas, sin lanças sino escudos, agudos venablos en las manos. Venia ante ellos vno asaz membrudo y bien fecho, con sobreuistas verdes y en el escudo vn cuerno negro; éste ar-

ribando á la fuente mirando los dos caualleros que só los árboles sesteaban dixo.—A tan claros soles poca deffensa les será caualleros essa sombra.—Don Gelander parescién-dole que venian en son de paz, porque algunos dellos daban en la gran pila á beber á sus cauallos, no se moviendo de como estaba dixo:—Para nuestros soles y cansancío esta sombra nos basta.—No paresce bien, dixo el gran cauallero, que siendo vos tan mancebos estedes recostados sobre la verde yerba, en torno de las aguas claras, á sombras frescas de floridos árboles, tomando sabor de las cantilenas que por los verdes ramos las enamoradas aues fazen, desarmados manos y cabeças, tan sin cuidado de lo que por tierra tan estraña avenir os puede. Dezidme por vuestra fé ¿de dónde soys?—Don Gelander ensañándose del cauallero mofador dixo:—¿Y que pró vos faze saber de donde somos?—Faze, dixo el gran cauallero, y aun á vos tambien, porque yo tengo en diversas partes del mundo parientes y amigos, por si soys dellos avisaros que las honras no las ganan los caualleros en el occio y reposo viciosamente, sino con affanes y cuydado, sin popar el ardor del sol ni la humedad de la noche, ni otros trabajos; Mal aya quien armas dá á semejantes rapazes que faredes tales cosas con ellas que yá los buenos caualleros se desprecian en exercitallas. ¡Y no me vala Dios si no hauedes de probar, mal que no querays, los trabajos dellas. Y arremetiendo al primer cauallo que alli vió pascer le dió dos lanzadas con el venablo que dió con él muerto en tierra. Lo mismo fizieron dos caualleros y el vno dellos era

aquel que los habia alli traydo, que en entrando por la floresta fingiendo haber pauor se passó á los caualleros que sus amigos eran, como entenderedes. Este arremetió con otro al otro cauallo y alancearon. El gran cauallero luégo que mató el cauallo, con el venablo sangriento en alto fué á los caualleros, que entendiendo la desmesura de los malos y alevosos se habian ligeramente levantado y se ponian los yelmos; quando el gran cauallero que para ferillos venia, sintiendo un gran tropel de gente que por la carrera á más andar venia á la fuente, dexando de los ferir, él y los suyos apresuradamente se metieron por lo más espesso de la floresta. En este tiempo entraban á la fuente caualleros armados cantando, y donçellas en palafrenes lo mismo, y en pós de ellos quatro cauallos como la nieve blancos, guarnidos de oro indio, que tiraban unas ricas andas de paños de oro con fojas de lirio de plata revueltas en ramillos de seda verdes, que quando todos los que con ellas y en ellas venian vieron los cauallos medio viuos alanceados, y los dos caualleros de tan fermosos continentes, los escudos embraçados y las espadas desnudas en las manos, desearon asaz entender qué aventura era aquella, y descendiendo prestamente de los cauallos, assi mismo las donçellas, que fermosas y bien guarnidas venian, fueron á las andas, donde venia vna donçella de poca edad, que á doze años no arribaba. Era algo morena, de gentiles fayciones, los ojos fermosos y agraciados, la boca por extremo bien fecha, el cauello más rubio que castaño, el rostro asaz apuesto, y el semblante graue y varonil, y sin querer que sus donçellas le

ayudassen, saltó de las andas con soltura y gran donayre, y topando con los cauallos muertos no se alteró, ni ovo pauor dellos, y como vido los caualleros, semejáronle á marauilla apuestos, y folgábasse de los ver, y sin ál catar, fué á ellos y díxoles:—Dezid, caualleros, por vuestra fé, ¿hauedes agradescido la buena obra que os ha fecho el que mató vuestros cauallos?—Belamir dixo:—Fermosa señora, si vos los mataredes, agradecieramos oslo, porque siruiendo os vos dello, quedáramos pagados.—Mas lo seriades, dixo la fermosa niña, de quien vos diesse otros. Ora porque me semejades buenos, atended aquí con nos miéntras el calor passa, y entendamos si os pluguiere vuestra fazienda, para que si en algo vos puedo fazer bien, lo faga:—Y tomósse á lavar las fermosas manos y faz en el agua de la fuente.—Las donçellas tendieron cerca dellos vn paño de oro, y sobre él ricos coxines, mas no se quiso asentar en ellos, sino sobre la florida yerba, donde fizo sentar á par de sí los dos caualleros, y como les vido los soles que en escudos y yelmos traian, folgóse asaz, y dixo:—Caualleros, ¿cómo podedes viuir en tiempo tan caloroso trayendo con vos tanto sol?—Con fallar tal sombra como esta, dixo Belamir.—Y como además fuessen mesurados, quitáronse las armaduras de las manos y los yelmos, que no se maravilló poco la fermosa donçella de ver tanta fermosura en caualleros, y sonriéndose, dixo:—Y como por esta tierra ay donçellas de tanto valor que trayan armas y anden seguras entre caualleros, entiendo que llevades armas por passar más libremente estos peligrosos passos de las tierras de Gui-

don, que tantos caualleros malos por ellas andan. Si por ventura fuessedes nuestro camino, podedes venir con nos y ahorrar vos hedes el affan de traer armas, que mis caualleros vos asseguraran las carreras.—Belamir, con mucho donayre y voz la más delicada que sacar pudo, dixo:—La verdad nos hauedes dicho, fermosa señora, que por miedo de no ser escarnidas tomamos las armas.—Bien hauedes fecho, dixo la fermosa donçella, y deuedes ser auisadas, pues hauedes tomado la empressa del sol, que tan temida y preciada es, por la traer quatro caualleros que á duro en el mundo su par se fallarán; mal fezistes en la no poner á vuestros cauallos, porque de todo mal los assegurara.—De los malos, dixo Belamir, mal se pueden guardar los buenos.—Dezidme, dixo la donçella, ¿de dónde soys y á dónde ys?—Señora, dixo Belamir, encubriendo á gran pena la risa, somos de Bretaña, ymos á la córte del Emperador Gelismundo, por la gran fama de sus altas cosas, para si en ella fallássemos buena andança.—Yo voy á essa córte, dixo la fermosa señora, y folgarme he que vengades conmigo, y torneys á vuestro natural hábito.—Mucho vos agradescemos, señora, la merced que nos fazedes, dixo Belamir, en tomarnos en vuestro seruicio; mas por aora no nos mandeys dexar las armas, porque nos fallamos bien con ellas; porque en Bretaña acostumbran donçellas á fazer fiestas de armas vnas con otras, y algunas vienen á lo fazer tan bien como caualleros usados en ellas. Nosotros habemos aprendido el arte militar de manera que á algunas aventuras hauemos dado cima. Rogamos á la vuestra merced nos di-

gays vuestra fazienda, para que se sepamos á quien habemos de seruir.—Esso faré yo de buen talante, dixo la donçella, por amor vuestro, que además me semejades de buen donayre. A mí llaman Leoniselda, soy fija de Prothesilao, Rey de Macedonia; voy á la córte del Emperador Gelismundo, porque la Emperatriz es deuda del Rey mi padre, y vive cuytada despues que su amada fija Felisalua, de la fermosura sin par, yaze encantada por gran pauor que de su fermosura tienen; y voy á le tener compañía y seruir en lugar de su fija: ora dezidme vuestros nombres. Ellos le quisieran besar las manos; mas ella no se les consintió y mandóles fincar como estauan. Belamir, además dissimulado, dixo:—Buena señora, á esta mi hermana llaman Reposada y á mí Traviessa. Entiendo que nuestros padres nos debieron poner en la pila otros nombres, y despues entendidas nuestras condiciones, nos aplicaron éstos, compuestos conforme á ellas.—Assí debe ser, dixo Leoniselda, que de traviessa viene á vos traer armas, y de reposada á vuestra hermana fablar poco.—En esto sintieron gran tropel de cauallos que entrauan á la fuente, y viéndola ocupada y truxessen affan por ser medio dia y las armas se habian además calentado y ellos fuessen soberbios, sin más atender, comenzaron á apartar de allí furiosamente los cauallos de Leoniselda, que dellos arrendados y dellos pasciendo por allí andaban.

En esto arribó á la fuente vn apuesto donzel, señor de la compaña, que treinta caualleros era; venia en un fermoso y bien guarnido palafren ruano, y él con ropas de seda mo-

rada sembradas de barquillas de oro, que sobre olas de plata las velas de seda encarnada mostraban prósperamente nauegar, y vn chapeo de seda morada con penas jaldes y blancas. Como los caualleros de Leoniselda viessen la desmesura de los del donzel, levantáronse todos con escudos y espadas, diziendo:—Caualleros, descorteses hauedes sido en descarriar nuestros cauallos, sin entender que la fuente estaua ocupada de persona que no vos convenia ensañar; tornaos por do venistes, ó meteos en la floresta, porque no os consentiremos que passeys más adelante. Un cauallero de buena apostura y manera, dixo:—Paréscème, caualleros, que estays en son de deffendernos la fuente; ora porque vemos donçellas en ella, vssaremos con vos de mesura en no quitaros con la espada la sombra; sea de esta manera, que si mejores soys que nos este partido os conviene; subid en vuestros cauallos y deffendednos la entrada de la fuente por la lança, y la parte que más lanças rompa se vaya á la floresta ó su camino, y dexe á la vencedora el fresco lugar. Los caualleros de Leoniselda fueron contentos, si su señora lo aceptasse. Leoniselda, entendiendo lo que passaba, fué contenta del concierto, que además le plazian fechos de armas, y quiso salir á ver la justa. Traviessa, acercándose á ella, le dixo:—Buena señora, mandadnos dar á mi hermana y á mí sendos cauallos, que nos vos ofrescemos de fazer nuestro poder, deffendiendo la fuente; que pues yá somos vuestras, mejores somos que ántes, y sabed que éramos buenas y esforzadas. Leoniselda, riendo, dixo:—No me vala Dios, Traviessa, si no eres la más donay-

rosa que ví; y sea como dices, que las dos teneys tan fermosos continentes, que me days esperanças de que todo buen fecho sabredes fazer. Y mandóles dar los dos mejores cauallos que allí venian, que como se divulgasse entre la compaña de Leoniselda, que aquellos dos fermosos caualleros fuessen donçellas, todos desseaban verles fazer armas. Leoniselda se levantó y vido al apuesto donzel (que de edad de diez y ocho años debia ser) que habia descendido del cauallo, porque le habian dicho que allí era una alta donçella, y como la viesse venir con tanta lozanía, mirando bien en ella semejóle que de sus ojos saliessen flechas de oro y llamas, que en fuego de amores el coraçon le encendiesse, y quedó como aquellos que de ver vna gran maravilla quedan agenados de sí, mirando á vnas y otras partes. Leoniselda, arribando á él y le viesse tan ricamente adornado y de tan gentil continente, semejóle de alta guisa, y miró mucho en su turbacion, y dixo:—Dezidme, donzel, ¿hauedes pavor de passar la siesta al sol?—El donzel, voluiendo en sí, dixo:—Verdad decís, fermosa señora, que yo os doy mi fé, que en entrando yo aquí donde vos soys, me vino vn tremor y novedad al mi coraçon, que no sé de mí.—¿Y essa passion, dixo riendo Leoniselda, vinoos luégo que me vistes?—Sí, dixo el donzel.—¿Si os he yo parescido bien?—dixo Leoniselda con mucho donayre.—Esso debe ser, y no otra cosa, dixo el donzel sospirando. Leoniselda, entendiendo que de veras el donzel anduviesse della pagado, ensañósse y dixo:—Mal os quiere el amor si os ha fecho que me ameis, porque toda vuestra vida vivireis desamado. El

donzel, como no cuydasse oyr tan ásperas razones, habiéndole fasta allí hablado dulcemente, quedó tullido, y cassi sin ossar sacar la razon de la boca, dixo:—No me terné por tal, la mi fermosa señora, quando yo entienda que os folgays de desamarme.—Ora vamos á ver si quedareys en la fuente, dixo Leoniselda, y porque veays en lo que tengo vuestras cosas, quiero que os deffiendan el passo dos donçellas más.—Sola una puede en mis cosas fazer más de esso, dixo el donzel: y fuesse en pós della, donde salidos de los verdes salces vieron salir caualleros de la vna y otra parte, que pocos ménos eran los vnos de los otros; y sentándose Leoniselda en un verde pradillo á la salida de los árboles, que dellos recebia sombra, fizo sentar cerca de sí al donzel, por le ver pavoroso della. En esto salieron Reposada y Traviessa sobre dos poderosos cauallos, con lanças en las manos. Partieron tan apuestos y de tan fermoso continente, que Leoniselda, leda en verlas tan bien puestas en la silla, dixo:—Manera tienen mis donçellas de querer ganar honra con vuestros caualleros.—Mas ganarán ellos, dixo el donzel, si con ellas la pierden. En esto, como las dos se pusiessen al cabo de la carrera, que ancha y llana era, sonaron dos trompas, que cada qual compaña traia una; y parten de dos en dos al más correr de sus cauallos, las lanças baxas, cubiertos de escudos, viniendo á se encontrar en medio de la carrera con tal vigor y fuerça, que los caualleros del donzel rompieron sus lanças. Reposada y Traviessa no rompieron las suyas por la cobdicia de fazer buenos encuentros. Leoniselda, aunque viesse que

sus donçellas no habian roto lança, como las vido passar tan firmes sin recebir desden, túvolo en mucho, y dixo:—Creo que mis donçellas serán con vos, buen donzel, al contrario de lo que yo desseo, que es pugnar porque entreys en la fuente: ¿no vedes que no rompen lança?—Tambien mis caualleros fazen lo que yo no quiero, que es pugnar por sacaros de aquí. En esto, los dos fuertes caualleros servidos de lanças, partieron contra las donçellas, encontrándolas duramente, rompiendo sus lanças, y ellas tampoco esta vez rompieron las suyas, mas encontraron á los caualleros con tal fuerça, que los sacaron de las sillas, faziéndolos rodar por la carrera adelante, dando á todos que cuydar deste fecho. Leoniselda, no ménos maravillada que todos de ver el esfuerço y dureza de las donçellas, con mucho donayre dixo:—Paresce que vuestros caualleros entendieron lo que desseauades en dexarse perder, porque yo no salga de la fuente.—No podian ellos fazer cosa, dixo el donzel, para mí más agradable que lo que han fecho, pues á vos, señora, ha placido. Luego salieron otros dos ganosos de gozar de las sombras de la fuente, mas aunque corrieron bien y rompieron sus lanças, falláronse al sol rodando por el suelo, que fué para Leoniselda buena fiesta. Servidas de lanças Reposada y Traviessa, que en estos rompieron las suyas, anduvieron tales, que los dos que con ellas se encontraron, fueron con sus cauallos por la carrera rodando, y assí fizieron de los treinta á otros cinco á mal de su grado dexar las sillas.

Vinieron los caualleros del donzel á romper quantas

lanças traian, que fueron seys más de las que rompieron las donçellas, por donde fueron ante Leoniselda y el donzel á que los dos juzgassen quien habia perdido. Falláronse que Reposada y Traviessa rompieron ménos, mas derrocaron once caualleros, por lo que la parte de Leoniselda dezia haber ganado, y la del donzel, que habian ellos roto más lanças, que eran las condiciones, y que ellos habian de gozar de las frescas sombras; mas como pusiessen el pleyto al juicio del donzel y Leoniselda, callaron por oyr lo que juzgaban. El donzel dixo:—Vos, fermosa señora, juzgad; porque si yo juzgo, quexarse han mis caualleros.—Ora, pues, assí lo queredes, dixo Leoniselda, yo digo que los caualleros que han caydo gozen del refresco de la fuente, porque lo han bien menester, y que vuestros caualleros recojan á los mios á las frescas sombras de los salces, y vos vengades conmigo á dezirme vuestra fazienda.—El donzel y quantos allí habian loaron el buen entender y mesura de la fermosa Leoniselda, y assí entraron á la fuente, donde los caualleros de los vnos y de los otros, que viandas sus escuderos traian, tendieron lienzos por cima la verde yerba, faziendo Leoniselda venir ante sí á Reposada y Traviessa. El donzel cumplió el mandado de Leoniselda, diziendo como se llamaba don Leandio, y que de allí adelante su sobrenombre seria *de la Fuente,* por aquella donde tanto bien Dios le habia fecho en fazelle merescedor de verla; y que era sobrino del Emperador Gelismundo, fijo del Rey de Polonia su hermano.—Leoniselda, entendiendo quan de alta guisa don Leandio fuesse, no le

desplugo de le ver su afficionado, aunque le no amasse, y dixo:—Razon es, buen señor, que pues me hauedes dicho vuestra fazienda, sepays la mia: y díxole quien era y adonde yba. Don Leandio no mostró tenella en más por saber quan alta donçella fuesse, que quando la no conoscía, y díxole:—Sin que vos, fermosa señora, me dixerades quien erades, entendí que erades quien soys.—Reposada, dixo:—Ora pues, bien será que no haya aquí ningun desconoscido, sino agradescido; sabed, buenos señores, que no somos donçellas como diximos, que este cauallero es Belamir el fermoso, fijo del Duque de la Haya en Olanda, y yo don Gelander de Ungría, que no como donçellas á vos, fermosa Infanta, os serviremos, sino como caualleros, seremos vuestros guardadores. En extremo fueron todos ledos de se conoscer, porque don Leandio era coermano de don Gelander por la Reyna su madre; y Leoniselda folgó asaz de conoscer tan preciados caualleros, diziendo á Belamir.—Trauesura fué darme á entender que erades donçellas; perdonovosla, buen señor, por la que pudierades fazer en el abito de donçella, en alguna de las mias.—No la supiera fazer aunque yo quisiera, dixo Belamir, porque en todo soy novel. Y razonando en diversas y agradables cosas les dieron altamente de comer para el lugar donde estaban. Leoniselda rogó á don Gelander y Belamir les contassen las aventuras que les habian avenido desde que partieron de sus casas, que fueron sabrosas; tomando Leoniselda gran sabor de oyr á Belamir el cuento de Fulgencia, quando lo corrió el palafranero; y lo que á Filo-

rante avino en el albergue amoroso con la donçella que á su cámara vino; assí que passaron la siesta en aquellas frescas sombras, con además dulce entretenimiento, y quando fué ora de partir, Leoniselda dió dos fermosos cauallos á don Gelander y Belamir, y siguieron su camino la via de Constantinopla, folgándose Leoniselda además, porque venia del mar muy enojada, que por él yba á Constantinopla, y passado el Arcipiélago quiso entrar en tierra, que el mar le fazia gran mal.

Agradable camino éste fué para todos, si no para el donzel don Leandio, que Leoniselda le trataba ásperamente quando le hablaba en amores, y no le quiso aceptar por su donzel; y assí juró de en arrisbando á Constantinopla pedir en don al Emperador que lo armasse cauallero, pues para aquello á su córte venia, y pugnar de fazer tales cosas que la fermosa Leoniselda lo recibiesse por su cauallero. Y caminando como oydes, el mismo dia que á Constantinopla arribaron, á ora de vísperas encontraron por el camino seys caualleros y vnas andas cubiertas de paños leonados, bordadas unas rocas de plata; y como se juntaron los vnos y los otros, Leoniselda, desseando entender quien venia en aquellas andas, le dixeron que una dueña que embiaba la Reyna de Nápoles á la Emperatriz Gravilena su hermana. Leoniselda la quiso ver, y assí le traxeron las andas y vieron la dueña que venia en ellas, la cual, seria de edad de quarenta años, algo morena y falta de algunos dientes; los ojos tenia pequeños y húmedos y la faz con algunas manchas y hoyos

cobrados de pequeña; era algo gorda y no fermosa, aunque ella se presciaba de sello. Venia guarnida de ropas leonadas y tocas luengas y blancas; mostraba el rostro lleno de melanconía, y assí por marauilla la vieran reyr; era en extremo incomportable y mal acondicionada; llamábase Saturna; que bien conformaba el nombre con la condicion. Era señora de Bolcan y Mongibel en Cicilia, montes sin fructos, donde otra cosa no ay que fuego y humo, y assí parescia ella haber nascido de estas dos cosas. Pues como Leoniselda la vió y supo quien era, fízola passar á sus andas para razonar con ella, y díxole:—Amiga señora, ¿á qué venides á la córte en tal edad?—Fermosa señora, dixo Saturna, á servir á la Emperatriz, que dessea tener dueñas y donçellas de Italia y España, porque más que otras entienden los fechos de honor; y aunque me vedes en abito retirado, donçella soy, y sospiró.—Leoniselda, sonriéndose, dixo:—¿Luego bien os casariades, si os saliesse lance á vuestra guisa?—¡Y cómo, señora, dixo Saturna ensañada, que de su condicion se ensañaba çedo, cuydays que vengo á la córte para ser esclava! Sabed que vengo á valer más, y tomar mi compañía; y malandante sea quien me aconsejó que en este abito viniesse, que me faze parescer anciana, pues en la mia fé que no lo soy, sino que affanes y cuydados me tienen ante de tiempo tal, que yo no me conozco: y arrasáronsele los ojos de agua, que para ello poca passion bastara, porque de suyo los tenia siempre llorosos. Quedó sospirando, y no cuydeys que sospirasse como otras gentes, sino tan fuerte, que sonaban sus sospiros lueñe.

Leoniselda, entendiendo la su condicion, yba con ella la más contenta del mundo, adevinando el entretenimiento que á la córte habia de dar, y díxole:—Dezidme, buena amiga, de que hauedes de seruir á la Emperatriz, que para donçella soys anciana, y de dueña no os combiene, si os hauedes de casar.—Saturna dixo:—Entended, señora, que para lo uno y lo otro valgo más que otra. Dizen que la Condesa de Veron es guarda mayor de las donçellas, y yo seré menor, aunque no en bondad, que en esto cuydo sobrar á todas las nascidas. —Leoniselda, encubriendo la risa, dixo:—¡Ay de las donçellas que livianas fueren!—Esso juraldo vos, señora, dixo Saturna, que la donçella que coxqueare yo la faré andar derecha. Gran sabor tomaba Leoniselda de razonar con Saturna, folgándose además de las oyr y razonar con ellas don Gelander y Belamir; mas el donzel no attendia sino mirar á Leoniselda, sin le osar dezir razon alguna medroso de su aspereza; y caminando con tanto gusto vino á meterse cerca dellos en la carrera que á Constantin. pla yba, vn apuesto cauallero y quatro escuderos que las armas le lleuauan.

Era de poca edad, además apuesto, membrudo y bien fecho; de rostro feroz, y proporcionado, de ademanes y continente brauo. Venia armado de ricas y fermosas armas asaz resplandescientes, sembradas de sierpes y dragones relevados de oro. Venia sin yelmo ni otra cosa en la cabeça; su cabello era castaño claro, corto y además crespo. Cada uno de los escuderos le traya vn escudo de claro azero releuada en el

medio dél la imágen de Gayo Julio César, primer Emperador romano; assi mismo, cada qual vn yelmo de fino azero y oro, y sobre ellos vnos manojos de rayos, á la manera de aquellos con que Júpiter dizen fulminó los gigantes, y lanças descomunales, y á los arzones de los cauallos espadas corbas damasquinas. Todos quantos caualleros allí venian con las andas, se pararon á ver aquel tan brauo y bien guarnido cauallero, semejándoles en la ferozidad de su semblante y braueza de persona, que debia ser el mejor en armas del mundo. El gentil cauallero, como viesse que tanta gente se paraba á le mirar, aunque ninguno dellos mostrasse querelle detener ni enojar, apresuradamente tomó sus armas y púsose en mitad de la carrera con su lança en la mano, que además fuerte y apuesto parescia, y mandó á vno de sus escuderos que fuesse al señor de aquella gran compaña y le dixesse de su parte, que desseaba entender la razon, porque sus caualleros le deffendian el passo, y ver quien en las ricas andas viniesse. El escudero fué á más andar para las ricas andas, demandando quien era el señor de aquella gente; dixéronle que una donçella que en aquellas ricas andas venia, y un donzel que venia cerca de ellas. El escudero, tirando para las andas, sin ál catar, se acercó á ellas, y viendo á Leoniselda, dixo:—Fermosa señora, Gayo César, cauallero romano, descendiente del glorioso Gayo Julio César, monarca del mundo, entendiendo que vuestros caualleros le quieren estorbar el passo, se goza además dello, para mostrar su valor en estas partes, como lo ha mostrado en muchas otras,

y porque para la fortaleza de su pecho será floxo encuentro el de vna lança sola. Si vos dello folgays, quiere que le vengan á encontrar dos juntos, y si no queredes poner vuestros caualleros en tanto affan, le deys licencia para ver lo que en vuestras ricas andas vienen; y que promete la fé de romano de no verlo por fuerza, si no con vuestra voluntad. Leoniselda, viéndole membrudo y bien fecho y de tan brauo continente, no quiso poner los suyos á tanto peligro y dixo:—Amigo, dezid á vuestro señor, que no le estorbarán su camino los que conmigo vienen, aunque tengan voluntad algunos de probar sus lanças; y si quiere ver lo que viene en mis andas, puede, mas no sé si folgará de hauellas visto.

El escudero tornó con esto, çedo á su señor que le no pesó de oyr la respuesta; y porque deste cauallero faze gran mencion esta historia, es bien que sepades su fazienda. El era de los principales de Roma, y del linage donde él pretendia venir; tenia gran fazienda y eredad, era además bien entendido; era el cauallero del mundo que mejor su persona y cauallos arreaba y guarnia; era asaz liberal, mesurado y de noble condicion; en amores era muy tierno, y mudable; la dueña ó donçella que mejor le trataba, de aquella era cauallero. Acontesciale mudar en un dia dos y tres donçellas; era fuerte y ligero á pié y á cauallo, parescia además bien con armas y ansi las tenia las mejores y más fermosas que se podia ver; era donayroso motejador, y en los fechos de guerra el que mejor razonaba; y tras todo esto era además pavoroso y cobarde, y con tanto donayre trataba su cobardia

con muestras de brauo y razones donayrosas, que parescia en él mejor la cobardia que en otros el esfuerço. Pues como él entendiesse la voluntad de Leoniselda que al escudero le habian dicho quien ella era, dando las armas á sus escuderos fué para ella con el mas orgulloso y feroz semblante del mundo; y arribando á las ricas andas saludando al donzel y caualleros que con él venian, fizo gran mesura á Leoniselda y viéndola tan niña y loçana y á la dueña Saturna tan de mal talante, como él donayroso á marauilla fuesse, dixo:—No tenia yo poca razon, fermoza señora, en dessear ver parte de lo que en estas andas viene.—Leoniselda que en sus tiempos ni muchos antes no se vido de su edad dançella tan entendida y donayrosa, entendiendo á que fin Gayo César habia tales razones dicho, dixo:—¿Y que parte, señor cauallero, de lo que viene en estas andas desseabades ver?—Gayo César sonrriéndose:—No á vos, fermosa señora, sino á essa fermosa dueña qué con vos es.—Saturna creyéndolo dixo:—Vos, señor, debedes ser buen cauallero, pues presçiais más bondad que fermosura.—Señora, dixo Gayo César, no creo que ay bondad donde no hay loçanía.—Saturna ensañada desto dixo:—¡Ay que mal pensamiento hauedes! que no puede haber bondad firme en loçanía y pocos años, sino soberbia y malos desseos.—Leoniselda riendo dixo:—Amiga señora: ¿y en ese peligro estoy yo que soy niña, y me dize este donzel que soy loçana?—Señora, dixo Saturna, no lo digo por vos, que las de vuestro alto grado no tienen el peligro de las demas baxo quilate, donde ay mas

libertad y ménos temor.—Como el donzel oyesse á su señora dezir que el le habia dicho ser loçana, ovo asaz empacho y púsosele la faz colorada. Gayo César viendo al donzel tan perdido, respondiendo por él dixo:—¡Que seguro viene este apuesto donzel de que nadie le desmienta por lo que os ha dicho!—De otras cosas viene más asegurado, dixo Leoniselda.—No del daño que vuestra fermosura, señora, le puede facer, dixo Gayo César.—De eso y de yo no amalle, dixo Leoniselda, vive seguro.—Y voluio el rostro para razonar con Saturna, quedando desto asaz el donzel descontento; más Don Gelander y Belamir que entendian sus amores le esforçaban á sufrir.

Y caminando asaz gustosamente llegaron noche escura á Constantinopla, y no lo fué en ella, por que como el Emperador y Emperatriz entendiessen su venida, mandaron al buen Principe de Nigroponte, y al Duque de Aluania, su mayordomo mayor, y al Conde de Veron salir á los recébir fuera de la Ciudad con todos los caualleros que en la Corte á la sazon se fallaban. Entraron con tantas antorchas que la luz del sol les tubiera imbidia; fueron recebidos del Emperador y Emperatriz altamente, folgándose además con su sobrino Don Leandio, y con la fermosa Leoniselda, enternesciéndose la Emperatriz en la ver, cuydando en su fija Felisalua que casi las dos eran de una edad, y dexándolos aqui donde tanto gozo á toda la Corte con su vénida dieron, os contará la historia otras cosas que para la mejor entender saber os conuiene.

CAPÍTULO XXIV. **Que trata la estrañeza con que vino á la Córte el Donzel no conoscido, y como recibido la órden de caualleria por mano del Emperador Gelismundo.**

NTES que vos contemos lo que el título de este Capítulo promete, es bien que sepays quien truxo al cauallero del Falcon de oro á la selua de los Cipreses, y quien fué el que imbió la falsa dançella con el cofrezillo de la tierra y Calaverna, y llevó á Albasiluio á combatir con él; y el engañoso cauallero que llevó á Don Gelander y Belamir á la fuente del ciervo; y quien fué el gran cauallero del Cuervo què les mató los cauallos. Sabed que Prenestina la encantadora, madre de Turinaco, tuvo un hermano gran señor en Tracia, y en el tiempo que el mal Rey de Tracia, tio del Emperador Gelismundo, tuvo guerras con el imperio, este fizo mucho daño y fué él inventor de las rebeldías; por lo que prendiéndole en vna batalla y fallándole presso el emperador Gelismundo le mandó ahorcar. Desto la maga Prenestina tomó al Emperador y sus cosas tanto ódio que con todo su saber y poder procuró toda su vida facerle daño y desservicios; y como entendiesse quel Emperador amaba asaz al bastardo de Tracia, su sobrino, por ser en armas y toda gentileza sin par, pugnó por todas las vias que pudo de le matar, y dar cabo de todos quantos fuessen del Emperador; y assí ordenó que se topassen el cauallero de la Fortuna y el bastardo de Tracia, y murieran los dos, si Filena de Arcadia, entendiendo lo que esta Prenes-

tina ordenaba, pugnó por estorballe sus malos fines, y assí apartó como oystes á los dos, lleuando al de la Fortuna á parte tan agradable, y al bastardo, porque puso Prenestina sobre él más fuerça de encantamientos, no le pudo valer en más de traelle al estéril valle de los Cipreses, y guarille de sus llagas, y porque yá estaba hadado y sentenciado en el cielo á desventura y corta vida y penosa muerte, no entendiendo tal secreto, que siendo tan bueno y virtuoso padesciesse assí en esta vida, no fué poderosa de le estorbar sus malas andanças y secutivo hado; y assí esta malvada Prenestina, por dar más grave pesar al Emperador (que como fijo le amaba) dió la muerte al mejor cauallero de su tiempo; y tomando Filena el cuerpo, y Albasilvio con él, lo lleuó al castillo de Filotea, para que Albasilvio fuesse guarido por mano de la fermosa Polinice, que de otra mano escapar de muerte no pudiera. Y la iníca Prenestina, no contenta con esto, sabiendo quien fuessen los caualleros del Sol, imbió el falso cauallero para que truxesse al infante don Gelander de Ungría y Belamir á la fuente del Ciervo, donde los attendia su alevoso fijo Turinaco, que fué aquel que traia el cuervo en su escudo, donde les alanceó los cauallos, para más fácilmente dar fin á sus dias; y fiziéralo si acaso Dios no truxera por allí en aquel punto á la infanta Leoniselda.

Pues tornando á la córte del Emperador Gelismundo, que toda ella estaba con gran pesar por nueva que habia venido de la muerte del bastardo de Tracia, tornó además en gozo y fiestas con la venida del Príncipe don Leandio, y del

Príncipe don Gelander, y la fermosa infanta Leoniselda. El Emperador recibió graciosamente á Belamir, gozándoze además por entender que el Príncipe Albasilvio de Austrasia, fijo del Rey Argesilao á quien tanto debia y amaba, viniesse á su casa, donde por fijo le ternia; entendiendo como él fuera el que engañado de la falsa donçella habia muerto al bastardo de Tracia y quedaba sin peligro en el castillo de Filotea, que Filorante ganado habia. Y porque fasta vn mes era la fiesta de Sant Ermenegildo, fijo de Athanagildo, Rey de España (*), de quien la Emperatriz descendia, y tenia en gran devocion, caualleros de la córte establescieron para aquel dia grandes fiestas, por lo que vierades en pocos dias la ciudad de Constantinopla llena de caualleros y altos hombres, de dueñas y donçellas fermosas y de gran guisa, ordenándose quadrillas de caualleros de la córte y extraños. Y entendiendo quanto estos buenos y amados emperadores desseassen ver á su fija Felisalva (de la fermosura sin par) fuera de encantamientos, para provar la entrada de la *Extraña marauilla,* (aventura tan peligrosa), que fasta allí no habia entrado cauallero que saliesse del mar, si no fué el mal andante bastardo de Tracia y don Galiardo, el apuesto cauallero de la Favorable Fortuna, vinieron para recebir órden de caualleria, aquel solemne dia de Sant Ermenegildo muchos donzeles, fijos de Reyes, y altos hombres; y fueron éstos, don Leandio *de la Fuente,* Príncipe de Polonia, sobrino del

(*) Es inesplicable este error en hombre tan docto como Jerónimo de Urrea, segun notamos en la Introduccion.—*(Nota del editor.)*

Emperador; Galarán Coronco, Príncipe de la Morea; Felisandio de Albinea, fijo del Conde de Policastro; Pelirán *de la mar fonda,* Príncipe de Athenas; Laertes de Salamina, Infante de Epiro; Rosiliano de Altabrin, Infante de Esparta; Dinoran *el brauo*, Infante de Liria; Belarmes de Cariol, fijo del Duque de Duraço; Bramasildo, fijo del Conde de Lepanto; Penelemo de Veron, fijo del Conde de Veron; Vitorino *el Generoso,* fijo del Duque de Albania; Grisaldo de Rocabruna, Infante de Chipre; Dinidan *el apasionado,* fijo del Marqués de Abido; Don Orfelin, señor de Corinto; Celindo *el galan*, señor de Mántua, y otros algunos fijos de particulares caualleros, que siéndolo se nombraran.

Muchos destos donzeles tenian hermanas y parientas de gran fermosura, y edad de la Princesa Felisalva, en *la extraña maravilla* encantadas, que habian venido dellas á se criar con ella, y dellas á servir á la Emperatriz. Eran además fermosas y loçanas, por lo que tan gran pérdida se sintió mucho en la mayor parte del mundo. Venida la vigilia del Sancto Ermenegildo, estos y otros donzeles velaron aquella noche las armas en la capilla Real del gran palacio. Venida la mañana y dia solemne, el Emperador y Emperatriz fueron á oyr la misa á la Real capilla del Sancto Ermenegildo, y comenzándola á dezir el obispo Basilio, hermano del Conde de Lepanto, sintiósse por toda la ciudad gran vuelta, que semejaba entrar por ella enemigos. El rumor entró por el gran palacio, dando gentes altas vozes, diziendo:—¡Al mar!—¡Al mar!—No quedó hombre en la capilla que no saliesse

della á se poner en finiestras, torres ó partes donde el mar se viesse. El obispo Basilio, no quiso passar adelante la solemne misa, fasta que el rumor fuesse aplacado. El Emperador y Emperatriz no quisieron salir de la iglesia, fasta saber la causa de tan gran vuelta, que çedo la supo, porque con el mayor alarido y grita que se nunca oyó, vieron entrar huyendo á la gran capilla tanta gente, que no cabiendo en ella, se ahogaban vnos con otros. Venian despavoridos de haber visto en el mar la más extraña aventura que se nunca vió ni oyó; y era, que estando el mar terrible y espantoso, mostrando arribar sus olas á los cielos, vieron salir de *la extraña maravilla* vn gran carro de fuego con quatro edefficios á manera de torres redondas, semejando las ruedas (que seys parescian) y todo lo demás dél ser de vna encendida brassa. Tirábanlo doze cauallos marinos además grandes y espantosos, venian corriendo sobre la cana espuma de las soberbias olas, lançando á vna y otra parte fuego á guisa de relámpagos, á la manera que en fiestas solemnes suelen lançar por los ayres artifficiosos fuegos. Como los de la ciudad viessen aquel espantoso carro venir derecho para ella, cuydando que toda la encendiesse, andaban como sandios, subiendo vnos á torres altas, otros á iglesias y otros á casas fuertes. No passó mucho, quando le vieron entrar por el puerto á la ciudad, assí como volando, trauesando plaças y corriendo por carreras; y como todo estuviesse lleno de gente que á vnas y otras partes en confuso yban y venian sin saber de sí, era cosa de espanto ver el horrible carro y monstruosos cauallos passar

por cima de las gentes, lançando por todo aquellos temerosos relámpagos, que el dia temeroso del juizio semejaba ser aquel en los alaridos y temor. Desta manera tan horrible, con vueltas y rodeo vino al gran palacio, sin que alguno tuviesse aviso de le cerrar las puertas, que de metal eran, y entrando por el gran corral, donde á la gran capilla yban, entró por ella, passando por cima de muchos, que viéndole venir se tendian en el suelo, cubriendo las cabeças y faz por no ver su cruda muerte, lançando los horribles relámpagos, y como fué á la mitad de la capilla paró. Y sabed que el fuego y pesadumbre del carro y mónstruos marinos, no fazian daño alguno, más de chamuscalles barbas y cabellos á los que los relámpagos tocaban, por lo que çedo se aplacó el rumor, y sin pavor alguno le venian á ver.

Pues como el carro parase, á desora sintieron por sus maravillosas torres sones y cantares de gran melodía, y leuantar por ellas banderas y estandartes de seda y oro, sembrados de flores blancas de la forma de aquellas que vieron al *Donzel no conoscido* en los pechos quando le bautizaron en la fuente; y como una pequeña pieça escuchassen los sones y cantares y deleytasen de ver tan extraño edefficio, vieron salir dél una dueña de gran auturidad y fermosa presencia, guarnida de ropas de seda negra, con un tocado blanco á la greciana con su reboço, y de cada lado dél baxaba un blanquíssimo velo, que descendiendo por los hombros y pechos arribaba fasta lo más baxo de las ropas, que fasta el suelo llegaban. Traya en la mano diestra vn cayado de marfil con

que se sostenia, y de la siniestra el más fermoso y apuesto donzel que en aquellos tiempos se vido. Mirábanle quantos allí eran como por maravilla la fermosura del rostro, la compostura del cuerpo, la proporcion de braços y piernas, y el ayroso continente y gentil semblante. Venia guarnido á guisa de monte, con una aljuba corta y ceñida, de oro, verde, pardillo y blanco, texido de arte, que lançaban fermosas y varias colores: traia descubierta la cabeça: su cauello era como luzidas hebras de oro, descendíale fasta los hombros. Pues como la dueña saliesse del carro y tuviesse de la mano el apuesto donzel, mirando á los mónstruos marinos, leuantó en alto su blanco cayado; y en aquel punto, como remolino de viento, revolvieron y tiraron el carro por cima de las gentes sin fazer daño, mas de afeytar barbas y cauellos; con mucha presteza corrió la ciudad, y salió della al mar, metiéndose en la nube de *la extraña maravilla,* donde más no fué visto.

Salió de tal manera de la gran capilla el estraño carro; la dueña passó adelante fazia donde el Emperador y Emperatriz eran, trayendo por la mano el fermoso donzel, yendo tras ella altos hombres y caualleros y otras gentes por entender su venida. Assi como la dueña al Emperador y Emperatriz arribó, (que só paño de oro estaban, y la capilla en gran silencio, y la gente atenta, fincada de finojos ante ellos assi mismo el donzel) dixo:—Emperador, acordarsete debe quando estándo tú preso en el gran Tendejon del dessemejado jayan Follon *el laso*, atendiendo la muerte, traxo alli

una donçella al esforçado Argesilao, que para te librar sacó de la Corte del Rey Amfiarao, su padre; y por su gran esfuerço, matando en combate de solo á solo al cruel jayan y sus caualleros, te libró. Sepas que yo fui aquella donçella que tan noble seruicio te fizo, y soy Filena de Arcadia. Pues no será ménos este que agora te fago en traher á tu corte este fermoso donzel que *el no conoscido* se llama, porque otro si no yo sabe su linage. Fágote cierto que es hidalgo assi de madre como de padre, y él meresce que le armes cauallero, y tu solo mereces armalle. Gran servicio, Emperador, te fize en traer al preciado Argesilao, en tiempo que tu vida otro remedio sino aquel tenía; pues dígote que no es menor este de te dar tan ricas donas como son este donzel; y pues tienes por cierto que de coraçon te amo, y me desvelo en te fazer seruicios, te doy un aviso, y entiende lo que te diré porque assi averná sin falla: fágote saber que oy ha venido á tu corte quien descubrirá vn escondido fuego, de tanta fuerça, que cegarán infinitos ojos mirando su resplandor, y por él los presciados y ricos joyeles de tu corona perderán su lustre y valor. Esfuérçate porque tu lo verás como digo. Ora mira lo que te trayo, este apuesto y bien andante donzel, que assi lo será si algun tiempo viue, por valor en armas porná la fineza de tu corona en más subido quilate, más ¡ay dél! que este fuego que á tus joyeles offenderá, le encenderá su loçano y gran coraçon abrassándole las entrañas, de manera que ni yerba, ni encanto, ni saber umano le podrá guarir que con él no muera! Y no podiendo más fablar por las

muchas lágrimas que de sus ojos salian, calló. El Emperador y Emperatriz que atentamente escuchado la habian, entendiendo ser ella la sabia Filena á quien tanto debian, mostrándole gran amor la fizieron leuantar, y assi mismo al *donzel no conoscido*. El Emperador, aunque asaz turbacion le habian dado las espantosas razones de Filena, mostrando ledo semblante con su venida, díxola:—Mi buena amiga, vos seades la bien venida á esta casa donde tanto se os debe, y pues no se os puede pagar lo mucho que os debemos sino con daros poder para que fagades de nos y de nuestros Reynos á vuestra guisa, desde agora vos lo damos; vuestras razones nos han puesto en gran confussion y temor del fuego que ha de quitar el valor de mi corona, y en gran cuydado la vida del *donzel no conoscido* que tanto onor y beneficio nos ha de fazer; ved si estas ricas donas que me traedes se pueden librar del encendido fuego que decís las ha de abrasar, con poner todo nuestro imperio y poder.—Filena, sossegando su coraçon, dixo:—Ningun remedio que yo alcance tiene, sino uno, y esse le será tan dificultosso de haber, que dudo lo alcance; mas Dios puede mudar la sentencia de sus hados y dalle vida y contentamiento.—La Emperatriz, que además cuydaba en las espantosas razones que habia dicho, y le penaba entender los grandes servicios que el *donzel no conoscido* les habia de fazer, y el tormento del fuego que habia de pasar, dixo:—¡Ay la mi buena amiga, habeisnos dicho razones tan fuertes y temerosas, que no nos han dado lugar para gozarnos con vuestra venida, y agra-

desceros el bien passado que nos hauedes fecho, y el plazer presente de trahernos al *donzel no conoscido!* Y fízola sentar cerca de sí, quedando el *donzel no conoscido* de finojos.

El gozo que recibió Belamir conociendo al *donzel no conoscido* (por quien habian él y sus amigos salido de la córte del Rey Argesilao) fué tanto, que en su vida mayor lo sintió; y moria porque la misa fuesse çedo acabada para le fablar. En esto el obispo Basilio prosiguió con gran solemnidad la misa, y acabada, los donzeles que habian de recebir la órden de caballería, (que en las gradas ante el altar de finojos la misa habian oydo) leuantándose dellas descendieron para ir ante el Emperador á se armar caualleros; y al tiempo que de las gradas descendian sintieron por la capilla gran rumor, y era que vieron entrar por ella diez donçellas guarnidas al trage de la baxa Alemaña, de ropas de oro y plata, y sedas de diversos colores, con chapeos pardos y blancos, guirnaldas de fojas y troncos de laurel de oro y plata sobre los cauellos que sueltos y esparcidos traian, semejando asaz fermosas. Antellas venia vna donçella algo más membruda, guarnida como las demás, y traia á su cuello vna rica espada, y cada vna de las otras donçellas sendas piezas de un fermoso arnés, con las sobrevistas blancas á guisa de novel. Era el escudo, la mitad alta de color de cielo, semejando salir dentre nubes el alba con gran claridad, y en lo baxo en campo roxo la yerva tornasol. Estas donçellas sin ál acatar, faziéndoles todos carreras por do pasassen, (que además bien parescian)

de dos en dos, llevando en las manos puestas en alto las pieças de las armas, arribaron ante el Emperador y Emperatriz, y faziéndoles gran mesura, fiziéronla tambien al *donzel no conoscido* (que Filena de la mano para ellas lo traia) y assí como á él arribaron con tanta presteza, quanto se puede uno cubrir con un manto, fué armado, no dando esto poca maravilla á aquellos que no entendian quanto con su saber Filena fazer podia. Armado el donzel, trayéndolo Filena ante el Emperador, dixo:—Vedes aquí, señor, al *donzel no conoscido* que para de vos recebir la órden de caballería y serviros viene. Levantándole suso el Emperador con ledo semblante, dixo:—¿Dezid, donzel, soys hidalgo? El donzel buelta su faz en viuas colores, dixo:—Por tal (mi buen señor) me tengo, que mi corazon á cosas fidalgas se inclina.—Esso creo yo bien, dixo el Emperador, y vuestro fermoso semblante muestra que merecedes todo honor. Y calzándole la espuela diestra, dixo:—Donzel, yá soys cauallero: Dios vos faga tal como semejades para que se cumplan en vos todas las altas cosas que vuestra apostura promete.—En esto Filena, tomando la rica espada á la donçella, se la dió al Emperador, diziendo: —Vedes aquí, buen señor, la espada con que veredes al *donzel no conoscido* dar fermosos golpes; mas ¡ay dél! que quando más menester los oviere le faltará en parte donde las aguas que allí son, en sangre serán bueltas, y aquel nuevo y escondido fuego que su loçano y fuerte corazon dixe que le ha de encender, y abrassar, fallará en ellas, y allí perderá todo su valor, fuerça y esfuerço.—Ora, buena amiga, dixo el Em-

perador, (esforçándose á no mostrar el pesar que por estas escusas y espantosas razones sentia) si por essas cosas el donzel ha de forçado pasar, por demás nos dolemos; y si Dios, como puede, las ha de rebocar, no es bien tener dellas cuydado. Y vos, *donzel no conoscido*, tomad de mi mano la espada y dalda á quien más os pluguiere que vos la ciña.—El donzel á maravilla ledo, la tomó y dixo:—Agravio me faria yo, mi buen señor, si saliendo de vuestra mano yo consintiesse que me la ciñesse otra que la mia; pues tengo por cierto, que viniendo de vos me dará ardimiento para ser bueno.—Y con desemboltura y gran donayre se la ciñó, y viniendo los donzeles que la noche las armas habian velado, con gran solemnidad fueron por el Emperador armados caualleros. Don Leandio, que grandes cosas habia entendido del donzel, le rogó le ciñese la espada, de lo que el Emperador y Emperatriz asaz folgaron. El *donzel no conoscido* se escusó lo más que pudo, diziendo no convenia á tan alto Príncipe recebir la espada de mano de cauallero de tan poco valor como él era; mas á ruegos del Emperador y por el gozo que Belamir le dió en le ver, y que tambien se lo rogaba, se la ciñó; y assí, con fiesta y gozo salieron de la capilla, y á la salida della llevando los noveles en medio de sí al Emperador y Emperatriz y estraña Filena, apénas no podieran salir de las olas de gente que venian á verla, que por su gran saber en el mundo era estimada y vista de pocos; y al *donzel no conoscido*, que tan grandes cosas dél los sabios dezian. Filena, parándose assi mismo el Emperador y todos los

demás para ver lo que queria, dixo:—Yá se acerca el tiempo quando estos fermosos noveles dexando esta vida, los contaredes entre los muertos; yá viene la ora que la escuridad aclarescerá las tinieblas, y las cosas perdidas se fallarán para perdicion de las libertades y poderíos de quien las cobrare; y porque más un punto detener no me puedo, á vos, alto Emperador y Emperatriz, pido licencia para facer un camino que combiene á muchos. Y porque alegremente me la dedes fagovos cierto que oy en este dia serán vuestros corazones cubiertos de tinieblas, de pesar, y llenos de gozo y contentamientos.

El Emperador y Emperatriz que asaz desseaban tenella algun tiempo en su córte, para le mostrar el amor que le habian, fueron pesantes de la ver partir, y abraçándola con gran voluntad y pidiendo ella las manos, se partió con sus donçellas, fallando allí cerca fermosos palafrenes, en que subidas con gran presteza se partieron sin que más fuessen vistas.

Aquel dia, por fazer onor á los noveles, el Emperador quiso que comiesen con él y la Emperatriz; faziendo sentar al *donzel no conoscido* más cerca de sí que algun otro. Fué la comida á maravilla sumptuosa; mas el Emperador la fizo apresurada, porque tuviessen tiempo las quadrillas de caualleros, que os diximos, de probar *la estraña maravilla.* Alçadas las tablas, viendo el *donzel no conoscido* cuantos caualleros querian provar la auentura de *la estraña maravilla,* fué ante la Emperatriz, y fincando los finojos en tierra, dixo:—Pues

con tanta razon, vos señora, desseades ver á la Princesa sin par vuestra fija, por la misma es obligado qualquier cauallero que vuestro sea de pugnar por fazer á vos leda y á él bien andante; y pues yá soy cauallero, no me ternía por tal si por os servir dexasse de emplear mi vida y aventurar mi honor. Yo vos ruego me deys licencia para acompañar tanto buen cauallero como va (cuydando fazeros seruicio) á probar *la estraña maravilla.*—¡Ay, donzel, mi buen amigo, dixo la Emperatriz, faziéndolo levantar, y no fagades tal sandez, que por tal se os contaria, si (entendiendo vos que en ella se pierden todos los que la prueban) probarla quisiessedes; y mirad que aunque soys de gran corazon, teneys poca edad para daros á tan duros affanes como por el mar fallaredes!—Si essos no hubiese en el mundo (dixo el *donzel no conoscido)* poca gloria se les atribuyria á los caualleros que las aventuras buscan.—Ora, pues tan determinado os veo (dijo la Emperatriz) el alto Señor vos ayude.—El *donzel no conoscido,* faziéndole gran mesura, quedó además ledo. El Emperador, que todo esto oydo habia, dixo:—Bien hauedes fecho, *donzel no conoscido,* en començar por lo más difficultoso, que fué pedir á la Emperatriz licencia primero que á mí, porque como sean las dueñas más tiernas y piadosas que los caualleros, cuydastes que no vos la daria tan fácilmente como yo vos la dó. Y despidídole entrambos, dexando á la Emperatriz con lágrimas, y al Emperador con graue cuydado: acrescentáronsele más, que viendo don Leandio y los otros noveles cómo el *donzel no conoscido* habia pidido licencia

para entrar en *la estraña maravilla,* fueron todos al Emperador y Emperatriz, que además cuydadosos eran, viendo tan preciados caualleros quan voluntariamente cuydando que él se sirviesse dello, se offrescian á la muerte; y dándoles licencia, dixeron al Emperador y Emperatriz (gentes que del mar venian) como habia passado por las torres de Abido un fermoso nauío, y que habia salido dél gente muy luzida acompañando vn apuesto cauallero armado ricamente á la guisa de Natalia; y que fasta cincuenta caualleros de los suyos habian entrado en el mar, y çedo se habian perdido, y que el fermoso cauallero, á pesar de los brauos contrastes del mar habia entrado en la nube, y fasta aquel punto no habia más parescido; y que los caualleros de las quadrillas començaban á entrar y perderse.

Levantándose el Emperador para se poner á las finiestras que al mar daban, con tristeza de coraçon dixo:—¡O Alto Señor! Pléguete por tu bondad de dar reparo á mal tan grande, porque tus siervos tan inútilmente no se pierdan! Y saliendo la Duquesa de Albania y Condesa de Veron con Leoniselda y otras altas dueñas y donçellas á se poner en las finiestras, llegó á ellas Gayo César, que yá de todos era conocido y amado por su buen donayre, y otras nobles partes que en él habia. Venia ricamente armado, y con bravo continente, arribó á la Emperatriz, diziendo:—Lanzad de vos, buena señora, las cuytas y pesares, que caualleros somos en vuestra córte, que daremos cima á otras más árduas aventuras, y espero en Dios que vos he de traer oy dichosas

nuebas.—Gayo César, amigo, dixo la Emperatriz, con esa confiança consentimos que vays á probar vuestras venturas y las mias. Y bañando su faz de lágrimas, se puso á la finiestra y Leoniselda con ella; que como don Leandio la viesse tremándole el coraçon de amor y temor, se allegó á ella juntamente con don Gelander, y dixo:—La mi fermosa señora, válgame la vuestra mesura en prestarme esfuerço y recibirme por vuestro cauallero, y faredesme bien andante.—Leoniselda, passando por él los ojos ligeramente, dixo:—Esso no seredes vos con essa condicion, y folgarme he que lo seades.—Mal lo podré ser, la mi señora, (dixo don Leandio) si no soy vuestro.—Ora, yd donde hauedes prometido, dixo Leoniselda, y básteos entender, que si bien lo fazedes folgaré dello.—La Emperatriz, oyendo las razones ásperas de Leoniselda, doliéndose de don Leandio, dixo:—Fija y mi buena amiga, recibid por vuestro cauallero á don Leandio, que es sobrino del Emperador, y vos sabrá servir.—Leoniselda dixo:—Ninguna donçella, señora, ha de preciar al cauallero por cosa agena que haya, sino por la suya propia: quando yo vea en don Leandio valor proprio merescedor de fazerle mio, yo faré lo que mandades.—Además, folgó la Emperatriz de ver el donayre y sesso de Leoniselda. Don Leandio, despidiéndose della, dixo:—Sólo esso, la mi señora, desseaba oyr de vos, que con yo entender que si soy bueno me recibiredes por vuestro, me tengo yá por tal.—En esto passó Gayo César á Saturna y dixo:—Porque vos, señora, soys la que mejor me ha parescido, os ruego me dedes vuestra

bendicion, ó no me dedes vuestra maldicion.—Saturna, que con todo el recato del mundo vivia, sospechando que en todo la engañasen, dixo:—¿Por tan anciana me hauedes para dessear mi bendicion y temer mi maldicion? Pues ni la una ni la otra de mí no habredes. Y sañuda se metió entre las donçellas riñéndolas porque algunas razonaban con los donzeles; que sabed que la Emperatriz de quien en poco tiempo fué asaz de amada, le habia dado cargo dellas.

Y salidos los noveles del gran palacio, el *donzel no conoscido* que con Belamir razonaba, salió con él además ledo, oyéndole contar lo que en su busca á él y á sus dos amigos les habia acontescido, y la buena andança que Filorante en el castillo de Filotea ovo, y la mala de Albasilvio en haber sido tan malamente engañado, por lo que mató al cauallero del Falcon, quél mejor cauallero en armas era del mundo; y contóle como le viera combatir con el cauallero de la Favorable Fortuna, que á su parescer nunca assí pelearon caualleros; y pues Albasilvio era libre de culpa y de daño, deseaban asaz verle. Y con esto llegaron á la parte del mar, donde tres millas en torno toda la tierra era cubierta de gente de pié y de cauallo, venidos unos á probar la aventura, y otros á ver la prueba. Yá habia entrado en el mar una quadrilla de quince caualleros, y fueron tan mal andantes, que apénas entraron en el barco de los salvages quando fueron anegados; y arribaron á tiempo que entraban quatro caualleros de la córte en otra quadrilla, armados de luzidas armas blancas y leones negros. Eran Riqueran de Granaldo, señor de As-

perge, Dulcemilo el Aleman, señor de Tanaberte, Galerino de la Marcha, señor de Trumbıla y Armigero de Fox, señor de Fontenable. Estos navegaron un trecho sin que el mar fiziesse movimiento alguno, y á desora quando no se cataron, hinchósse el mar y añublóse el cielo, y fizo tanto viento y agua, que hinchiéndose el barco della fueron en vn punto anegados, saliendo el barco sin ellos á la ribera; y assí avino á diez caualleros desta quadrilla, por lo que entendieron los donzeles ser aquella aventura la más dudada y peligrosa de quantas podian ser. Otros caualleros aventureros (que ántes de los noveles habian venido) entraron en el barco, y estando el mar en calma vinieron infinitos mónstruos marinos á le combatir, y fué batalla de ver, porque habia en el barco cinco caualleros que con gran fuerça y presteza ferian de espada en los mónstruos, faziendo parescer las aguas del mar media milla en torno del barco sangre, no dando golpe que no partiesen cabeça ó cuerpo á los brauos mónstruos; más salieron en tanta cantidad y diversidad de formas de pescados, que entraron el barco por fuerça, y trauando con los dientes á los caualleros á mal de su grado, sin poderse valer de braços ni piernas, los lançaron en el mar, llebándolos por cima de las mansas olas nadando gran pieza, faziendo compasion á cuantos los vian llebar tan crudamente sin poder ser socorridos, y somorgujándose con ellos no parescieron más. Y sabed que de cualquiera manera que caualleros en el mar cayessen daban en las bocas de los mónstruos marinos, que con horrendos baladros se metian con ellos en *la estraña maravilla*.

CAPÍTULO XXV. **Como los caualleros noveles y otros se perdieron en la aventura de la estraña maravilla, y como entró en ella el donzel no conoscido.**

Los caualleros noveles como viessen venir á tierra el barco y que solos ellos quedaban por probar la aventura, acostáronse á él Vitorino *el generoso*, Grisaldo de Rocabruna, Dinadam *el apassionado* y Penelemo de Veron, y saltando dentro comenzó el mar á enojarse y levantar sus olas, de manera que sacudian el barco algunas veces un estado de vn gran jayan encima de todas ellas, acertando á caer en la hondura terrible. Los salvajes mostraron aquí mucha fuerça y gana de passar adelante, más habiendo el barco descendido en lo hondo de vn valle de agua, passó una soberbia ola por encima que no se vió el barco tan çedo, y al fin paresció sin los caualleros. El *donzel no conoscido* quisiera entrar de los primeros, más don Gelander, Belamir y don Leandio le rogaron que fuessen los tres juntamente de los postreros; y assí dejaron saltar en el barco Belarmez de Cariol, Bramasildo *el cortés*, Dinoran *el bruno* y Rosiliano de Altabrim, y faziendo los salvajes volar el barco por la espuma del agua, arribaron á la nube que *la estraña maravilla* cubria, y cuydando todos que entrase, vieron levantar un relámpago, y sintieron á desora salir juntamente del relámpago un trueno que el mar y la tierra fizo tremer, derribando algunas casas

de la ciudad, poniendo á todos gran pavor; y vieron salir de donde el trueno salió una gran piedra redonda y negra, que viniendo bramando por los vientos, dió en el barco con tanto ímpetu y furor, que arrebatando los caualleros que en él venian, los desfizo por el viento, lançando en alto esparzidos braços, piernas y cabeças, quedando el barco sano y la mar en bonança, volviendo á tierra, sin lision alguna. Aquí vierades al Emperador y Emperatriz (que todo esto claramente vian) tales como si estátuas fueran, sin saber parte de sí. En esto que yá el barco estaba junto á tierra, llorando fieramente los donzeles, viendo á sus amigos tan sin ventura fazer piezas, encendidos en furor saltaron en él, Florangel de Hormacia y Peliran *de la mar fonda*, y otros dos noveles, y assí como en él entraron levantóse un viento y otro, y tantos tan fuertes, que tomando entre sí el barco lo subieron remolinando en tanta altura, que cuydaron haber llegado á la esphera del fuego; y apénas lo perdieron de vista, quando le veen baxar, como faze el águila que de las alturas vee yazer la liebre en el cobil, faziendo tornos desciende, assí venia el barco poco á poco, y quando fué del mar una torre en alto, vieron una horrible cosa, y fué que las aguas se apartaron, faziendo un valle profundo y negro, de donde se via salir espesso humo, semejando haberse descubierto el infierno, cayendo el barco en aquella profunda caberna, tornándose al instante las aguas á se juntar, quedando el barco cubierto dellas, saliendo fasta una pieça junto de tierra sin los caualleros, perdiéndose dos salvajes; los demás fazian su poder

por acostar el barco á tierra, mas el mar venia tan alto, que la ola que le llevaba á tierra, al retirarse lo tornaba consigo al mar; de manera que estuvieron gran pieça los salvajes sin poderlo acostar. El *donzel no conoscido* (que con los que vos hemos dicho) atendia que el barco á tierra llegasse, como vian que apénas se acostaba á tierra, quando se tornaba al mar, dixo:—Bien será, buenos señores, que nos aventuremos á saltar en el barco ántes que se nos desvie.—Gayo César, que allí era, mostrándose además orgulloso, estando el barco lueñe de tierra que ningun corço pudiera arribar de salto á él, dixo:—Apartad, apartad, caualleros; bien paresce qué soys noveles que temedes los affanes; dexadme saltar en el barco, que á pesar de las olas y vientos yo os lo traheré aquí si yá no me determinare de navegar solo.—Don Gelander y Belamir que lo bien conoscian, riéronse de su braueza, diziendo Belamir:—Estad, señor, estad; no nos fagades esse desonor, que sabemos que si vos en el barco entrays no os sufrirá vuestro orgullo de no ir adelante, y quedaremos nosotros atrás.—Esso podedes bien creer, dixo Gayo César, que será asimismo como dezides; mas quiero por vuestro honor y amor forzar mi voluntad, y dexaros entrar en el barco primero, que despues faré yo lo que otros no farán.

En esto vieron el mar cubierto de fieras y grandes bestias marinas, que con horrendos bramidos andaban fambrientas, entrando y saliendo por las rebueltas olas del mar, cercando el barco, y dándole algunos tan fuertes encuentros y azotes con las escamosas colas que á vezes quedaba buelto

de alto ayuso, tornándose çedo á endereçar. Pues como los salvajes fiziessen fuerça, acostaron el barco tanto de tierra, que vn suelto cauallero desarmado á gran pena pudiera saltar en él; lo que armado impossible parescia. Más aquel *donzel no conoscido* (que fasta alli dormido andubiera) como fuesse el más suelto y de más viua fuerça de los de sus tiempos, y pauor alguno en él no morasse, encomendándose de corazon á Dios, rogándole le diesse dichosso principio (aunque el inquieto barco de fieras bestias rodeado fuesse) saltó en él por cima de los monstruosos pescados con tanta ligereza como si alas tuviera; y luégo en pós dél los tres animosos caualleros. ¡Ó Sancto Dios, y que horrenda cosa de ver fué, que como los tres caualleros (aunque los más animosos del mundo eran) no tubiessen la soltura de persona en el extremo que el *donzel no conoscido* tenia, vinieron á caer sobre las bestias marinas, que las dessemejadas bocas abiertas aguardándolos estaban, que vn punto se calaron con ellos donde mas no fueron vistos! Como las gentes que los miraban habian estado atentas conosciéndolos, por ver lo que farian, y viessen quan sin ventura don Leandio, Belamir y Gelander se habian perdido, levantaron una grita que el mar y montes resonaban. Del Emperador vos sé dezir, que assi como viera á su sobrino y amigos perderse tan horrendamente, dió una alta voz diziendo:—¡Santa Maria señora, y que fuerte castigo el alto Señor me dá,! ¡Ó Felisalba malandante, quanto bien fuera que no ovieras nascido, ó ya que nacistes no te amáramos tanto, pues por cobdicia de

verte nos viene tanta desaventura! La Emperatriz no podiendo sufrir la passion que su alma sentia, quedó tal que la metieron desfallecida en su aposento. Leoniselda aunque dura de coraçon, como tierna niña fuesse y de tanto aviso, viendo perder á don Leandio, membrándose quanto él la amaba y el poco agradescimiento que en ella falló, yba en pós de la Emperatriz faziendo duelo como las demás que allí yban, y dezia:—¡Ay! que no se debe amar á nadie, siquiera por el pesar que recibís quando en affan vedes quien bien os quiere.—Andaba por toda la ciudad la voz como don Leandio y el Infante de Ungria y otro alto cauallero se habian perdido, y el descomunal salto que el *donzel no conoscido* habia fecho, y en el affan en que se veia; por lo que vierades las gentes como alborotados enxambres por unas partes y otras gimiendo y llorando, saliendo á ver lo que del *donzel no conoscido* avendria; que como en el barco se vido, todas las marinas bestias (que el mar quajaban) comenzaron á dar espantosos bramidos y venir al barco impetuosamente para devorar al *donzel no conoscido,* que sacando su espada començó á ferir á diestro y á siniestro á vnas y otras con admirable presteza, y tal virtud secreta su espada habia, que en firiendo el mónstruo, por poco que fuesse, á desora se combertia en agua, por lo qual feria con toda la presteza que podia, rebolviéndose á vnas partes y otras, de la manera que vedes el ligero rodezno ferido de impetuosas aguas, desta arte ferido de las ondas andaba en torno esgrimiendo la espada, faziendo maravillar á quantos le miraban, (que número no habia) y de tal ma-

nera se defendió, que aunque las fieras bestias innumerables y ligeríssimas fuessen, su presteza era tanta, que ninguna le entró en el barco. A todo esto los salvajes fazian bien su officio; mas çedo no se pudieron valer, porque las olas crescieron de manera, que unas veces subian fasta las nubes y otras descendian fasta el abismo: y con todos estos contrastes, la corriente de las olas que el mar adentro yba (por ser el viento de tierra) acostaron al barco á la espessa nube, la cual en aquel punto los vientos la desfizieron, y ellos cesaron y el mar quedó como leche, mas lleno de los horribles mónstruos, que no cessaban de venir adonde eran desfechos en agua.

Maravillosa y agradable cosa de ver fué lo que se descubrió en desfaziéndose la nube; porque se vido asentado sobre el mar el más fermoso castillo que imaginarse podia, porque todo él era de un resplandesciente metal con quatro torres muy altas en los quadros, y otra en medio del castillo asaz más alta y ancha; todas las almenas de las torres y murallas se vian llenas de gentes con arcos en las manos encarados fazia el mar, como amenazando á lo que por él viniesse; las flechas que en ellos puestas habian eran no ménos agradables y espantosas que todo lo que visto se habia; porque los casquillos dellas eran llamas de fuego pequeñas, que con el oreo del mar se meneaban. En esto el barco se venia acercando, y quando vn trecho de arco del castillo fué, sintióse por él y por todo el mar en los ayres vna terrible grita, disparando á vn tiempo los arcos, faziendo una espantosa salva,

esparziéndose las flechas por el viento. Ora ved qué fiero espectáculo que todas las ardientes flechas que á los mónstruos marinos ferian, los encendian tan çedo como si copos de lino fueran. Aquí el *donzel no conoscido* se vió en el mayor affan y confusion que se nunca vido ántes ni despues, porque acertando algunas flechas á ferir los salvajes, se resolvieron en fumo como si de estopa fueran; y otros, que fué peor, en el barco, comenzando á encenderse por muchas partes. En este punto el Emperador, teniendo al *donzel no conoscido* por muerto, se quitó con gran dolor de la finiestra maldiziendo al sabio Deucalion, que tan dañosa guardia á su fija puso. Pues viéndose el donzel en tan fuerte trance, los salvajes quemados, el barco que començaba á arder y las flechas á cargar, no solamente desfallesció algun punto, mas encendido en yra y saña de se ver morir de aquella manera, dexó de ferir los mónstruos, porque los más encendian las flechas, y poniendo su espada cerca de sí, tomó dos remos, porque el barco era angosto y luengo, y podia uno remar con dos remos, y guiar con ellos el barco, y assí lo fizo, poniendo en el remar tal fuerça, que en dos tirones fizo volar el barco como si el viento fresco á bela lo llevara; algunas bestias marinas tuvieron tiempo de entrar en el barco, y fazelle dexar á su mal grado los remos; y en esto le fué mejor que cuydaba, que como su espada cerca de sí tubiesse, tomándola çedo començó á ferir los pescados que en el barco entrado habian, y como se tornassen agua, apagaban el fuego que encendió el barco; y assí como los desfazia tomaba con gran presteza

los remos, y navegaba ligeramente, y quando entraban mónstruos, dexaba los remos y tomaba la espada, y apagaba con el agua dellas el fuego; teniendo tan buena andança, que ninguna flecha le tocó, ó por ventura, ó propiedad de la espada, (que tampoco este secreto alcanzar Zoroastes pudo.) Tan buena maña se dió el *donzel no conoscido* en remar y apagar el fuego, que se falló muy cerca de las puertas sumptuosas del castillo, (que abiertas eran) y cuydando acostar el barco á ellas, dieron por él tantas flechas y encendióse de manera, que le convino aventurarse á salir á nado, aunque le paresció ser impossible que el peso de las armas al fondo no lo llevasse; y encomendándose de coraçon á Dios, saltó con la espada en la mano sobre un gran mónstruo que cerca del barco vido, y abraçándose con él el gran pescado se somorgujó. Aquí lo tuvieron todos por acabado, mas no fué assí, que luego como el pescado se fundió, del peso del caualllero debió fazer fuerça para lançallo de sí, y vino á descubrirse tan junto de las puertas del castillo, que el donzel, como en todos los grandes peligros y fechos muy en sí estubiesse, no perdió tiempo, que en viéndose tan cerca del castillo, se assió al umbral de la puerta, y con gran presteza salió del mar, fallándose en el castillo asaz quebrantado.

En este tiempo habian venido á la ribera del mar fasta treinta caualleros andantes de diversas partes del mundo, y entre ellos Albasilvio y Filorante, que por auenturas que les avinieron despues que del castillo de Filotea partieron, no pudieron venir más çedo, arribando en aquel punto, que viendo

la costa llena de gente habian venido allí á ver lo que passaba; y vieron quemarse el barco, y saltar del mar á la puerta del castillo vn cauallero; y passando en esto por allí Gayo César además bravo y sañudo, como los viesse ricamente armados, y de tan fermoso continente, y con la empresa del sol, viniendo á ellos dixo:—¿Por mesura caualleros, me dezid si soys Albasilvio de Austrasia y Filorante de Brimar?—Albasilvio, viendo aquel apuesto cauallero de tan bravo continente, que con tanta mesura les fablaba, dixo:—Sí, somos, y folgaremos de fazervos todo beneficio. ¿Mas, vos, señor, de dónde nos conozedes, ó para qué desseays saber quien somos?—Gayo César dixo:—Sabed, buenos señores, que yo soy Gayo César el Romano, creo que por fama me conoceredes; fuy gran amigo del mal andante Belamir el Fermoso, que oy aquí miserablemente se perdió, que muchas veces de vos le oí razonar.—¡Ay Santo Dios, dixo Albasilvio! ¿qué me dezides? ¿Belamir nuestro buen amigo se perdió?—Sí, sin falla, dixo Gayo César, y no há un ora que se fundió en el mar.—¡O Santa María Señora, dixo Filorante, y qué gran pérdida! ¡O mi buen amigo! ¿y será posible que tan poco os haya durado la vida?—Y tomóse á doler fuerte. Gayo César dixo:—Dios se lo perdone, que por ser yo con él mesurado como lo soy con todos, no me fallo agora con el *donzel no conoscido*.—Alterándose Albasilvio y Filorante oyendo esto, dixeron:—¿Y dónde está esse donzel?—A la puerta de *la estraña maravilla,* (dixo Gayo César) le veredes reposar del grave affan passado, que por su grande esfuerço ha subido

á ella.—¡Ay Dios! dixo Filorante: dezidnos, señor, ¿conoceysle?—No sé de su fazienda ál, dixo Gayo César, de que por el mundo vuela una fama que ha de ser sin par en armas y amores; y oy en este dia, estando el Emperador y Emperatriz oyendo misa, vino la sabia Filena estrañamente, y truxo á este *donzel no conoscido,* que en casa de los Duques de Pomaria y Franconia y córte del Rey Argesilao se crió; y el Emperador le armó cauallero, y entró en la prueba con don Leandio de la Fuente, sobrino del Emperador, y don Gelander, Príncipe de Ungría, y el buen Belamir; y á la entrada del mar, no podiendo saltar en el batel, (donde *el no conoscido* saltado habia) cayeron en el agua, y no parescieron más. Dixo la sabia Filena dél grandes cosas, que si vive ha de fazer, y agora está donde vedes, habiendo passado los mayores affanes y peligros que nunca hombre passó—¡Ay Dios! dixo Albasilvio, y ayuda á tan buen cauallero. Digo vos, señores, que aunque supiesse yr á nado (quando ál no pudiesse) tengo de pugnar por fallarme con él, que no es posible que dentro del castillo no falle cosas nuebas y estrañas. Y estando mirando por el mar si verian en él navío ó cosa en que al castillo los llebasse, no vieron ál, que dos grandes pescados llamados Focas, que yban y venian del castillo á tierra por las agradables ondas del mar, (que manso y deleytoso se mostraba).

A esta ora, por torres y almenas y finiestras del fermoso castillo sonaban infinitas trompas y clarines, flautas y dulçaynas, cornetas y atambores, con otros géneros de instrumentos que deleytaban á quantos los oyan, por lo

que el Emperador y Emperatriz, entendiendo tal novedad, y que á la entrada del *donzel no conoscido*, se fazia en el castillo tanta señal de gozo, pusiéronse á las finiestras, de donde vieron la mayor estrañeza de quantas aquel dia visto se habian; y eran aquellas focas que yban y venian del castillo á tierra, y Albasilvio, que la ardideza de su corazon, y el amor que al *donzel no conoscido* tenia, sosiego no le daba, viéndolas asaz vecinas de tierra decendia del cauallo con gran presteza y lançando el escudo á las espaldas, dixo:—No puedo sufrir de ver al *donzel no conoscido* en tan estraña parte, sin que yo me halle al bien ó daño que allí avenirle pueda. Por ventura, estos mónstruos marinos tornarán á aquella parte, y que tengo de encomendarme á ellos.—Y acostándose al mar donde las focas junto de la ribera parado se habian, con gran ligereza saltó sobre la una (que ningun movimiento por ello fizo). Filorante, viendo la osadía de Albasilvio, semejóle sandez y gran temeridad, mas determinóse de seguir en todo á su señor y amigo, y descendiendo con gran presteza del cauallo, lançando el escudo á las espaldas, viendo la otra gran foca cerca de tierra encomendándose á Dios, aunque temeroso, saltó sobre ella; y en aquel instante las dos se metieron por alta mar, dando por cima de las mansas aguas bueltas espaciosas, mostrando solazarse de yr vagando por ellas, desesperándose Albasilvio de verlas andar con tales rodeos. El Emperador y Emperatriz, admirados de ver tanto esfuerço de caualleros, imbiaron çedo á saber quien fuessen, y fallando los que en esto buscaban los

escuderos de los dos, los llebaron ante el Emperador, y faziendo gran duelo dixeron quien sus señores eran, doliéndose mucho la fermosa Leoniselda viendo á su cormano Albasilvio en tanto peligro. Gran cuydado y pesar dieron estas nuebas al Emperador y Emperatriz, diziendo el Emperador, no maravillarse que Albasilvio fuesse tan ardido, siendo fijo del más valiente cauallero del mundo. Pues quando Gayo César vido á los dos caualleros que en las focas por el mar yban, dábales altas bozes diziendo:—¡Volved á mí, descorteses caualleros, que yo vos daré á conocer la desmesura que hauedes conmigo vssado en saltar en las bestias ántes que yo! —Y andaba por la ribera del mar en un fermoso y gran cauallo, armado de todas armas, sin yelmo, ni otra cosa en la cabeça, con un baston en la mano, mostrándose tan terrible y feroz, que muchos cuytados que por allí andaban huian tremando de le ver; por lo que él andaba además follon.

En este punto el *donzel no conoscido* (que una pieza en el umbral de la gran puerta reposado habia) endereçando su yelmo en la cabeça, y embraçando el fermoso escudo, (donde la clara y resplandesciente alba de entre las nubes salia, rayando todo el campo del escudo, mostrando encender con sus rayos la fresca yerva tornasol) entró por un sumptuoso açaguan, al parescer de fino azero, sin ver por él otra cosa que un estátua de hombre anciano, que tenia en la mano diestra vn pergamino escrito; y acercándose á él por ver las letras, assí como las miraba se le desfazian como si rayando las fueran, quedando blanco el pergamino, y no se maravilló

tanto desto como ver que la estátua se moviesse, y poco á poco abriesse los ojos y boca, saliendo por ella una voz ronca y espaciosa que dixo:—PASSA ADELANTE, DONZEL NO CONOSCIDO, Y VERÁS LAS ÁNSIAS DE TU VIDA.—Y assí como la estátua esto dixo, assí poco á poco tornó á cerrar los ojos y boca, y quedar inmovible como ántes; y vido como las letras en el letrero se le habian escondido tornaban á salir claras, de manera que se mostraron en lengua griega formadas, y leyéndolas vió que dezian:—EL BRAMIDO DEL MUERTO LEON ADORMECERÁ LOS VIVOS, Y DESPERTARÁ LOS ADORMIDOS.—Y no entendiendo lo que las letras querian dezir, salió al más fermoso corral que se nunca vió. Era fabricado de piedras menudas de diversos colores, no mayor que vn dado cada vna, y de aquella forma, con vna fuente en medio, y era vna grande y redonda pila de gruesso christal; salia del medio della vn árbol de metal negro, con fojas y fruto de lo mismo; habia cinco grandes personages de piedra negra lustrosa, desnudos, y arrimadas las espaldas al árbol; cada qual tenia en la mano diestra el cuerno de Amaltea con flores, fojas y fructo, y só el braço siniestro una fermosa vrna antigua blanca, por donde salia un fermoso golpe de agua clara y fresca, y de las hojas y peçones de los árboles descendia espessa llubia que las imágenes refrescaba.

Asaz goço recibió mirando la fuente, y labándose manos y faz en las frescas aguas, que del affan passado (aunque por agua lo passó) venia caloroso; vista la gentileza de la fuente,

mirando á todas partes, vió vna fermosa finiestra, y en ella la más loçana donzella que sus ojos ni otros vieron, de poca edad, que de once años no passaba, mas de mayor apostura que de su edad requeria, y mirándola bien, cuydó si Felisalva fuesse; y cuydando en esto semejóle que el coraçon le arrancasen, y pusiessen entre las blancas manos, y quedar como desfallescido del gusto de la mirar, desseando no salir de allí jamás; y perdió çedo este sabor, que la donzella passando pos él sus ojos dulcemente, como que dél se despidiesse, no paresció más, quedando él ansioso y descontento: cuydando como todo su bien escondido se le habia, andubo mirando por donde pudiesse subir á la gran finiestra, y no vido escala ni puerta, sino una asaz fermosa y grande por donde se veian jardines de muchos árboles, y entre ellos artificiosas y solemnes fuentes de preciosas piedras: y saliendo á una lonja de estrañas esculturas y luzidas piedras, vido desde allí, como la entrada de los jardines fuesse por tres puentes, un trecho pequeño la una de la otra, passando por baxo de la primera y postrera, á su parescer, caudalosos rios, y la de medio además alta y lustrosa, asentada á manera de arco, que desde allí al del cielo parescia, y debajo deleytosas praderías; y descendiendo de la rica lonja por una bien fecha escala de mármol, fallóse en una plaça pedregosa y arenisca, y affanosa de andar por ella. Arribó á la primer puente cuydando tan fuerte en la fermosura y loçanía de la donzella que en la finiestra vido, que no miró como aquel rio era verde y turbio, y sus verdes aguas llenas y quajadas de bestias

fieras ponzoñosas, de caualleros armados de feroces cataduras, y de esquivos jayanes, que como pescados, andaban todos en confuso por las verdes ondas, sin fazerse daño, mirando con ferocidad á la puente, dando horrendos silvos, baladros, bramidos y grita; y aunque esto fuesse cosa de tanto espanto y se oyese lueñe de allí aquel espantable rumor, y la novedad de la puente que era tan temerosa de ver como el rio, ni oyó los mónstruos dél, ni miró en la puente fasta que se falló al pié della, cuydando quanta fermosura, quanta loçanía, y admirable proporcion y compostura habia Dios puesto en aquella donçella.

Pues como á la puente se arribasse, viola ser de altas gradas, y al pié de la primera (que de piedra leonada parescia) vió unas letras, y mirándolas por las entender, leyólas y dezian de esta manera: AFANOSSOS PASSOS DE ALTINEA. Sobre este gran arco estaba una donçella guarnida de cendales de várias sedas; eran redondas, arribaban encima dos dedos del pié, ceñíales en dos pretinas, los cabellos tenia sueltos, y en la cabeça una rica celada á la antigua, como cabeça de fiera tigre, y en lo alto muchas penas jaldes y pardillas, y como en alto estubiesse, el ventezillo movia las penas y cabellos, semejando dellos salir rayos de oro. Tenia en la mano diestra vna luenga y fermosa lança jalde, y embraçado vn grande escudo, semejando al de Palas, y assí ella parescia en su fermoso y apuesto continente la diosa Belona. Pues viendo *el no conoscido* no haber otro passo para passar á los jardines sino por aquellas puentes, y viesse en somo de

aquella la fermosa guardia, cuydando si á dicha fuesse la señora de su coraçon, (que tan ansioso lo habia dexado), saltó en la primera grada (que de la una á la otra habia vn affanoso y luengo passo) y assí como sobre ella asentó los piés, assí le semejó que agudas puntas de azerado fierro se los traspasassen, y aquel dolor le subiesse al coraçon, y le fiziesse olvidar el amor tan ardiente que á la fermosa donzella de la lonja tenia, y le inflamasse en desseo de se ver con aquella que tanto á la diosa de las batallas semejaba; y con esta nueva ánsia y fervor saltó en la segunda, donde falló infinitas vívoras y culebras que subiendo y rodeándose por piernas y pechos, con gran horror de las ver, le semejaba le lançassen ponzoña en el coraçon, dándole una pasion enamorada tan tierna, que de lágrimas y sospiros no se podia valer; y muriendo por subir á lo alto, donde pudiesse rogar á aquella su diosa que se doliese dél, saltó en la tercera, y semejóle dar en un yelo que le fiziesse tremar los miembros y apresurarle el ánimo para çedo subir á la donçella; y subiendo á la otra viuas llamas le encendieron; y en se ver cerca de quien tanto amaba, mucho más se encendia.

La donçella fermosa, como le viesse subir blandiendo su lança, dixo:—CAUALLERO SANDIO, PUES LAS DIFFICULTADES DE MIS PELIGROSOS PASSOS NO TE HAN DESENGAÑADO, DESENGÁÑETE SABER QUE YO LOS DEFIENDO: y firiéndole con ella le clavó el alva de oro de su escudo, semejándole al *no conoscido* que en el coraçon fincado se la oviesse, cayendo de la

puente ayuso sobre las bocas de los fieros animales y puntas de espadas de los hombres armados; y teniendo tiempo de sacar su espada (por se no haber en el agua fundido) assí nadando trabó con ellos una espantosa batalla, porque no daba golpe á bestia ó cauallero que lo no fundiesse en las verdes aguas sin más parescer; recibiendo él tan pessados golpes de espadas, maças y agudas uñas y dientes, que se espantaba como lo podia sufrir; y al fin en poca pieza se perdiera, sino que fallándose á la orilla del rio, que no era mucho más alta quel agua, salió á tierra á vn prado á maravilla deleytoso, que en pisando su yerva y flores, no sintió tanto affan, ni vió el amargo y verde rio, ni la puente de los affanosos passos, ni la despiadada y dura donçella, sintiendo mucho no poderla ver; y caminando por el ameno prado, casi fuera de sí, cuydando en la fermosa y cruel donçella que tan bien dél se deffendió, arribó á la segunda y más alta puente de todas, y de más estraño artificio y riqueza, porque era á guisa del arco que os hauemos dicho, y las gradas admirables. Era una de marfil, otras de coral, otras de christal, otras de plata, otras de oro, otras de rubí, otras de esmeralda, y las otras de diamante, que su resplandor á la noche fiziera claro dia. Estaba la vna de la otra más alta y apartada que las affanosas de Altinea.

De yuso desta puente semejara (á quien meresciera verlo) el parayso de la tierra, porque eran amenísimos y deleytosos prados llenos de olorosas flores y rosas, y arroyos claros, y deleytosas y diversas aves que por los verdes árboles rebo-

lando, cantares fazian demucha suavidad. Andaban por estas praderías infinitos niños desnudos con alas de varios colores; vnos tenian luzidos arcos y flechas de oro, con que á las aves tiraban; otros vnos cuernos de esmeralda en las manos, de donde salian llamas de gran deleyte que por los ayres con mucha suavidad esparzian, y otros como golosas abejas, saltando de rosa en flor y de flor en rosa. Andaban entrellos tres loçanas donçellas, que sus hermanas las Gracias eran, y ellos los Amores, arrojándose flores y rosas, faziéndose agradables juegos y regalos. Estos deleytes no vió el *donzel no conoscido* por mirar la riqueza de la maravillosa puente, y mirando á lo alto della (que al cielo parescia arribar) vió encima una resplandesciente silla, y en ella sentada una donçella, y aunque la distancia era asaz lueñe, la gran fermosura de la donçella se conoscia, como si de cerca la mirassen. Era guarnida al trage de la baxa Alemaña, de ropas de oro verde, sembradas de lanças y flechas de oro, grillos, espossas y lazos, y en la cabeça no ál que vn tocado rico y de gran artificio. Asaz fué *el no conoscido* más espantado de ver la loçanía de la donçella, que de todos los peligros passados, y cuydaba si por dicha fuesse aquella donçella la que vido en la lonja, y si las dos fuessen Felisalva de la fermosura sin par; y cuydando en esto se le yba olvidando la cruda y fermosa Altinea, y con gran deseo de la mirar á su guisa, sin ál attender, ligeramente saltó en la primer grada, y gozábase de se ver en ella, y saltando en la segunda (que de grado en grado eran más altas) tomaba asaz folgança de verse sobre

tanta gentileza, y assí saltó en la tercera con más affan y deleyte, y aunque los saltos eran tales, que otro si nó él saltar los pudiera, fallóse en la más alta cerca de la donçella, olvidado del todo de la fermosura de Altinea, aborresciendo su crueldad.

¿Qué se vos dirá de lo que sintió quando miró bien la donçella, sino que admirado del poder de los cielos que tan fermosa donçella pudieran fazer, le semejaba verdaderamente salir de los ojos della lanças, saetas, grillos, espossas y lazos de fuego con que ferian de amor, y emprisionaban su coraçon, su alma, y su vida con tanta suavidad y regalo que vinieron á se le enflaquecer las fuerças corporales, y á caher desvanecido del arco ayuso. La fermosa donçella que tan lasso de la subida, y fuera de sí de contentamiento de se ver en tal parte desfalleciesse, doliéndose del, saltó de la rica silla para acorrelle diziendo:—Al que mereció subir aquí, no se le defiende este passo.—Y abraçóse con él; más vencida del pesso del *no conoscido,* que ya dexado de si caia, fueron los dos abrazados á caher sobre las Gracias y Amores, que como los viessen venir se levantaron á vuelo, recibiéndolos con gran mansedumbre, sintiendo el donzel todo el deleyte vmano; más poco le duró, por que luego las Gracias y Amores lo dexaron en verdes pradales y se subieron con la fermosa donçella dulcemente cantando por los ayres con espaciosas vueltas, fasta que metidos en las nubes más no parescieron; quedando *el no conoscido* tiernamente sospirando, y á quexado de rabiosas ánsias; espantado como las pudiesse sufrir

dezia:—¡Ay! Señora de mi penosa y corta vida, que tal me será en vuestra ausencia, y no fuera yo tambien andante que meresciera juntamente con vos subir á gozar de la gloria que dareys en el cielo adonde morar deuedes?—Y diziendo estas y otras quexas y enamoradas razones, fallóse cerca de la postrer puente que era más llana y corta que las pasadas, al parescer de piedra turquesa, sin gradas, algo inhiesta; andaba por lo alto de ella passeando una donçella ricamente guarnida, tenia un ramo de verde y florida yerba en la mano, que suave olor lançaba, que como *el no conoscido* la oliesse, començó á perder la memoria de Felisalva, y como el su coraçon sintiesse confusos cuydados, no miró en el rio que só aquella puente passaba, no como el turbio y horrible de Altinea, sino manso, tan claro que las arenas de su centro se parescian, y assí como el otro tenia espantables y feos animales, este blancos cisnes que con grave y agradable movimiento nadaban, faziendo dulces cantilenas fuera de su natural. Pues como á la puente se acercase, vido á la entrada de ella un padron verde con letras de oro que dezian, SABROSAS TRAVESURAS DE ASTRAFELIS; y passando por la puente adelante, assí como á la donçella se yba acercando assí se alejaba del cuydado que de Felisalva traia, y como á la donçella arribasse ella fué para él lançándole á la faz la florida yerva que en la mano habia, que cedo la sintió en el coraçon hervolándoselo de manera que su enamorada ponzoña sacó de su coraçon la dulce memoria y sabrosos cuydados que tenia de Felisalva poniendo en su lugar otros

ardientes desseos de gozar esta presente hermosura que tanto gusto á sus ojos daba. Como la fermosa donçella con sabrosa y enamorada turbacion le viesse diziendo:—Mira, cauallero, quanto es más fuerte mi voluntad que tu razon; y saltando para él lo tomó entre sus braços dejándose caher con él la puente abajo, recogiéndolos mansa y agradablemente en sus alas los blancos cisnes, dexándolos en el más ameno prado del mnndo; semejándole al *no conoscido* que la tuviesse entre sus braços con todo el goço desta vida: más no le avino assí, fallándose entre flores y rosas, solo, abraçado con sus gustosos desseos; y levantándose con rabiosas ánsias andábala buscando y llamando con lágrimas y suspiros; y andando assí tan ansioso y enamorado dió en vna entrada de laberinthio de altos y verdes arrayanes, y cuydando si por caso su señora se oviesse por allí lançado, se metió por él adentro semejándole encender los ayres y árboles con llamas de sus sospiros; más assí como daba las vueltas, assí se les yban desfaziendo los enamorados enrredos del su coraçon, y tantas vueltas dió que se vino á desenrredar destos últimos cuydados y dar en los de Felisalva, y en un edificio el más sumptuoso que mano de hombre jamás fiziera; y assí que él no lo fizo.

Era á manera de un templo con fermosas torres y chapiteles, todo ello semejaba ser de variado pórfido y de blanco mármol y resplandesciente azero; tenia infinitas finiestras y balcones con luzidas vidrieras, que gran claridad al edifficio daban; tenia sola una gran puerta abierta, y entrando por

ella á la una y otra mano, eran gradas de pórfido, mármol y claro azero. Sobre estas gradas habia ricas sillas de mucho arteficio y gentileza, y en ellas sentados infinitos caualleros y fermosas donçellas: frontero de la gran puerta, al cabo de esta galería, estaba vn alto estrado, y por gradas como las de las sillas, á él se subia, y de yuso de un alto paño de oro, vna silla de gran valor, y en ella assentada aquella sin pár en fermosura la Princesa Felisalva, guarnida de la manera quel *donzel no conoscido* en la lonja y arco vió. En mitad desta gran sala habia una fuente natural que mostraba manar de la tierra; era en forma hovada y casi cubierta de verdes yervas y flores; bebia en ella vn grande y fiero leon. Pues como el *donzel no conoscido* entrasse por sala de tantas maravillas, (aunque metido en sus cuydados viniesse) viendo tantas estrañezas, passaba por ellas bien mirándolas, tomando sabor de ver á una parte tanta fermosa y loçana donçella casi de una edad y pocos años, y á otra tan apuestos caualleros de la edad de las donçellas, armados de diversas armaduras y sobreseñales, las visseras altas y las manos dessarmadas: y aunque *el no conoscido* conosciesse que todos eran personas humanas, entendió que eran encantados, y vínole gran desseo de pugnar por su libertad, si acaso entre ellos su señora Felisalva estuviesse; y gozándose de los ver ybalos mirando quán fermosos y apuestos parescian, y de esta manera vino á dar sobre el leon que en la fuente bebia, y como le viesse tan terrible y feroz embraçó el escudo y metió mano á su espada sin pauor alguno, como aquel que en los montes de

Elicon, Pindo y Parnaso, habia con ménos armas muerto muchos, y como él denodadamente le viniesse á ferir, viendo que ál remor de las armas no se movia, paró en alto el braço, y mirando más en él vió que era de rubio bronço, tan bien y naturalmente fecho, que no fué mucho engañarse; y mirando en él y en la fuente, vido á sus piés vn cauallero tendido en tierra sin bullir pié ni mano. Sus armaduras eran muy ricas, de fojas de azero guarnidas de oro y preciosas piedras, á guisa de los paganos; y assí cuydó que aquel lo fuesse, porque tenia el escudo de color india sembrado de claras lunas de cendrada plata; por muchas partes le salia sangre, teniendo en torno de sí grandes balsas della. El *donzel no conoscido,* viéndole assí, cuydaba quien podia ser que hubiesse merescido passar los arcos de las fermosas donçellas y arribar fasta allí, donde se dezia, que ninguno habia arribado, y quien le habia muerto; que aunque del todo no lo fuesse, parescia no poder vivir; y como mirasse á todas partes por ver quien habia muerto aquel cauallero, y de quien se habia de guardar, vido el alto estrado, y vido la donçella que en la silla estaba, tan conforme de aquella que en su alma habia; y además tierno y apassionado subió á ella, y fincándosele de hinojos en tierra, con además dulce passion, dixo:—¡Ay, la mi fermosa señora, más que quantas ví, y quien pudiesse entender si en vuestro sentido fuessedes (como creo que no lo seays) si os doleriades de mí, y si no doler, sí terniades pesar que yo tan sin merescimiento sintiesse por vos ánsias tan enamoradas!—Y como esto diziendo estaba,

sintió cerca de sí á la siniestra mano rumor de armas, y mirando fázia do el rumor sonaba, vido como se levantaba, de donde durmiendo parescia estar, un asaz apuesto cauallero. Sus armas eran pardillas sembradas de palmas de oro, y el escudo assí mismo; como apresuradamente se levantó enlaçando su yelmo, y calando la vissera, tomó una hacha de azero que cabe si tenia, y con brauo continente fué para *el no conoscido*, que en lo ver venir en son de guerra se levantó embraçando su escudo, y poniendo mano á su espada, lo estuvo attendiendo. El cauallero de la hacha con voz fuerte y clara, dixo:—Asaz faré por tí, osado cauallero, en sacarte desta vida; que pues la fermosura de Felisalva has visto, mas sin affanes vivirás en la otra.—Cauallero comedido, dixo el donzel, agradézcote tu cortesía, mas quiero á tu mal grado passar los affanes desta vida luengo tiempo.—Y acometiéronse los dos con gran braueza. El cauallero de la hacha le tiró una punta con tanta fuerça, que si el escudo del Alba no fuera tan bueno, se lo falsara con las armas y cuerpo; mas aunque lo falsó, no passó adelante, y quedó tan metida la punta de la hacha en él, que tirando della fuerte casi hizo venir tras sí al *no conoscido,* dando de manos; y viéndose tratar (*) de tal manera, semejándole que su señora Felisalva le oviesse visto y de su flaqueza se riese, ensañóse de arte que tremando de furia y rabia dexó ir el escudo con la hacha y tomando su espada á dos manos le firió de tan esquivo

(*) Desde este punto hasta el fin del capitulo está el original escrito en la letra que conceptuamos ser de Urrea. *(Nota del editor.)*

golpe sobre el yelmo, que si encantado no fuera fasta los dientes le partia, y dió con él atronado rodando las gradas ayuso saltando por ellas en pós dél; mas el cauallero de la hacha era de tal valor, que assí como bajó rodando volvió en su acuerdo, y levantándose con gran presteza se endereçó el yelmo, y como perdiera la hacha, embraçó el escudo y metió mano á un grande cuchillo que en el cinto traia: acometiéronse los dos con tal braueza, firiéndose por tantas partes, que ellos mismos se marauillaban como sufrirlo podian, andando *el no conoscido* llagado en algunas partes; mas fuéle bien al cauallero de la hacha ser encantado, que no le prestara la fortaleza de sus armas y coraçon para no estallo más: y andando muy trauada la batalla, sintieron en la fuente como rumor de furiosas olas, que en rocas se desfiziesen, y era, que salió della un espantable culebro tan grueso como dos hombres y viniendo se roscando con grande estrépito y furia passó entre los dos dando orrendos silvos, faziendo los apartar mal de su grado, sin fazelles daño, y con grande velocidad y fiereza subió por las gradas fasta donde la Princesa Felisalva estaba, y tomándola en su boca la sacó de la silla con mucha facilidad. *El no conoscido*, viendo el peligro en que su señora se via, dexó de combatir con el cauallero que pesadamente le feria, y subió á gran correr por las gradas arriba á ferir el culebro. El cauallero de la hacha, cuydando que fuyese, iba en pós dél diziendo:—Bien muestras, cauallero, pesar de ir á la otra vida, pues fuyes de la muerte; mas yá sabes que ninguno la puede escusar. Atiende y es-

perala como bueno.—*El no conoscido,* que poca cuenta fazia del cauallero por acorrer á su señora, viendo como el grande culebro se la lleuase y decendiese á más correr por las gradas, sintió graue dolor, porque pasando cerca de él, sintió á su señora dar aquexados gemidos; por lo que encendido en ira y saña, no osando ferir al culebro por no llagar á su señora, decendió tras él con gran ligereza, pasando por el cauallero sin atender su espada, que como él le viesse cabe si passar, faziendo dél tan poco caso, firióle de través de guisa que bien fizo Filena en le dar tan fuertes arnés, sino allí fenezieran sus esperanzas; y llagóle en el ombro malamente, sintiendo poco la llaga *el no conoscido* por ir á atajar el paso de la fuente al gran culebro; y tan ligeramente corrió, que arribó á ella ántes que él, y púsosele á deffender la fuente cerca del leon. En esto arribó el cauallero diziendo:—Poco te prestará ser suelto de piés, pues no tienes manos.—*El no conoscido*, viéndole venir tan cerca, y que el culebro passaba adelante, en su vida se vió tan airado y confuso, porque si tras el culebro iba, el cauallero venia en pés dél y á su salvo le feria; y si con él quedaba, el culebro se metia con su señora en la fuente. No sabia qué fazer de sí, mas viéndose tan cerca del cauallero que dél apartar no se podia, acometióle con tanta braueza y saña, que llamas por los ojos le parescia lançar, diziendo:—Villano cauallero, que tal debes de ser, si en tu sentido estás, pues ni acorres á tan loçana donçella, ni me la dexas acorrer, recibe la pena de tu culpa. Y descargóle sobre el brocal del escudo tan desvariado golpe, que la mayor

parte del lancó lueñe rodando, y cortándole las armaduras del braço, fácilmente se lo tajara si encantado no fuera; y con admirable presteza y vigor, ántes que el cauallero ferirle pudiesse, le firió de otro tan pesado sobre el yelmo, que le fizo ir dando de manos fázia la fuente, donde topó al culebro que se yba á lançar en ella, de manera que lo detuvo, cayendo cerca del cauallero de las ricas armas, sin mover pié ni mano: la desemboltura del *no conoscido* fué tal, que viendo como el culebro se lançaba en la fuente, aunque el leon en medio de los dos estuviesse, y el cauallero desacordado, lançóle un golpe, cuydando partille por medio, como lo fiziera, sino que dió en la cabeça del leon, de donde salió tan fuerte bramido, que sin sentido alguno el *donzel no conoscido* cayó á la orilla de la fuente tal como muerto.

En este instante, las dos focas, que por el mar solazándose llebauan á Albasilvio y Filorante, passando acaso por cerca del castillo, al passar por ante la puerta dél, teniendo los caualleros lugar para saltar dellas, saltaron en tierra, y entraron al gran pátio, y sintiendo el fuerte bramido, perdiendo el juicio y sentido, cayeron ante la gran puerta como si muertos fueran.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

ÍNDICE

PARTE PRIMERA

Pájinas.

INTRODUCCION. V

CAPÍTULO I.—*Que trata de la genealogía de los Reyes de Austrasia y sitio de aquella provincia, y de el nacimiento de los valerosos Príncipes Argesilao y Infante Prothesilao de Austrasia, su hermano.* 1

CAPÍTULO II.—*De lo que avino á el Infante Prothesilao yendo con la doncella, con unos caualleros que encontró en el camino* . . . 8

CAPÍTULO III.—*De lo que avino al cauallero del lebrel, y como la doncella le contó la aventura que yba á dar cima.* 19

CAPÍTULO IV.—*De lo que avino al Príncipe Argesilao que seguia la doncella que á pié lo guiaua.* 32

CAPÍTULO V.—*Como Argesilao libró vn cauallero que el jayan Follon tenia preso para atormentar, y quien era* 46

CAPÍTULO VI.—*De lo que avino á Gelismundo y á Argesilao en el castillo de Gastanes.* 56

Capítulo VII.—*Como los Príncipes Gelismundo y Argesilao saliendo del castillo de Gastanes fueron á acorrer á vn cauallero, y no llegaron á tiempo, y quien era* 66

Capítulo VIII.—*De las malas nueuas que yendo con Gelismundo Argesilao le contaron en el camino, y de su casamiento* 75

Capítulo IX.—*De la aventura que ovo el Doncel de las flores.* 89

Capítulo X.—*Por qual aventura salió el Doncel no conoscido de la Córte del Rey Argesilao de Austrasia* 100

Capítulo XI.—*De como Armantes dió fin al cuento de la aventura del Castillo negro* . . 112

Capítulo XII.—*De lo que más avino á los Caualleros verdes en el castillo de Melagro el desamorado* 124

Capítulo XIII.—*Que cuenta lo que más avino á los Caualleros verdes despues que partieron del castillo negro* 137

Capítulo XIV.—*De las auenturas que por el camino de Tracia avinieron á los caballeros del sol.* 149

Capítulo XV.—*De como los caualleros del sol fallaron la auentura del Antiguo Leon, y lo que en ella y en otras les avino* 162

Capítulo XVI.—*Que cuenta como se criaua el Doncel no conoscido en el Monte de Elicon* . 177

Capítulo XVII.—*De la estrañas desauenturas que auinieron al esforzado Nasamor, bastardo de Tracia, llamándose el cauallero triste* . . . 193

Capítulo XVIII.—*Que trata de las espantosas auenturas que el esforzado cauallero Nasamor, bastardo de Tracia, dió cima, y en el graue affan en que se vido con un esquivo jayan que defendia una fuente* 208

Capítulo XIX.—*De la desuentura que en amores el cauallero triste ovo en casa de la duquesa de Thesalia* 228

Capítulo XX.—*De las grandes y diversas aventuras que salidos del albergue amoroso los Caualleros del Sol fallaron* 243

Capítulo XXI.—*De las notables aventuras que á Filorante avinieron siguiendo al escudero de la Duquesa de Thesalia* 259

Capítulo XXII.—*De la grande aventura que avino á Filorante de Brimar en el Castillo de Filotea, donde mal llagado estaba* 271

Capítulo XXIII.—*De las sabrosas auenturas que avinieron á Don Gelander de Ungría y á Belamir el fermoso, que en pos del cauallero que los guiaba yban* 285

Capítulo XXIV.—*Que trata la estrañeza con que vino á la Córte el Donzel no conoscido, y como recibió la órden de cauallería por mano*

Pájinas.

del Emperador Gelismundo 305

Capítulo XXV.—*Como los caualleros noveles y otros se perdieron en la aventura de la estraña maravilla, y como entró en ella el donzel no conoscido*. 323

FUÉ IMPRESO POR PRIMERA VEZ ESTE LIBRO DE DON CLARISEL DE LAS FLORES, EN LA CIUDAD DE SEVILLA EN CASA DE LOS SRES. ALVAREZ Y COMP.ª—ACABÓSE Á QUINCE DIAS DEL MES DE ENERO, DEL AÑO MIL OCHOCIENTOS SETENTA Y NUEVE.

SOCIEDAD

DE

BIBLIÓFILOS ANDALUCES

(Las impresiones de esta Sociedad fueron premiadas con medalla y diploma en la Exposicion universal de Filadelfia.)

Sermo. Sr. Duque de Montpensier.
Serma. Sra. Condesa de París.

1 *Sr. D. Pascual de Gayangos.*
2 » » *José María Asensio.*
3 » » *Francisco de B. Palomo.*
4 » » *Mariano Pardo de Figueroa.*
5 » » *La Biblioteca Colombina.*
6 *Excmo. Sr. D. Juan E. Hartzenbusch.*
7 *Excmo. Sr. D. Antonio de Latour.*
8 *Sr. D. Joaquin de Palacios y Rodriguez.*
9 » » *Antonio Garcia Delgado Otero.*
10 » » *Manuel María Asensio y Toledo.*
11 *E.mo Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.*
12 *William Stirling Maxwell.—Bart.*

13 *Fréderic William Cosens.—Esq.*

14 *Robert S. Turner.—Esq.*

15 *Mr. Adolfo Federico Schack.*

16 *Sr. D. José Fernandez y Velasco.*

17 *Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa.*

18 *Sr. D. José de Hoyos.*

19 » » *José Buiza Mensaque.*

20 » » *Gonzalo Segovia y Ardizone.*

21 » » *Modesto de Castro.*

22 » » *Manuel Urzay.*

23 » » *Manuel Andérica.*

24 » » *Mariano Zabalburu.*

25 » » *Antonio Charlain.*

26 » » *Francisco Portillo.*

27 *La Biblioteca del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla.*

28 *Excmo. Sr. D. Manuel Laraña.*

29 *Sr. D. Leocadio Lopez.*

30 » » *Joaquin E. Guichot.*

31 » » *Narciso J. Suarez.*

32 » » *Luis Vidart.*

33 » » *Francisco Collantes.*

34 *La Excma. Diputacion Provincial de Sevilla.*

35 *Sr. D. José María Montoto.*

36 » » *Gregorio Cruzada Villamil.*

37 » » *Francisco Mateos Gago.*

38 *Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.*

39 *La Biblioteca Provincial de Sevilla.*

40 *Sr. D. Alejandro Groizard.*
41 » » *Francisco A. Barbieri.*
42 » » *José Escudero de la Peña.*
43 » » *Cayetano Rossell.*
44 » » *Federico Rubio.*
45 *Excmo. Sr. D. Antonio M. Fabié.*
46 *Sr. D. Rafael Laffitte y Castro.*
47 » » *Juan J. Bueno.*
48 » » *Antonio Sendras y Gambino.*
49 *Venerable Archdeacon Churton.*
50 *Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.*
51 *Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.*
52 *La Real Academia Sevillana de Buenas Letras.*
53 *Excmo. Sr. Marqués de Casa Loring.*
54 *Sr. D. Ramon de Campoamor.*
55 » » *Salvador Gonzalez Montero.*
56 *Excmo. Sr. Duque de Veragua.*
57 *Sr. D. Francisco Caballero Infante.*
58 » » *Manuel Cerdá*
59 » » *José de Bulnes y Solera.*
60 » » *Juan Mariana y Sanz.*
61 » » *Antonio Picardo.*
62 » » *Ricardo Heredia.*
63 » » *Manuel Noriega.*
64 » » *Antonio Fernando García.*
65 » » *José de Palacio y Vitery.*
66 » » *Juan N. de Acha.*

67 *La Escuela de Medicina de Sevilla.*

68 *Sr. D. Juan Rodriguez.*

69 » » *Pedro Borrajo de la Bandera.*

70 » » *Enrique Rouget de Loscos.*

71 » » *Rafael Tarascó.*

72 *Ilmo. Sr. D. Vicente Barrantes.*

73 *Sr. D. Francisco M. Tubino.*

74 » » *Gregorio de la Maza.*

75 » » *Jacobo Lopez Cepero.*

76 *Sres. Duland y C.ª*

77 *Sres. Hijos de Fé.*

78 *Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente.*

79 *La Biblioteca de la Real Academia de la lengua.*

80 *Sr. D. Andrés Parladé.*

81 *Excmo. Sr. Conde de Casa-Galindo.*

82 *Mr. Henry Harrisse.-Esq.*

83 *Jhon Froster.-Esq.*

84 *Sres. Gerolt y C.ª*

85 *Sres. A. Asher y C.ª*

86 *Sr. D. Alfonso Duran.*

87 *El mismo.*

88 » » *Francisco Miranda é Iturbe.*

89 *Excmo. Sr. Marqués de San Roman.*

90 *Sr. D. Edmundo Noël.*

91 » » *José Ivison.*

92 » » *Ramon Sicar.*

93 » » *Juan Llordachs.*

94 *Sr. D. José Llordachs.*
95 *Sres. Viuda é hijos de Cuesta.*
96 *Los mismos.*
97 *Sr. D. Pedro Carrere y Domecq.*
98 » » *Federico Amores.*
99 *La Escuela Normal de Sevilla.*
100 *Sr. Vizconde del Ponton.*
101 *Ilmo. Sr. D. Juan Valera.*
102 *Sr. D. Ramon Mata.*
103 » » *Márcos Sanchez.*
104 *El mismo.*
105 » » *Enrique Baron y Zea Bermudez.*
106 *El Círculo de Labradores de Sevilla.*
107 *Sr. D. José Jorge Daroqui.*
108 » » *Luis Gonzalez de Búrgos.*
109 » » *Francisco Romero.*
110 *Sr. Duque de Alburquerque.*
111 *Sr. Marqués de la Torrecilla.*
112 *Sr. D. Antonio Mariño.*
113 » » *Enrique Lemming.*
114 *Mr. Gustave Adolphe.*
115 *Sres. Reinwald y C.ª*
116 *Sr. D. M. Alordá.*
117 *Excmo. Sr. D. José Nuñez de Prado.*
118 *Sr. D. Antonio Benitez de Lugo.*
119 *El Ateneo Científico y Literario de Madrid.*
120 *Sr. D. Alonso Mesía.*
121 » » *Enrique Leguina.*
122 *El Instituto Provincial de Huelva.*

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ANDALUCES

OBRAS PUBLICADAS

PRIMERA SÉRIE

Historia de los Reyes Católicos, por Andrés Bernaldez, cura de los Palacios.—Dos tomos, 50 rs.

Observaciones del Ldo. Prete Jacopin, á las Anotaciones de Fernando de Herrera á las obras de Garcilaso.—Un tomo, 16.

Don Fernando Colon, historiador de su padre, por el autor de la Biblioteca Americana Vetustísima.—Un tomo, 20.

Pedro de Alcocer, Relacion de las Comunidades de Castilla. Ilustrada por el Sr. D. Antonio Martin Gamero.—Un tomo, 16.

Adiciones á las poesías de Rioja, en su edicion de Madrid, 1867, por el señor D. Cayetano A. de la Barrera y Leirado.—Un tomo, 8.

Ariño. Sucesos de Sevilla de 1592 á 1604. Anotados por el Ilmo. Sr. D. Antonio María Fabié.—Un tomo, 40.

Cancionero de Sebastian de Horozco.—Un tomo, 34.

Descripcion de la Galera Real del Sermo. Sr. D. Juan de Austria, por el maestro Juan de Malara.—Un tomo, 46.

SEGUNDA SÉRIE

Sebastian de Horozco.—Obras dramáticas inéditas.—Un tomo. 5.

Luis de Miranda.—Comedia pródiga.—Un tomo, 6.

¿Miguel de Cervántes?—Comedia de la Soberana Virgen de Guadalupe.—Un tomo, 2.

Francisco Gerónimo Collado.—Descripcion del túmulo y relacion de las exéquias que hizo la ciudad de Sevilla en la muerte de Felipe II.—Un tomo, 15.

D. Félix José Reinoso.—Tomo primero.—Poesías.—Con una noticia biográfica por el Sr. Don Antonio Martin Villa, 20.

Juan de Salinas.—Poesías.—Dos tomos, 32.

Sermones del Loco Amaro.—Un tomo, 4.

Códices del Escorial, por D. A. Llacayo.—Un tomo, 16.

Los Restos de Don Cristobal Colon.—Un tomo, 4.

Poesías de Baltasar del Alcazar.—Un tomo, 14.

EN PRENSA

PRIMERA SÉRIE

Don Sancho de Castilla.—Introduccion Prohemial de Don Sancho de Castilla, Capellan del Rey Don Felipe Nuestro Señor, en la Práctica de las virtudes de los buenos Reyes de España que compuso en coplas de arte mayor Don Francisco de Castilla, su padre.

Don Clarisel de las Flores.—Tomo II.

SEGUNDA SÉRIE

Frai Pedro Quirós.—Poesías.

Don Félix J. Reinoso.—Obras.—Tomo II.

Nota. Por contrato especial con la Sociedad, el editor de la reproduccion foto-tipo-gráfica de la rarísima obra titulada *Recibimiento que hizo la ciudad de Sevilla al Rey D. Felipe II,* escrita por el Maestro Juan de Malara, ha repartido á los Sres. Bibliófilos los cuadernos publicados, como muestra de los últimos adelantos y la mejor manera de reproducir obras antiguas de verdadera importancia.

89043 LS.
U81Sd
Author Urrea, Jerónimo de
Title Don Clarisel de la Florea y de Austrasia

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU